

AMAPOLA

R. 44.013



M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



AMAPOLA

(NOVELA ANDALUZA)



MÉRIDA.

Imprenta y Encuadernación de PLANO Y CORCHERO

Calle Pérez Hernández.

1899.

ES PROPIEDAD

AMAPOLA



Dibujo de Carra

Fotografiado de Thomas

No era su falda graciosa de percal, ni su mantón, llevado airosamente, ni su pelo brillante, adornado de flores; no era todo esto, gracioso, limpio, señoril, lo que cautivaba, era otra cosa sin explicación...

I

EN EL QUE CONOCERÁ EL LECTOR AL GRAN BORRIQUITA.

¡Oh Hércules! Tu grandeza es mucha, sí; ya has vengado á tu padre con el castigo de los Geriones; ya se dió sepultura al gran Osyris. ¡Ya avanzas..., ya avanzas con tus naves por el mar; llegas al Betis...; ya vés río arriba buscando tierra donde fundar el pueblo que soñaste! ¡Donde fundar á Sevilla! Y dices á tu estrellero:

—La fundaré aquí.

—No, no—contesta;—ciudad muy grande habrá aquí, pero no serás tú quien la fundes.

Hércules llora. El estrellero lo predice: «Un hombre de grandes hechos, más poderoso y honrado que tú, habrá de fundarla.»

Y es, Hércules, que tu grandeza, tu poderío, el empuje de mundos de tu brazo glorioso, los grandes gérmenes creadores de tu aliento de titán, tus potencias

ciclópeas, en fin, no fueron suficientes ¡oh Hércules!, el más temido y admirado de los dioses, para fundar el pueblo famoso que más tarde había de ser patria... del tío Borriquita; del varón ilustre, como no lo han conocido las generaciones pasadas ni presentes, ni lo conocerán las venideras; del alabado, del reverenciado, del famosísimo y á todas horas portentoso tío Borriquita.

El personaje á quien aludo acaba de salir á los Malecones por la puerta de la Barqueta y sigue en dirección del puente de hierro; vá pensativo; alguna grave preocupación le tiene absorto; introdúcese por la gran calle abierta en aquel bosque de álamos; las hojas amarillas y blancas cubren el suelo, amontonándose alrededor de los troncos desnudos; aquellos troncos que se retuercen en contracciones extrañas, como tropel de bacantes convertidas en esqueletos, al arrollar á sus piés las misteriosas túnicas. Es en una tarde de invierno, en una tarde hermosísima de Diciembre.

El tío Borriquita avanza por aquel suelo alfombrado de hojas; no vé por donde vá; aquella gran sábana no marea sus ojos con las irisaciones blancas, oscuras ó grises, es decir, el color casi de tierra, como lo que de la tierra salió y á la tierra ha vuelto; no vé aquellos troncos inclinados, en igual dirección, por las avenidas del río, como ejército que se echa hacia adelante, creyendo hacer así menos penosa la marcha; no vé los dibujos que ilustran las cortezas de los álamos, nombres de amantes desconocidos, horas de misteriosas citas, fechas de extraños y ocultos sucesos, jeroglíficos inex-

plicables de manos anónimas; no vé las ramas desnudas del arbolado, fundiéndose en tupida red y recor-tándose en el cielo grís, como millones de manos y de brazos que se juntan y se enlazan solemnemente en juramento misterioso de una eternidad de amor.

Declinó ya la tarde, vá anocheciendo; pero las som-bras, poco pronunciadas aún, permiten ver el rostro del tío Borriquita, y hasta permitirían ver á un observador, si se fijase, la preocupación de que es presa el muy esclarecido hombre. Está meditabundo; nótase inme-diatamente, en la expresión singular de aquel rostro, pasado ya por el tiempo, en sus ojos vivarachos y chiquitines, cuya mirada inclina ahora, en su andar indeciso, y hasta en el movimiento casi invisible de su cabeza, de cabellos blancos, que parece asentir á no se sabe qué ideas ocultas.

Nada vé el tío Borriquita y sigue su camino en abs-tracción muy grande; deja atrás el puente de hierro, lo deja atrás y avanza por la misma orilla del río, pisando juncias, como rey victorioso; los mimbres de la ribera se inclinan gallardamente sobre el ilustre hombre, formándole dosel hermoso, y el río deslízase á su dere-cha como gigante vencido que se arrastra á sus piés. Allá vá el tío Borriquita, allá vá con sus sesenta abri-les, con su cabeza blanca, con sus ojillos de pupilas negras que resplandecen como abalorios, con su carilla de arrugas que se multiplican, se confunden, se pierden, como tierra blandota, por donde anduvo con el arado yunta sin gañán; allá vá, un poco temblón, sí, un poco

encorvado; pero el tiempo no consiguió vencerle aún en la gran partida. No le es posible al tío Borriquita levantar dos adarmes del suelo, pero se lleva todavía él á sí mismo, con cierto garbo que no dice mal á su personilla enclenque, esa personilla que se ornamenta, y lo digo así para más respeto, con un sombrerocho atroz por su vejez, cuyas alas caen hacia abajo con aterradora laxitud; un camisón, cuyo cuello se abrocha con dos botones de china; un marsellés, que parece hecho de retazos, según los remiendos con que se honra; una faja, de color que nadie definiría; un pantalón con más remiendos que el marsellés, y del calzado... ¡ah! del calzado nada puedo decir; por más que hice no logré hallar noticia clara de si el tío Borriquita usó alpargatas ó zapatos, ni en qué estado de conservación se encontraría generalmente el calzado de este gran viejo, muy distinto de aquel gran anciano que nos creó el pontífice de la novela, pero no menos digno de alabanza y de estudio.

Detúvose de pronto el tío Borriquita; miró como un inspirado hacia el fondo, allá, donde los reflejos de las primeras luces de los faroles se hundían en la masa obscura del río, como puñales de fuego; llevó sus manos á la altura de la nariz, fijó en ellas atentamente los ojillos de párpados hinchados, enarcó las cejas grises, que parecían entonces plumas de puerco espín que de pronto se erizan, y terminando con ayuda de los dedos algún gravísimo cálculo de aritmética, exclamó muy alegre:

—¡Ya salió! ¡Ya salió! ¡Catorse rale y medio!

Avanza después con más decisión y llega al Barranco: todo está solo, ni embarcaciones, ni gente; los reverberos lucen, pero la tarde no murió aún; es el minuto misterioso en que la luz se confunde con la sombra; ese instante del crepúsculo, solemne y dulce, en las tardes de invierno de Andalucía, sin calor, sin frío, vagas, indefinibles; se vé el puente de Triana, el ángulo que forma con el caserío de la derecha, la nota blanca de la fachada, los huequecillos negros, como órbitas sin luz, de balcones y ventanales microscópicos, las torrecillas y los tejados en silueta accidentada, desigual, abigarradísima, la torre de la capilla del Carmen, como una mancha negra, las luces de los reverberos del puente, como mariposas doradas, inmóviles sobre el río, cual si quisieran indagar en su fondo la significación de aquellas temblorosas líneas de fuego en que las aguas las reflejan, como reflejan todo lo demás, invertido, desconcertado, confuso, con penumbras fantásticas y claridades inconcebibles, como aquella hora de dulzuras, como aquel cielo de transparencias majestuosas, de celajes blancos, de nubes que se amontonan á la izquierda, y como los árboles, en fin, de la orilla, cuyos troncos y cuyas ramas sin hojas dóblanse y se retuercen en uno y otro sentido, fingiéndose á la imaginación extática inmensas manos de muertos que quisieran coger de todo aquel cuadro melancólico de maravillas, que se hunden de pronto en el abismo de la noche, como náufrago sin auxilio, en la sepultura del mar.

Torció un poco á la izquierda el tío Borriquita, subió después hacia la embocadura del puente y, absorto en sus meditaciones, se sentó en el tubo de madera, estuche singular de aquel otro tubo de hierro que lleva las aguas á Triana; canapé popularísimo de pobres y desocupados, y estorbo también, para que nada se me olvide, del pacífico transeunte.

Allí continúa, en sus cábalas misteriosas, mirando á menudo hacia la izquierda, como si de allí esperase ver brotar los genios invisibles que inspiran su numen, acariciándole con soplo sutil, saturado con los perfumes agrestes de los *tarajes* que bordean las orillas del río.

Había entrado la noche, aunque no eran las seis aún. Allá iban las mujeres, en dirección de Triana, allá por la acera de la izquierda, donde el ilustre personaje continuaba embebido en sus meditaciones.

Allá iban, en grupos que llenaban la acera. ¡Cuánta mujer! Claro es que el forastero hubiese hallado difícil la explicación; pero todo el mundo sabe en Sevilla que á esa hora pasan por el puente las cigarreras vecinas de Triana, que concluyeron ya su trabajo, y estoy por decir que en Triana viven más cigarreras que en todos los barrios juntos de Sevilla.

Pero ¿qué tiene que ver el varón ilustre de mi historia con las cigarreras de Sevilla? Él sigue en sus cábalas, dejando pasar aquellos grupos de mujeres. ¡Allá ván! Hay un momento en que se aprietan, se confunden; el oleaje es enorme... ¡Allá ván las cigarreras de

Sevilla... es decir, no, las de Triana! De aquellos cerebros salen, al pasar, agudezas y donaires que parecen rayos de luz brotados del fondo mismo del río. Aquella es la andaluza de raza, en las facciones, en los ojos, en el andar, en el gesto, en la frase... La cigarrera de Sevilla se ha modernizado también; pero no importa; bajo su vestido, que cae en pliegues sobre la punta del pie diminuto, y bajo el mantón que la cubre toda, como queriendo, loco de rabia, hacerla desaparecer para siempre, destácase la andaluza del pueblo, como en mitad de una noche oscura de estío sábase en Sevilla que estamos cerca de una plaza, por el perfume de azahar que nos llena el corazón...

Allá ván, desenvueltas, graciosas, con una palabrota para éste, con un donaire para aquél, de mal humor algunas, como tempestad para cuyo primer estallido falta poco, y todas esbeltas, briosas, con la falda recogida para más pulcritud, aunque la pulcritud y el recato anden por esto, un sí es no, á bofetada limpia; el mantón ceñido, la cabeza al aire, mal prendida, con el trajín del día, la mataza de pelo, y delante del moño su flor correspondiente, como pedazo de cielo azul en una noche de tormenta.



II

FELÍZ ENCUENTRO QUE TUVO EL GRAN BORRIQUITA, Y OTROS DETALLES DE MUCHA TRASCENDENCIA PARA EL LECTOR.

Fué cerrando la noche con lánguida pereza, como bacante que une los párpados lentamente, cansada ya del festín. ¡La noche! ¿Y qué le importaba la noche al tío Borriquita? ¿Qué le importaba desde el momento en que pudo encontrar su imaginación aquella fuente de misteriosa luz, cuando terminó sus cábalas con la memoria... y con la punta de los dedos?

—¡Catorse, catorse y er pico!—repetía.

No eran un secreto para muchas personas del barrio las ideas que preocupaban al tío Borriquita. Su corazón noble, incapaz de doblez, trasparenteábase, cual una de aquellas finísimas hojas de oro que se hundían en la masa negra del río, al hablar á cualquier amigo ó compadre, de su problema inmenso.

En la bajada del Altozano sintió de repente un

golpecito en un hombro; volvió la cabeza con cierto desdén, como si le extrañase que existiera un mortal osado, hasta el punto de atreverse á interrumpirle; tropezó la mirada de sus ojillos brillantes con una cara de mujer blanca, juvenil, alegre, símbolo de pasión y vida, y unos ojos negros, de mirada luminosa también, que inundaron al glorioso varón en divinos esplendores, animándole y rejuveneciéndole.

—¡Hola, tío Borriquita!

—¡Güenas noche, Pola.

El tío Borriquita se encogió de hombros, y prosiguió, con un noble gesto de amargura:

—Po lo que é yo... ¡Empleita!

Lanzó un suspiro y no habló más. La muchacha se echó á reir sin contestarle y anduvieron juntos... Sí, era una muchacha; tendría diecisiete años... ¡Quizá no los cumplió! Su cutis era muy blanco, su pelo y sus ojos muy negros; era espigadilla, pero flacucha; algo misterioso parecía atormentar aquel organismo. ¿Sería hambre? El atavío era modesto, pero muy decente; el mantoncito grís, la falda de percal, limpísima, con volantes muy bajos, las botinas, los pendientes, todo era pobre, pero todo, y aun la mozuela misma, emanaba no sé qué aroma tranquilizador, alejando la idea de que las flagelaciones que parecían atormentar aquel cuerpo gracioso fuesen de hambre.

Efectivamente, quien sabía eso bien era el tío Borriquita; el tío Borriquita y el tío Berrinche eran amigos desde la infancia; los dos sirvieron al rey juntos;

los dos volvieron á Sevilla juntos; los dos se casaron casi á la vez; el tío Berrinche tuvo un hijo, el hijo se casó también en sazón oportuna, y de este matrimonio nació la muchacha; murieron los padres y el tío Berrinche quedó con su nieta. ¡Ah! El tío Borriquita no tuvo sucesores que perpetuaran su ilustre sangre. Enviudó cuando la suerte lo quiso; pasaron años, y siguió solo en el mundo, con su gran problema, del que muy en breve el lector amable tendrá noticia, si, por desgracia, no se oponen los adversos hados. El tío Berrinche era herrero y lo pasaba bién. Hubo un tiempo en que Amapola vendió flores; su gentileza, su seriedad, atraían al comprador; dejó el oficio; cigarrera tampoco quiso ser. Además, el tío Berrinche trabajaba mucho; tenía ahorros bastantes... ¡Era el abuelo tan buenazo! Se quedó, pués, en la casa al cuidado del abuelito, risueña, feliz, con una sola nube que la pudiese turbar: el recuerdo de Paquiro.

Caminaron juntos la muchacha y el viejo; el tío Borriquita, ensimismado otra vez, sin cuidarse ya de la graciosa compañera, y hablando ella sin cesar; parecía su charla un delicioso gorjeo. Como el viejo no le respondía, Amapola exclamó impaciente:

—Pero, tío Borriquita, ¿está usted mudo?

Él se encogió de hombros, y dijo con melancolía:

—¿Yo? ¡Empleita!

Era la frase... la gran frase constante del tío Borriquita, su estribillo, su canturreo, su comentario á todo, el punto sombrío, en fin, de su existencia... ¡Cruelles

hados! ¡El tío Borriquita no estuvo jamás contento de su suerte! Tenía que hacer pleita—empleita, como decía él, con esa libertad de expresión que se permiten algunos grandes hombres;—tenía que hacer pleita, digo, desde el amanecer hasta que el sol se ocultaba, y durante la noche muchas veces, para ganar el sustento... ¡Y él nació de seguro para más altos fines! No era el trabajo, no, lo que él temía. ¿Quién? ¿El tío Borriquita? ¡Jamás! Pero no era tampoco en hacer pleita en lo que quería emplear los instantes preciosos de su vida. Comprendíalo cualquiera desde luego al oírle protestar; era una protesta la suya, sobria en palabras, sí, pero del más alto ejemplo de energía; como se le hablase, fuese lo que fuese, insulso ó de interés, interrogándole ó exponiéndole, en sentido de afirmación ó de duda, siempre tenía la misma frase que responder, plegando los labios con amargura desdeñosa, encogiéndose de hombros y enarcando las cejas olímpicamente:

—Po lo que é yo... Empleita.

Y en sus momentos de expansión solemne, de aquella expansión que tan merecida celebridad había dado al grande hombre, después de lanzar un suspiro, añadía lenta, muy lentamente:

—¡Ay, quién tuviera una burra!

Poseer una burra: ese era el sueño, el delirio, la ilusión constante, el frenesí del tío Borriquita; de aquí su fama, de aquí su celebridad, de aquí, por último, el apodo con que le llegó á conocer la historia. ¡Y el tío Borriquita estaba juntando para una burra!

—¿Lo entendeis bién? Había reunido ya *catorse rale y medio*.

¿Y para qué quería la burra el tío Borriquita?

Problema sin segundo, indescifrable aún para tí, lector; pero muy pronto los velos encantados que te separan de la verdad misteriosa, caerán á tus piés, llenándote de rara luz.

Iba el viejecito callado, como si fuera solo, y ella, mareándole con su charloteo, recogíendose el vestido graciosamente alguna vez para saltar un charco, y desatándose entonces en denuestos contra los padrotes del municipio: «¡Habrá sucios! ¡Lo abandonado que lo tenían todo!»

El tío Borriquita le preguntó de repente, dignándose salir de su abstracción:

—¿Y onde vá jahora?

—Al cuarteliyo.

—Po vamo junto, que yo tamié voy.—Tosió al acabar, de un modo que hizo contraer la cara de la chiquilla con furtivo gesto de mal humor, y preguntó afablemente:

—¿Y á qué vá jal cuarteliyo?

—A vé á la Reonda.

Al tío Borriquita le pareció la respuesta muy precipitada, así como de quien responde cualquier cosa á un curioso indiscreto para salir del paso y que no moleste más. Fuera lo que fuera, el tío Borriquita habló de otro asunto...

—Oye, y de Pepa la de la Rinconá ¿se sabe algo?

No lo vió el tío Borriquita, pero la muchacha, al oír esta pregunta, enrojeció como si le fuera á saltar la sangre. Detuvo su discurso, y exclamó adustamente:

—¿Y por qué me hizo usted esa pregunta, hijo?

—Por ná; déjame.

Y le dejó: no repitió la pregunta y el viejo tampoco quiso insistir en la que antes dirigió á Pola; no habló más ella; comenzaron á dar vueltas en su mente no sé qué mundos que la hicieron olvidarse de los ediles de Sevilla, de los barrizales de las callejuelas y hasta de que estaban llenándosele de barro sus botinas y el borde de su vestido y la punta de randa de sus enaguas. «¡El malicioso del viejo! ¿Por qué le hizo aquella pregunta? Siempre creyó ella que el tío Borriquita era un camastrón, que hasta allí. ¡Pepa la de la Rinconá!... ¿Y qué sabía Amapola de Pepa la de la Rinconá, ni qué tuvo que ver nunca con Pepa la de la Rinconá? ¡Cada una por su camino y Dios por el de todos! Verdad es que Pepa la de la Rinconá tenía sus más y sus menos con Paquiro... Y eso lo sabía Amapola muy bien, porque se lo dijo Canana, el del corral de la Mosca; y se lo dijo Mecha, á quien ya no podía aguantar y de quien ya no se sabía defender; y se lo dijeron María de la O y la Facunda y la Rocío y, en fin, que estaba aquello á *chavo* y á cuarto, y lo sabía todo el mundo y hasta ella, ella misma lo vió muchas veces. Pero ya se vé; ella era una chiquilla sin mundo, que en cuanto la miraba Paquiro por casualidad, se ponía como muerta y ya no acertaba ni con lo que tenía que pensar, ni con

lo que tenía que decir, cayéndose como quien dice, del temblor que la cogía por todo el cuerpo. ¡Y los apuros que ella tenía que pasar para disimularlo, madrecita de la O! Además, eso no lo negaba Amapola. ¿Dónde iba ella por los andares y la cintura y aquellos rejos de Pepa la de la Rinconá... Y aquella risa que mareaba á los hombres y los volvía locos, como le pasó á Paquiro?...»

—Buenas noches, tío Borriquita, exclamó la muchacha bruscamente, metiéndose delante del viejo en un grán patio, irregular. Se dirigió á un postiguito de la izquierda; estaba cerrado; llamó, mientras gritaba:

—¡Felipa!... ¡Felipa!

—¡Yaa!—dijeron dentro. Se abrió el postigo, entró Amapola y cerró. El viejo, cuando la muchacha le dió las buenas noches, se detuvo en el patio, viéndola alejarse, como con temor de haberla ofendido; echó á andar luego hacia otra puertecilla próxima, y exclamó, encogiéndose de hombros:

—Po lo que é yo... ¡Empleita!



III

EL CUARTELILLO, LA PROLE DE LA REONDA Y EL

CUENTO DE FELIPA.

No es el *Cuartelillo* un corral como el de la *Mosca*, ni como el *Verde*, ni como el de *Esquivel*; sin embargo, viendo el *Cuartelillo*, sin detención, sin análisis, es un corral idéntico á los muchos que encontrará el curioso en Triana. El *Cuartelillo* tiene su sello especial, y conviene decirlo ahora: en los corrales sevillanos podreis estudiar tipos tal vez, podreis estudiar caracteres, pero costumbres no. De las costumbres vá quedando en las capitales andaluzas el recuerdo solamente... no, ni el recuerdo; es otra cosa; es un perfume extraño, especial, singularísimo, que el alma no se explica, pero que lo absorbe, se satura, se hinche de él. La electricidad está concluyendo con todo, hasta con la tradición, lo más arraigado que en los pueblos andaluces hay; más arraigado aún que la Historia... Y eso de que en Andalucía se haya respetado siempre la tradición más que la Historia, no es tampoco falta terrible, habiendo sido la tradición al fin, moza gallarda en su tiempo, á la cual

adeuda la Historia la sangre rica y el vigor que hoy tiene.

¡La tradición! Hé ahí el misterioso perfume de que antes os hablé. La tradición es, como un muerto querido, á quien lloramos aún, porque nos parece que su alma flota todavía al rededor nuestro; los ojos de amor con que le contemplamos, nos hace creer en ocasiones que lo vemos realmente, como si todavía tuviéramos su imagen clavada en la retina; pero la amarga verdad existe. ¡Murió! El espíritu del muerto vá dejando de girar dulcemente junto á nosotros; la imagen se borra, el alma se aleja, el perfume se pierde. Hablemos, pués, de lugares, hablemos de tipos, hablemos de caracteres, y hasta de costumbres hablemos también, pero como una emanación lógica de todo lo anterior.

La puerta del *Cuartelillo*, la principal, por donde entraron Amapola y el grán Borriquita, es anchota y destartalada; dá acceso á un callejón, techado al principio, con escalones á lo mejor, es decir, cuando menos se esperan, por ser cuando menos falta hacen, y puertecillas á un lado y otro; luego siguen las paredes enjalbegadas de cal, pero no me pidais juramento de que la blancura de las paredes, con cal y todo, sea perfecta; siguen las puertecillas, ornamentadas con un grán festón azul y señaladas con números en azulejos, empujados en la pared junto á cada una de las puertas; sobre algunas un latón abollado, de tal modo, que puede estar alguien un momento pensativo hasta caer en que es aquello una canal, pero canal del ancho de la

puerta solamente; en los días de lluvia, recoge esta gárgola originalísima, de dobles fáuces, el agua de aquel trozo de tejado, la escupe por las dos puntas, y los chorrillos de las tejas no caen así delante del hueco. A la derecha, el pozo, con su brocal anchísimo; tendedores con ropa secándose, y la nota nuevecita del corredor, sobre cuatro anchas arcadas; allá, al fondo, puertas otra vez, tejados bajitos sobre las mismas puertas, permitiendo ver aún los otros tejados y las torre-cillas de una parte del convento de San Jacinto, y recortándose duramente sobre este fondo y el del cielo, las siluetas de unos álamos que deben crecer allí por milagroso dón. Rodeando siempre la parte que podríamos llamar la superior, la restaurada, la nueva,—porque hasta el suelo es enladrillado,—se dá con la otra entrada; y en todas partes, en los quicios de las puertas, en lo interior de las habitaciones, más ó menos limpias, pero pobres todas, más que pobres, miserables, terribles algunas; en el corredor, en el lavadero, en la parte arrecifada, con charcos y barrizales cuando llueve que es un gusto; en las esquinas de aquellos paredones sin alinear, por el suelo, en donde quiera que uno fije la vista, encuéntrase algo extraño, extravagante, abigarradísimo; mujeres en refajo, que lavan, que canturrean, que riñen, que murmuran; chiquillos que corren y gritan; perros que ladran ó duermen al sol; mozuelos en grupo, montón informe que juega á las cartas tumbado por tierra; viejos silenciosos, cada uno de los cuales es una obra de estudio para un pintor

que quiera verdaderamente alcanzar renombre; viejas que se peinan unas á otras, ó se espulgan; ó cuchichean no sé qué diálogos misteriosos; chiquillas sucias, haraposas, encanijadas, pero revelando ya al través de la suciedad, de los harapos y del encanijamiento, pasiones que se presienten en sus hermosísimos ojazos de fiera, y en su cara flacucha transformaciones próximas, como la de esos capullos de flores salvajes que estallan de pronto.

Delante de una puerta, una mujer arreglando su guisote, en cucullas junto á un anafe; delante de otra, una matrona de imposible descripción, que amamanta á su rey; en el umbral de ésta, unos chiquillos que se agrupan contando cuentos; sentadas en el brocal del pozo, dos mozolejillas, dos de aquellos capullos de flores, que ya estallaron y ya se abrieron y ya son otras; es decir, ya son mujeres hechas y derechas, garridas, briosas, dentro de su misma complexión fina, con el antes encrespadísimos pelo, apaciguado, vencido, domado, alisado, sujeto, en fin, con su moño famoso, y delante del moño, ya lo supondreis, la flor consabida, pero puesta allí con un arte, que ni el mismo diablo es capaz de inventar con toda su mala intención y toda su retrechería; y en ésta, en aquélla, en cualquier parte, para terminar, ó en medio del patio, ó en donde primero se ofrece, machos y hembras que gritan y cantan á lo mejor y tocan las palmas y se ponen en bailoteo, porque ya se sabe, la fiesta brota en un corral, de repente, como la carcajada de un loco.

Dirigíase á su cuarto el tío Borriquita, repitiendo su conclusión famosa; pero se detuvo de pronto como si

hubiese cambiado de parecer y volvió atrás; aproximóse á la puerta por donde Amapola se introdujo y aplicó un ojo de aquellos vivarachines al ojo de la cerradura. ¡Oh, qué cuadro! La Reonda estaba allí; conocíase que era ella, por su cuerpo anchote; parecía una pelota.

No había en la sala ni un cuadro, ni una mesa; no había un mueble; la Reonda cogía la mitad; la otra mitad atestábase con una legión de chiquillos negros, andrajosos, descalzos; la madre—la Reonda—estaba en el suelo, con una canasta á medio hacer entre las piernas; la prole en el suelo también. Tranquita, el hijo segundo, arreglaba el mimbre; Rebuzno, el hijo tercero, poníalo cerca de la Reonda y Felipa, que trabajaban fieramente. Otros dos gitanillos, el Moro y el Melao, esto es, el cuarto y el quinto, pequeñines, redondos y sucios también, muy sucios, para que no se dijese del honor de la familia, absorbíanse contemplando la faena de la Reonda y de Felipa, gitana de unos catorce años, morenота, bizquilla, graciosa, medio desnuda, porque la sofocó la faena quizás y ella dió al traste á los pingajos que la estorbaban. Un candil pendiente del techo por una tomiza, iluminaba el lugar.

El viejo no pudo ver á Amapola, por más que miró, pero oía perfectamente la voz de Rebuzno, que gritaba:

—¡Amá Reonda! ¡Er cuento der Tantarantán!—
Tranquita, gritó también:

—¡Er cuento, amá Reonda, er cuento!—Y todos á la vez:

—¡Er cuento! ¡Er cuento! ¡Que lo cuente Felipaaa!

Como no les hicieran caso, fué aquello entonces un concertante de mil demonios. La Reonda, que tenía malas pulgas, dió un cachete á Rebuzno, haciéndole rodar por el suelo. La algazara fué inmensa. Felipa dispúsose, tosiendo con gravedad, mientras se iba calmando el tumulto; callábanse los muchachos y empezó este cuento, que yo encontré en mis apuntes y del cual hago copia, para pasmo y satisfacción de los nacidos:

—Po zeñó; esta era una cabrita que tenía cuatro hijito: vivía la cabra en una choza en er campo. Toa las tarde salía la cabra á buscá la comiita y la leña, y á la noche, ar gorbé, llamaba, isiendo:

—Abrí, hijito, abrí, que traigo leche en mis teta, agua en mis cozneta y un jasesito leña pa que sos calientei.

Po vamo, ja qué, la cabrita, tenía un luná branco en una pata; y asomaba la pata po ebajo la puerta la choza, pa que los chivito la desconocieran.

Po zeñó, que había po aqueyo sitio un Tantarantán que tenía mucha gana de comese á los probetico chivo. Lo chivito, los probe, atrancaban la puerta y no poía entrá, y se contentaba con pasá y cruzá po ayí, isiendo con unas vose mu grandísima:

—¡Yo soy el Tantarantán de los Tantarantane ca travieša los monte ji los cañaverale!

Po hijo, que vamo ja cun día, er Tantarantán, que era mu piyo, ¿qué vá y jase? Jué y se amarró un trapo branco en una pata y se jué pa la choza; asomó la pata po ebajo la puerta, y poniendo una vó mu finita er mu

tunante, pa que lo chivo creyeran que era la cabra, ijo iseee...

—Abrí, hijito, abrí, que traigo leche en mis teta, agua en mis cozneta y un jasesito leña pa que sos calientei.

Pero lo chivo, los probe, lo desconocieron y se yenaro ne mieo y ¿qué vá ni jasen? Uno se esconde etrá la orsa, otro etrá er lebriyo, otro ebajo la siyeta... Y er Tantarantán, viendo que naide abría, pegó una patá en la puerta y la jiso peaso. Lo chivo jestaban muerto je mieo. El nesto viene la cabrita y vé la puerta echá abajo y arrancó á yorá ¿y qué vá y jase? Se jué corriendo an cá la comare jormiga y le cuenta lo que pasa. La comare jormiga, ijo iseee...

—No tengasté cudiao, comare cabra, que yo echaré é la choza ar Tantarantán.

Po zeñó, que la comare jormiguita se vá cayandito, mu cayandito, sin que naide la vea, se sube po en drento los carsones der Tantarantán y asina que llega á lo arto, ¿qué vá y jase? Se la agarra ar culo, y empiesa pica que te pica y surra ques tarde, jasta que tuvo que salí juyendo, y ya se quearon ta nalegre, y sa cabó mi cuento con pá ni pimientó, ji mijiya é pán pa mañana almosá.»

Nada quiero decir en esta ocasión del alborozo que produjo en la distinguida prole de la Reonda el cuento del Tantarantán. Mientras duró el cuento, estuvo el tío Borriquita escudriñando por el ojo de la cerradura; veía á Felipa, á la gitanaza, á los gitanillos, pero á Amapola, no.

Una observación hizo; Felipa, sin dejar de la lengua su cuento, miraba á menudo hacia un ángulo de la habitación; Amapola debía estar allí; era imposible verla por el ojo de la cerradura; cuando Felipa acabó de hablar, exclamó, mirando siempre al ángulo que por el ojo de la cerradura no se veía:

—¡Pero mujé, arrímate un poco y no lo tome jasina, que la cosa no é pa tanto!

Amapola se hizo ver entonces del tío Borriquita; arrimó á la gitana un banquillo cojo, en el que estuvo sentada sin duda; pero al sentarse, en el mismo punto en que el tío Borriquita llegó á verla, como si el eco solamente de las palabras de Felipa hubiese sido piedra terrible de toque para hacer estallar no se sabe qué sentimientos profundos, se tapó la cara con un pico del mantón, y rompió en sollozos ahogados.

Felipa fijó los grandes ojos en la cabeza de Amapola, y ardió en ellos un relámpago de no sé qué sublimes ternuras, que la hicieron resplandecer; y á los convulsos estremecimientos de Amapola, la luz macilenta del candil reverberaba en su flor, en su peina, en su cabello lustroso, arrancándole relámpagos también, pero no tan brillantes como aquel de los cariñosos ojazos de Felipilla la cesterá.



IV

DONDE SE TRATA DE CIERTA PELIGROSA LUCHA HABIDA
ENTRE LA JUSTICIA Y UNOS LADRONES Y DE LOS SANOS
CONSEJOS QUE AMAPOLA OBTUVO DE FELIPA.

La Reonda siguió en su trabajo, tranquila, como si no oyese, como si no viese, allí, manejando sus mimbres con sin igual destreza, inexplicable en aquellos dedazos que parecían de plomo, caído el pelo y en maraña, como si nunca hubiera entrado en él un peine, y los gordos labios caídos también y temblándole, como al impulso de invisibles y misteriosos resortes, con el movimiento acompasado de sus grandes manoplas.

Se levantó Felipa al fin, lió á su busto escuálido un mantón indefinible, cuyos dos picos se apuntó en las caderas, cogió á Tranquita de una mano, á Rebuzno de otra, dejó que los demás se agarrasen á su falda, y dijo á Amapola:

—¿Vienes tú?

No pudo ver Amapola la mirada de Felipa, pero le pesó, así, como si la hubiese sentido sobre ella; comprendió también que era á ella á quien Felipa se dirigía, y levantándose prontamente, exclamó, dejando de llorar:

—Sí, sí, que voy también.

—¿Y onde vás tú?—preguntó la Reonda á Felipa.

—A contá los fraile, que mán dicho que farta uno.

--Así contestó Felipa, muy displicente y con un singular torcimiento de hocicos, propio de ella. La Reonda debió quedar convencida con esta contestación respetuosa y clara, porque no despegó los labios y siguió dale que le dás en su noble tarea.

Salió Felipa, salieron los gitanillos, salió Amapola y nadie se fijó en un hombre que corría deslizándose junto á la pared, bajo el pendiente alero del tejadillo, hasta desaparecer en las revueltas del patio.

Detuviéronse en una rinconada Amapola y Felipa. Había salido la luna, pero el lugar donde las dos se detuvieron, guardábalo la sombra de otra pared levantada muy cerca. Empezaron á cuchichear y abstrajéronse de tal modo, que no pudo fijarse la gitana en la desaparición de Tranquita y Rebuzno. Alejáronse los dos sigilosamente y fueron llamando en algunas puertas del corral; parecía el golpe que daban en cada puerta una invocación misteriosa. Iban saliendo chiquillos de aquí y de allí. La noche era magnífica; la luna lo iluminaba todo fantásticamente; aquellos séres chiquitines, haraposos, vivarachos, bullangueros, semejaban entonces fantástica legión abortada en el corral, por los genios de la noche. Aumentó el bullicio á medida que fué aumentando el número; «gritaban, saltaban, aullaban, corrían, daban vueltas en corros, y echábanse zancadillas; aquí llora uno; allí *se mientan la mare*

otros; en otro lugar, un grupo rodea á dos gladiadores que se hacen pedazos con dientes y uñas; una madre grita por un ventanucho:—¡Fulanitooo!...—Otra, asomándose á un barandal:—¡Menganitooo!...»

Hubo un instante en que aumentó el alboroto bárbaramente. Discutíase la clase de juego que comenzarían. Se optó por el juego de los ladrones. Se echó china y el primero que se salió pegó un grito agudo de placer, y tuvo que dar unas cuantas volteretas para calmarse. Se apartó después de los otros, que siguieron echando china. Algunos armaban *jarana* y fué preciso echar china dos y tres veces para ellos. El que salió primero y dió el grito y las volteretas y se apartó de los otros, habíase alzado cuanto pudo sobre las puntas de los piés; alzó también un brazo, cerró un puño á excepción del dedo meñique, y mostrando el dedo, gritaba:

*Poyito, poyito,
er que se sarga
que sagarre á este arbolito.*

Íbanse cogiendo allí los otros dedos privilegiados, hasta que quedó el último infante con la china. Se habían salido todos; pero se hacía necesario echar china otra vez para el capitán, puesto envidiadísimo; *el que se quedó* era la *Justicia*. La misma maniobra hubo que hacer hasta que salió el capitán. Quedó la *Justicia* sola, vuelta de espaldas, para no ver lo que los ladrones hicieran; fuéronse los ladrones con el capitán. Se

iban escondiendo, como los chivitos de la *comare* cabra, por todas partes, detrás de las orzas, detrás de los lebrillos, hasta por encima de los tejados,—y Dios sabrá cómo subirían á ellos,—todo bajo la dirección, como supondreis, del capitán. Cuando estuvieron escondidos, gritó el capitán de pronto á la *Justicia*:

—¡Yaaa!

Era aviso de que la *Justicia* podía empezar á ejercer su grave misión, buscando á los delincuentes. Iban juntos la *Justicia* y el capitán. El capitán gritaba de vez en cuando, con voz que se metía en los oídos como un clavo:

—¡Hilóoo... verdeee!

Y la *Justicia* tenía que contestar en el mismo tono:

—¡Hilóoo... encarnao!

Entonces venía la réplica del capitán, refocilándose porque la *Justicia* no encontraba á los suyos, y su grito era acompasado, lento, para que llegase bien á los que estaban escondidos; un sonsonete especial, que tenía algo de quejumbroso, y cuyo eco perdíase como el último suspiro de una singularísima y extraña nota:

—¡Quietecitooo mi ganaooo!

Era un aviso á los ladrones, para que ninguno se moviese.

Cuando la *Justicia* hallábase lejos de los que estaban escondidos, á su grito de *Hilo encarnao*, replicaba entonces el capitán, en un alarido frenético:

—¡Que salga mi ganao!

Y todos salían en carrera precipitada, dando voces, traspiés, batacazos. A veces era cogido uno por la *Jus-*

ticia antes de llegar al *puesto*. El criminal cogido tenía que hacer de *Justicia* entonces, y otra vez á lo mismo, en algarabía infernal, sin cuidarse de Amapola ni de Felipa: de Felipa, que había cogido la hebra, como la *Justicia* cogió al ladrón, y había espetado á la hija del tío Berrinche este discurso, bajito, muy bajo, pero como si fuese un chorro de fuego que caía en el corazón de Amapola.

«Po tira por donde quiera, que yo no puedo má; á quien el cielo se la dé que San Pedro se la bendiga: con que le peguen fuego á Mecha y con que se lo peguen á Pepiya la de la Rinconá y con que se lo peguen á Paquiro, ya estoy yo fuera de cacho... Y no quieras callarme tú, que á mí no me calla naide, porque no me dá la gana. Y á Paquiro también. ¿Ta jenterao? Yo te quiero á tí, porque eres mu completa, eso; y porque me quieres tú; y porque algunas vece el dinero de tu casa no fué pa el tío Berrinche, sino que fué pa la Reonda... y pa que comieran lo chorreliyo... Y á mí que no me digan. ¿Ves tú? Ya estoy con el corazón é ner gazzate como si tuviera aquí una ruea é molino atravesá; pero una ruea de las más gorda... Y esto na má que porque me güervo tarumba pensando en lo chorreliyo, porque yo soy como si fuá su madre. ¡Si no fuá por mí!... Güeno. Pero tú, ná, ni que yo te diga ni que no te diga: ¡consumiéndote, que te estás queando como unas pavesa! ¿Se fué Pepiya la é la Rinconá? ¡Po mardita sea er demonio, bendita é Dios vaya! ¿Se fué Paquiro tra jeya? ¡Que se lleve er demonio tambié na Paquiro!

Por supuesto: Paquiro está echándosela de grán señó, y es mesté que tú sepa que abrilé ji señore casi tós son traidore: Anda, tonta, que tú ere primero que naide. Échate por otra vereá, que pa tí lo jará. ¡Si é lo que yo digo: etente, bruto, que primero é San Canuto! Y la bruta lo serás tú si no miras por tí. ¡Josú, hija; si está jespampanándote del aperreo en que vive! Yo te lo digo, y mira tú que con lo sojazo que yo me traje de la centrañita de la Reonda, á mí no me la dán: Paquiro vá otra vé an cá Pepiya; Paquiro viene otra vé aquí; Paquiro habla otra vé con la gente. Y lo qué jer tío Borriquita está ya en el ajo, como si lo viera: ¡por eso te habrá preguntao esta noche co retintín que onde venía! Y cuando truena la cuba é Rota, el agua viene que trota. El tío Borriquita se lo contará al tío Berrinche. ¡Con que mucho ojo! Er que ha de arañá que no güerva la cara atrá. Sigue mi consejo, que más vale cagarruta doveja que bendición dobispo... Y me voy ya, que Rebuzno está llorando, y es cargún piyo de eso larrió un cate. ¡Jay, que ya estoy jasta er mismísimo moño con Tranquita y con Rebuzno y con toa esta prebe, que no ha nasío na má que pa quemarme á mí la sangre!»

Y Felipa, acabando ya su discurso, con las manos en la cabeza, echó á correr hacia el lavadero. Pronto se enteró de lo ocurrido: Tranquita, el angel de Dios, era uno de los facinerosos en el juego de los ladrones; quiso esconderse en una orza para huir así con santo horror de la *Justicia*; pero la orza estaba llena de agua;

y como el criminal se echó en la orza de cabeza, sin encomendarse á Dios ni al diablo, túvose con esto, que empezó á tragar agua, no muy limpia, si ha de decirse todo, y á patear con los piés hacia arriba y fuera de la orza, como supondreis. Rebuzno empezó á llorar como un descosido; los otros muchachos gritaban al rededor de Rebuzno y al rededor de la orza; Tranquita, mientras, hartábase de agua sin querer, y en su pataleo, repartía coces en las narices á quien se acercaba en su ayuda. Pero Felipa corrió á la orza valientemente, se cogió como una fiera á los zancajos del granuja, detuvo aquel tremendo vén-que-te-vás, á costa de algunos chichones, y tirando hacia arriba, inútilmente, empezó á dar voces lastimeras en demanda de auxilio. Felipa gritaba aturdiéndose más con los gritos de la multitud; algunas comadres cogiéronse á la orza como energúmenos; otras, á los calzones andrajosos y á los piés de Tranquita, y estuvo el mísero expuesto, no solamente á morir de un atracón de agua sucia, sino á ser descoyuntado por los espíritus piadosos del corral.

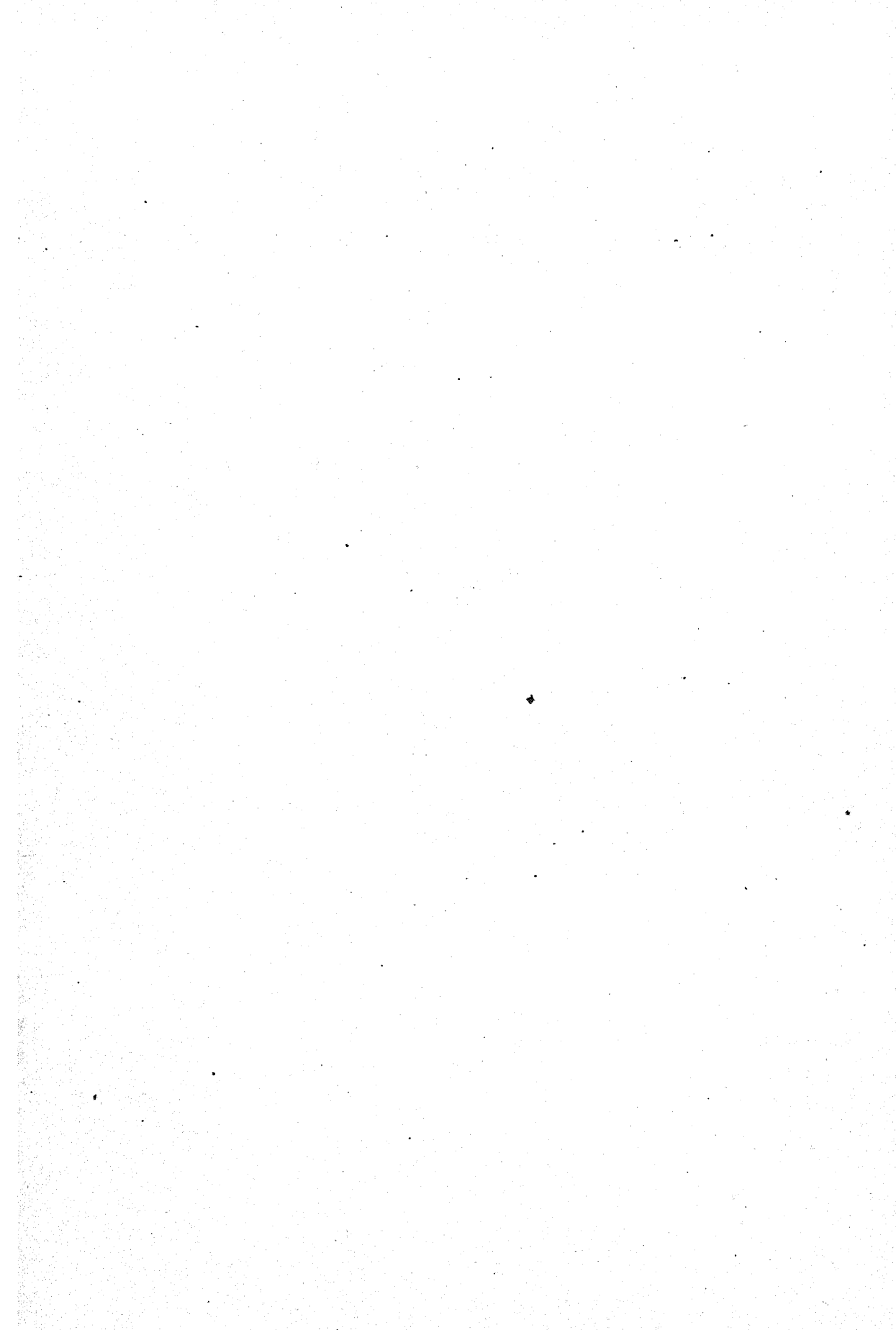
Otras madres se llevaron á la sala á sus chicuelos, calentándolos por el camino con una tunda feroz; pero los más de los chicos habíanse apartado oportunamente de la orza funesta, escondiéndose, para huir de sus madres, con mucha más astucia que antes lo hicieron para huir de la *Justicia*. Salió, al fin, el mísero, de la orza. Logró este éxito quien todo lo consigue, quien todo lo puede, quien todo lo dispone, el personaje omnímodo: la casera. Pero Tranquita estaba medio ahogado,

y hubo que hacer yo no sé cuantas cosas para volverlo á la existencia. Su hermana parecía loca de pesadumbre. ¡Ah, Felipa! Los chorrelillos eran su único amor y hubiera dado con ansia toda su sangre por ellos.

Agarrábanse no sé qué congojas al corazón al ver á esta criatura, llena de andrajos, descalza, con el pelo caído, llorando como una Magdalena. No acierto á decir qué cosa había en Felipa, al llorar en aquel momento, que la hacía aparecer de otro modo, hasta el punto de olvidarse, quien la contemplaba, de sus andrajos, de sus greñas, de su flacura y hasta de sus ojos bizcos, hinchados de llorar entonces, por el sentimiento que produjo en la muchacha la idea solo de que Tranquita hubiese podido morir. Tranquita por su parte, empezó á echar agua de la que había tragado, vaciándola toda en un periquete; otro éxito debido á la ilustración grandísima de la casera, que puso de nuevo al gitanillo cabeza abajo algunos minutos, para que no perdiese la costumbre, sin duda; y después de haberse quedado vacío y de haberle dejado la casera desnudo, porque los guñapos se le pegaban al cuerpo, que era una gloria; mientras Felipa lloraba, pensando, lastimeramente, en lo que habría podido ocurrir al chiquillo, revolcábase el angel de Dios en el suelo, junto á la Reonda, atracándose de una rebanada de pán con manteca que le atizó cierta vecina, para fin y remate. También conviene advertir otra cosa al lector discretísimo: aunque comiera y se revolcara á la vez, quedábale todavía alguna ocasión, aprovechada eficazísimamente, por cier-

to, para hacer mohines y sacar la lengua á Rebuzzo y á los restantes chorrelillos, haciéndoles rabiar de este modo, porque á ellos no les habían dado pán con manteca y á él sí. De la Reonda no diré nada: la Reonda, remedando la grán frase del ilustre tío Borriquita, aunque el cielo se hundiera, encogíase de hombros, exclamando:—Yo, ¡canasta!—Efectivamente: durante todo el barullo anterior y aunque se dió luego cuenta perfectísima de lo ocurrido, no levantó los ojos y siguió en su trabajo con frenesí espeluznante.





V

DE LA SINGULAR AVENTURA QUE OCURRIÓ Á AMAPOLA

DELANTE DEL CONVENTO DE LAS MÍNIMAS.

Cuando se retiraron los vecinos; cuando Felipa se tranquilizó un poco al convencerse de que su hermano, por mucha agua que tragó, no había sufrido alteración en su importante salud; cuando le vió dormir tranquilo, después de haberle envuelto con solicitud muy grande en unos guñapos, que no parecía sino que eran damascos y cachemiras que acababan de tejer, según el esmero con que los estuvo arreglando, para cubrir con ellos la escuálida y sucia figurilla; cuando todo esto hizo, pensó ya en Amapola, acordándose de lo último que habló con ella. ¿Dónde se metió de pronto Amapola que no la volvió á ver?

Bién lejos estaba Amapola de figurarse que los gritos pudiesen ser porque la preciosa existencia de Tranquita peligrase. Tenía que irse pronto para arreglar la cena del tío Berrinche; como en ley y razón ninguna réplica justa podía oponer al discurso de la gitana, y

aunque hubiera tenido que replicar algo, como no pudo hacerlo, porque la gitana salió á escape, allá traspuso Amapola también, sin pensar en el conflicto en que Tranquita quedó y en el conflicto en que este conflicto á su hermana metía.

Allá traspuso, sacando fuerzas de voluntad; pasó, al salir, á la vera de un San José en azulejos, iluminado por un farolillo de luz melancólica; alzó los ojos al San José; no sé qué cosas diría la muchacha al santo con aquellos ojos grandes, dulces, negrísimos, llenos de piedades y lágrimas, ni qué otras cosas le contestó San José bendito; pero es lo cierto, que Amapola pareció animarse; algo bueno le contestaría el santo Patriarca, no tiene duda. Al volver la esquina en el mismo patio para entrar en el callejoncillo que dá á la puerta de la calle del Ruiseñor, volvió la cara nuevamente, lanzó un suspiro de tranquilidad y se alejó por último. San José pareció sonreír; la luz macilenta del farolillo pareció animarse, y hasta las cortinillas encarnadas, de muy dudosa limpieza, que caen del dosel dificultoso que al bendito Patriarca cobija, parecieron moverse y aún flotar, al impulso de no sé qué céfiros sutiles, como para decir á la muchacha amistosamente: — Anda con Dios, que San José se acuerda.

Salió Amapola muy diligente en dirección de la calle de San Jacinto. «¡Qué ajena estaba Amapola, cuando encontró al tío Borriquita al salir del puente, de lo mucho que iba á llorar aquella noche! Con lo que le preguntó el tío Borriquita, de si sabía algo de Pepa

la de la Rinconá, con aquello empezó á ponerse de mal humor; y era, de seguro, que el tío Borriquita estaba ya enterado de la vuelta de Pepa...».

«¡Creyó morirle al saberlo! ¡Si por algo quiso ella ir al *Cuartelillo*! ¡Si por algo le dió el corazón, todo el día, que en el *Cuartelillo* iba á tener un disgusto muy gordo aquella noche!» Se interrumpió Amapola en sus reflexiones, é hizo un mohín, con que hubiera confundido, en aquel instante, á los ediles de Sevilla. ¡Se había metido en un barrizal! ¡Adiós puntita de randa de su enagua! ¡Adiós vestido acabado de planchar aquella tarde! Jamás una cara tan linda se desfiguró con un gesto tan desesperado. Amapola no lo podía remediar: una persona sucia le inspiraba horror, como el más terrible de los animales.—¡Puerços!—refunfuñó.

Saliéndose de allí, anduvo de prisa, y procuró olvidar todo lo ocurrido. Hasta llegó á parecerle imposible que hubiese llorado. «¡Llorar ella!»

«¡No volvería á suceder; eso de llorar se quedaba para la gente sin sangre, blanducha y de poco empuje! ¡Ay, virgencita de la O! ¡Aquel mal hombre de Paquiro tuvo la culpa de todo! ¡Mire usted que ir á enamorarse de Pepa la de la Rinconá!... ¡Y vaya una lagarta que era Pepa la de la Rinconá! ¡Con unos modos!... ¡Y una desvergüenza!... ¡No, lo que es tocante á vergüenza, ni chispa! ¡Eso no tenían que decírselo á Amapola! ¡Es claro!... ¡Y Paquiro se volvió loco por Pepa la de la Rinconá; loco, pero no así como quiera, sino desde hacía mucho tiempo!...» Amapola no pudo contener un

suspiro, que salió silencioso, muy silencioso, de aquel corazón suyo, enamorado y ardiente.

Con su monólogo desconsolador habíase olvidado del tío Berrinche y de la calle y del barro; se levantaba el vestido maquinalmente, y andaba muy ligera, por ser costumbre suya. Por eso no pudo fijarse en una cosa al salir del *Cuartelillo*; enfrente, en la misma calle de Febo, y como á unos treinta pasos de la puerta del corral, había un bulto informe; ni Amapola, ni nadie, y más aún no estando avisado, hubieran podido definir lo que aquello era. Brillaba la luna, pero estaba el bulto como empotrado en la pared y la pared cubierta de sombra, como mancharrón enorme destacándose vigorosamente en aquel mar de luz, que inundaba la calle y el egido, arrancando destellos inverosímiles á los casucos y á las paredes recién blanqueadas del corral de la *Mosca*, y extendiéndose con dulzura por todo aquel paisaje sobrenatural.

Cuando Amapola anduvo un poco, el bulto se destacó de la pared. Era un hombre. Siguió cautelosamente á la hija del tío Berrinche. Avanzaban los dos á igual distancia; cruzábanse con algún transeunte, que seguía su camino sin hacerles caso; Amapola, embebida en sus reflexiones, tampoco se fijó en el fantasma misterioso que iba detrás, pegándose á la pared, como con temor de ser visto. En lo más importante de su monólogo estaba Amapola; había suspirado, y aquel suspiro salió de sus entrañas quemándole el corazón y humedeciendo sus ojos.—¡A que voy á llorar otra vez!

—pensó. Hizo un gesto saladísimo, como queriendo burlarse de sí misma, y siguió pensando:

—¡Ay, Dios mío de mi alma; parece imposible, y lo ciegos que son los hombres!—¿Por qué se hacía Amapola esta reflexión en lo hondo de su conciencia? ¿Porque Paquiro cegó indebidamente con Pepilla la de la Rinconá, ó porque estaba tan ciego que no se dió cuenta del amor en que Amapola se abrasaba? Asunto es ese, que ni la misma Amapola hubiera podido explicar entonces; tan inesperado fué lo que le ocurrió y tan grande la sorpresa que le produjo.

Salió de la calle del Evangelista y torció á la derecha, por la de Pagés del Corro. El hombre avanzó precipitadamente; parecía una sombra según la rapidéz con que iba deslizándose, sin hacer ruido. Amapola no tenía miedo, por su costumbre de salir á cualquier hora, sin que la acompañasen, y por no saber además en aquel punto, que le seguían.

La fragua del tío Berrinche hallábase allá, al extremo de la calle de Pagés del Corro, y Amapola avanzaba, sin imponerle temor alguno aquel cielo sombrío, ni aquellas nubes, como gigantes negros, encadenados unos á otros, para interceptar la luna, que se ocultó al fin, ni aquellos portales, como ataúdes vacíos, con los portones diminutos de su fondo, á cuyo través divisábase la luz, como se vería el sol en un nicho por las junturas del ataúd roto; ni aquellos faroles, sin cristales, maltrechos, imposibles, con luces que se tambaleaban como borrachos de acá para allá, según al viento

le diera la manía, como no las apagase en el primer envite; ni aquellos balcones, á la altura de la cabeza, y en el fondo la torre de Santa Ana, como mancha imponente, recortándose en el cielo y rodeada de estrellas.

Iba Amapola llegando á las Mínimas; no se veía un alma por aquel sitio; allá lejos había un farol, pero con luz tan débil, que apenas alumbraba un metro en torno; un gozquecillo escarbaba en un montón de basura. La sombra avanzó más; estaba ya muy cerca de la muchacha; dió un salto... Sintió Amapola escalofríos en la sangre. Una mano dura habíase apoyado pesadamente en su hombro. Volvió la cara y conoció á quien la detuvo.

—¡Mecha!—exclamó ahogadamente, pretendiendo huir.

—¡Cáyate!—dijo el hombre. La había cogido una mano.

—¿Qué quieres tú?—rugió ella, queriéndose soltar.

—¡Te lo dije!... ¡Estoy diciéndotelo tó los días!

—¡Yo también te lo dije muchas veces: no te he querido ni te querré.

—¡Te haré peazos!

—Y aunque hagas lo que has dicho ¿tendrás por eso mi corazón? ¿Tendrás mi alma? ¡suelta y déjame ya!

Su acento era despreciativo, orgulloso, pero reconcentrado, como si temiese que la oyeran; quiso soltarse otra vez; forcejearon; escuchábase la respiración agitada de los dos; anduvieron así un poco; ella no pudo seguir; detuviéronse bajo el farol, delante mismo de la

puerta de las Mínimas; la luz caía á plomo sobre aquellas dos figuras: miráronse, y los rayos de aquellas dos miradas parecieron puñales que se hundían mutuamente, el uno al otro, en los ojos. El perro levantó el hociquillo del montón de basura, se volvió rápidamente hacia el grupo y quedó mirando, en grave actitud, lo que allí sucedía.

—¡Cobarde, cobarde!—repitió ella ahogadamente.—
¡Maltratas á una pobre mujer porque no tiene quien le ayude!

—¡Vén conmigo!—exclamaba él; y crujía su dentadura como la de un perro de presa, próximo á dar la dentellada.

—¡No y no! Suéltame ó grito y sea lo que Dios quiera.

—¡No gritarás!

—¡Gritaré!

—¡No!

Hubo una pausa; contempláronse fieramente: ella, ceñuda, despreciativa, sin temblar, adivinándose en su rostro franco la vergüenza y la ira que estaba sufriendo. Él, decidido, feroz, el sombrero hacia atrás, contraidas las cejas, llameantes los ojos, apretándose con los dientes, blanquísimos y menudos, el labio inferior hasta brotar la sangre, dilatada la nariz con no sé qué furores, revelando, en fin, su rostro cetrino, anguloso, de facciones desencajadas, una pasión inmensa que hacía estremecer.

Amapola intentó, inútilmente, desasirse de aquella mano nervuda que la aprisionaba.

—¡Vén conmigo!— repitió él, quemándole el rostro con el aliento.

Amapola gritó; el gozquecillo empezó á ladrar con furia; abrieron un balcón próximo, se asomó una mujer y puso el grito en el cielo, llamando á la guardia; el gozquecillo ladró más. Mecha rugía, estaba ciego: no pensó en nadie, ni en el peligro que pudiera correr, ni habría sabido explicar el propósito suyo. Abriéronse otros balcones; salieron otras mujeres y gritaron también, pero nadie acudía en favor de Amapola; al gozquecillo únicamente tuvo por adalid hasta entonces; cesando de ladrar se fué á Mecha varias veces, colgándosele á las pantorrillas, con mejor intención que éxito. Aumentaron los gritos; Amapola retorciase queriendo escapar; Mecha rugía... Salió de pronto un hombre de un portal de la Cava; corrió hacia la mujer, la fiera y el perro, levantó la mano, dejola caer como una maza sobre la cervíz del bruto, dió el bruto un resoplido y rodó por tierra.

Amapola respiró de gozo al verse libre. El gozquecillo se echó atrás de un salto para que el otro no le aplastase en la caída, levantó después el hociquillo húmedo hacia el valiente defensor, le miró muy grave y movió al fin el rabo, como queriendo decir:

—Caballero, muchas gracias.



VI

LA FRAGUA DEL TÍO BERRINCHE.

—¡Suena, Bronquita! ¡Suena, ma lange, que te voy á rompé el arma de un escobaso como te quees dormío!

—¡Tío Berrinche, pero si ya no pueo má!... ¡Si estoy siempre dale que le doy!

—¡Suena y tate cayao, mira que te meto la escoba po lo jocico; que tú siempre ha de retornicá á las persona mayore!... ¡Suenaaa!

—¡Pero si yo me cayo y no retornico, tío Berrinche!... ¿No estás té viendo que le doy ar fueye con toa mi gana?

—¡Ni tú ere sonáo... ni música! Y en fín, ¡que te dicho que cayel!

—Pero ¿yo digo argo? ¡Por vía er mundo!

—¡Pero mardito, cósete la jeta pa que yo no te óiga má! ¡Y si no, verás tú como yo te la coso!—Y el tío Berrinche empezó á deshollinar furiosamente la cara sucia de su aprendiz con la escoba de la fragua.

Era que el tío Berrinche hallábase furioso; nunca

como aquella noche le vió su aprendiz así. El tío Berrinche no trabajaba ya; tenía una fragua, pero como envejeció ya mucho el hombre y como los negocios no fueron muy mal desde hacía algunos años, puso en la fragua al oficial correspondiente, con su majador y su sonador, quedándose el viejo para la dirección y entrega del trabajo. ¡Ah, tío Berrinche, digno compañero y amigo del grán Borriquita! Sufrió el aprendiz la impresión que supondreis, cuando el viejo le embutió en la cara la escoba negrísima y húmeda con el agua del barril; pero fué su impresión más grande aún al ver incomodado al tío Berrinche, y eso os dará una idea del carácter pacífico del abuelo de Amapola. El aprendiz hacía más de dos años que estaba en el taller, y vió aquella noche de mal humor al maestro por vez primera.

También hay que advertir una cosa, que puede disculpar al tío Berrinche: por vez primera faltaba al taller el Mecha aquella noche, olvidando su obligación, y por vez primera iba á faltar el tío Berrinche á un cliente, no presentándole la obra con oportunidad. Según la alta lógica del aprendiz Bronquita, aquello le quemaba la sangre al tío Berrinche, le mordía, ponía-le furioso. ¡Ah!, pero también pensó Bronquita que la falta de Mecha podía remediarse: gracias á Dios, estaba el viejo en el mundo para suplirle; y que no le picasen el amor propio en lo de mantenerse tieso toda una noche ante la boca de la fragua ó al pie del cepo, porque todavía conservaba su buena sangre el tío Berrinche y unos puños que ni de encargo; como dijera él

allá voy, ni el *majaó* con el macho, ni siete *majaores* al voleo, aplastaban juntos con los siete golpes el hierro caliente, como él lo aplastaba con su martillo al dejarlo caer, de tal modo, que no parecía aquello pieza de forja en yunque, sino masa blanduzca, según la boca del martillo hundíase en ella al primer porrazo.

El aprendiz, en el rincón, sobre un tarugo, como santo en peana, cogíase á los fuelles, y éste quiero, éste no quiero, dábase un tute de soplar digno de aplauso; de un fuelle tira y el otro empuja, movía la cabeza desesperadísimo por los esfuerzos que le era preciso hacer, y porque no podía quitarse de la cara las huellas poco agradables de la escoba; alguna vez miraba al tío Berrinche desde su rincón, preguntándose, curiosamente, á sí mismo, las causas verdaderas del mal humor del viejo.

Sí, señor; el tío Berrinche se puso al trabajo en lugar de Mecha, porque lo que era á él ningún zascandil le hizo nunca la ley. ¡Rejaza! Pero si el tío Berrinche podía ponerse en lugar de Mecha, no podía poner á nadie en lugar de Amapola, allí, á su lado, ó arriba, en el cuartito, para oírla cantar alegremente aquellas coplas, cuyo eco metíase en el alma cual viva luz, como si al estar de noche el taller á oscuras, porque echaran carbón en la olla, ahogando el fuego un instante, rompiera la llama de pronto por entre las grietas rojas, iluminándolo todo alegremente y reproduciendo las siluetas del tío Berrinche y de Cojo Garrote, allá en el fondo, como dos sombras de gigantes.

—Suená má,—gritó el viejo, cogidas las tenazas con la mano izquierda, y la escoba en la otra mano, sacudiéndola artísticamente alguna vez sobre la llama, para que cayese en ella el agua que el asunto requería; —suená má, que esta noche vá á ardé er gayo ¡esaborío! ¡Que ya voy, prepárate tú, Cojo!

El majador prepárase, el tío Berrinche revuelve las tenazas para remover el hierro en la olla; investiga con el *espetón*, cubre rápido con el *allagaó*, las áscuas que se resbalan y mueve otra vez el hierro: debe ser una calda, porque suelta la escoba prontamente, y coge del arenero un puñadito de arena; se inclina hasta meter la cabeza bajo la campana casi y rocía la arena de modo que caiga sobre el hierro; otra vez el *espetón*, otra vez el *allagaó*...—Vivo ¡venga la escoba!... mardita sea, hombre, mójala que me las dao seca.—Rocía el agua cuidadosamente, como si rociara sobre un enfermo grave agua milagrosa de salud, suelta la escoba, escúpose en las manos, se las refrega, coge el martillo, se prepara el majador, el aprendiz aprieta como nunca, arranca de pronto el tío Berrinche con la mano izquierda la tenaza que aprisiona el hierro, ayúdase con el martillo para pasarlo al yunque, cogiéndolo por la parte caliente como con un gancho, cae sobre el yunque el hierro, arrojando chispas que llueven al rededor como tropel de estrellas de oro, entra el macho, sigue el martillo, el fuelle cesa en su resoplido de toro, y mientras el oficial y el ayudante trabajan en el hierro, las llamas de la fragua ván extinguiéndose, y las figuras del ma-

jador y el oficial, que antes se proyectaban en los muros como sombras de gigantes, ván desapareciendo, ván desvaneciéndose, ván borrándose, se pierden al fin. El martillo y el macho dán en el hierro que se ennegrece ya con el frío, ó repican, haciendo primores en la bigornia, y al compás del martillo y el macho, el aprendiz, hundido en la penumbra y recostado en el fuelle, canta adormilado:

*Cinco añiyo te querío,
cinco añiyo de pesare,
y ya no te pueo vé,
mardita sea tu mare.*

Estaban en esto, y empujaron de pronto la puerta. Volvió la cara el tío Berrinche; en la sombra divisábase una graciosa visión: no se le veía el semblante, pero al tío Berrinche no era preciso que le dijeran quién había entrado.

— Bueno, dijo, ya está aquí ésta;—y tiró á un lado el repartidor, y echó en el barril la pieza ya concluida y roja aún por el fuego, que había resplandecido hasta entonces en la negrura del taller, como un enorme ojo cuyo brillo apagábase lentamente. Avanzó Amapola sin tropezar por entre los mangos de tajaderas, estampillas y punzones, que se enredaban en el suelo.

— Yo soy, dijo alegremente.

Anduvo sin vacilar, llegó hasta el viejo, se empinó sobre las puntas de los piés y le besó en la boca, confundiendo el beso de Vulcano y la Ninfa en el estrépito

ronco, que hacía el hierro candente al apagarse en el agua cenagosa del barril. Delante de la bigornia, Cojo Garrote, con su herramienta al hombro, contemplaba impávido esta escena, y el aprendiz, echado sobre el fuelle, pensaba con filosofía en el grán escobazo que el tío Berrinche le sacudió en los hocicos. De pronto empezó á sonar, sin que nadie se lo mandara, y con su cuenta y razón por lo tanto; como que lo que quería era avivar el fuego «pa vé á la Pola un ratico. Mardita sea, ¡como que la Pola tenía una cara aniguá que la Vigen!»

Y lo logró, con el aliento del fuelle y con un oportuno espetonazo que dió Cojo Garrote á la hulla; al principio se levantaron las llamas, saltando de carbón en carbón, como palomitas doradas y azules que revolotean alegremente; uniéronse todas luego, proyectando otra vez allá, en el fondo, aquellas grandes figurazas, dobladas por las piernas en el ángulo del suelo y la pared, y por los hombros, en el otro ángulo de la pared y el techo.

Sin tocar á Amapola para no ensuciarle el mantón, la hizo desviar un poco el viejo y que levantara la cabeza. ¡Ella reía!... ¡Reía!... ¡Gran Dios, qué risa la de Amapola!

—¿Está jalegre de vera?—la preguntó admirado. ¡Hacía mucho tiempo que no la veía tan satisfecha!

—Sí, abuelo—dijo Amapola, centelleante los ojos de placer. La viva llama envolvíala toda, arrancando reflejos á sus ojos claros é inteligentes, á su cútis blan-

quísimo, á sus dientes que resplandecían entre aquellos dos labios carnosos, húmedos, palpitantes, y hasta parecían arrancar relámpagos y risas al lustroso cabello y á los rebeldes rizos que se enroscaban en su nuca como diablos juguetones.

Respiró el viejo con ansia, como si quisiera llenar su corazón y sus entrañas, con aquel perfume de salud, de limpieza y de frescura, que parecía emanar de Amapola; la miró más atento, y díjola otra vez como si dudase:

—¡Rejaza! ¿Pero es verdá to esa alegría?

—Que sí, que es verdá, abuelo, contestó ella, echándose á reir.—Se alzó nuevamente sobre la punta de los piés, dióle otro beso y se dirigió á una escalera, medio hundida en la sombra; salvó los primeros peldaños y desapareció al punto.

El abuelo quedó como en éxtasis, viéndola alejarse; cuando la alegre visión hubo desaparecido, miró á Cojo Garrote, miró luego á Bronquita, tiró el martillo de pronto, y gritó alegremente:

—¡Rejaza! ¡Po que er mundo se junda; que yo no trabajo má jesta noche!



VII

¡AMAPOLA CONTENTA!

Bronquita estaba de enhorabuena; Cojo Garrote también; había motivo para que lo estuviesen; el tío Berrinche convidábalos á cada momento; estaba amable, gozoso, no regañaba, no gruñía. Nunca el tío Berrinche fué mal hombre, pero en aquellos días fué mejor hombre que nunca.

Conocíase la alegría de Cojo Garrote en que andaba menos cojo que de costumbre: no lo extrañeis; para medir los grados de alegría ó disgusto de Cojo Garrote era preciso fijarse en su cojera: era el majador caballero de pocas palabras; para decirlo mejor, no hablaba nunca; sus ojos, de color indefinible, sin brillo, sin vida, y su semblante flágido, larguísimo como su cuerpo, nada podían expresar tampoco; para entenderse con sus semejantes, permitíase el buen Cojo Garrote un gruñido más ó menos gutural; con el diapasón de este gruñido, tenía que darse por satisfecho su interlocutor, adivi-

nando lo que le quisiese decir; pero ya que no con el espíritu, asomándole á los ojos; ya que no con los rasgos de su fisonomía, porque la fisonomía de Cojo Garrote no tenía rasgos; ya que no con la voz, en fin, los piadosos cielos habíanle dado un modo muy original de hacer partícipes á sus semejantes de sus sensaciones más ó menos profundas, ya alegres, ya tristes, particularmente en los dos últimos extremos de tristeza y alegría; conocíasele en su pata coja; es verdad que esto solo podía ser cuando Cojo Garrote andaba; como su marcha fuese regular, tarín, tarín; como fuese lenta, humor de los diablos; como fuese más lenta aún, el acabóse; que no le miraran, que no le hablaran; ningún rasgo de sus facciones cambiaría, es verdad; sus ojos parecerían de muerto, como siempre, pero el gruñido de Cojo Garrote sería feroz. En cambio, como anduviese ligero... ¡Oh, dioses benignos!, alegría; como corriera, delirio loco de placer. Debo ahora sentar aquí una advertencia á que mi lealtad me impulsa: Cojo Garrote no corría jamás.

Este particular estudio del majador del tío Berrinche, no lo hice yo; lo hizo Bronquita detrás de los fueles, en sus largas horas de soplar, para que el hierro se caldease.

El sonador de una fragua es un *filósofo*. No hay trabajo en el mundo tan cruel como el de darle al fuelle; es un trabajo monótono, triste, además de la fatiga que produce.—¡Achucha! ¡Achucha!—le grita el oficial al sonador; *achucha* el pobre lo que le es posible, y para

hacer su tarea menos pesada, cuenta las vigas del techo un millón de veces, los desconchones de la pared, las hebillas de las tenazas, las piedras del suelo, si las hay, las junturas de los ladrillos, si el suelo es enladrillado, las herramientas, todo cuanto al alcance de su vista se encuentre; una mosca que pasa, una voz que se oye en la calle, una lista de sol que se introduce por un agujero como risilla cariñosa, todo por insignificante que sea, es fuente de dulce murmullo, donde el sonador zambulle su pensamiento, aliviándose por una millonésima de segundo de la maceración que le agobia. Figuraos de este modo, si tuvo tiempo Bronquita, y placer además de tiempo, para estudiar las misteriosas cualidades de la *pata fóllica* de Cojo Garrote. Bronquita nos hizo conocer á Cojo Garrote, pero vosotros direis: ¿Y quién nos hace conocer á Bronquita? ¡Ah, lector amable! Bronquita, si encuentra ocasión, se dará á conocer por sus propios actos.

Era lo cierto, que Amapola estaba alegre y que su alegría motivaba la satisfacción de todos en el taller del tío Berrinche. Hasta Canelo dignábase lanzar, de vez en cuando, estentóreo ladrido de felicidad. Canelo, para que lo sepais, era el perrillo que salió á la defensa de Amapola en una memorable noche; digo memorable, porque el terror y la alegría se unieron esa noche en el corazón de Amapola, para estampar allí un sello indeleble; terror de aquel instante terrible en que se vió de pronto acometida por el delicado Frasquito Cruz, alias el Mecha; y alegría...

Os estareis preguntando, desde que vísteis entrar en la fragua aquella noche á la nieta del tío Berrinche, la razón de su alegría. Guardó Amapola gran reserva sobre este asunto; á nadie dijo una palabra, y cuando la vieron alegre, nadie le preguntó tampoco. ¡Rejaza! Con que estuviera alegre había ya bastante.

Aunque pasaron muchos días, no puso Mecha los piés en el taller, y se observó, por cierto, una cosa muy singular: Amapola nunca se había dignado dirigir la palabra á Mecha, como éste no la importunase, y desde entonces, preguntó por él á menudo; parecía impaciente, febril; asomábase á la puerta ó á su balcón lleno de flores, como esperando á yo no sé quién, personaje misterioso que nunca llegaba. ¿Esperaría á Mecha?

Hé ahí una pregunta que se le ocurrió más de una vez al tío Berrinche. El tío Borriquita meneaba la cabeza con majestad en sentido negativo y encogíase de hombros, lanzando su grán frase. Un día en vez de decir ¡empleita! al encogerse de hombros, exclamó con grán parsimonia:

—A quie naguarda é ja otro; me la dicho quie nestá enterao.

—¿Cómo á otro?—preguntó el tío Berrinche con una boca de á cuarta.

No pudo el tío Berrinche sacar una frase más á su digno amigo; esto le quitó la satisfacción primeramente, le aburrió después, le desesperó al fin, pero como Amapola continuaba satisfecha, acabó por encogerse

de hombros también y que todo se lo llevara el diablo, mientras ella continuase así.

Allá, en la segunda quincena de Enero, en una tarde desapacible, bien diferente de aquella en que te honraste ¡oh lector! conociendo al grán Borriquita, se presentó en el cuarto de Amapola Felipa la cestera con una grán canasta, renegando de todo bicho viviente, por no encontrar quien cargase con ella. «¡Y lo chorreliyo sin comé ná en tó er día! ¿No era eso un jachare, hombre?»

Amapola le dió pán, le dió queso, le dió higos, ¡vaya canela! Recibíalo todo Felipa, sin chistar, pensando en el festín que Tranquita, Rebuzno y compañía, iban á tener aquella tarde. Quería decir á Amapola que se lo pagara Dios, como corresponde hacer en caso semejante á las criaturas bien nacidas, y le faltaba el aliento, contentándose con mirar á Amapola con ardiente amor, apretando sobre su pecho escuálido las vituallas como si apretase á su protectora y amiga.

A todo esto no dejaba de hablar Amapola: Felipa salió de su éxtasis de gratitud; puso atención á lo que Amapola hablaba, é iba quedándose como si fuese de piedra, al oír todo aquello. Hablaba Amapola; hablaba risueña, palpitante, conmovida, accionando como si se encontrase en tremenda lid unas veces, como si demandase piedad otras... «Ya no sabía qué hacer; era mucho aquello; se defendió como una leona y Frasquito Cruz, aquel charrán de Mecha, apretaba como un lobo.» Hija, ¡y eso que salió gente gritando, y que Canelo no

hacía más que ladrar y morderle! ¡Pobrecito Canelo! Abajo está con Tranquita; se vino conmigo y desde entonces no se separó de nosotros. Pues verás; lo que es Mecha, nada: el muy pillo se volvió loco. ¡Los arañazos y los bocados que le dí!... no quiero decirte; lo mato si llego á tener fuerzas. ¡Permita Dios que lo coja un toro y lo destroce! Ni sentía ya los gritos de las mujeres, ni los míos, pidiendo que me socorrieran, ni los ladridos y los bocados del perro. Y lo que es yo ¡figúrate! me lo como si no hubiera sido un jastial tan grande. Hija mía, yo estaba muriéndome. Me trepó allí, junto á la misma fachada de las Mínimas; iba á caer... el bruto me aplastaba ya con sus manotas. ¡Uf! Entonces, entonces fué cuando vino el otro y le mete un porrazo que me lo tumba. ¡Figúrate lo que me entró por el cuerpo, al ver que el otro era Paquiro!

—¡Paquiro!—gritó Felipa.—¡Anda, morena!—y como si ya le estorbasen para escuchar bien, arrojó de golpe en la canasta los higos, el pán y el queso.

—¡Figúrate! ¡Entonces sí que me moría! Se me escapó el alma del cuerpo y me eché á llorar. No sabes, me consolaba como á una chiquilla. «Anda, que eso ya pasó; no seas tonta y descuida tú, que yo estaré alerta.» Y Amapola imitaba gentilmente la voz afable de Paquiro.—En cuanto ese pícaro te vuelva á mirar, le re-tuerzo el pescuezo.—¿Yo?... ¿qué te diré? Con el alma yéndose y viniéndose y una congoja me quita el aliento y otra me hace decir tonterías, y aquí caigo, y allí me levanto. ¡Indino! ¡Mira tú que no acordarse en aquel

momento de todo lo que nos queríamos cuando muchachos! Mira, me acuerdo como si fuera ayer; él era así, un comino: yo, figúrate cómo sería: yo le quitaba las cerezas á mi madre, la pobrecita que se murió: nos sentábamos en la escalera: él me pedía cerezas, ponía la boca y con mi boca se las daba yo también.—Y Amapola, encendida como las cerezas, se enjugaba las lágrimas al decir esto. Oye, vino hasta mi puerta; figúrate cómo estaría yo de loca.—Dame la mano, mujer—me dijo cuando ya lo dejaba: yo se la dí: mira ¿la vés? Esta mano estuvo entre las suyas: me la apretó, no quiero decirte. ¡Yo, echa un lío! ¡Quién creería en aquel entonces, sabiendo como yo estaba que Paquiro y yo nos habíamos criado juntos y que cuando chiquillos jugábamos á los hijos y á la madre con Pepa la de la Rinconá!... ¡Qué pingajol; vaya una madre que eso sería!

—¿Y qué más?—preguntó Felipa, impaciente.

—¿Te parece poco? Verás; le dije que entrara y me contestó que no, por parecerle que ya no era santo de la devoción de mi abuelo. ¡Mentira! Eso sí que no; oye; estaba como quien no sabe qué hacer, y yo, ¡con un hachare! No supe contenerme, y con mucho retintín, le digo: ¿Es que no te dejan? ¡Cómo se puso! Se fué de pronto. ¡No sabes! Luego, vuelve y me dice: cuando el gitano se meta contigo, yo me entenderé con él: ¿tú lo oyes? No salgas ahora, y si viene á tu casa, avísame con el aprendiz. ¿Me lo prometes? ¿No había de prométerselo? Y se fué.

Al acabar Amapola dió un salto alegremente, y abalanzándose á Felipa, la abrazó como si quisiera ahogarla.

Un curioso hubiera observado que Felipa era presa de gran emoción; pero Amapola no estaba para observaciones en aquel instante.

—¿Ha venío Mecha?—preguntó Felipa.

—No—contestó Amapola ceñudamente. ¡Ojalá viniera! ¡Charrán! Mira lo que son las cosas; yo no hago más que esperarle, como si fuera mi novio. Hizo Amapola un paréntesis para suspirar, y añadió después con un lindísimo gesto: ¡Ay! ¡Novio de mi vida, quién lo tuviera! Lo que yo quiero es que Frasquito asome las narices al taller nada más, aunque la casa se hunda, siempre que me dé tiempo para avisar á Paquiro... Pero ¿dónde vás, criatura?—Felipa se había recogido el mantón y estaba cogiendo la canasta.

—A juí er burto,—contestó, con un torcimiento de hocicos de los que ya sabeis;—porque aquí se arma la gorda cuando menos se piense, y hombre prevenío vale por dó.

La alegría de Amapola fué delirante; lo que la gitanita acabó de decir, probaba que era verdad lo que ella había creído de que Mecha no dejaría las cosas de aquel Modo; Mecha se presentaría, y presentándose, tendría ella pretexto para hablar otra vez con Paquiro; lo demás, ¿qué? Y encogíase Amapola de hombros, con el mismo desprecio que el tío Borriquita.

Salió la cestera con su canasta, y con su pán, con

sus higos y con su queso en la canasta: junto al escalón de la salita, en la misma meseta de la escalera, se volvió pora decir:

—Oye, yo ya lo sé; á tí no te importa llamá á Paquiro, porque Paquiro es mu valiente; pero acuérdate que Mecha es traicionero... Y na má. Llama á Paquiro ahora ó no lo llame; como la carne oveja; quien la quiera la come y quien no la deja. A mí ¿qué?, la viña y el potro que los críe otro. Yo como si no.

Aquel cielo de la alegría de Amapola, pareció de repente que se llenaba de negrura.—¡La maldita vieja! —gritó furiosa, aludiendo á Felipa, por las observaciones que la hizo.—Y le volvió la espalda.

Felipa bajó la escalera, atravesó el taller y salió á la calle; al andar algunos pasos, levantó la cabeza hacia el balcón de Amapola. Amapola estaba en él, ceñuda, terrible, con los codos en el barandal y las manos en las mejillas.

—¡Pola! ¡Pola! —dijo la gitana, rápidamente.

Miró Amapola. Señalaba Felipa un punto lejano de la calle. Por allí venía un hombre. Amapola sintió un ahogo, como si el corazón le dejara de latir de repente. Aquel hombre era Mecha.



VIII

DONDE SE TRATA DEL ENCUENTRO QUE TUVO FRASQUITO

CRUZ Y DE OTROS INTERESANTÍSIMOS DETALLES.

El viejo y Mecha hablaron largamente. Amapola al principio creyó morirse; la maldita vieja, como llamó á la gitana, le hizo ver de pronto, como á la luz de un relámpago, lo que podría ocurrir, haciendo que Mecha y Paquiro se hallasen frente á frente. En aquel instante reboseó odio el corazón de Amapola contra Frasquito Cruz. Se retorció desesperada, se quejó á los cielos y á la tierra, de no haber nacido hombre. Bueno ¿y qué? era imposible avisar á Paquiro.

Mecha llegó al taller, iba receloso, pero dispuesto á lo que pudiera ocurrir. A las primeras palabras que se cruzaron, comprendió que Amapola no había hecho referencia alguna á la noche célebre, delante del tío Berrinche; entonces cobró valor y anduvo ya por terreno seguro.

Cuando le vió el viejo soltó la estampilla de labrar y tiró la pieza en la olla de la fragua; Cojo Garrote quedó con el macho levantado; Bronca dejó el fuelle, Canelo soltó un ladrido formidable y se lanzó á Frasquito Cruz como una fiera.

—¡Frasquito!—exclamó el tío Berrinche con alborozo: Mecha dió la mano al maestro y un puntapié al perrillo que escapó aullando á ampararse de Bronquita. El aprendiz cogió al perro con grán cariño, echando pestes contra el *animá der señó Frasquito*, mientras Mecha y el viejo hablaban aparte.

Para hablar dirigiéronse hacia el pie de la escalera. Amapola, al mismo tiempo, se recogía la ropa hasta las rodillas y bajaba con mucho tiento, intentando oír algo de lo que se figuró que el viejo y el gitano hablarían. Detúvose en los peldaños inferiores, encendido el rostro, latiéndole el corazón, heladas las extremidades; no la podían ver, que era retorcida la escalera como un mal pensamiento. Inclinandose, atento el oído, oyó con más facilidad de lo que había pensado. Allí permaneció más de un cuarto de hora; allí estuvo oyendo con terror y sorpresa todo lo que la hipocresía y la malicia pudo hacer surgir al entendimiento del bruto. Aquella tarde fué cuando Amapola empezó á comprender verdaderamente el porvenir de angustias que le deparaba el amor de aquel hombre.

Subió á su cuarto sin saber qué partido tomar, ni de quién valerse. Mecha se había presentado al viejo, sumiso, amable, hasta donde podía él fingirlo, con pro-

testas calurosas de su apego á la casa, de su fidelidad al amo, de su consideración á la niña y de su afán ardiente de poner otra vez mano al trabajo. No había duda de que Frascrito Cruz era un buen oficial de forja y el tío Berrinche, por otra parte, no estando avisado, iba de buena fe. En aquel punto pensó Amapola que hubiera sido mejor contar al viejo lo que pasaba desde el principio; pero la tremenda condición de Frasquito Cruz, imponíale pavora, sobre todo desde las advertencias deslizadas poco antes por la *vieja maldita*.

En resumen: el tío Berrinche le admitió otra vez en la casa, debiéndose poner á la faena desde el siguiente día. Era fácil, porque el tío Berrinche, con la esperanza siempre de que esto pudiera ocurrir, había ido resistiéndose á poner á otro en el lugar de Mecha, y estuvo él suplicándole... Pero ya era un vejestorio, y para todos los días el martillo pesaba mucho. ¡Rejaza!

¿Cuáles eran las intenciones de Frasquito Cruz? Esto preguntábase Amapola sin cesar; aunque le dió mil vueltas al asunto, sacó la consecuencia solamente de que lo que quería era estar en la casa; porque, estando allí, cerca de ella, más fácil le sería á cualquier descuido salir airoso en su pícaro intento; este porvenir de continuas zozobras era un martirio para el carácter altivo de la chiquilla. Pero ¿por qué no avisar á Paquiro? ¿Por qué no contárselo al tío Berrinche? ¿No era un contra Dios tener dentro de la casa á un hombre, sabiéndose que este hombre era enemigo de todos en la casa? ¿No era un pecado terrible meter en el ho-

gar á sabiendas á la bestia brava que podía destrozarlos con dientes y uñas?

En estas incertidumbres estaba Amapola, cuando Frasquito acabó de hablar con el viejo y salió del taller, despidiéndose hasta la mañana siguiente. La expresión sumisa de Mecha cambió al salir de la fragua; una satisfacción cruel, siniestra, fría, veíase en su rostro largo y cetrino: resaltaba aquella satisfacción misteriosa en todos los rasgos de su fisonomía aguda y aviesa, en su ancha boca, en sus labios gordos, blanquizcos, en sus dientes menudos y feroces, en sus mejillas hundidas, hasta en el mechón de pelo negrísimo y lustroso, que ornamentaba su frente angosta, enroscado allí como enorme caracol sobre un ladrillo sucio, caracol que se veía muy bien, porque tenía Mecha especial cuidado siempre de echarse el sombrero atrás, para que el mundo no se privara de la vista de tan interesante adorno.

Vivía Mecha en el corral de la *Mosca*, próximo, tan próximo al *Cuartelillo*, que solo hay algunos pasos de distancia. Mecha iba al corral abstraído en sus reflexiones; al entrar en la calle del Evangelista, detúvose ante una mujer y un hombre que hablaban con mucha animación, parados junto á una puerta.

—¡Felipa!—exclamó al detenerse, sin hacer caso del otro. Nadie hubiera podido decir si fué de amigo ó de enemigo aquella exclamación; lo que puede decirse de Felipa es que su cara morena se cubrió de una palidez horrorosa, como si aquel fuese su último instante, y que

el hombre que estaba con ella echó un paso al aproximarse Frasquito, pareciendo como con ganas de decirle algo.

Miró Felipa aterrada y suplicante al hombre que estaba con ella, como queriéndole contener así, sin reparar al pronto en que la canasta se le había caído; por fortuna el pán, los higos y el queso, aunque la canasta volcó, fueron prudentes y quedáronse dentro, aunque bién mirado, Tranquita, Rebuzno y demás personajes de la prole de la Reonda, eran demasiado filósofos, para fijarse más ó menos en que las viandas del festín que iban á disfrutar, se hubiesen aliñado poco ó mucho con el fango de la calle.

Se inclinó Felipa á cojer la canasta, y pronunció á la vez algunas frases sin concierto,—que tal era su turbación,—para felicitar á Mecha, á su modo, de que ya no estuviese malo.

—Felipa—díjole Frasquito Cruz, tengo que hablarte.

Levantó Felipa su cuerpo finillo, y al mirar otra vez á Mecha, pareció haberse repuesto de su gran temor.

—Po oye, contestó risueñamente, retorciendo la boca;—en donde se piya al borrico se le dán los palo.

—No, mañana á la noche será: ahora tengo un asunto y mañana empiezo ya el trabajo.

—Como tú quiera, contestó Felipa, lo más amablemente que pudo;—en el corrá estaré.

El hombre que acompañaba á Felipa, exclamó en aquel punto, con acento hostil, que hizo temblar de nuevo á la gitana:

—Supongo que no estorbaré...—Se contuvo, como si le hubiese dado pena de la Felipa. Lo que restaba por decir, según el tono en que dijo lo anterior, adivinábase desde luego; «que si hubiese estorbado, tampoco se hubiera ido.»

Pero Mecha solo se ocupaba de lo que en su imaginación ardía; de aquello negro y terrible que estaba fraguando sin duda; por eso no se fijó en lo que el otro dijo, alejándose bruscamente, después de haber cambiado algunas palabras más con Felipa.

El hombre que estaba con ella, mozo de unos veintidos años, de ojos negríssimos é inteligentes, iracundos y de fiero mirar en aquel momento, fué á lanzarse en persecución de Frasquito Cruz; pero Felipa colocó la canasta de pronto, á guisa de muro, delante de él; con una mano cogía la canasta y con la otra una solapa de la chaqueta del mozo, diciéndole con energía impropia de su edad:

—Espérate, Paquiro.

Paquiro, como fiera á quien ponen un muro que no puede saltar, miraba hacia el camino que el gitano siguió, murmurando iracundamente no sé qué palabras de *cobarde y granuja*. Volviéndose de improviso á Felipa sin pretender ya irse, díjola estallando en cólera:

—¿Y qué tiene ese puerco que hablar contigo?

La gitana se echó á reir, y le preguntó, mofándose:

—¿Estás celoso?

—Celoso no, porque nada tenemos tú y yo que ver; pero eres una buena persona, aunque seas gitana, y sé

distinguírte... y en fín, que la persona, buena ó mala, que yo conozca y hable con ese hombre; acaba para mí; ea. ¿Sabes tú lo que el granuja hizo la otra noche?

—Vente, vente pa el corrá y sostiégate hombre, que tú andas mu malo de la cabeza con esos líos que tienes.

—El que yo tenga líos es lo que á nadie le importa, —gritó el mozuelo, más encolerizado; y ya estoy yo hasta aquí con la misma monserga de todo el mundo.

—¡Ay, demonio de chiquillo, pero qué genio tiene!

—Tengo lo que me dá la gana.

—¿No oyes tú? ¿Es que te vá ja peleá conmigo, mala sombra?—Esto preguntó Felipa, retorciéndole el hociquín como ella sabía hacerlo, y enseñándole unos dientes blancos y primorosos.

Paquiro se templó mucho, viendo la expresión picaresca del rostro de Felipa. Echaron á andar juntos, silenciosos, sombrío él y con cara de vinagre, como si revolviera mil pensamientos malos, y mirándole ella de reojo, furtivamente. Cerca ya del corral, se plantó Paquiro, y como una conclusión de todo aquello que en el magín estuvo dándole volteretas, dijo, rebosando en justa ira:

—¡Pero si es un granuja! ¡Si es un cobarde! ¿No vés que no me buscó tampoco para pedirme cuentas del puñetazo que le solté aquella noche, y ya que no me buscó, para pedírmelas ahora que por casualidad me ha encontrado?

—Pero vé nacá tú, chiquiyo, y no seas burro, exclamó Felipa, impaciente. — ¿Cómo te iba á pedir cuenta

si no te vió, ni sabe quién fué? Por lo que yo me figuro que quiere hablá conmigo, es pa que vea yo si le puedo sacá argo á la Pola y que se lo diga; y si no tú lo verá.

—Pues entonces, soy yó quien no tengo vergüenza, ni la he tenido nunca, si nó le busco ahora mismo para decirle que fuí yo quien le metí el resuello para adentro y que se lo meteré mil veces más cuando él quiera. —Y Paquiro, hablando así, intentó de nuevo alejarse.

—Espérate, hombre, espérate, y vén conmigo y verá ja Tranquita lo salao que é, y no te digo ná de Rebuzno. Vente, que hasta te voy á decí la güena ventura, como á tí te se ponga, y ya sabes tú que yo no se la digo á naide; pero me parece á mí que lo que tú vá ja tené no será güena ventura ni quien tal vió, sino ventura mu mala, como tú no te enmiende y no tires por buen camino.

—¡Maldita sea mi suerte y maldito sea el mundo!... ¡que tenga yo que escuchar tus sermones como los de un padre cura, cuando no vales tú ni un soplo en un ojo!

Estaba el mozo ardiendo en cólera, é iba á seguir en sus disparates; pero le distrajo Rebuzno, que salió del corral, dando brincos como un mono; fuése para su hermana, retrocedió al verla y se metió en el corral nuevamente, dando tumbos y aullidos; Felipa se echó á reir como una loca; el mono salió otra vez; entre saltos y volteretas llegó hasta ellos, abalanzándose á la canasta, y nada quiero decir de su alegría estruendosa, cuando vió en el fondo la *manduzca* que Amapola re-

galó á su amiga; sí, era el hijo tercero de la Reonda, más desarrapado, más sucio y más truhán que nunca; detrás salió Tranquita, á quien Rebuzno fué á llamar cuando se metió dentro; y detrás de Tranquita salió Melao, y detrás el Moro, la legión entera, en fín, que acompañó á la gitana y á Paquiro hasta la sala mugrienta, haciendo mohines, llorando, pidiendo pán, soltando carcajadas, aullidos, coces, dándose cachetes, mordiscos, puñetazos, puntapiés, y armando, en conclusión, la grán pelotera, con mucho gozo de Felipa, con mucho placer de Paquiro y con indiferencia total de la Reonda, que no hablaba, que no reía, dale que le dás á los dedos siempre, con las carnes por tierra, pesada, enorme, como el antiguo elefante romano, Dios de la eternidad.



IX

PARA ALTO EJEMPLO Y SALUDABLE ENSEÑANZA DEL LECTOR

Vengan aquí pintores, vengan aquí estilistas, vengan, vengan todos, que todos hacen falta para pintar, sin que ningún detalle se pierda, el corral del *Cuartelillo*, en esta tarde de Enero, espléndida, apacible, perfumada y cortísima, porque tanta hermosura, tanta luz, es imposible que dure; sucede con estas tardes de invierno de Andalucía lo que con la hermosura de ciertas mujeres, hermosura tan delicada, tan suave en su mismo esplendor y fuerza, que un ligero soplo basta para destruirla; la noche llega rápidamente, sin transición, como mortaja con que de pronto esa hermosura se cubre.

La casera está discutiendo con un vecino, si el plazo para que el alquiler se pague, se cumplió ó no se cumplió; unos viejos por el estilo del grán Borriquita discuten también gravemente sobre la situación de España, y expone cada cual el medio único que hay para

su salvación completa; los chiquillos saltan y brincan como siempre; en una puerta está la mujer que cose, en otra la que lava, en otra las dos que se espulgan y se peinan. Felipa, rodeándose de sus hermanos, como una clueca de sus polluelos, gruñe y rasga que es una bendición; el tío Borriquita, muy próximo, repantigado en el suelo, hace *empleita* con una majestad, que para sí la querrían algunos reyes cuando están en el trono haciendo de sus reinos mangas y capirotos; y en otra puertecilla inmediata, otro grave individuo, retrepado en una silleta rota, rasca un guitarrucho, y vomita á los aires una copleja para él solo, qué parece salir de una garganta de barro hecha tiestos, según es la voz de baja, cascadilla y dificultosa, sin hacer caso el hombre del montón de papeles y huesos roidos y sucios, y de botellas y cristales rotos y sucios también, más sucios que los papeles y los huesos, todo lo cual está á la entrada de su cuarto, indicio grave de su honradísima profesión de trapeero.

La prole de la Reonda está insufrible, pero la Reonda tiene ojos y no vé, tiene oídos y no oye; quien á la prole cuida es Felipa la sin par, que hace ahora canastas también, delante de la puerta, frente por frente y á corta distancia del muy respetable y nunca bién reverenciado tío Borriquita. El tío Borriquita anda hoy medianoche, taciturno y dado á dos mil y más demonios; no mira á nadie, ni á Felipa siquiera, y eso que es Felipa su ojito derecho; Rebuzno, el aventurero de la orza, cogiéndose el pañal, se acerca á él, de tarde en tarde,

haciéndole un mohín y sacándole la lengua para seguir sin duda una dulce costumbre; pero el tío Borriquita le arrojó de sí, majestuosamente, con cajas destempladas.—¿Qué tiene usted hoy, tío Borriquita?—acaba de preguntarle Facunda, *la Fecunda*, como en el corral le dicen; y él no se digna responder siquiera. Está en una de sus horas de esplín verdadero; la Facunda, sin embargo, no se arredra; delante de su lebrillo, muy remangada y muy enfaldada, el pechazo al aire, que no por ser en Enero el frío es dañoso, y mucho menos cuando se aprieta firme como la Facunda lo hace, dale que le dás sobre el ladrillo, á la ropa que lava, con singularísima repercusión muy digna de observarse, de pechos y caderas á cada golpe, la Facunda, digo, y vamos callando, no se arredra poco ni mucho y hace guiños á María de la O, que está hablando con *Sópleme usted aquí*, el marido de la casera; guiña á Requinto el de los huesos y los trapos sucios y los cristales rotos, y le hace guiños, en fin, á la Percales, que es una mozuela de dieciseis abriles, con un angel, que ni en las mismas alturas, y un aquel, que Dios nos asista, tan favorecida por el cielo en su físico, que trae de cabeza á la mitad justa de los mocitos de Triana, tan dulce en su trato, que por dos veces estuvo para ahogar á dos distintas hembras de mucho nombre en lo tocante á valentía, y las despampana, así, como suena, si no se las arrancan de las uñas; la Percales, grán amiga en la fábrica de Pepa la de la Rinconá, guasona, viva, aguda y risueña como el rayo del sol primero que iluminó en

su cuna á Jesús; la Percales, digo, suspendiendo un poco la costura, pues se quedó en la casa aquel día para repasar su ropa, miró al tío Borriquita, con los magníficos ojos negros que destellaban luces, y dijo en tono gachón, como de amante moribunda, que lo que tenía el abuelo era que estaba enamorado. A esta cuerda, que supo tocar la indina muy diestramente, el tío Borriquita, repuso entre dos suspiros que sí, que estaba enamorado, pero de un imposible.

¡Dios que lo oyó! ¡Vaya un revoleo que hubo! Facunda soltó una risa, para haberla visto y oído, y no para que de ella se hable; acompañaron la Percales y María de la O, que suspendió su charla con *Sópleme usted aquí*: Felipa gruñó sin piedad y dió un manotazo á Rebuzno, que se chupaba un dedo con gran fiereza;— ¡ay, no siempre estaban á la mano el pán, el queso y los higos de Amapola!—Rebuzno empezó con una de ayes, como si le hubiesen arrancado de pronto hasta las mismas aletas del alma; chilló Tranquita, chilló Moro, y Requinto soltó una de ajos, espantosa, porque el gran estruendo le impedía seguir maltratando á los cielos y á la tierra, con su canturrear y su musiquilla.

Sí, el gran Borriquita estaba enamorado de un imposible; de la idea de llegar á tener una burra. Ya lo había él dicho muchas veces; pero los tiempos estaban malos, muy malos; lo que es la *empleita* no le sacaría de pobre. ¡Ah, cuando él iba por las calles de la ciudad con su frutero en el *roete* pregonando su fruta! ¡Entonces sí que marchaba el mundo!... ¡Y cómo corría la

monea! Pero ya no podía el hombre con tanta carga! ¡Ay, si él se hubiera encontrado una burra que le pudiera llevar los fruteros!

—¡Ya pareció la burra!—gritó María de la O, con una gran risotada.

Era lo que él decía; cada hombre tiene su debilidad; al principio era la debilidad suya *eso* de la mujé; luego eran su debilidad los *cónquibus*, pero muchos *cónquibus*, para reirse de la suerte; pero lo que es ya, con una burra que le llevara la carga tendría él bastante... Y que no creyesen, ¡empleital, que no creyesen; estaba juntando dinero y la compraría á lo mejor.

—¿Y desde cuándo junta usted, tío Borriquita?—preguntó la Facunda, tundiendo con las manos regordetas la ropa mojada, que escupía susísima espuma.

El tío Borriquita no puede dudar; está la cuenta muy bién ajustada ¡lo dice muy gravel junta para *mercá* la burra de su alegría desde el año ochenta y nueve.

—¿Y cuánto juntó usted ya?—le preguntó la Percalles, con aquella guasa que, aunque no os lo parezca, constituyó siempre su principal encanto.

¡Aquella, aquella cuenta sí que la tenía bién sacada el gran Borriquita! Juntó catorce reales y medio.

—Po si es jasí, dice Requinto, cuando merque usted la burra podrá darse con ella unos paseitos por la eternidá.

¡Allí sí que fué Troya! Reventaban las mujeres de risa por la pesadumbre del gran hombre. Todos á una acometíanle con agudezas y floreos; allí los gramáticos

hubiesen aprendido frases concisas, sóbrias, oraciones contundentes, todo el colosal vocabulario de los corrales de Sevilla, con sus agudos y elevadísimos conceptos; pero aquella gran balumba á dos personajes solamente del eminentísimo cónclave traía sin cuidado: á la Reonda, dale que dale siempre á la canasta, y al tío Borriquita, dale que dale siempre á la pleita, como si aquel laberinto no fuera con él, y no quiero pensar hasta donde hubiera llegado la soflama y la chacota, con el acompañamiento indispensable de indirectas que se hundían como cuchillos, si no suelta Felipa el trabajo, y no se levanta, como un alambre de acero encorvadísimo que de pronto se estira, y no los pone á todos como no digan dueñas: «¡Vaya un Dió!... ¡Y qué manera de tomarle el pelo al probeciyo vejete! ¡Fuera de aquí, so lagartas! ¡Bién se podía ir ca una á reirse de su madre y no del tío Borriquita, que al fin y al cabo era mejor que todos ellos! ¡Dejarlo que junte pa su burra! ¡Así yo pudiera dársela! El probe echaría mucho tiempo en juntar pa la burra; pero lo que es ellos, indecentes, *porquince*s, guasones, no juntarían entre todos nunca ni tanto así de vergüenza.» ¡Jesucristo divino! Percales se fué para Felipa, cuando concluyó su discurso; se fué para Felipa, mirándola con aquellos ojos que parecían dos puñales flamígeros, alargando aquel cuello mórbido, puestas las manos en las caderas y medio colgando el pañolito de los hombros, como tremenda sacerdotisa de no se sabe qué tenebroso rito, preparándose para el singular holocausto; y con lenti-

tud, con mucha lentitud, como la podredumbre de la parte de un cuerpo vá comiéndose la otra parte sana, así se aproximó á Felipa hasta meterle casi su linda naricilla por la boca, preguntándole sencillamente y produciendo en el auditorio un instante de expectación solemnísimos:

—¿Es por mí to eso?

—¡Anda, morena, ya se armó!

Esto dijo Requito, saltando de su silla desvencijada y poniéndose el guitarrucho bajo el brazo. Facunda llamó á Percales con tremebundo grito; María de la O á Felipa; asomáronse á los corredores hombres y mujeres, curiosos, ávidos, como con ansias de saborear un condimento superior; la *ditera* asomó la astuta y angulosa faz por la ventana; la casera dió cuatro gritos de mando para restablecer el orden; con este tragín no pudo oirse lo que Felipa contestó á la Percales, de que «si no le daba vergüenza de meterse con un pobre viejo.» Y quisiera yo que la hubiérais visto en aquel punto, con su cuerpo escuálido, su talle flojo del que caían unas faldas lacias, aquel monte de pelo negro, deshaciéndose á cada segundo y precipitándose como torrente sombrío por la espalda y los hombros, aquellos ojos del color del pelo,—uno de los cuales, el derecho, miraba á lo mejor todo lo del revés posible,—y que centelleaban ahora de inmensa ira, dando al ardentísimo rostro de bronce singulares matices, y el manejo, en fin, de aquellas manos huesudas, al decir ella sus razones á la famosa Percales.

Percales se retiró de la Felipa riéndose de ella, como el clow se ríe de la amazona del caballito, después de haberle hecho una mala partida; al retirarse, la señalaba con el dedo, doblando la hermosísima y descarada silueta en las convulsiones de la risa y dándose manotazos en los muslos, como si no pudiese contener aquellos grandes apretones de hilaridad que la cogían toda. «¡Vaya con la gitanucha, bizcona de los demonios, que siempre tenía que ser el paño de lágrimas de tó el mundo!»

Pero á Felipa no le gustó la broma; con un retintín comparable solamente á la soflamería de su contraria, soltó cuatro frescas, como cuatro tiros, con gran satisfacción del noble auditorio, diciéndole que «era una tal y una cual y que ella nunca le limpió na á naide, ni las lágrimas tampoco, á no ser á Tranquita y de Tranquita para abajo; y en fín, que más valía ser paño de lágrimas, que no una escandalosa, sin vergüenza, que á todo el mundo quería poner en cuatro patas con su cuerpo bonito y á todo el mundo quería llenar de miedo con su palabra garroterra...»

Pero Percales no se la abalanzó por esto; la indómita se echó para atrás, y en un tonillo con más cadencias que música de Suppé, dijo truanescamente:

—¡Ay, con la Felipa!... ¿Te vás á quedar conmigo?
—y la Felipa, remedando su tono:

—¿Contigo? ¡Quedarme yo con la señora de los Percales! ¿Qué diría su rial majestá, el Gobernaó, si yo me quedara con ella? ¡Jesú, qué asco!

—¡Mira quien vá á hablá!—gritó Percales, descomponiéndose de pronto; la señora princesa, que tiene á su padre el *selentísimo* tío Alcuza en *presiyo* por capitán de ladrones!

La Felipa se lanzó á Percales como una leona. Percales se lanzó á Felipa lo mismo: (grandes aplausos en el público). Requito aullaba de placer, dándole al guitarro; la *dítera* gritaba en su ventanucho para que contuviesen á las mantenedoras, que quedaron en medio de un gran corro, como si se tratara de una interesante riña de gallos; los corredores se atestaban de gente de aspecto singularísimo, propia de aquel palacio encantado de la pillería y el hampa. Tranquita y Rebuzno lanzáronse á Percales como dos hienecillas, colgándose de su cuerpo, arañándola, mordiéndola, y ella revolvíase como una loba; un hermano de Percales, chiquitín, finillo como una culebra, se enroscó también á Felipa; Felipa le sacudió de sí, como nos arrancamos del cuerpo un gato que nos asalta, y el felino entonces cogió un pedruzco y se lo tiró á la cabeza intrépidamente; le dió en un hombro. María de la O, mientras, en vez de separarlas, decía con voz de trueno á Facunda, metiéndole los puños por la nariz.

—Y to esto quien lo arma es Pepilla la de la Rinconá, que mal tiro le peguen. Ella, sí, machota, faralares, indecente: ella es la que trae estos polvos y la que revuelve el mundo. ¡Si era pán comío, mujé! Lo bueno que esa haga que me lo claven á mí en la frente. Era pán comío porque Felipa se trata con la Pola; y lo que

quieren es reventarlas á las dos, porque Pepilla está oliéndose que se le vá el arreglo de Paquiro. «¡La mu cochambre!»

Se sabe de cierto que la Percales y Felipilla quedaron como dos lástimas, porque los dientes y las uñas tuvieron grandes problemas que resolver en el trance solemnísimo; tiénese también noticia de que concluyó la batalla por cansancio de una y otra, y no por la solicitud que los vecinos se tomasen para separarlas, de modo que fué suspensión de lucha más que término; se sabe que María de la O continuaba en su fiero discurso, metiéndole siempre á la Facunda los puños por la nariz; se sabe que la Facunda oíala ya con poquísima resignación y que estaba ardiendo por soltar su lengua y sus manos también, si convenía,—que la Facunda era eminente como las otras en sus discursos y ejemplos,—y se sabe, en fin, que la Facunda contúvose y dejó que María de la O prosiguiese, porque vió entrar en aquel punto á una moza que debía de ser tremenda, juzgando por el efecto que su aparición produjo en los espectadores: quedó la moza un instante mirando y oyendo, como si pusiese en lo que escuchaba y veía, no los dos sentidos que corresponde, sino todos los sentidos; impúsose en un segundo, por lo que hablaba María de la O de lo que hablaron y pasó antes, y echándose sobre los hombros los picos del mantón en un movimiento brusco, que permitió ver la enérgica curva de su talle majestuoso de reina, dirigióse á María de la O, que no la veía por estar de espalda;

y cuando hallábase la rabiosa en lo más *descarnado* de su discurso contra Pepilla la de la Rinconá, «la locona, la mala hembra, la pierde hombres, la picaronaza, la indecentona» sintió un golpecito en un hombro, y volviendo la cabeza rápidamente, hallóse con la tranquila moza de referencia, que le dijo en tono de súplica, produciendo pavor con las variaciones que dió á su palabra de dulcedumbre, de ironía y de tremenda mofa, imposible para el histrión más perfecto:

—¡María de la O! ¿No te dá lástima de tratarme así, mujé?

Y Felipa entonces, tentándose con una mano la nariz, que quedó muy desarreglada de un bocado de la Percales, y recogándose con la otra la faldilla hecha girones, y echándose para atrás el cumplido manto de pelo, díjose ella sola, con el torcimiento de hocicos que recordareis:

—Éramos poco ji parió mi agüela.

El público esperaba con ansiedad. La Reonda hacía canasta; el tío Borriquita pleita.



X

QUE SIRVE PARA QUE EL LECTOR CONOZCA MÁS Á FELIPA.

Hay arcanos que son impenetrables á la sabiduría de los hombres; arcano misterioso fué el de la conversación que tuvieron Paquiro y Felipa, cuando ella le invitó á que entrase en el corral después que encontraron á Mecha, ó que Mecha los encontró, para hablar apropiadamente. Es cierto que Paquiro desbordó su tonante cólera contra el oficial de fragua del tío Berrinche; pero es cierto también, que su cólera divina dispóse como el frío del pajarillo con el caliente rayo de sol, al contemplar al seráfico Rebuzno, al honorable Tranquita y á los conspícuos varones Moro y Melao, satisfacción honda que pagó muy gustoso, arrojando con nunca vista gentileza algunas perrillas á gran distancia; precipitáronse todos velozmente á recogerlas á costa de tal ó cual chichón en la chilustra al tropezarse unos con otros, ó de algún grave accidente en las na-

rices al dar en las piedras del patio; funestísimos resultados ¡ay! de velocidades, distancias y tiempos mal medidos.

Quiero dejar para otra ocasión más oportuna, las interesantísimas escenas que produjo el desprendimiento de Paquiro, para decir ahora, que quedó con Felipa solo, y que hubo larga conferencia, allí, en el postiguiello mismo de la sala. Ya os lo dije: el asunto de que se trató es un arcano impenetrable hasta hoy, pero no quiere decir esto, que á las generaciones venideras les sea imposible encontrar algún dato que ayude á descifrar el enigma. Solamente puedo afirmar ahora que era ya muy entrada la noche cuando Paquiro salió del corral, hecho una furia otra vez, renegando de lo existente y dándose á todos los demonios de lo profundo. Puede añadirse todavía algún otro dato, á saber: Felipa quedó en la puerta viéndole alejarse, hasta que le perdió de vista, y fué prontito, porque estaba el patio obscuro como boca de lobo; luego quedó todavía con los ojos fijos, pensativa, inmóvil, como si Paquiro estuviese allí, cerca aún, inmóvil también, y ella no apartase de él los ojos, cuyas largas pestañas parecían entonces artificiales, pegadas con arte milagrosísimo en unos inmóviles párpados de hierro, como de hierro oxidado parecía aquel rostro sin forma, con líneas apuntadas solamente, y las carnes escuetas de aquel cuerpo, vistas en mil ocasiones á través de los agujeros de sus faldillas derrotadas.

Todo tiene su término, y Felipa despegó al fin el

hombro del quicio de la puerta en que se apoyaba y quitó la vista de allá, de la penumbra del patio, donde se perdió la última vaga línea de la silueta simpática del mozo. Entró en el salucho, se sentó en el suelo, cruzó las manos delante de las rodillas, encorvó la cintura hasta poner la frente sobre las mismas puntas de sus rodillas dobladas, y así permaneció, caído el pelo, largo y brillante, á un lado y otro hasta cubrirla, como negro crespón echado sobre misteriosa esfinge.

Sola estaba: de la prole no hubo noticia desde que se precipitó á coger los perros de Paquiro; la Reonda, ya lo sabeis, tenía ojos para no ver, tenía oídos para no oír. ¿Cuánto tiempo pasó? Al levantar la cabeza, creyó por un instante que la luz faltaba á sus ojos para siempre; pero no era en sus ojos, no, donde faltaba, que era en el candil. Millones de estrellas daban tumbos, alargándose y encogiéndose en unos espacios negros, sin fin, que tenía delante de los ojos; se los refregó fuertemente; creyó que estaba soñando y que en su sueño creía estar despierta y que de sus ojos se fué la luz... Hasta que se hizo cargo de la realidad.

¿Y la Reonda? ¿Y los *churumbeles*? Buscó en su faltriquera un cerillo; lo encendió; la Reonda estaba dormida; en aquel momento precisamente, un ronquido formidable hizo estremecer la pesada mole. La Reonda tuvo que hacer muy poco para meterse en la cama; se echó sobre un costal sucio y se tapó con otro; no se había cuidado de nada, ni de apagar el candil siquiera; el pobre candil fué apagándose, consumido de aquella

miseria quizás, que lo consumía todo en la fantástica mansión.

Miró en torno Felipa con cierta incertidumbre; pensaba en los *churumbeles*. ¿Qué había sido de ellos? Empezó á tranquilizarse; los vió á todos acá y allá, tumbados por tierra, en posturas inverosímiles; como cadáveres en un campo después de la batalla.

Encendió el candil; tenía los ojos hinchados y no se sabe ciertamente si fué de haber dormido ó de haber llorado mucho; hay, como datos diferentes, el de que durmió, porque de estar despierta habría sentido volver á la prole y la algazara de la prole antes de dormirse, y el estruendo sobre todo del roncar tremebundo de la Reonda; por otra parte, creyérase que sus ojos estaban hinchados de llorar, por parecerlo así, y porque nunca en la vida se acostó la muchacha desde que tuvo uso de razón, ni pegó los ojos tampoco, sin haber acostado antes á la patulea, con mucho ir y venir y con mucha algazara y sin estar segura de que se hubiese dormido. Después de ver á sus hermanos, quedó un momento como si no conociese aquel sitio. Inclínó la cabeza otra vez, cruzó las manos delante de las rodillas y siguió en la misma actitud; el silencio era absoluto, pero lo interrumpió de pronto un clamor de campanas triste, lento, lúgubre.

Felipa se levantó precipitadamente, como si aquel ruido la hubiera devuelto el sér; cogió á Tranquita, y medio en brazos, medio á rastras, llevóle á un rincón, echándole allí cuidadosamente en otros costales; hizo

la misma operación con Rebuzno, con el Moro, con Melao, los arregló bién y reñíase á sí misma, por haberlos tenido tanto tiempo tumbados por tierra, como si el rincón del antro donde los había puesto ahora hubiese sido lecho suntuoso, con colchones de plumas y cortinajes de seda. Se quitó luego un pañolillo de los hombros y lió en él al chiquitín; se quitó la falda y la tendió sobre los otros concienzudamente para que los cubriera por igual, aunque el problema tenía muy difícil solución; apagó el candil, fué á tuestas al lecho suntuoso de que ya teneis noticias, se acostó en el filo, con medio cuerpo en los costales y el otro medio en las húmedas piedras, para que los gitanillos estuviesen anchos; se tapó dificultosamente con otro costal y un pedazo de falda con que su mano tropezó, quedando al fin inmóvil. Había empezado á llover, y escuchábase con el plañido de las campanas el gotear lento de la lluvia.

Amanecía ya cuando Felipa despertó; la despertó el frío; el roncar estrepitoso de la Reonda seguía llenando los espacios con sus formidables acordes; Felipa encogió las piernas cuanto pudo; se lió el cuerpo apretadamente con las enaguas, que no se había quitado, teniendo cuenta á la vez de palpar, cautelosa, los cuerpecillos de los *churumbeles* á ver si estaban bién tapados. Como no se le quitara el frío, levantóse de pronto y se vistió en un periquete, echándose su falda; tapó mejor con el costal á los chiquillos y salió al patio; del tole que se dió, zambullendo la testa en un cubo de agua

que sacó del pozo, no quiero hablar ahora: en los mismos corredores, sentada en el escalón de la puertecilla, procedió al tocado, con un magnífico peine; era la única riqueza que había en la zahurda: no lo extrañéis, fué regalo de Amapola, porque era lo que Felipa dijo siempre: «aquel pelo no sabía cómo arreglárselo.» El pelo parecía una melena de león, larga, muy larga; si Felipa no hubiese cortado alguna vez su extremo, de seguro que barrería con ella las piedrecitas de la calle. Felipa no estaba orgullosa con su pelo, se lo hubiera cortado, pero Amapola se oponía abiertamente, diciéndola que era una lástima; tengo que añadir también, para saludable aviso del pulcro lector, que Felipa cuidaba mucho de su melena desde hacía algún tiempo, aunque de día y de noche renegase por no saber cómo arreglárselas con aquel promontorio. Renegaba y todo, es verdad, pero arreglábaselo de una manera que daba gusto, y aunque lo creais imposible, con aquella cabeza, como encajada en el marco negro del pelo, con aquellos ojos, bizco uno y todo, con la nariz correcta, con los dientes niveos, la téz bronceína de aquel rostro demacrado por las flagelaciones del hambre, y la labor misteriosa de la naturaleza que la hacía mujer, resultaba Felipa un extraño tipo que, si algún sentimiento producía, no era de repulsión ciertamente.

Cuando concluyó su tocado se puso á trabajar; no duró esto, porque los chiquillos despertáronse y empezó á vestirlos; pronto se concluía: la indumentaria de la prole era bien sencilla, aun en el rigor del invierno:

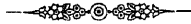
dejo la indumentaria para otro párrafo, y á lo que decía aténgome, de que los vistió en un soplo, como ella habíase vestido, y en esta faena estaba, cuando se despertó la Reonda á sí misma con un ronquido descomunal. ¡La *toilette* suya sí que era bién sencillá! Se echó el sucio pelo atrás con las grandes manoplas, se restregó los ojos y listo; agarróse ya á la canasta como un condenado agarraríase á la túnica del angel que le fuera á salvar y siguió en su tarea.

Las ocho serían cuando salió Felipa del corral; llevaba una canasta para la venta; acompañábase de la prole toda, menos el chiquitín, que quedó en un costal abandonado á su propia suerte; como Felipa sacara á la prole, era un dato seguro, revelador de lo exhausto de su bolsillo: era que no había ni para un pedazo de pán que los granujas se llevasen á la boca. Felipa valíase de ellos entonces para vender su canasta más pronto; como ella dijera á un parroquiano ó al primer transeunte, que le «mercara la canasta pa dale pán á toa jaquellas criatura» no había quien se resistiese; comprábanle la canasta, ó la socorrían con algunos cuartos: salió, pués, con su mercancía, labor notable de la Reonda: iba con la canasta metida en la cabeza y echada para atrás, colgando allí del filo como si colgase de un clavo, y cogiendo de una mano al Moro y de otra al Melao. Rebuzno y Tranquita caminaban delante, muy metidos en diálogo misterioso, que parecía tener á veces honores de polémica; y eran dignos de ver en verdad aquellos dos grupos de Felipa con sus gitanillos

de la mano, y el de los otros dos gitanillos delanteros, ella con la figura que ya sabeis y la canasta colgandera, y Moro y Melao con trajes de imposible descripción, hechos de retazos de ropas viejísimas de todos los vecinos del corral.

Pero los que estaban admirables, artísticos, soberanos, eran Tranquita y Rebuzno; Tranquita con sus calzones de remiendos de tonos diferentes como alegrísimas notas, un pernil cayéndole hasta cerca del tobillo, y otro sin pasar de la rodilla, con su chaleco amplio, muy amplio,—como que debíase á la bondad de un hombrón vecino, que lo cedió para que pasase Tranquita el invierno,—cruzado cumplidamente, tan cruzado, que daba vueltas al cuerpecín como faja zamorana, y cogido con el pantalón en la cintura, ni más ni menos que pañal de camisa; con su viejo bombín sin alas metido hasta los ojos, con sus piés desnudos, y no me preguntéis de qué manera abrigábase Tranquita los brazos cuando sepais que era un chaleco la prenda única que su cuerpecillo cubría, porque era el suyo un chaleco especial al que pegaron artísticamente en tiempos felices las mangas de una levita histórica, regalo hecho por un gran señor al noble Alcuza, de quien ya os dió noticias Percales en un momento de inspiración, y al que tendreis la honra de conocer cuando menos se piense. Con referencia á la indumentaria de Tranquita, menciono, para concluir, aquel tirante único, volando siempre detrás del grotesco personaje, que Felipa le recogía con resignación en veinte ocasiones

al día, y que él se echaba abajo otras tantas, no se sabe si por el gusto de verle flotar, ó porque reflexionase cauteloso, que por mucho que cayeran los calzones, nunca llegarían por abajo al sitio correspondiente. El traje de Rebuzno era más sencillo; una gorra de cuartel que le bailaba en la chilustra descompuestísima danza á cualquier movimiento del grave mozo; una chaqueta inmensa, hermana carnal del chaleco que recordareis, de Tranquita, grande, como del hombrón, que resultaba en Rebuzno larga hasta los tobillos, ancha hasta la majestad, sin botones, sujeta artísticamente á la cintura con una tomiza y remangada sin escrúpulo hasta quedar las mangas en proporción de los brazos del granuja; conviene decir para inteligencia del lector amable, que el rollo de mangas hacía más abajo de la muñeca descomunal bulto, de donde parecían salir los dedos, como asoma sus cuernecitos el caracol cuando el sol cubre la tierra después de la lluvia. Rebuzno iba descalzo; varón modestísimo, halló siempre placer en la humildad y era enemigo de las mundanales pompas.



XI

DONDE EL LECTOR SE INFORMA DE ALGUNOS DETALLES

Y DONDE FRASQUITO CRUZ SE PONE EN ACECHO.

Llegaron á la fragua del tío Berrinche. Bronquita, el aprendiz, tomaba el sol tendido plácidamente junto al cepo del yunque, y entreteníase tirando bocados á Canelo en una oreja; Canelo lo sufría con resignación; al sentir los bocados soltaba alguna vez un ladrido, haciendo contraer con risa mefistofélica aquella cara pobladísima de churretes, como lo está el cielo de nubes en época tormentosa; pero Canelo ponía los ojos melancólicos en las alturas, como si dijese, pensando en su sayón:

—Perdónalo, Señor, que no sabe lo que se hace.

Y luego se aproximaba más á Bronquita, meneando la cola y mirándole alegremente, como si quisiera añadir, dirigiéndose á él:

—Vamos, hombre, tírame otro bocadillo, que también te lo voy á perdonar.

Es lo seguro que Bronquita y Canelo eran grandes

amigos; amigos muy probados en las tristes vicisitudes del mundo, aunque databa aquella amistad de poco tiempo. No había entre los dos tuyo ni mío; en el plato de latón donde el aprendiz guardaba su merienda, en aquel plato histórico y resplandeciente como la cara misma del *sonaó*, allí comía Canelo y allí bebía: del troncho, en cambio, que Canelo encontrase en cualquier callejón, de aquel troncho, tenía Bronca su parte correspondiente. Frasquito Cruz era la sombra única que se interponía entre los dos amigos como una amenaza interminable; para que todo fuese común entre Bronquita y Canelo... hasta les eran comunes los puntapiés de Frasquito Cruz. No podía darse más unidad entre aquellos dos camaradas insignes.

Tenían un angel protector, sin embargo; era Cojo Garrote; pero Cojo Garrote carecía de influencia suficiente para contrarestar la terrible presión que Mecha ejercía en el taller, en ausencia del viejo principalmente, pues quedaba entonces como dueño y señor omnímodo. Cojo Garrote, remangado hasta los codos, flotándole el mandil, estaba junto al banco desbastando una llave; cogiendo la lima plana por el puño con la mano derecha, por la punta con la izquierda, y apoyando gentilmente el pie de *la pata fólica* en el pie del banco del tornillo, lanzábase á cada viaje de la lima como un loco por los espacios imaginarios. ¡Vaya puños y vaya alientos! La lima le ayudaba: blanca, hermosa, sus dientes finos mordían con fiereza el hierro, y el esmeril cubría la boca del tornillo, cayendo, cayendo

siempre en brillante chorro, como agua que escupiera alguna gárgola sobrenatural que debajo de la misma lima hubiese.

¿Y Mecha? Larguísimo, escueto, con el mirar torvo como nunca, caído el caracol por la frente pajiza y lacio el pelo por el sudor, acababa también su trabajo, cuando llegó Felipa. La patulea se quedó en el taller con Canelo y Bronca, y la gitana pasó junto á Frasquito Cruz sin mirarle. Pero él sí la miró; la miró traído-ramente, y pensaba mientras, dando un resoplido de buey:—¿Quién sería?—Saber quien le asestó el tremebundo porrazo en la nuca aquella noche de recuerdo doloroso, esa era su pesadilla, su mal sueño; pensaba más en aquella persona desconocida que en Amapola.

—Pola, Pola,—gritó la gitana, subiendo la escalera precipitadamente.

Se oyó desechar una llave y abrirse una puerta. Frasquito Cruz sintió fieros impulsos de lanzarse escaleras arriba, echar á rodar á la gitana de un empujón y meterse en aquel cuarto que acababan de abrir. «¡Ya lo sabía él! Aquella puerta cerrábase por causa suya.» Rechinó los dientes y descargó un tremendo martillazo en el yunque y una patada horrorosa sobre Bronquita, que saltó como un reptil, echando fuego por los ojos. Canelo lanzó un ladrido de protesta, como si el golpe se lo hubiesen dado á él, y Cojo Garrote anduvo lentamente desde el tornillo al yunque, el cuerpo en pavoroso compás, prueba sin segundo de la formidable indignación que la conducta de Mecha le producía.

No se cuidó Mecha del efecto que produjo aquel estallido de rabia; su idea fija era descubrir al personaje incógnito que le sacudió el porrazo en la nuca. Conocía á Paquiro, sin haberle tratado jamás; le vió alguna vez, hacía tiempo, en amigable consorcio con Amapola, y sin hablarle nunca, le aborreció de muerte; pero no sospechó que fuera él la persona odiada en que tenía puesto su pensamiento tanto ó más que en Amapola.

Amapola fué la que abrió la puerta al oír la voz de la gitana. Se puso un dedo en los labios como para indicar á Felipa que callase; la hizo entrar, cerró otra vez, y llevándosela lo más lejos posible de la puerta, allí, junto al hueco del balcón, ornamentado con unas cortinas de blancura inverosímil, si se piensa en el humo negro del taller, le dijo muy bajo:

—Porque no sabes; estoy muerta; ni me atrevo á salir, y cuando el abuelo no está, entonces me encierro con siete llaves. ¡Vaya con la gracia, y cómo tiene una que pasar la vida por tonta que una es! Cabrita mansa parece que ni resuella tampoco, por no tener aliento; pero no me fío, que soltará el bocado á lo mejor.

—¡Pos mira tú que tiene el piyo unos gavilanel!...— exclamó Felipa gravemente.—En fin, anda y cuenta.

—Y yo ¿qué voy á contar, pobrecilla de mí, sino que estoy loca y me desespero, y no sé lo que pasará todavía si Dios no lo remedia, porque entre Mecha y Paquiro me ván á quitar del mundo, el uno con quererme y con no quererme el otro?

—A la mujé y al cabayo no hay que apretayo,—exclamó Felipa otra vez, con semblante adusto.

—Y verás,—decía Amapola sin interrumpirse, con aquella animación que tan deliciosos cambiantes daba á su rostro;—yo cogí la otra noche á mi abuelo y empecé á contarle... pero como si no; le dí un cambio, porque la lengua no quiso y no supe cómo arreglárme-las; en fín, que no podía.

—Lo que yo te dije,—exclamó la gitana, con no menos animación;—á conejo ío, palo jen la madriguera. Cuando tu boca se suelte, ya será tarde y ese gar-duño se saldrá con la suya.

Amapola se puso lívida, de pensar solo que en alguna ocasión pudiese caer bajo la garra de Mecha.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó, juntando las manos;—pero si no puedo; lo echaría á la calle y entonces ¿no sería peor? El susto atroz que á mí me entra por el cuerpo y por el alma y por todos los sentidos, es que se ponga con mi abuelo y me lo maltrate, para que yo sufra. Te digo que voy á volverme loca. ¡Válgame Dios y qué apuro más grande!

—Pero demonio de mujé, ¿no tienes más que ponerte y ábrete boca y sal lo que quiera?

Amapola guardó silencio; otra cosa había en su corazón que le atormentaba más que todos sus temores referentes á Mecha: era la imagen de Paquiro, á quien no vió desde la noche de su aventura junto á las Mínimas: de Paquiro, á quien por un segundo había tenido la esperanza de alcanzar, para luego perderla de nuevo.

Felipa se fué á la puerta y la abrió con sigilo; la miraba Amapola con no sabía qué incertidumbres que le apretaron el corazón como si fuera á romperse.

La muchacha estuvo allí un instante escuchando: nada oíase ni el gruñir de la lima de Cojo Garrote, ni el soplar del fuelle, ni el otro resoplar de Mecha, ni los diálogos interesantísimos de Bronquita y Canelo, ni el alboroto de ordenanza de los ilustres vástagos de la Reonda y el *selentísimo* Alcuza.

—Se habrán ido,—exclamó Amopola en voz muy baja;—es la hora del almuerzo; Bronquita estará en la puerta con los chiquillos.—Y levantándose, añadió ansiosamente:

—¿Qué? ¿Qué tenías que decirme?

—La má y los barco; tú no sabe; yo lo digo to de una vé, sin requilorio... y muera Marta y muera jarta. A Paquiro me lo encontré en la caye Evangelista.

—¡Ay! ¿Cuándo?

—Aquella tarde que estuve aquí... Y de pronto ¡púm!, Mecha. Der susto me se cayó la canasta. Ahora toca na egüello, me dije. ¡Cá! Paquiro fué á meté mano y el mulo de Mecha sin pecatase; quería Mecha hablá conmigo y é ni al corrá queó.

—¿Y el otro?—preguntó Amapola anhelante.

—A milao; cuando se fué Mecha, rabió y pateó y quiso irse detrá, pa meterle el resueyopa entro... Etente brutto... y le puse la canasta, y se paró. Ar corrá vino; lo puse, que se jurgaba y no lo creía; allá traspuso mugiendo, como toro bravo que é, y yo me dije: en er buche lo yeva.

—¡Ay, Jesús! pero ¿qué era lo que llevaba?—gritó Amapola.

—Er jabón que le dí con lo de Pepiya la de la Rinconá; tó me lo dijo; Pepiya lo llevó y lo trujo como zarandón de puerca, y en Cáí, ¡le hizo pasá cá tramojo! pero ér ná: ér siempre lo mismo.

Felipa, muy sofocada, arreglábale el trapo que le servía de mantón, y Amapola mirábala loca de ansiedad.

—Acaba,—dijo adustamente.

—Pero ¿es que tú lo quieres tó de gorpe y zumbío, como la navaja del tío Rosao?—gritó Felipa, con las manos en las caderas.—Cáyate mujé, y espérate tranquila, que quien quea herea. «Po ha de sabé tú...» Y Felipa se lo dijo todo en su lenguaje abigarradísimo y pintoresco. Se enteró muy bien; Paquiro se fué con Pepilla la de la Rinconá, sonsacado por ella. Trabajó Pepilla en la fábrica de cigarros de Cádiz cerca de dos meses; en aquel tiempo, Paquiro derrochó los cuartos que á su abuela le pudo sacar. En Cádiz conoció Paquiro á otra de la fábrica y se entusiasmó de tal modo, que estuvo Pepilla á pique de caer y de no levantarse nunca en el corazón del mozuelo, lo que probaba, y fué una reflexión hecha por Felipa á su manera, y que Amapola no echó en saco roto, que desbancar á Pepilla de firme y para siempre no sería de seguro ninguna obra de romanos, en diciendo que una mujer de bríos y de rumbo se pusiera á ello. Amapola suspiró. ¡Dónde estaba aquella mujer!

Entonces fué cuando Pepilla la de la Rinconá se vino de Cádiz; le salió bién como todo, porque Pepilla nació con sombra. Paquiro olvidó lo otro y tras Pepilla echó. Pero Paquiro no era como antes; Paquiro había cambiado mucho; estaba siempre de un humor de los demonios, y lo que tenía el hombre era, que estaba cogido como por unas uñas muy gordas y muy largas y no sabía cómo arrancar de la carne de su corazón aquellas uñas. Lo que estaba Paquiro era hartó, precisamente, de Pepilla la de la Rinconá; pero ¿cómo se desprendería de aquel gancho finísimo de la real moza? ¿De aquella cintura? ¿De aquellas caderas? ¿De aquel cuerpo de terribles atractivos? ¿De aquella cara hermosísima de demonio encarnado y de aquellos ojos? Porque los ojos de Pepilla la de la Rinconá, rasgados, ardientes, adormecidos por no se sabe qué desmayos íntimos, de unos mundos sin fin que arderían en el alma, no eran ojos; eran dos infiernos. De tí para mí, lector, conviene confesar ahora, que Pepilla la de la Rinconá no era tampoco una mujer; era un abismo, de cuyo fondo, por contraste singular, brotaba la luz, como brota sombríamente la llama del volcán de los abismos de la tierra.

Amapola estaba con todos sus sentidos puestos en Felipa; bebíase sus palabras, arrancábaselas antes de salir de los labios, solo con su deseo de oírlas. Felipa accionaba al hablar desordenadamente; se le caía el mantón á la cintura; recogíasele de un pico, se le caía del otro; la mataza de pelo hizo también de las suyas;

se le cayó dos veces; la muchacha hablaba sin cesar y sin estarse quieta un segundo, lanzando una exclamación á cada frase, soltando un refrán seguido de cada exclamación, febril, conmovida, ansiosa.

Por esto que dije de la abstracción de las dos mujeres, ninguna pudo fijarse en una cosa extraña que la hubiera llenado de horror; una hoja de la puerta de la salita se entreabrió un poco con lentitud, con mucha lentitud; y por la rendija, abajo, junto al escalón mismo, ardieron unos ojos formidables, feroces, resplandecientes de odio y cólera. La mirada de aquellos ojos imponía espanto, como la hubiera impuesto la última mirada de Luzbel, contemplando á la humanidad antes de destruirla.



XII

¡AGUA, DIOS, QUE SE QUEMA LA CASA!

Siguió Felipa. ¡Cómo temblaba Amapola oyéndola! ¡Qué ansiedades! ¡Qué despechos! ¡Qué congojas, entremezclado todo, en aquel espíritu! Oía el discurso de la gitana y acompañábalo con una grán mímica, vigorizada á veces por una exclamación ó un grito que reprimía trabajosamente. ¡Y qué discurso! «Pepilla era una furia que se comía medio mundo como se le pusiera por delante, es verdad; en la fábrica lo probó muy bién, y si no, que lo preguntaran allí: le tenían más miedo que al demonio, y con aquel edecán de la Percales, no digo nada. La Percales era el brazo derecho de Pepilla la de la Rinconá, y entre las dos... ¡lo que Felipa decía, ardiendo en santa cólera!, entre las dos eran capaces de revolver el mundo y de salirse con la suya de llenar de miseria *la jentrañitas limpia de una mujé de bién*. ¡Y que no tenía Felipa muchas ganas de meterle mano á la Percales ó á Pepilla la de la Rinco-

na cualquier día de aquellos! Por supuesto que... En fin, la Percales, con toda su poquísima vergüenza, era la que traía y llevaba en aquel lio gordísimo de Pepilla con Paco; pero era seguro también que la una y la otra iban á darse el grán limpión, porque Paco andaba loco por otra mujer, y ahora sí que iba de veras.»

Cuando Amapola oyó aquello no tuvo valor para hablar; vió la muerte delante de sus ojos, una visión horrenda con un cuchillo enorme levantado... Cerró los ojos y un sudor frío brotó en sus sienes...

—¡Agua, Dió, que se quema la casa!—gritó Felipa, yendo á sostener á la mozueta.—¡Pero demonche de criatura! ¿por qué te pone jasí, si la mujé á quien Paquiro quiere eres tú?

—¿Que soy yo?—gritó también Amapola, arrojándose sobre ella como para hacerla pedazos.—¡Dilo otra vez que yo te oiga!... ¡Dilo por Dios!

—¡Tú, sí... Tú... Tú!...—exclamó Felipa entre sollozos terribles, restregándose los ojos y la cara con un pico del mantón.—¡Tú!,—añadió otra vez con no sé qué espanto, como si de pronto se le hubiese puesto delante un mortal enemigo; y después prosiguió sin aflojar en sus sollozos, entrecortadamente, como si cada palabra hubiera sido un grán pedrusco que salía empujado por un golpe del otro.—E jatí á quien quiere, Pola, y ándate al moño, mira que si no yegaré ja la jacituna; el que está en la aceña muele, que no el que vá y viene; anda pa el bulto, que yo estoy contigo; que lo que es yo, ayende y aquende con quien te acompaña siempre;

y á Mecha como si no: ar loco y ar aire darle caye; pero con mucha vista, porque á Frasquito ya tú lo conoce; como el alazán tostao, ante muerto que cansao: por Dió, mujé, no te vaya á dá un susto... Pero yo le estaré á la oreja, y descuida, que si me pongo le curo el alhorre.—Y Felipa siguió llorando.

¿Por qué lloraba? Amapola no se lo preguntó. ¿Podía pensar ella en eso? Cogió á la gitana las manos, se las estrechó ardientemente y le dijo con grán dulzura:

—¿Pero es verdad? ¿Es verdad lo que has dicho?

—¡Y dale!—gritó Felipa,—¿quiere que te lo ensarte tó otra vé? Y es verdá que le dije que Pepiya era un pingajo al lao tuyo, y que tú le quedrías si él se quitaba de líos con Pepa ni con naide. Y primero se puso mu alegre y aluego se fué, renegando de Pepiya la de la Rinconá y de toa su casta. Pepiya vá alguna vé al corrá por la Percale, y no te figura tú lo que ayí ensartan; yo estoy hasta el moño. ¡Como que á lo que vá siempre Pepiya la de la Rinconá an cá la Percale es na má que pa vé si está en el corrá Paquiro. ¡Ah!, mira,—exclamó la Felipa de pronto, enjugándose las lágrimas:—Mecha fué tamié, así, como en són de amigo. ¡Amigol der que cubre co ne lala y muerde con er pico. ¡Habrà charrán! Y no sabe tú... ¡Tan mandible como se presentó! Delante hago acato y detrás jal rey mato. ¡Un run-run me traía... ya, ya! Que yo era gitana y que er tamié nera; que er me quería así, yasao, que siempre me llevó sentá en mitaita, en mitaita der corazón... ¡hombre, y no se lo aplasté! Que le dijera quién había

sío quien le arrió el cate aquella noche. ¡Arbricia, pare, que ya poan! ¡Corriendito iba yo á soltá la lengua! Quería jacé las pase, y yo, cantando á la armohaiya, que amigo reconciliao enemigo doblao. ¡Si se enterara que fué Paquiro!

—¡Cállate y no lo digas siquiera!—exclamó Amapola de pronto, como saliendo de una abstracción en que hubiese estado metida mientras pronunció la gitana la última parte de su discurso.

Felipa calló.

—¡Si yo me atreviera!,—prosiguió Amapola, mirando á la gitana con ojos secos, febriles, centelleantes. Felipa la miró ansiosa.

—¿A qué?—preguntó.

—A ponerme con Pepilla la de la Rinconá.

—Po ponte, mujé, por el amor de Dió. Ajo, ¿por qué no juiste güeno? Ponte ya de una vé y échale á Pepiya agrá je nel ojo. Anda, mujé, y dame ese gusto, que estoy ya co nesto que me tiro de una oreja y no me arcanzo á la otra.

—¡Ay, Felipa, no me atrevo! ¡Si yo echara coraje! ¡Si á mí no me entrara este temblor que me entra solo de pensar en Paquiro, ya verías tú! Porque has de saber que es Paquiro quien á mí me asusta; que lo que es Pepilla... más vale que me calle, porque como em-piece...

—Pos mira,—exclamó la gitana, liándose el mantón, furiosa;—yo me voy con mi canasta y con mi patulea; que ya estoy jasta la coroniya con tu cariño loco,

de yo para vos y vos para otro: andendín.—Como lo dijo, echaba ya á andar.

—¡Espérate, espérate!—suplicaba Amapola, queriéndola detener.—¡Si tú no sabes! ¡Si es que me abra-so de vergüenza de pensar que Paquiro se entere de lo que yo le quiero... y se enterará cuando vea que yo me pongo con Pepilla!

—¡Achaque ja lodre, que sabe á la pé!—dijo Felipa, desdeñosamente.

—¡Pero si no es achaque, Dios mío! ¡Si es que me vuelvo loca! ¡Si el cariño de un lado por Paco, y la vergüenza de otro, por Pepilla, y el miedo por otro, á Mecha, están matándome! ¡Si eso no es vergüenza, ni cariño, ni miedo! ¡Si son tres clavos que ni los de Cristo en la cruz, madrecita mía! ¡Malaya sean los hombres y malaya las mujeres cuando nos ponemos á querer!—Y Amapola, al decir esto, en tono verdaderamente desgarrador, soltó á Felipa, y sentándose, ocultó la cara entre las manos... ¡Lloraba! ¡Lloraba!

Felipa sintió un dolor inmenso, como si las entrañas se le partiesen. Se aproximó á ella y la habló con dulzura, en aquellos términos suyos y con aquellos refranes sin fin; pero tan persuasiva... tan dulcemente habló, supo dar á su palabra una modulación tan tierna, tan grande, que Amapola misma alzó la cabeza con asombro. Por un segundo pensó que la figura mugrienta de la gitana desaparecía, transformándose en una visión de luz; no sé que nimbo brillante, creyó ver la nieta del tío Berrinche alrededor de aquella cabeza negruzca,

ni pudo explicarse aquel relámpago celeste que creyó ver brillar, fascinada, en los ojazos bizcos.

Sintióse Amapola estremecer, y abrazó á la gitana conmovida: vibró su sangre, y pensando en Pepa la de la Rinconá, aquellos arroyitos azules que parecían correrle con suavidad debajo de la piel, transparentándose como por la hoja de una flor, engrosaron en su cuello y en sus sienes, como si fueran á estallar; y en sus ojos, fieros de amor y orgullo, ardió el rayo.

—Mira,—dijo,—lo haré. ¿Cuándo vá Pepa al *Cuartelillo*?

—Mañana; la Percale no vá á trabajá, y estando la Percale ayí, de seguro que vá Pepiya.

—Y estando allí Pepilla la de la Rinconá, ¿estará también Paquiro?

—Sin farta; como er só.

—Pues oye,—exclamó Amapola secamente,—yo iré mañana.

Felipa dió un salto de gusto y soltó un refrán que no os digo; pusiéronse de acuerdo en algunas partes, que en lo principal sería lo que Dios quisiera; era preciso llevar la cabeza muy alta delante de Pepilla la de la Rinconá y echar bríos, haciendo de tripas corazón, aunque el mismo Paquiro estuviera presente.

Amapola estaba anhelante, febril. «¡Ya verían, ya verían!» Volvieron la cara las dos, de pronto, con un movimiento brusco; la puerta acababa de abrirse; la figura extravagante de Bronquita, con sus pingajos y sus churretes, avanzó hasta ellas con grán sigilo, puesto un

dedo en los labios, como para indicar que no hablasen, y sosteniéndose con la otra mano sobre el pecho raquí-tico la cazoletilla de la merienda.

Se aproximó á las dos mujeres, que le contempla-ban con asombro y terror inexplicables, y bajo, muy bajo, imprimiendo á su tono misteriosas variaciones, apenas perceptibles, exclamó ufanamente, cual si su-piera de antemano el efecto que iba á producir.

—¡El señó Mecha la estao escuchando tó!



XIII

QUE PONDRÁ AL LECTOR EL ALMA EN UN HILO.

¡Triste momento! Amapola quedó inmóvil, fijos los ojos como muerta. Felipa quedó contemplándola sin hablar, y su cara de bronce tomó un matíz verde, extragos que hizo en ella el terror que la noticia le produjo: luego de haberse contemplado las dos un instante, como si á la vez hubiesen tenido una misma idea, lanzáronse á Bronquita, que tragaba su *manduzca* muy satisfecho, como queda satisfecho el hombre de honor cuando ha cumplido religiosamente un deber sagrado.

—Corre, Bronquita, corre,—díjole Amapola suplicante:—anda vé y busca á Paquiro y dile que venga corriendo... pero ¿dónde lo encontrará, Virgen mía?—añadió desesperadamente juntando las manos.

—An cá la agüela,—dijo Felipa al instante;—anda, Bronquita, corre, que Pola te dará pa tabaco; tira to eso y juye.

—¡Mardita sea!—gritó Bronquita.—¡Si er tallé se quea solo, porque Cojo Garrote, que venía cuando er señó Mecha salió corriendo, se jué tamié endetrá der señó Mecha!

—¿Cojo Garrote?—exclamaron las dos admiradas.

—Er mesmo.

—Pues que se vaya al demonio el taller y vete tú.

Bronquita no aguardó más, salió á escape; pero puedo decir, seguramente, que no tiró la lata de la merienda y que siguió engullendo sin dejar su carrera precipitada. También se sabe que Canelo echó á correr detrás de Bronquita, lleno de asombro, y que, de vez en cuando, soltaba un ladrido, como preguntándole de muy mal humor:

—Pero ¿á dónde vás, hombre?

Felipa bajó las escaleras locamente. Amapola corrió á ella.—¿Te vás?—dijo anhelante.

—An cá Pepiya, á vé si está allí.

—Pero ¿y yo?... ¿qué hago yo?—gritó Amapola, desesperada.

—Tú, espérate y tén cudiao de mi patulea, Pola de mi arma; dale de comé á los probetiyo, que no vá na probá hoy la gracia é Dió.

Dijo esto Felipa al pie de la escalera, y salió también á escape, en busca de Paquiro.

Amapola se sentó desfallecida. ¿Qué iba á ser de Paco si Mecha le acometía á traición? Importaba ante todo que Paco lo supiese y que estuviera prevenido. Con eso bastaba. Sabía muy bien Amapola que, frente

á frente, no era capaz de ponerse nadie con su Paco de su alma.

Era preciso aguardar... ¡Aguardar siempre!... Aquella inmovilidad la hacía daño; se levantó nerviosa, inquieta, lleno el corazón de presentimientos; para distraerse, bajó al taller, llevando comida á los chiquillos. El Moro, estaba tumbado junto al yunque, como antes estaba Canelo; Melao estaba tendido cara al sol, en mitad de la calle, contemplando impávidamente la inmensidad azulada y esplendorosa, como grán filósofo que no se preocupa ni pizca de las mezquindades de la tierra.

En cuanto á Rebuzno y Tranquita, era bién distinto, se hallaban junto á la pared, al otro lado del arroyo; el asunto no iba allí muy bién; habíase producido cierta enemistad entre los dos honorables sugetos; traía ya cola; fué un ligero roce motivado por las perras que Paquiro les arrojó en el corral; se había discutido mucho aquello y vino fermentando sordamente, aunque las almas parecían serenas... ¡Oh sociedad corrompida, cuán sucio es tu fondo! Por el camino, cuando vinieron delante de la Felipa al taller del tío Berrinche, hubo también palabras de transcendencia; desbordábase la indignación en aquellos corazones fuertes y el choque se hacía imprescindible.

En el momento en que Amapola se asomó á la puerta, Tranquita jugaba á la *pícula*, mirando con desdén á Rebuzno: una de las veces, cayó el botón de metal en comba majestuosa, á los piés de Rebuzno; Tran-

quita fué á cogerlo, orgulloso; Rebuzno le puso antes, precipitadamente, un pie encima. ¡Oh cielos! Inclínase Tranquita á cogerlo; se inclina también Rebuzno; en la lucha de quién lo coge, caen los dos rodando, perdida ya la compostura que corresponde á gentes de nota. Levántase al fin, Rebuzno, triunfante, con el botón de metal en la mano; se levanta también Tranquita y su protesta revélase en un aullar tremendo... Calla de pronto; lánzase á rebuzno, y le atiza la más tremenda bofetada que los humanos sintieron. ¡Oh conflicto! Rebuzno, ultrajado, clama venganza y se precipita valerosamente sobre su ofensor; el dios de los combates ciérnese furibundo sobre aquellas frentes sombrías; los ojos lanzan fuego, las bocas insultos; las uñas y los dientes se hincan en todos los sitios posibles; en el grán agetreo, caen los combatientes por tierra otra vez; en un segundo se vé el campo cubierto de despojos; el bombín de Rebuznito yace allá, como casco abolladísimo por las embestidas de feroz contrincante; una manga del chaleco famoso yace en otro lugar, como brazo inerme, que cortó á cercén formidable mandoble; deshecho el nudo de la cuerda que la cintura de Tranquita ciñe, la chaqueta entonces, sin el único sostén, se abre amorosa y los cubre á entrambos en el inmenso torbellino; la gorrilla de cuartel que baila siempre en la chilustra de Rebuzno, salta al arroyo y espera allí tiempo mejor después de haber bailado su última danza. ¿Y qué os diré del tirante de Tranquita? Se enredó á las piernas del otro, y parecían así los dos, tum-

bados en el suelo, mordiéndose, arañándose, golpeándose, rugiendo, gladiadores de la antigüedad, en combate á muerte, sujetos por una cadena, hasta la decisión de la victoria.

Lanzóse á ellos la nieta del tío Berrinche y los separó con la ayuda de un transeunte. ¡Oh dioses! Tranquila tiene un ojo casi fuera, de un puñetazo, y un hombro medio deshecho, de un bocado de Rebuzno afortunadísimo. Rebuzno tiene tres tolondrones como tres catedrales, repartidos con la mayor equidad en su testa majestuosa; también exórnase su cara con varios surcos, nobles cicatrices que serán, adquiridas valerosamente en franca lucha y á campo abierto.

Estalló Amapola, descargando su ira pasada y presente sobre los desvalidos; los llevó al taller, cogido á cada uno de una mano, y allí, ¡oh desastre!, los dos enemigos recibieron ignominiosa tanda de azotes.

Volvió en esto Bronquita por un lado y Canelo detrás de Bronquita; volvió la gitana por otro, y los tres, el perro, el aprendiz y la gitana, parecían echar los bofes. Amapola se olvidó inmediatamente de los chiquillos y escuchó anhelante. Afirmó Bronquita que no pudo encontrar á Paco en su casa; Canelo permaneció silencioso... ¡Bronquita hablaba por él! Felipa tuvo más fortuna. Encontró á Paco y le dijo que Mecha lo sabía todo; era lo único que podía hacerse con un hombre como Paquiro; prevenirle, y lo demás que lo hiciera la Virgen santísima. Cojo Garrote no pareció.

El tío Berrinche había ido á entregar un trabajo.

¡A su vuelta sí que hubo chica con grande, viendo el taller solo! «¡Mardita sea la suerte de algunos hombres!» Y dábase, clamando así, unos puñetazos en la cabeza, que solo la cabeza del tío Berrinche hubiera podido con ellos. Bronquita se escabuyó por un lado hasta que pasase la tormenta; Canelo se pegó á Bronquita, queriendo seguir su suerte, y renegando Felipa de la hora en que nació para tener que bregar con los ilustres vástagos del *selentísimo* señó Alcuza, dedícase á recoger los despojos del campo de batalla.

Amapola en tanto, no siendo dueña de contener un impulso terrible de su sangre, se abalanzó al furioso viejecillo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, díjole que Mecha no estaba en el taller por *esto y lo otro*... Le soltó la historia de golpe, como costal repleto que de repente se vuelca.

—¡Ay, rejaza!... ¡Con que tó eso!... ¡Y yo no lo sabía!... ¡Ah grán piyo... verei jahoral

Así declamó el digno camarada del tío Borriquita; así declamó, yéndose para un tranco descomunal que había tras la puerta y queriendo salir escapado después que lo empuñó. Detuviéronle la gitana y Amapola. Amapola dijo:

—No, no, abuelo, déjele usted, que no venga más aquí; por lo que faltó tantos días al trabajo, fué porque Paquiro le dió una buena aquella noche de que acabo de hablarle; vino luego otra vez á que le dieran trabajo y figúrese usted mi miedo; no vivía, aguanté el mirlo porque no se vengara ese hombre en usted; pero ya

que se lo dije á usted; bién dicho está, y á Roma por todo.

No convenció al abuelo, pero logró dominarle con aquel encanto que tanta influencia ejercía sobre él. Renegando mantúvose en la fragua, y juró muy callandito una y mil veces que breaba á Mecha de una paliza donde primero le viera. Fué saliendo Bronquita de su escondrijo... fué saliendo Canelo y meneaba la cola, como de satisfacción porque la tempestad iba pasando, sin deterioro grande ni chico para su inseparable Bronquita. Felipa salió con su gente y con un recuerdo de Amapola: una falda para ella en muy buen estado aún, ropa del tío Berrinche para los gitanillos, que buena falta les hacía,—á Rebuzno y Tranquita sobre todo, después del épico lance, —y algunas provisiones, en fin, ¡comía!, como exclama el valeroso Rebuzno solemnemente, señalándola con un dedo sucio, cual señala el salvaje la luna de que hizo su ídolo. ¡Ah, buen Tranquita! También él, en unión de Moro y Melao, contempla con ojo flamígero la cola de un bacalao que asoma insolentemente en el fondo de la canasta, bajo la falda vieja, regalo de Amapola.

—Que me esperes,—dijo Amapola cuando Felipa se marchaba; se aproximó á ella y añadió muy bajo, silbándole el aliento:—Espérame, ¡ya verás!

Felipa quedó suspensa al oír aquello y al ver, sobre todo, la actitud de Amapola; quedó suspensa, digo, con el bombín y el tirante en una mano y la manga del chaleco famosísimo en otra; cargó con la canasta y allá

traspuso seguida de la prole, diciendo muy bajito, como quien reza con mucho fervor:

—¡Madrecita mía!

Subió Amapola á su cuarto y no habló una palabra más con su abuelo; ni ella misma explicábase lo que pudo haber influido en la grán decisión que tomó de ir al *Cuartelillo*; no se sabe qué ansias de lucha se apoderaron de ella; lucha, allí, donde más recio fuesen los golpes, donde más corriera la sangre. Su cuerpo nervioso y fino, estremecía con calentura de leona al pensar solo en aquel momento, y se le aparecían Pepa la de la Rinconá y Frasquito Cruz como dos enemigos temibles, á quienes era necesario vencer; á ella, confundiéndola, humillándola delante de todo el mundo; á él, haciéndole pedazos, si le era posible. En Amapola revelábase de pronto su sangre meridional, candente, brava; mientras se trató de ella, mientras nadie conoció el secreto de su amor, aquel amor por Paquiro, que la estuvo ahogando, fué tímida, débil; pero al tratarse de Paquiro además, cuando le vió amenazado, cuando entrevió la posibilidad de que Paquiro pudiera amarla, abrióse su corazón de par en par á una luz inmensa que vió aparecer no sabía donde y que se desbordó dentro de ella misma, infundiéndola valor que nunca tuvo. Pensó de pronto en Pepilla con desprecio, como se piensa en un enemigo á quien se está seguro de confundir.

Su inquietud era grande; Paquiro estaba avisado, es cierto; pero ¿sería suficiente para que pudiera Pa-

quiero salvarse de una traición de Mecha? Tenía una vaga esperanza en Cojo Garrote; ella lo sabía; Cojo Garrote era un pedazo de bruto, pero con más corazón que un toro... ¡un corazón tan grande, tan grande! Y como se trataba de ella... á la que había conocido desde niña y á quien quería como á una hermana, era capaz de verter su sangre y dar su último aliento. Supo que Cojo Garrote siguió á Mecha, y esto la hizo ver que Cojo Garrote, con su instinto animal,—no podía llamarse de otro modo,—presintió algo terrible en Mecha contra Amapola; porque ir contra Paquiro era ir contra ella; esto, principalmente, infundíale alguna esperanza y dábale más fortaleza; pero vencíalo todo un profundo malestar que la volvía loca. En vano procuró convencerse de que aquellas ideas de consuelo, razonadas y justas, debían tranquilizarla; no, no, la figura antipática y repulsiva de Frasquito Cruz, interponíase constantemente entre ella y Paco, y el brillo del puñal cegábale los ojos, aquella hoja traidora, que estaba viendo hundirse siempre en la espalda del hombre adorado.



XIV.

HORAS FUNESTAS.

¡Funesto día! Amaneció, y Amapola estaba febril, impaciente: no durmió en toda la noche. ¡Sueño! Eso quería ella, un sueño largo, muy largo, para no despertar nunca, allí, acostada en el fondo de la tierra, si no era feliz con Paquiro. ¡Qué ideas desgarraron aquel cerebro de mujer, en las mortales horas de una noche de fiebre!

El tío Berrinche, no salió en todo el día; no la dejó sola; además, su nieta había dicho apenas se levantó:

—Abuelo, hoy conmigo, aquí, sin moverse.

—Está bien, mujé, está bien,—contestó el abuelo tragando saliva, pues lo que él ambicionaba era tragarse á Mecha.

—Y después—añadió Amapola—á la tarde, al *Cuartelillo*, á ver al tío Borriquita; hace ya mucho tiempo que no viene por aquí.

El abuelo no chistó; pedía su nieta las cosas de tal

modo algunas veces, que era imposible replicar; no supo darse nunca cuenta el viejo, de si aquel modo de pedir las cosas era imperativo ó suplicante. Él solo dábale cuenta de que era preciso obedecer.

No salió. Por la mañana, Bronquita y Canelo le acompañaron un poco. Se sabe con fijeza que Amapola llamó á Bronquita apenas llegó el muchacho; se sabe que Bronquita subió las escaleras con Canelo, muy ufanos los dos de que Amapola les llamara, porque ya se sabe también que llamar á Bronquita era llamar á Canelo; se sabe que Amapola habló al oído á Bronquita con grán cautela y que el aprendiz salió precipitadamente seguido del gozque; se sabe, en fin, que volvieron á poco los dos, y que uno de ellos, Bronquita, como supondreis, dijo á la nieta del tío Berrinche, misteriosamente:

—De parte de la agüela, que sí, que Paquiro ha estado esta noche en la casa y que sacostó y que no se levanta todavía.

Amapola no pudo contener una exclamación de felicidad. ¡Luego Mecha no le había encontrado ó no le buscó! ¡Qué día tan cruel! Aturdiase, volvíase loca de impaciencia. Luego, después del medio día, anduvo otra vez en cuchicheo con Bronca; Bronca y el gozquecillo salieron escapados nuevamente; con respecto á esta segunda salida de los dos camaradas, se tiene noticia de que Bronca cayó de bruces, medio aplastándose la nariz contra un pedrusco, porque Canelo cometió la temeridad de metersele entre las piernas cuando con más

furia corrían los dos á cumplir el encargo de Amapola. Pero Bronquita, imperturbable en el cumplimiento de su deber, con la nariz medio aplastada y todo, terminó su comisión fielmente, como era de esperar. Presentándose en el taller, dijo á la muchacha, en el mismo tono misterioso:

—De parte de la Felipa, que sí, que la Percale está allí, y que la Pepa irá aluego.

—¿Y paquiro?—preguntó Amapola anhelante.

—El señó Paquiro, que ha estao allí esta mañana, y que irá aluego también.

—¿Y Mecha?

—Der señó Mecha, que no sabe ná.

A la caída de la tarde, se encerró Amapola y vistióse de fiesta. ¡Vaya un mérito en la tal personita! Bajó por aquella escalerilla del taller, como una cascada de luz por callejón negrísimo. ¡Virgen! El abuelo, la miró como loco; nunca había visto brillar el hierro caldeado, como brillaba todo aquel mundo de luz que por la escalera bajó. Bronquita quedó mirándola también, con aire contrito, á grán distancia, como contempla el fiel en el altar al santo de su devoción, y hasta Canelo, el mismísimo Canelo, soltó un ladrido con mucha gracia, que pareció decir sencillamente:—¡Esto sí que es superior, jinojo!

Y era de ver Amapola en aquel instante; la impaciencia la consumía; ahogábala la fiebre y aquel calor puso en su blanco rostro animación extraña que sorprendía. No era su falda graciosa de percal, ni su man-

tón grueso, llevado airosamente, como lo lleva la mujer del pueblo andaluz; no era su pelo brillante, adornado de flores, ni sus piés calzados, que ni los de la misma infanta sevillana, ni sus dedos cuajaditos de sortijas, como los de las vírgenes de las iglesias; no era todo esto, gracioso, limpio, señoril, lo que cautivaba; era otra cosa sin explicación; no estaba en sus ojos, ni en su boca, ni en su talle... ¡Ah, demonio de Pepilla! Solo Pepilla con su bravo cuerpo de leona, hubiera podido competir con aquella radiante y primorosa figura de mujer.

Lo que faltó siempre á la muchacha fué decisión; y lo que es la decisión la tenía ya, juzgando por el brío con que caminaba, pasito á paso, hacia el *Cuartelillo* aquella tarde famosa, al tiempo precisamente en que la Percales y la Felipa se hacían pedazos entre un corro de mujeres y hombres... ¡Ah, quién había de decir al buén Canelo en aquel instante delicioso en que se refocilaba, saltando alrededor del tío Berrinche y Amapola, caminito del corral, que sus otros camaradas, Rebuzno y Tranquita, rugían, saltando también alrededor de la Percales, y avalanzándose á ella como lobos para defender á su hermana!

Pasó aquello; separáronse las furiosas medio destrozadas; María de la O siguió vomitando bilis contra Pepa la de la Rinconá; se presentó Pepa; el público esperó ansioso.

—¿No te dá lástima de tratarme así, mujé?

Esto dijo Pepa á María de la O con aquella mofa,

por lo dulce y por lo tranquila, peor mil veces que un puñal envenenado, hundido en el corazón hasta el pomo. Creyeron que María de la O no iba á saber qué decir, hallándose de pronto bajo aquella mole que se le vino encima; pero como ante todo fué siempre corralera María de la O, y de las más ilustres, se puso en jarras y se desgarró toda con este grito que hinchó las venas de su cuello y sus sienes:

—¡Pues sí, eal! ¿Y qué?

Solemne instante. ¿Cómo no se lanzó Pepilla á destrozarla con sus hermosísimos dientes? ¡Oh asombro! No se vió jamás aquello en Pepa. El auditorio mirábala suspenso. Requinto, inclinado hacia adelante, con el guitarró sobre el vientre y las manos sobre las cuerdas, presentaba la figura más singular. ¿Y los restantes miembros de aquel senáculo respetabilísimo? Las mujeres, los hombres, Rebuzno, los otros granujas, Felipe... Fué cosa de magia; hasta la Reonda levantó los ojos; hasta el tío Borriquita dejó de hacer pleita; quedóse Facunda inmóvil, con las manos apoyadas en el fondo del lebrillo y la legía hasta los codos; dejó Felipe de tocarse la nariz; dejó Percales de renegar de lo humano y lo divino, y hasta María de la O, la misma María de la O, en el silencio sepulcral que había seguido, creyó oír aún sus anteriores palabras, como si le estuviesen vibrando con la sangre dentro del corazón:—Pues sí, eal! ¿Y qué?

Nada. Hay segundos verdaderamente providenciales para ciertas criaturas; María de la O, no lo dirá ja-

más, porque ni ella misma lo supo. Habíase cernido la muerte sobre su cabeza; fué un instante... menos, lo que dura una ráfaga, una centella, una palpitación, pero estuvo á punto de morir; la salvó Amapola sin saberlo ni pretenderlo; la salvó la misma por quien ella metíase á caballero andante. Hay un Dios.

Dios y Pepa sí lo sabían; Pepa apretó sus dientes finísimos, echándose para dentro la espuma de cólera que afeaba sus labios como con viscosidades de reptil, y contúvose de pronto al ir á lanzarse sobre María. Entraba Amapola. Vió Pepilla dibujarse de repente su silueta suave en el marco del viejísimo portalón; la vió adelantar de repente, airosa, firme, risueña, resplandeciendo de hermosura y gracia; toda la sangre pareció detenerse á Pepilla en el corazón y paralizar sus latidos y quitarle la palabra y quitarle el aliento.

Sus manos, próximas á hundirse en María de la O, contraídas hasta hacer un puñal doblado de cada dedo, para hendir, furibundas, la enemiga carne, quedáronse flojas, sin fuerzas; sus dientes, que rechinaban de impaciencia por destrozar aquella misma carne odiada, apretáronse como por un fenómeno cataléptico y quedó con los ojos inmóviles, fijos en aquella silueta finísima de mujer que se acercaba, se acercaba siempre... Perdió por un segundo noción de todo Pepa la de la Rinconá; no sintió, no pensó; no veía más que aquello aproximándose, como si viéramos venir hacia nosotros un enemigo, contra el que nuestras fuerzas no bastan, é instintivamente nos damos cuenta de que nos es superior.

Adelantándose al tío Berrinche se metió en el grupo Amapola; saludó como si de nada se hubiese dado cuenta; estaba alegre, radiosa; brotaba la vida de sus ojos como del cielo brota la luz; la risueña frase brotaba á sus labios, como la vida y la satisfacción á sus ojos; se fué para la Percales y la besó ruidosamente; tuvo una ocurrencia feliz para María de la O; se fué á la Facunda y también tuvo su frase para ella... Y lo mismo para todos; sin desconcertarse, con tranquilidad, iba del uno al otro sitio y hablaba con éste y con aquél, con el mismo aire de confianza y reposo con que una reina de la moda está en su salón, rodeada de admiradores. Habló con el tío Borriquita, con la Reonda, con Requito, con *Sópleme usted aquí*, y de repente, se lanzó á Pepilla la de la Rinconá de un salto, como una vívora, y pegando á ella su cuerpecito, como para escupirle en la boca el virus desde más cerca, la echó los brazos al cuello, la besó y dijo palpitante de placer:

—¡Ay, Pepa, pues si no te había visto, hija!

La voz de Pepa fué entrecortada, como no pudiendo mover la lengua con facilidad, aquella lengua, naufrago perdido en el torrente de maldiciones que á la boca le subía, para caer como diluvio de fango en el alma de Amapola; fué su tono entrecortado, y solo dijo:

—Sí, que no me verías!... como tú no sabes que yo vengo aquí mucho... por eso no te acordabas.

Y no sabía, al decir esto, si la estaba abrazando también ó estaba ahogándola; no se sabe cómo no la

hundió los dos puños cerrados en el pecho, allí, donde estuvieran sus pulmones, para partírselos y que no respirase más. Fué á hablar... Iba á abrir la horrorosa compuerta para que todo el fango de la Cava volcase, y no supo qué misterioso poder logró, contra su voluntad, que se mantuviese inmóvil. ¿Fué quizás el asombro que le produjo la mirada de reto que Amapola le lanzó, teniéndola cogida aún entre sus brazos, juntas las bocas, juntos los ojos, clavándose las dos mutuamente la mirada en el corazón, como desnudos aceros, afilados por el dolor y por la cólera encendidos? ¡Ay!, el sentimiento único cuando la tuvo tan cerca, fué ya el de una envidia amarguísima ante aquel rostro fresco, lozano, de piel tersa y fina, aquellos labios encendidos, aquellos ojos negros que chispeaban y aquella esbeltéz y todo el vigor y la dulzura de aquel conjunto en que la naturaleza pródiga derrochó sus galas; los treinta años de Pepilla la de la Rinconá, parecieron protestar allí con misterioso, recóndito grito, contra aquel botón de clavel apenas entreabierto; aquel grito que se tradujo en esta expresión mental dicha con su alma:—¡Se quedará con mi Paco!

Irguiéndose brava ante aquel pensamiento desgarrador aprestóse á la lucha; como si presintiera su astuto espíritu el juego de Amapola, en él siguió, abrazándola y besándola amorosamente, placentera la fáz, muriendo de dolor y rabia; en sus grandes ojos de leona enferma, aquellos ojos cansados, adormecidos por vigili-
as de amor, ardió un rayo de fiebre misteriosa,

chispa fugaz como en los ojos del agonizante. Aquella calma, precursora de explosión tremenda, que habían visto todos al encararse con María de la O, disipóse. Era horroroso lo que la cólera y los celos estaban allí elaborando activamente.

Percales y Felipa, las miraban á las dos, inquietas; ni una ni otra podía explicarse la actitud de las dos mujeres, por las que se acababan de hacer pedazos. Hubo allí mismo quien creyó mentira todo lo que antes había dicho María de la O, del coraje que Amapola y Pepa la de la Rinconá se tuviesen, y quien no se supo explicar la contienda entre Felipa y la Percales; y como Requinto salió entonces con la ocurrencia de dar un artístico golpe en el guitarro, hacia el guitarro y el *tocaó* fuéronse muchas dignas personas del cónclave, y tomó el asunto bién distinto aspecto. «Ayí no había pasao ná.» Percales se aproximó á Pepa curiosamente; Felipa se aproximó á Amapola y formóse allí un grupo con otras mozuelas. *Sópleme usté aquí*, echó al aire una copla excelsa, hermana de aquel rasgueo del guitarrillo, que rasgaba la carne como la lanza del sayón famoso se la rasgó á Jesús; y con el guitarro, con la copla, con el gritar, con el barullo jactancioso de la andaluza grey, aquel humillo de tragedia que poco antes parecía emanar de los corazones, de los alientos y hasta de la última grieta de las vigas apolilladas del corredor, perdióse rápidamente como nube que el viento barre.

Perdióse el humillo trágico y Amapola mientras, decía, entre el grupo de muchachas de Triana, alu-

diendo á Pepa la de la Rinconá, cogiendo sus manos, mimándola, sonriéndola:

—¿Quién, ésta? ¡Si yo la conozco desde chical! ¡Tan guapa... tan guapa siempre! ¡Así era yo de grande!—y se inclinaba para señalar con la mano á la altura de la rodilla.—¡Qué!... ¡Si ni siquiera sabía andar! Y ésta se llevaba de calle á medio mundo con la gracia que tiene. Parece que fué ayer. ¡Digo, y hace ya lo menos doce años! ¡Como que yo ya tengo diecisiete! ¡Ay, Jesús, pero si soy ya una vieja!

Pepilla la miraba sonriendo: «Ah, qué garganta tan bella tenía Amapola y qué á propósito, para que la cogiesen bien... y apretar, apretar cuidadosamente, con mucho cuidado, hasta que Amapola no respirase; ni hablara...: no, no, ni hablar tampoco. ¡Ah, Dios santo! Entonces sí que Amapola no podría decir otra vez, en aquel dulce tono, que Pepilla era vieja, ni decir á Paquiro, callada... calladamente:—Te quiero y seré tuya y más feliz que Pepilla te haré yo.» Pepilla miraba el cuello de su rival, y clavaba allí los ojos como si los ojos fuesen sus manos.

Cogió la cabeza de Amapola, con aquellas manos finas, blancas; las bajó hasta el cuello, las tuvo allí, jugueteando, acariciadoras, dulces, como dos flores que se enroscan á un tronco alabastrino.—Vaya, mujé—decíale en tanto, con su temible dejo andaluz, que abrasaba el alma por lo gracioso:—¿Y cómo has salido de aquello que te pasó con Mecha?

—¿Con Mecha?

—Con Mecha, sí; delante de las Mínimas.

—¿Lo sabías tú?—preguntó Amapola cándidamente.

Pepa la de la Rinconá, sonrió: aquella sonrisa fué como la yema del dedo que pone el asesino en la punta del puñal, para ver si está bién agudo; luego clavó el puñal así:

—Pues ¿no lo había de sabé? Me lo contó Paquiro.

—¡Paquiro!—repitió Amapola, cobardemente.—Pepilla hundió el puñal hasta el pomo, besándola en la boca: lo hundió, diciendo con mucho interés:

—Verás: estábamos en mi balcón, ya sabes, allí, en la Cava; mi madre había salido; yo, ya vés... no quería que Paquiro también se fuera. ¡Sola está una tan mal! De pronto, allá, por las Mínimas, oímos unas voces; luego, un perro que ladra... Y se veía divinamente. ¡Digo! eran un hombre y una mujer; yo le dije á Paco: —Anda, anda, ¡pobrecilla!—Y allá traspuso...—¡Ay! ¿Pero qué te pasa? No vén ustedes cómo se ha puesto... ¡Ay! ¿no vés tú, Percales? Pues mira, será acordándote del susto que Mecha te hizo pasar.—Y Amapola, blanca como la cera, repitió apagadamente:—Del susto, sí; no quiero acordarme.

La mirada ardorosa de Felipa, quemó su alma y le dió bríos; se apartó de Pepa la de la Rinconá, en un gracioso movimiento y añadió con grán viveza, torciendo el hociquito, como valvulilla misteriosa que se abre para producir la muerte:

—¡Buén personaje está Paquiro! ¡Venga porte y lucimiento!—Y añadió á todas, riéndose:— Cuando éramos

así, chiquitillos, que lo diga Pepa que está aquí; andábamos siempre juntos. Mi abuelo decía: Oye, con Paquiro no vayas, que es un haragán; ni estudia, ni trabaja, ni se conseguirá de él cosa de provecho. Yo, como si no, ya se vé, ¡los chiquillos! Pero luego, cuando ya fuimos grandes, cada uno por su lado; él se enfurruñó y casi nunca iba á mi casa; pero la noche de las Mínimas y de Mecha... ¡ay, maldito Mecha, qué mal rato me dió! Pues verás; aquella noche, empezó otra vez con zalamerías, porque no creas, lo que es Paquiro, lo que dice Felipa: como el amor trompero; cuantas veo, cuantas quiero; lo mismo le dá un vejestorio que una chiquilla. Pepa la de la Rinconá, que lo conoce, lo tiene que saber. ¿No, Pepa?

—Pero ¿tú lo quieres?—preguntó Pepa, como si agonizara.

—Pues lo que es yo, te voy á decir la verdad: si no fuera por los líos que siempre se trae, no digo que no. Y no es porque á mí me importe; porque con mi querer nada más, ponía yo á Paquiro puro como el fuego; sino que no me gusta limpiarlo de la basura que le deje en el alma algún mal bicho.

Sintiéronse gritos en la calle; y allá fueron algunas mujeres; Pepilla con el jaleo que se armó, pudo decir entonces á Amapola, como escupiéndole toda su rabia en los ojos:

—Mira, te mataré primero.

No la oyó nadie; Felipa había corrido al zaguán con las otras mujeres, al sentir las voces; Percales habíase puesto á hablar con su hermano, el héroe chiquitín del

pedrusco; Amapola soltó una carcajada; caíasele el mantón y se lo quitó para arreglárselo; lo cernió en el aire de un modo para unir las dos puntas, que parecía más que mantón, el *percal* cuando se le presenta al bicho en la arena, y exclamó risueñamente, con un dejo de gloria:

—¡Irás á la cárcel luego, mujer!

—¿Tú no lo crees?—rugió Pepilla.—¡Bueno, anda!

Se abrió un grupo de hembras entonces en el mismo zaguán, y brotaron de allí, hacia el interior de la casa, Bronca y Canelo. Venían los dos sofocadísimos.

—¿Qué?—preguntó Felipa anhelante.

—¡Osté no sabe! ¡Mecha!... ¿eh? El señó Mecha y el señó Paco... güeno; el señó Paco le quitó el cuchillo al señó Mecha y le dió una tunda, una tunda...

Bronquita no podía respirar. Canelo daba saltos alrededor suyo, como diciendo á cada salto...—Sí, señor, una tunda.—Avalanzáronse en esto Amapola y Pepilla. No se sabe si fué Bronca ó si fué Canelo quien lo acabó de contar: «Mecha se echó sobre Paquiro con un puñal levantado. Paquiro no tenía armas, pero le quitó el puñal, lo tiró, despreció á Mecha y siguió con sus amigos en el patio de una casa próxima jugando al dominó. Mecha volvió á poco; llevaba una lima, á la que quitó el puño; la vió Bronca, podía jurarlo... Daba miedo aquella espiga larga, larga... Mecha buscaba á Paquiro...» No acabaron de oír las tres mujeres. Lanzáronse á la calle.

En el corral hubo un clamoreo horrendo, y en la

calle oíanse voces y cerrar de puertas. Las mujeres se escondían en sus cuartos ó borbotaban por la puerta del corral, á la calle, como río sin dique, en busca del marido, del hermano, del padre; otras contuvieron al tío Berrinche; los balcones estaban llenos de vecinos; en la calle había algunos, pocos, á grán distancia de Mecha y Paco. Puedo decir á quien amigo sea de por menores, que estaban en la embocadura misma de la calle de Febo, frente por frente de la puerta del corral de la calle del Evangelista. Mecha saltaba como un tigre, buscando con la pavorosa espiga de la lima el cuerpo de Paquiro; Paquiro rehuía el cuerpo con destreza; estaba desarmado; á cada *viaje* de Mecha se veía á Paquiro encogerse ó saltar, y Mecha rugía furioso porque erró el golpe; una de las veces hurtó el cuerpo Paquiro con tal serenidad y de tan diestro modo, que tuvo tiempo todavía para dar á Mecha una bofetada, que retumbó como un tiro en toda la calle. De los balcones salieron gritos de elogio. La grán bofetada hizo girar á Mecha, que casi estuvo para caer. Fué cuando salieron Felipa, Amapola y Pepa la de la Rinconá. Felipa se fué para Mecha, colgándose de él con dientes y uñas para sujetarle; Amapola habíase lanzado á Paquiro y se abrazó á él, escudándole con su cuerpo; Paquiro dió media vuelta sin poderse soltar.—¡Paco! ¡Paco!—gritaba ella desgarradamente. Frasquito avanzó, arrastrando á Felipa, que rugía como una leona, mordiéndole, atenzándole, enredándose entre las piernas del gitano hasta sentirse allí crujir de huesos. En

este horroroso instante Pepilla la de la Rinconá, caído el mantón, desbandado el cabello, golpeándose y arrancándose túrdigas de su hermosísimo rostro de pantera, gritó con formidable rugido:

—¡Mátalo, Mecha, mátalo!

Un clamor inmenso salió de todos los corazones. Mecha se pudo desprender de la gitana, que quedó tendida en el arroyo; antes que Paquiro se soltase de Amapola se le echó Mecha encima. Corrió á Paco todo el mundo, sin valor para favorecerle antes, y no fué ya tiempo. La fatal espiga habíase hundido en la espalda del mozo. Cayó á tierra arrastrando á Amapola... Y á la escasa luz de la tarde que moría, era un singularísimo espectáculo, muy común por lo demás en los barrios andaluces, la multitud agrupándose alrededor de la víctima, mientras el asesino escapaba sin que se supiese por donde. Pugnó Felipa por levantarse; Requinto ensanchaba el círculo, empujando con el guitarro para que no pisasen á Paquiro. Amapola cayó junto á él. Quedó allí como muerta; su limpia falda, su mantón grís, sus manos, hasta los claveles y las rosas, adorno de su cabeza, todo estaba empapado en la sangre del hombre. Canelo lamía una mano de Amapola tristemente. Por un lado, oíase el plañir de Bronquita; por otro, el del tío Berrinche; en todas partes rumor de comentarios, como eco sin fin de río que se desborda, y destacándose, entre aquellos rumores, el quejido pavoroso de Canelo, aquel quejido que entraba en el corazón rasgando la carne, y las risotadas no menos pavo-

rosas de Pepa la de la Rinconá, que seguía golpeándose el rostro, y arrancándose los cabellos y gritando cavernosamente en medio del convulso reir:

—¡Mátalo! ¡Mátalo!



XV

GENTE NUEVA.

El *Villa de Coria* estaba muy sucio y atestado de cachivaches. Embarcáronse multitud de personas en él, de los pueblos inmediatos á Sevilla; el curioso hubiera tropezado con una grán colección de tipos, admirándose por su variedad y por su abigarramiento. Hablaban todos á la vez. En esto de hablar distinguíase el capitán del barco: era panzudo el hombre, panzudo y regañón como no se ha conocido capitán en el mundo; tenía gorra prusiana, un cigarrote en los labios, gordo y larguísimo como un mástil, chaqueta azul de bombasí, y una cadena de hierro para el reloj, que le quitaron de seguro por gruesa, al ancla del *Villa de Coria*, aquel famoso barquillo, que echó á andar al fin, con gran estruendo del pito, de la hélice y del agua, dejando atrás, dulcemente, como esfumándose en el cielo, los murallones revestidos de yedra y la cruz doblada del convento de Aznalfarache.

Sintióse el pito. Echó á andar el barco y hubo risas, gruñidos, denuestos; los unos, porque les parecía muy pronto; los más, porque tardó mucho en salir. Habíase sentado en el banquillo de proa cierta mocita de grán trapío. Tenía una montaña de salerosos pelos, cayéndole por la frente, como para decir á las niñas de los ojos: —¡Aquí está Sevilla!— Este símil lo hizo, en un piropo, un muchacho trianero que se sentó enfrente de la moza. Llevaba la mujer una botella de manzanilla; durante el camino la destapó á menudo. Echaba un trinquis en el mismo casco, teniéndose con esto, que el sol de sus ojos poníase en pugilato de quien más puede, con el sol de arriba. Inspiraba, así como grandes pensamientos eróticos, la contemplación de aquel semblante bellísimo, cuando, después de echar el trinquis, bajaba otra vez, encendido como la grana; chispeábanle entonces los ojos como nunca, y la hubiera detenido gustosamente el mocito trianero, para que no se secase con el dorso de la mano redonda y graciosísima, unas gotas de vino que destellaban como diamantes amarillos en los labios rojos.

Así bebió, como dije, una vez y otra, sin decir oste ni moste. Daba alguna vez un trago con la misma botella á un chiquitín monísimo, como de tres años, que la acompañaba; cuidando del niño, miraba con el rabillo del ojo al galante mozuelo. En aquello de dar vino al chiquitín se puede comprender que en Sevilla se educa á los hombres convenientemente desde la más tierna edad. Debo decir que el angel de Dios bebía

manzanilla como si tuviese el gaznate más ancho y el estómago más hondo que el estómago y el gaznate de la hembra del barco. Y diré también, que el mocito trianero llamaba la atención por la manera de ponerse el cigarro en la boca: poníasele á un lado, pero de tal modo, que estoy por jurar que, con el fuego del cigarro, se quemó la oreja aquella tarde.

—¡Vaya usted con Dió!—dijo admiradísimo, el mozo, cuando el nene hubo dado su tremendo beso á la botella.

La moza se echó á reir á la exclamación.—¿Quiere usted un poquito?—le preguntó graciosamente, alargándosela. El mozuelo hizo un gesto de asombro y preguntó cándidamente:

—Madrina, ¿pero ha queao alguno?

—Vaya hombre, tome usted y no sea usted más guasón.

El mozuelo tomó la botella, bebió, se arrimó más á la moza y el barco seguía su curso dulcemente, en aquella tarde de Abril.

Junto á los dos muchachos iba un viejo que regañaba más aún que el patrón, y sabía más de marina que Méndez Núñez. Un pillastrillo daba trechas sobre un enorme promontorio de baules de ropa, cajas de pasas, espuestas de bacalao, pipas de vino y sacos muy negros, atestadísimos de no sé qué cosas que olían muy mal. Aquí un grupo de gitanos encomiaba filosóficamente las cualidades bellas de un borrico *garañón* que compró uno el día antes. El borrico, según pude sacar por lo que escuché, era cojo, tuerto, manco y sin talento

alguno. El Alcuza no supo-lo que se hizo cuando compró aquello. Escuchaba á los gitanos y al viejo regañón que sabía más que Méndez Núñez, un marinero fornido, serrote, morenucho, con su grán pipa en la boca, que echaba tanto humo como la chimenea del vapor. Otro grupo de hembras había más allá, compuesto de ocho ó nueve, algunas con su chiquitín colgado al pecho, y otros ángeles mayores alrededor, que daban gritos y dábanse porrazos. Se hablaba en esta reunión de mujeres, del marido de una, que le daba unos palizones como para ella sola. Discutían allí el modo de poner remedio al conflicto de la compañera; pero no me es posible decir en lo que se convino, porque interrumpió el conciliábulo la presencia de un vejete que se aproximó, viniendo cauteloso desde popa. Anchísima canasta colgábale del brazo izquierdo; compartíase la canasta en diferentes casillas, que se atestaban de cotufas, avellanas, rosquetes, arropías, castañas pilongas, caramelos. Pregonó el tío sus mercancías, y entonces fué cuando el conciliábulo se interrumpió con el coro de ángeles que pedían *lo de la canasta*, formando los gritos de las mujeres, el aullar de los ángeles, las voces del patrón, el regañar de las hembras, y el estruendo de la hélice, un concertante de dos mil demonios.

En menos tiempo del que yo eché en decir lo anterior, habían contraído amistad estrecha y habían hablado mil cosas la mozuela de la manzanilla y el mocito de Triana. Ahora está él apurando la colilla sibaríticamente; de pronto escupe y pone cara de admi-

ración. Es que la mozuela le ha dicho, señalando con el dedo á un gitano del grupo:

—Allí está; aquél.

—¡Ese es el Alcuza!—El mozuelo quedó mirándole como se mira una cosa verdaderamente rara; era un gitanote, viejo, sucio, negrísimo, mellado, de nariz incommensurable, de ojos resplandecientes, sin pelo de barba, sin bigote, de cabeza gris y bizco, para que ni el demonio tuviera por donde cogerle, rasgo principal que denotaba su parentesco bendecido con la sin par Felipa. Había tirado poco antes Alcuza el sombrero sobre un capacho y veíase su cabeza descomunal y aquellos pelos grises revueltos, como si alguien, para ludibrio del personaje, hubiese colocado allí cautelosamente un promontorio de estopa sucia; yo creo que el peine conocía la cabeza de Alcuza como conoce el pagano á su ídolo: desde lejos y sin tocarle jamás. Usaba un pantalón sin botones en ninguna parte; sujetábase lo con una faja que no hubiera podido determinar ningún nacido de qué color era, ni debe existir, seguramente, el telar donde se tejió. Una camisa muy limpia hacía que resaltase con más fuerza la porquedad del pantalón y la faja; remangábase las mangas hasta el codo, dejando ver unos palitroques por brazos, negros, velludos, horribles, unas muñecas gordas sin comparación, y unas manos anchas, huesudas, enormes, que levantaba en su peroración enérgicamente, como para dar más fuerza al digno y razonado discurso que salía entonces de su boca para honor de la clase; no usaba

chaleco; de la chaqueta, colgada de un hombro, no quiero hablar, porque la historia no dice de ella nada en absoluto que pueda llamar la atención del lector curiosísimo.

Miraba el mozuelo al gitano, y decía la mozuela con mucho coraje:—Usted no se puede figurar; la Felipa se puso como un demonio cuando se enteró; lo que es la Reonda, como si no fuera con ella. ¡Mire usted que irse el Alcuza con Frasquito Cruz después de lo que había pasado!... ¡Calle usted, hombre!... ¡Como que ni al mismísimo demonio se le ocurre eso!

—Pero ¿y Pola?—preguntó el mozo con una boca de á cuarta, por la admiración, sin duda, que las noticias de la mozuela le estaban produciendo.

—Pues la Pola medio muerta. ¡Eso sí que es querer!... Pero, hijo, ¿usted cómo se llama?—preguntó de pronto la trianera envolviendo al infeliz con una mirada de exterminio.

—¡Ay, señá María!—dijo el truhán.—No me mire usted así, porque parece que soy una lata de petróleo y que acaban de arrimarme una estopa ardiendo... ¡Ay, señá María, señá María!...

—¿Y usted por qué sabe cómo yo me llamo?—preguntó la prójima, chispeándole los ojos de curiosidad y como ofreciendo no sé qué cosas, pero de mucho valer, al mozuelo si la satisfacía.

Y él contestó prontamente:

—¡Porque es usted morena como la Virgen y se tiene usted que llamará señá María, hombre! ¿Quiére usted

callarse? ¡Si me están dando ganas de hincarme en roiyas ahora mismo y pedirle al Padre Eterno que me güelva en un San José, con su sierrecita y tó en la mano pa cortá la maera! ¡Y vaya una esposa que tenía San José! ¡Ay, señá María, sosténgame usté, que yo no sé lo que á mí me dá!...

—Buén hombre, ¡y que no es usté granuja!...—dijo la mozuela retrechera. —¡Válgame Dios y lo que me ha caído á mí encima! Bebe, niño.—Y metió al muchacho en la boca trágicamente todo el cuello de la botella.

—Bebe, niño,—repitió el mozuelo.—¿Usté lo vé, madrina? San José, la Virgen y el Niño... ¡Y vaya una pítima que vá á pillar Jesús! ¡Hijo de mi alma, deja un poco pa tu padre!—Y le cogió la botella y se puso á beber con una calma seráfica.

—¡Digo, el arrastrao del hombre!...—exclamó María soltando una risotada.

Se aproximó más el mozuelo y no quiso la mozuela notarlo; así, juntos, muy juntos, rozando casi las frentes, para lo cual, el sombrero del hombre no era obstáculo, por lo tirado atrás que lo tenía, comiéndose con los ojos, como quien dice, siendo la conversación pretexto para otras cosas que los ojos estaban diciéndose, añadió ella contestando á una pregunta del mocito:

—Pues usté verá; ni más ni menos que lo siguiente; y lo que yo le diga á usté no me importa que lo echen á vuelo las campanitas de la Giralda. ¡Como que

ya se lo metí por los hocicos á ciertas y contadas personas, gritando mucho para que los sordos me oyeran y en mitadita del patio del *Cuarteliyo*! Pepa la de la Rinconá me quiso á mí poner las peras á cuarto aquella tarde, pero se quedó compuesta y sin novio... Y lo que es yo, le digo á usted la verdad, no sé lo que hubiera pasado. A la Percales y á Pepa soy yo capaz de hacerlas tiras, según yo me puse. Ahora lo están pagando; es decir, la Percales no, pero lo que es Pepilla... Pues mire usted, lo que es á mí ya me dá lástima.

—¿Y qué le pasó á Pepa?

—Medio loca que está.

—¡Ave María Purísima! Pola loca, Pepilla loca, usted loca, yo loco. ¡Esto es un delirio!

—¿Que yo estoy loca, hijo?

—¡Ya lo creo! ¡Por mí!

—¡El demonio del hombre!...

—¡Y qué importa eso, si yo estoy loco, loco, loquito por usted!

Quedaron mirándose; las bocas tuvieron que callar; los ojos hablaban entonces á voz en grito. De pronto dijo la mozueta bruscamente:

—Pues mire usted; lo que es el Alcuza sabe donde está Mecha, y á mí que no me digan.

El mozueto la miró de pronto, como sorprendido, y luego miró hacia el grupo de gitanos.

En aquel instante decía Alcuza con mucha gravedad á otro gitano de los del grupo:

—No tenga tú cuidao, Canana, que jeso no se queará

ansina; primero me corto el gañote que consentilo. ¡Anda y que le coman lo sojo las vígoras á esa arrastrá!...

¡Quer señón ta escuche, Alcusa! Porque la mu endina dende que se queó viua de su marío, está comuna cabra, co neste quiero, co nelotro no quiero, pa arriba y pa bajo y vá y viene y buye y jarrebuye, quitándono la jonra del individuo de la familia. Tú jase mu poca semana que está jaquí, y no pué risolvete de lo que vén mi sojo y lo que vén lo sojo de toitica laz presona.

—¡Puerca! ¡Cochina! ¡En cuantico que la piye, la eslomo der primé trancazo! ¡Pa eso me queó á mí la presonaliá, mesmísimo! Pero cuéntame tú cómo se murió aquer esavorío de Pelote, con la cara que la tenía aniguá que un embuste.

—Po tú verá lo que pasó.—Y conforme dijo esto, empezó la historia del difunto *marío*, con sus pelos y señales. Recordó cómo estaba el cielo el día de la muerte del otro, el amigo que se encontró y el número de borricos que tenía ya esquilados en la hora que ocurrió la catástrofe; lo que había almorzado, los calzones que llevaba puestos, resultando, de aquí, una historia grande con otras mil historias chiquitas pegadas á ella. Escapábasele, entre palabra y palabra, un *¡po señó!* ó un *¡po vamo ja que!*... y seguía siempre, á tales aditamentos, una interjección fuertísima. Tuvose así, que la historia entera, con sus mil historillas, resultó, con ser tan pesada ya, mucho más aún. Añádase ahora, la lentitud con que vertía cada una de las frases, la solemnidad, la

importancia de que las revistió, y los gestos, la acción, el volver de ojos, el remangar de labios, el crujir de dedos, el escupir, el delirio, en fin, lo interminable, lo eterno.

El vapor avanzaba, avanzaba; iba á declinar la tarde; un tono general, azul, muy oscuro, extendíase por el cielo, copiándose en el río, bañando con sus tintas dulces, los árboles, las fachadas de los edificios, las torres, la multitud del muelle; sentíanse, como salidas del fondo mismo del río, las voces de la maniobra en los buques; vibraba con estrépito, allá, el pito del San Antonio, que volvía de sus viajes por los pueblecillos de la costa, y á la derecha se destacaba la Torre del Oro, anchota por abajo, quebrada más arriba en los alminares y delgadita ya y corta, como cañón partido á cercén por el reborde de la segunda camisa, y como puesto hacia lo alto, con una bala de oro en la boca para lanzarla al cielo.

—¡Ay, pobretiyo!— decía entonces la mozuela.— Cuando llegó, estaba ya Paco de cuerpo presente como quien dice, allí, en mitá de la calle, con Amapola juntita. Figúrese usté; estuvo detrás de Mecha desde que salió de la fragua el día antes. ¡Parece que lo hizo el demonio! Cuando Paco le quitó á Mecha el cuchillo, Cojo Garrote estaba allí; luego se le figuró que Mecha no volvería otra vez ¡y tan pronto! ¿No es cosa grande, hombre? Estuvo atisbando á Mecha y anduvo detrás de él la mar de horas, cojo y todo, y luego, cuando fué menester, no tuvo vista ni tuvo piernas. ¡La suerte de

los hombres!... Dice la Percales, que Cojo Garrote se hizo el muerto y no pareció por allí por cobardía. ¡Embustera, chismosa! Que se le ponga Mecha por delante y ya verá usted. ¡Mecha!... ¡Quién sabe donde estará ahora ese pedazo de ladrón! Por supuesto que yo sé quién lo sabe: aquél, aquél que está allí,—y señaló la moza enérgicamente, sin temor alguno, al gitano que designa la historia con el nombre de Alcuza.

Y luego, de pronto: —Pero usted ¿cómo se llama, hijo?

—Me llamo el Bandita, para que usted lo sepa,—contestó el mozuelo, arrimándose;—por otro nombre, aunque me esté mal el decirlo, Periquito Ruíz, con unas manos para el formón y el escoplo y la gubia, que ni San José se me pone á mí delante, en cuestión de carpintería por lo fino; y lo que usted no sabrá: que estoy esperando siempre la hora de encontrar por ahí algo bueno, que me coja en su regazo y me dé su calorcito; porque mire usted, que esta vida de perros, yo no la puedo resistir. Y usted ¿cómo se llama además de eso?

—¿Además de qué, criatura?

—Además de María.

—Pues María de la O.

—¡Jesucristo divino! ¡Qué boca pone usted para decir O! ¡Si parecen los labios un anillito de plata, que me está á mí apretando, apretando!... Oiga usted, yo me voy á morir ahora mismo.

—¿Tan pronto, Bandita?—exclamó la mujer, riéndose guasonamente.

—Ahora mismo. ¡Cuando lo digo yo!... Es decir, si

no me dice usted al instante que ese nene no es de usted y que en usted no manda ningún hombre.

—Toma, nene—dijo María de la O, sin contestar metiendo la limeta otra vez hasta el gollete en el gaznate del chiquillo; la criatura de Dios cogióse al tarro con ambas manitas y puso los ojos en la altura, como en contemplación de no sé qué celestiales cosas.

Llegó al muelle el *Villa de Coria*; desembarcaron los pasajeros; el tío Alcuza con sus compadres, las mujeres con sus chiquillos, el vendedor con sus rosquetes, sus arropías, sus cotufas y demás tentaciones, mirando con misterio á los granujas, como para infiltrarlos en el alma crueles apetitos; y salieron del barco, en fin, María de la O, con Jesús y Bandita, charlando siempre los dos, riéndose, enamorándose, acariciándola él con la palabra, con los ojos, con el aliento, y no se sabe si también con las manos, aunque hay razones para dudar, porque el sol irradiaba luces aún y porque María de la O, según ella siempre dijo, era limpia como el oro y nadie le puso jamás la mano encima, ni aún para acariciar aquella bendición de su carne morena y dura.

Anduvieron con lentitud en dirección al puente de Triana, el Bandita y María de la O, con el borrachín del chiquillo de la mano. Entraron en el puente.

—Vaya, señá Mariquita, siéntese usted aquí y no corra usted tanto—exclamó el truhán del mocito, parándose junto á un canapé de aquellos de la derecha del puente.

—Pero hijo gusté se figura que yo no vine al mundo nada más que para que usted me mande?

—Vamos, que se siente usté le digo.—Y el Bandita echó mano gravemente á la petaca.

—¿Y si no me quisiera sentar?—dijo ella; pero estaba diciéndolo... y se sentó. Tomó posesión el pirata al lado de su presa, sacó un cigarro, lo arregló calmosamente, sacó un cerillo, encendió el cigarro, se lo puso en la boca, como para tomarse medida de la boca á la oreja, y María de la O mirábale furtivamente...

¡Ay, «señá María!...»

Lento y perezoso hundíase el sol, dejando una vaga luz, inspiradora de nostalgias y somnolencias, suavizando, armonizando todo aquello con que los ojos tropezábanse, los ángulos de los edificios, los torcimientos de las calles, el negro verdín de los muros de las torres, el rostro y la voz de las personas. Abril, con todas sus galas, esparcía en los aires su aliento embriagador, como besos risueños, misteriosos, de no se sabía qué boca fresca y enamorada.



XVI.

QUE SIRVE PARA QUE EL LECTOR EMPIECE A CONOCER

A BANDITA.

—Pues la verdad—saltó María de la O de pronto, —lo que es este Jesús no es mío ni quien tal ha pensado; ¿usté lo oye, Periquito Ruíz? Yo, siempre en mi casa para fregar y para planchar; y del lavado que no me digan; pero lo que es de hombre, ni tanto así, porque Dios no quiso y porque no quise yo tampoco, por supuesto; el nene que usté aquí vé es de mi hermana, que se casó como se casan las buenas hembras y vive en Aznalfarache, y me lo traigo conmigo alguna vez. Yo sé que una no debe fiarse de un hombre de buenas á primeras; pero es lo que yo digo: con probar nada se pierde, y si el fin de usté no es bueno, que mal fin tenga usté y que se lo lleve el demonio. ¡Ea! Y ya no estoy aquí más, que me ha quemado usté la sangre sin que yo sepa cómo; lo dicho, dicho, y hasta más ver, si es usté de ley... señor don Periquito Ruíz.

Dijo todo eso en una tirada María de la O, como contra su voluntad y como si algo de más poder que ella la empujase á decirlo; levantóse como para cortar de una vez aquello y echó hacia Triana, como quien no piensa ni quiere pensar más en un personaje molesto; pero el Bandita se levantó precipitadamente, púsose á su lado y exclamó con mucha seriedad:

—Es que yo la llevo á usted al fin del mundo.

—Es que yo no voy al fin del mundo, que voy al *Cuartelillo*, y al *Cuartelillo* no quiero que me lleve nadie, porque yo sé ir sola.

—¡Jesús, María y José, con el genio que echó la niña en un ratito nada más! Espérese usted ahí, ó le digo á usted fea, aunque la lengua me se caiga al suelo por haber echado un embuste.—María de la O se detuvo.

—Pero ¿usté qué quiere?—dijo.—¡Mas lo dijo sin saber qué decir! ¡María de la O, la mujer de más discursu, después de Pepilla la de la Rinconá y la Percales!

—Pues que usted me quiera.

—¡Hombre, pero por el amor de Dios, no apriete usted las clavijas de ese modo!

—¡Si yo no aprieto ni tanto así!... ¡Si yo lo que quiero es eso y nada más, criatura! ¡Ó es que vá usted á empezar á darse tono cuando menos es menester!—dijo esto el Bandita zalameramente; María de la O miróle entonces cara á cara. ¡Y que no estaba dándole mucho gusto á María de la O de todo aquello que oía!

Salieron del puente muy juntos otra vez; siguieron hacia la calle de San Jacinto, torcieron á la izquierda,

hacia la Cava, y yo no sé lo que por el camino hablaron; lo que se sabe de seguro, porque María de la O lo dijo en cierta ocasión solemne, es que el Bandita la trastornó aquella tarde; no habló nada de lo que hubiera podido influir en su ánimo para bién del tenorio trianero, aquella dorada manzanilla que, con ayuda de Jesús, trasegó, yendo río arriba, en el *Villa de Coria*.

Llegaron á la calle de Pajes del Corro; después de pasar el convento de San Jacinto, encontráronse de repente con Alcuza, que se había adelantado á ellos, por no tener de seguro una buena moza al lado; María de la O detúvose. Era imposible seguir ante lo que allí estaban viendo; una puertecilla microscópica, desvencijada, torcida como por un gesto espantoso de dolor; salía Alcuza andrajoso, negro, bizco, imposible, tirando resignadamente de una cuerda; iba saliendo por la puertecilla una burra, macilenta, melancólica, lacia, inverosímil, con el aparejo que era un dolor, de sucio, de roto y de los girones que le colgaban. Con grandes esfuerzos consiguió el gitano sacar la burra; detrás de la burra salió una gitana derrotadísima, con las greñas por el rostro, como los girones del aparejo de la borrica, sucia, con un pañolillo al cuello y un zurrón atrás, por donde asomaba la cabeza desgredísimas de un gitanillo medio desnudo, de cara churreto-sa. La *viña locares*, porque á tan ilustre hembra está el lector conociendo ahora, aunque sea de paso, iba armada de un garrote muy regular, no sé si para su apoyo ó como dulce estímulo para que la burra andu-

viere. En aquel trance solemnísimo en que cogían toda la calle, como quien dice, con ser tan ancha y todo, la gitana, alzando el garrote sobre la burra, el cuello estirado de la burra, el hocico tendido, el cordel en tensión atado al hocico, los brazos de Alcuza y Alcuza tendido casi para hacer hincapié y que la burra anduviera; en aquel instante solemnísimo, decía, fué cuando se detuvieron el Bandita y María de la O. Hubieran tenido que detenerse de todos modos, porque la gitana, su palo, la burra, el cuello de la burra, el hocico de la burra, el cordel, los brazos de Alcuza y Alcuza, formaba, todo atravesado en la calle, una larga cuerda que hacía imposible el tránsito.

—¡Jarre!—dijo Alcuza melancólicamente.

Pero el animal no se movió; parecía de piedra. Alcuza tiraba del ronzal como el javegote tira del copo.

—¡Jarre!—decía con mucha calma.—¡Que no se quiere meneá la indina ni por un divé!

La gitana levantó la vara con intención siniestra, pero el gitano la detuvo con un ademán solemne.

—No le endilgue—le dijo.—Aspérate, que voy á vé si sarrima á la razón, con este chorro é palarbas que le voy á soltá.

—¡No jará caso!—murmuró la gitana con mal gesto.—¡Mentira paecel! ¡Si no tié dos deo je luce!

—¿Tenerá algún pique?—preguntó Alcuza, muy pensativo; y sin preocuparse de lo que el alto discurso de la otra pudiera opinar, se aproximó á la burra, le cogió el hocico, se lo levantó amorosamente y echán-

dose para atrás, se puso en jarras; y así, en jarras, encorvando un poco las piernas y enarcando el cuerpo otro poco, fué hablándole en este sentido, con muchos y muy diversos tonos, desde el patético al trágico, según los muchos y diferentes sentimientos que iba, á su parecer, despertando en la burra.

—¡Probetica! ¡Vamo ja vé; dime la verdá! ¿Es que hay argún pesá en tu arma? ¿Es que hay argún luto en tu familia? Si tiene jarguna congoja de cuando en cuando ¿no te consuelo yo ensegúa, con tó este queré de mi sojo? ¡Dirlo, oncella é mis pensamiento! ¿Quién tiene, como tú, un pasá tan esente? ¿Quién te carsa, vamo javé? ¿Quién te peina? ¿Quién te viste? ¿Quién te pone dientes nuevo en cuantico jase farta? ¿Quién vá y te pule en Seviya, y quién güerve indispué y te merca, porque mi pecho se estroza de no tenerte en er seno de junta la vera mía?

La burra, conforme hablaba el gitano, iba hundiendo el hocico en tierra, hasta metérselo casi entre las pezuñas, como si en realidad alguna preocupación pesase sobre ella; sus ojos, sin vida, medio cerrados, miraban con tristeza las piedrecillas del arrecife; por sus lomos hundidos, corría alguna vez un temblor extraordinario; sus patas enclenques, doblábanse como de no poder resistir las razones de Alcuza; quería menear el rabo para contestar, sin duda, como Dios le diera á entender, al digno discurso; pero el rabo, como sujeto por una superior voluntad misteriosa, permanecía inmóvil; ni un leve movimiento de las orejas, indicó tampoco la posibilidad de que hubiese oído.

—¿Ves tú?—exclamó la gitana coléricamente.—¡Se está cayá!

—Se está cayá, de vergüenza—respondió Alcuza con una dignidad que le hubiese envidiado cualquier grán hombre. Cogió otra vez el ronzal, y levantando el puño trágicamente, le amonestó en esta forma:

—Te creí una presona de entendimiento, pero ar fin me vá ja convencé de que ere juna burra. ¡Jarre, burra!—Y tiró. ¡Ay, pero la burra quedó inmóvil!

—¡Vaya un bicho retozón, compare!—gritó el Bandita.

Alcuza miró á Bandita furiosamente y siguió tirando del ronzal, sin que la burra se moviera.

Como si el Bandita se hubiera propuesto apurar la sangre del gitano, se aproximó á la burra diciendo con mucha seriedad:

—¡Si tiene usté aquí una burra que vale toítico cuanto se diga!

Alcuza tampoco habló; pero se aproximó Bandita á la burra como para pasarle la mano por el lomo, y entonces el gitano, poniéndose entre la burra y el mozuelo de un brinco, exclamó, deteniéndole con trágico ademán:

—¡No la jurgue, que se cae!

Reíase María de la O, y estremecíase su carne con el reir, como con convulsiones de endemoniada. No pudo observar con esto un detalle curiosísimo, que al lector extrañará, de seguro: el Bandita, deslizó rápidamente estas frases al oído de Alcuza:

—Está escamá; dice que tú sabes dónde está Mecha. ¡Ojo! Yo no la dejaré.

—¡Mal rayo la parta!...—gruñó Alcuza;—y se fué de nuevo hacia adelante, con la cuerda en la mano.

El Bandita y María de la O, con Jesús á remolque, dirigiéronse hacia la fragua del tío Berrinche. Llegaron á la puerta; nada oíase; Canelo extendía sobre el escalón su grave figura. Habían invertido más de una hora en llegar á la fragua desde que salieron del vapor. Era ya de noche: los chiquillos jugaban en la calle, las mujeres sentábanse en los balcones y las puertas; alguna vez, una tibia ráfaga de aire embalsamado de esencias de jazmines, daba en el rostro de María de la O, y parecía el aliento de Bandita.

—¡Vaya con Periquito Ruíz... Con el Bandita!—exclamó zumbonamente.—¡Y lo que ha conseguido el señor Periquito Ruíz! ¡Pero si estoy asombrándome!

Canelo miraba á Periquito Ruíz desconfiadamente, y Periquito Ruíz murmuraba al oído de la mozuela:

—Hasta mañana, ¿sí, Mariquita? Ea, dime la hora y quítame de penar.

—No, eso no,—dijo María enérgicamente;—yo no voy con usted sin conocerle.

—Bueno, hija mía, pues voy á traer ahora mismo una carta de recomendación. ¿De quién quiere usted que se la traiga? Vamos á ver.

—Del cura,—contestó María de la O, echándose á reir.

—¡Oiga usted, so feal,—repuso Bandita amostazado, —¿usté me vá á tomar el pelo?

—¡Ay el hombre!,—y María empezó á ponerse seria.—Pero ¿y usted se ha creído que está una aquí para el primerito que se le antoja? ¡Con Dió!

Sintiéronse pasos en la escalera, y Bandita dijo precipitadamente:

—Luego vendré.

María de la O no tuvo tiempo de contestar. Bandita alejábale presuroso.

La puerta del taller estaba entornada. Al mismo tiempo que María disponíase á entrar, se abrió la puerta; apareció un hombre; era Paquiro.

Lanzó María una exclamación:—¡Paquiro!

—Hecho ya un hombre,—contestó Paquiro riéndose.—Me escapé de la casa y vine un rato.

—¡Ay, válgame Dios! ¡Y cómo estará Amapola!

—Matándome de coraje. Anda, que arriba está.

—Vaya, Paco... Mira, que no seas duro de corazón y que te acuerdes de la Virgen de la Esperanza, que te sacó á flote. Anda, vé á verla, chiquiyo.

—¡Cállate, María, que no sabes!; cuando me ví en aquéllas, y pude yo encarrujar algo, lo primerito que me se ocurrió fué ofrecerle un cirio á la Virgen más grande que una casa, como saliera con bien, que me parece mentira. Y luego me acordaba de otro puñalito que tenía yo clavado pero no había sido en la espalda, á traición como la lima de Mecha, que fué cara á cara y mirándome con aquellos ojazos muertecitos de an-

gustia por lo que á mí iba á pasarme. ¡Qué, chiquilla! ¡Si me parece que la estoy viendo cogida á mí como una fiera, y poniéndose delante para recibir el golpe! Oye, María: ¡Yo estoy loco!

—Pues hijo: ¡Y ella!...

—Cállate y no me sofoques, que ella no me quiere ni tanto así. ¡Si tú no sabes lo que á mí me pasa! ¡Si estoy más negro que el carbón! Suponte...

—A mí no me cuentes,—dijo María de la O, interrumpiéndole;—la mía es la pura. ¡Ni que estuviéramos en Belén! ¡Como que iba á ponerse delante de tí para que el pillo de Mecha le metiera en el corazón media legua de cuchillo, por tu carita preciosa, si no estuviera la pobre loca por tí!

—¡Ay, María!

—Lo que tú tienes que hacer es ponerte bueno del todo y echar tripas; y no tengas tú cuidado, que más días hay que olla, y cuando á tí te sacó la Virgen de la Esperanza con bién, habrá sido para algo; que lo que tiene Pola es más miedo que vergüenza y no quiere dar su brazo á torcer, no vayas tú á salir luego con una de las tuyas. ¡Anda ya, bicho malo! ¡Hombre, si ya sabemos lo que tú eres! ¡Por supuesto! ¡Y lo que son todos!,—añadió María, soltando un suspiro.

—¡Que no, y que no!,—exclamó Paquiro desesperadamente.—Que yo te lo digo, Mariquilla; que no es verdad lo que tú te figuras; que para mí no hay ya mujer en el mundo como no sea Pola. Y yo, verás lo

que tengo que hacer: mato á Mecha y que me maten á mí luego, y de ese modo me quito de penar.

—Siempre serás tú un pedazo de bárbaro; y dispensa, Paquiro, que no fué por ofenderte. Lo que tú tienes que hacer, ya te lo he dicho; es dejar al tiempo lo que es suyo. Y en lo que toca á Mecha, no penes tú, criatura, que antes que tú le puedas meter mano, la Guardia civil le meterá dos balas en el cuerpo. Ea, y con Dió, que Pola estará esperándome.

—¡Bueno, anda con Dios, mujer, que lo que sea tronará!

—Lo que vá á tronar es un repique á gloria, que se vá á hundir el mundo, en cuanto tú la convenzas de que es verdad tu cariño. Ea, buenas noches.

Paquiro se fué sin contestar. Lo cierto era que estaba preocupado hasta lo inconcebible. Iba á su casa meditabundo. «Verdaderamente María de la O estaba en la fija, y lo que es él no debía nunca amilanarse.» —¡Pues hombre! ¿Dónde iríamos á parar de esta manera? ¡Que haya salido de una para meterme en otra peor! Porque lo que es esto de que Pola no me quiera á mí, es mucho peor que la espiga de acero de Frasquito Cruz. —«¿Y dónde andaría Frasquito Cruz? ¡Por vida del mundo!... ¿Iba Frasquito Cruz á escapársele? ¡No, pues como Pola se empeñara, lo que es por él, como si Frasquito Cruz fuera un santo!... Sí, sí, lo que dijo María de la O era verdad. Amapola no se fiaba. ¡Ay, Virgen, las cosas que Paquiro iba á hacer para que la niña aquella se metiese en calor! ¡Hombre, pero

Felipa ¿no le dijo también que Amapola le quería? ¿No se lo dijo aquella noche en el corral, y no le dijo que aunque la Pola se muriera, nunca le diría que sí, de pensar solo en aquello de Pepa la de la Rinconá?»

Siguió su camino acordándose de Pepa, de cuando empezaron sus relaciones, y con el recuerdo de Pepa, uníase siempre el de Amapola. Llegó á su casa, sin notar que un hombre le había seguido cautelosamente. Era Periquito Ruíz; entró; Bandita quedó suspenso, como si dudase.

—¿Y qué hago yo ahora?—Se hizo esta pregunta y pareció vacilar aún.—Pues que parta una centella al otro, que lo que es yo, hablo todavía con esa mujer esta noche.

Volvió atrás; la casa de Paco no estaba lejos y pronto se halló delante de la del tío Berrinche. Canelo soltó un ladrido. Bronquita estaba entonces con Canelo; iban á trabajar aquella noche. A poco de ladrar Canelo, levantaron un visillo de la ventana de Amapola. Fué María de la O. Vió la mozueta al Bandita, como embutido en la pared de enfrente.

—¿Le parece á usted el demonio de Periquito?—exclamó, iracunda.—¡Este hombre me remata á mí!... ¡No, y lo que es yo, me voy con él aunque sea al infierno!



XVII

POR EL QUE VERÁ EL LECTOR, QUE AMAPOLA TAMBIÉN SE
ELEVABA AL QUINTO CIELO.

María de la O no quiso asomarse, no quiso bajar, pero el alma estaba yéndosele por el balcón y bajándosele por la escalera. ¡Virgen! ¡Era mucho hombre aquel Bandita!

Amapola comprendió su inquietud, y á la primera pregunta que dirigió á María, María contó cuanto le acababa de ocurrir, desde que salió de Aznalfarache. «¡Demonche, con Periquito!» Amapola reía oyéndola, y María de la O sofocábase más.—Lo que yo te digo—gritó para concluir, respirando fuerte y con la cara abrasada por no sé qué fuegos que le salieron del corazón,—que con este tío me voy yo á los profundos, y que nadie me busque, porque ya saben que estoy allí en lo más hondo, achicharradita con él.

—¡Pero hija, exclamó Amapola, zumbonamente; lo que yo digo también, es que me parece muy pronto!

—¡Que yo no aguanto más, Pola; que yo voy á morirme!

Amapola se puso seria.—Lo que tú harás—dijo con muy mal ceño—será sentarte ahora mismo y esperar á Felipa, para que yo no me quede sola.

—Bueno—repuso María, ágridamente;—me siento, porque no se diga; y porque la educación es lo principal; y porque no debes quedarte sola, no señor; porque mira tú, que el Alcuza anda por ahí, que yo lo he visto, y cuando él está en Sevilla, no está para nada bueno; porque á mí no me saca nadie de entre ceja y ceja, que son uña y carne Alcuza y el otro: ¡Aquel Frasquito Cruz, á quien no parte un rayo! Ea; ya estoy sentada; dime qué más quieres.

Amapola no contestó; al oír los nombres de Alcuza y Frasquito Cruz, su rostro animado cubrióse de una palidez mortal; quedó como muerta; había sufrido mucho, pero después de aquellas grandes pesadumbres, salió el sol en su alma, con el restablecimiento total de Paquiro y aquel amor del hombre adorado, que tan feliz la hacía. Paquiro, durante su postración dolorosa, entró en cuenta, sin duda, consigo mismo; lo sabía de más Amapola; lo había observado con el ansia de una mujer que quiere de verdad á un hombre, de una vez y para siempre. No era Amapola como María de la O. La andaluza, es mujer muy pronto, no solamente por su plenitud física, sino por su corazón y por su alma; como de amor se trate, piensa poco y ama mucho; por eso se dán casos como el de María de la O, no solo en



la mujer de clase baja, sino en la de educación esmeradísima. En Amapola había un fondo extraño de miramiento y rectitud que nada tuvo nunca que ver con la educación y con el talento; era una lógica intuitiva la suya, muy común, por lo demás, en la mujer del pueblo; esa lógica contra la que no sirve asedio de ninguna clase, porque no hay poder que la hunda. Amapola ponía por este motivo cara de vinagre cuando María de la O, ú otra como ella, se enamoraba así de un hombre. «Al hombre había que amarle por siempre y para siempre; para ser suya hasta morir y después de muerta; para ser su amor, su esclava, su perra fiel, la valiente madre de sus hijos.»

Por eso ella observó, palpitante de inquietud y cariño, presintiéndola más bien que si la comprendiese, la transformación moral que fué haciéndose en Paquiro, durante el largo período de su enfermedad, tanto en sus horas crueles de agonía, de que salió bien por milagroso don, como en las semanas larguísimas de convalecencia. Estaba Amapola entreviendo un porvenir soñado por lo que presintió en Paquiro. No se entregó abiertamente á esta felicidad, por ese recóndito goce supremo de la mujer, por inocente, por apasionada, por leal que sea, de ver á un hombre sufrir de amor.

Paco bueno, ella feliz, para nada acordábase de Frasquito Cruz. María de la O rompió el encanto; aquel sueño de su felicidad lograda, oscureciólo, sinies- tramente, la figura repugnante y amenazadora del gitano.

«Estaba de Dios que no fuese feliz con Paquiro.» Esto ardía en el pensamiento de Amapola, en aquel minuto en que permaneció como si la hubiese postrado de una vez para siempre el nuevo golpe recibido. Entonces Mecha, ¿tendría que ser, sin remedio alguno, su espanto y su pesadilla? Entonces, ¿un hombre miserable, soéz, sin recursos, huido de las gentes, que no podía, de ningún modo, ampararle, conseguiría ser, solo con su maldad, el sobresalto continuo y la desolación de una familia?

Se le abrasaba el corazón en lágrimas; un relámpago de ira ardía en sus ojos alguna vez, ante la impotencia en qué se hallaba para prevenir un desmán de aquel hombre odioso. ¿Decírselo á su abuelo? ¿Y qué adelantaría? ¿Contárselo á Paquiro? Acaso ¿no valdría más? Acaso ¿no era mejor arrostrar de una vez la cólera del gitano, y embestir por la espalda ó frente á frente, donde primero se le encontrase? Paquiro era hombre bravo; tenía fama de ello; lo probó muchas veces. Como él lo intentara, teniendo la aprobación y el estímulo de ella, lo que es Frasquito Cruz no había de contarle mucho tiempo, de seguro. Amapola se levantó excitadísima; anduvo por la sala, sin hacer caso de María de la O, puesta ya detrás del visillo nuevamente y haciendo todo lo necesario por irse al infierno en amable compañía, lo más de prisita del mundo.

Nerviosa, calenturienta, la combatían otra vez, no ya los celos y el amor, como antes de la fechoría de Frasquito Cruz con Paco, sino la pavora tremenda de

su alma al pensamiento de otra infame acción, más de temer todavía por venir de la sombra donde el asesino se ocultaba. Sentía oprimírsele los pulmones y faltábale el aliento. Se aproximó á una ventana del fondo de la habitación y se echó allí de brazos, pensativa, recibiendo en el rostro, como un largo beso, la brisa húmeda, que aspiró ansiosa.

—«¡Virgen de la Esperanza! ¿Y qué mujer que se tenga en algo, aunque se vea con la muerte encima, expone con frialdad, á un peligro verdadero, al hombre á quien dió su corazón y su vida? ¿Y luego? ¿Qué pasaría luego cuando Paco hubiese conseguido matar á Mecha, quitándole así las ganas de meterse ya con nadie? ¿Qué iba á decir Paco? ¿Qué iba á decir ella para disculparse de haber metido para dentro la respiración á una mala bestia? ¡Pues nada! Tendría Paco que quedarse entre las breñas de los montes, huyendo de la justicia, por haber hecho una buena acción; tendría que andar á salto de mata, como el mismo Frasquito Cruz andaba entonces, ó tendría que ir á un presidio. ¡Vamos, que aquello no estaba bien ni había justicia en el mundo! ¿Era preciso, entonces, cruzarse de brazos y esperar á que Frasquito Cruz hiciese lo que le diera la gana? ¡No, y no!»

Permaneció inmóvil. La luna empezó á salir derramando su luz extrañamente por aquella extravagante accidentación de tejadillos, inverosímiles, superpuestos, encontrados, en confusión fantástica, torcidos, cayendo por esta parte, levantándose por aquélla, todos

cubiertos de yerbecillas, entre las cuales se destacaban siempre los jaramagos altísimos, como brotando de una tierra con buen abono. La ventana de la salita de Amapola caía á un tejadillo de éstos; el tejadillo á un patio microscópico; ella fijábase, como absorta, en el cielo. Pensaba siempre en Paco y en Frascuito Cruz; en lo que ya ocurrió y en lo que podía ocurrir. Quería defenderse, sin encontrar manera. ¿Qué medios podría ella encontrar? Era cosa de desesperarse. Permaneció otra vez absorta. Como si aquellos puntitos grises de los jaramagos, que blanqueaban á la luz de la luna, fuesen imanes que iban trayendo á su memoria recuerdos de otros días, pensó en su niñez, en la de Paquiro, en Pepa la de la Rinconá; vivían juntos en una misma casa, pero ellos dos; con sus padres; Paquiro y ella; á la familia de Pepilla y á Pepilla la conocieron después. Paco fué siempre el chiquillo mimado de la casa desde que nació, y no se sabe qué influencia dulce ejercía en los demás, de niño y de hombre. ¡Ay! ¡Que se lo contaran á ella, que tanto había sufrido por él! Que se lo contaran á la misma Pepa la de la Rinconá, á quien volvió loca; que se lo contaran á Felipa... Una nube cruzó por la frente de Amapola al acordarse de Felipa; Amapola pasó con rapidez, de una manera inconsciente, á su primer pensamiento. Sí, desde que salió la criatura del vientre de su madre, se metía debajo del brazo el corazón de todo el mundo: cuando ella tuvo edad de pensar, fué en Paquiro en lo que primero pensó; preguntaba siempre á su madre detalles de

otros tiempos, de aquellos tiempos en que Amapola no pensaba todavía... cuando nació, las enfermedades que había sufrido, las primeras palabras que empezó á modular, sus distracciones, sus juegos y otros mil interesantísimos puntos; su madre se lo contaba muchas veces, ¡aquella pobrecita que se murió! La madre de Paco poníase en una silla en el patio del corral con el chiquillo en la falda; nadie pasaba junto á él sin sonreírle; las mocitas, las muchachas, los hombres, hasta la casera, solemne comadre, á quien nunca vieron reír, descendía de su trono, dignándose contemplarlo por encima de sus antiparras de armazón de hierro. Después, ¡cuántas cosas! Jugaban juntos, hacían escapatorias al campo; volvían sin aliento, sucios, con los vestidos rotos; luego, á la escuela; tenía ella nueve años, él once; él salía antes, aguardábala en la puerta, pegaba á los otros muchachos como la molestasen; entonces fué cuando Pepa empezó á vivir con ellos, en la misma casa, garrida, briosa, con sus veintidos años, como veintidos tormentos para el corazón de cada mocito que la contemplase. ¡Cómo se quedaba Amapola, estática de admiración, ante Pepa la de la Rinconá! Cuando ella fuera grande, como Pepa, ¿sería también muy hermosa para tener siempre muchos novios á retortero?... «No, muchos no; uno nada más: Paquiro.» ¡Y suspiraba ya con sus once años!

Pasó aquello; pasó; Paquiro se fué con sus padres al monte, allá por Sierra Morena, á un lagar que tenían. No le vió en mucho tiempo... Ni se acordaba

de él tampoco casi nunca. Era Paquiro para ella así como un recuerdo vago, dulce, de la infancia. Fué creciendo Amapola; empezó á transformarse; no veía á Paquiro; pasaron cuatro años. De pronto, una noche, salió el abuelo con el notición de que marchaba al monte, allá, con Paco; iba á trabajar allí unos días en cosas del oficio; la nieta le acompañaría; no la dejaba sola. Y allá traspusieron. Viéronse en la estación del ferrocarril. Allí estaba Paquiro; de la estación al lagar había dos leguas muy bién despachadas.

—¡Paco! ¡Paco!—gritó el tío Berrinche. Amapola miró con desdén. «¿Qué sería de aquel Paco?» Paquiro, por su parte, buscaba curiosamente; contempláronse; ¿qué sintieron? Ella, así como recuerdo del perfume de no sabía qué flor seca. Él, nada; pero quedaron mirándose; ella veía un mozuelo de diecisiete años, de complexión fina, de cara enérgica, duro, altivo, con unos fieros ojos negros, una piel atezada y unos dientes blanquísimos; él vió una muchacha de quince años, que resplandecía como un centén de oro acabado de acuñar, con su boca primorosa, su ceño orgulloso y su blancura mate, que fué velándose después con un tono suavísimo de sangre y luz, entre rosa y oro, que se destacaba de sus cabellos y sus ojos negrísimos, como los de Paco. ¿Y aquel era Paquiro? ¿Y aquella era Amapola? De pronto, echáronse los dos á reir. ¡Bah, sí; eran ellos!

—¡Tío Berrinche!—había dicho Paco—aquí tiene usted un mulo, que vá usted á ir como en un trono. Y

tú, Carmencilla, ya vés lo que te he traído. —Y señaló una hermosa borrica, con su jamuga correspondiente. —¡Nada, para qué! Otro sólio como para una reina. —Ayudó á subir al abuelo; cogió por la cintura á la mozuela para repantigarla allí... en su sólio. Tuvo una inspiración entonces:

—Carmencilla, ¿quieres venirte conmigo á la grupa? Anda; verás que bien.

—Sí, sí,—gritó ella palmoteando.—Pero «¿no tendría miedo? ¡Cál!» Subió con él: no se tienen datos de la impresión que pudiera sufrir Paquiro sintiendo el contacto del cuerpo de la chiquilla, ni el de sus brazos, que le estrechaban para sujetarse.

—Cógete bien—decíale él, gravemente. Ella cogíase y reía... Reía, y allá traspusieron por una trocha, perdiéndose á poco en la tortuosidad de la sierra.

Amapola suspiró recordándolo todo; los jaramagos de los tejadillos parecieron inclinarse cortésmente, como para decirle:—Sí, tienes razón en suspirar, que allí, en aquel laberinto de la sierra, empezaron tus apuros.

Iban al lagar, cuesta arriba, por lo más intrincado; eran las cuatro de la tarde y parecía ya de noche, según el cielo estaba de nubes. En lo que menos pensaba Amapola era en ver una tempestad en el corazón de la sierra; su pensamiento hallábase en otro sitio. «¿Por qué Paco la llamó Carmencilla en vez de Amapola? ¡Carmencilla! ¡Como cuando eran chiquitines y corrían juntos por la Cava y por el campo, y se metía él en las lagunas con ella á cuestras, remangándose los

calzones y los dos con grandes risotadas! ¡Carmencilla! ¡Qué extraño nombre! Desde que su madre murió, nadie la llamó así. ¡Carmencilla!... Verdad que Paquiro estuvo cuatro años sin verla y no sabía que se llamaba Amapola... Pola, como la decían todos. ¿Y qué quería decir Amapola? ¡Qué sabía ella! Sí, tal vez... Allá, cuando vendió flores algún tiempo... ¡Uf, Dios santo!»

Bién grabado en el alma que lo tenía Amapola todo. —Arree usted, abuelo,—gritó Paquiro aquella tarde,—que nos vá á llover.—Amapola levantó los ojos al cielo sombrío, á las admirables montañas, á los picos enhiestos, como inmensas estalacmitas clavadas en las nubes, y á las hondonadas y los barrancos, en fin, formado todo por tenebrosas contracciones de la tierra y cubierto de vegetación salvaje; si el talento natural, intuitivo de Amapola, lo hubieran educado, habríase hecho la ilusión de estar en una grandiosa tienda de campaña, que tenía por costados las pendientes empinadísimas de los montes, y por toldo aquel cielo plomizo, enganchado bravamente en sus crestas agudas.

Iba el caballo con lentitud, y como absortos ella y Paquiro en tales maravillas; de pronto, aquel cielo grís se desgarró en miles de grietas ardientes, fantásticas, sinuosas, enormes, como se partiría la tierra en un sacudimiento poderoso y mortal, para la destrucción completa del mundo. Amapola, sorprendida, dió un grito y se estrechó á Paco, instintivamente, como su único refugio; deteníase el caballo, aguzaba las orejas y levantaba el cuello, como para contemplar aquella

red monstruosa de hilos encendidos que formaban las grietas sin fin del cielo hecho pedazos, como una inmensidad de colosos y cíclopes, esgrimiendo con sin igual furia sus interminables espadas enrojecidas por el fuego, á cuyo choque saltaba el rayo.

—¡Abuelo!,—gritó Paquiro con todas sus fuerzas. El abuelo habíase quedado atrás. Respondió una voz lejana como un suspiro.

—¿Le pasará algo?,—preguntó Amapola.

—No, viene con el mozo,—contestó Paco. Amapola no le miraba. Empezó á llover.—Mala tarde; te vás á mojar,—dijo Paco.—«¡Ah, Dios, qué tono tan dulce tuvo para decir aquello!» La envolvió Paco muy bien en su manta, como envuelve una madrecita en el pico de su mantón al hijillo amado. ¡Y ella que se propuso hacer la desdeñosa!

Llovía con fuerza; Paquiro apretó los ijares; escapó el caballo y recordaba Amapola muy bien que no se oía el galopar, entre aquel fantástico concertante del trueno que hacía trepidar los montes, los brazos de agua descolgándose ó saltando por los altísimos pedruzcos y las torrenteras, el golpe sordo de la lluvia al caer sobre las plantas y los arbolados y el viento que arrancaba tremendas notas, retorciéndose entre las encinas y los olivos, y haciendo flotar las ramas de los sauces, como verdes cabelleras de fantásticos génius que abortó la tempestad.

En un segundo de calma, cuando los cielos y la tierra parecían tranquilos, como en esos instantes de

quietud pavorosa en que los combatientes, jadeando, se miran para empezar de nuevo, se oyó sonar una esquila; vieron después un rebaño, y muy próximo, un chozón medio caído. Lanzó Paco hacia él su caballo, cuando el agua empezó á desencadenarse con más fuerza; y allí, sentados, muy juntitos, en un pedruzco, mientras el caballo mordía los ramones secos de las paredes de la choza, siguieron presenciando recogidamente aquella lucha de los elementos, desencadenados entonces con más ira.

No pensaba ella en su abuelo; estaba como absorta en un mundo inconmensurable y desconocido. Hasta entonces no sintió, sobre sí verdaderamente, el poder misterioso, la grandeza de aquella hora; hasta entonces, cuando los cielos y la tierra parecían chocar y las montañas se estremecían, como si todo en un punto sucumbiera; hasta entonces, en fin, cuando Paco le preguntó en voz baja al oído:

—¿Tienes miedo, Carmencilla?

Y ella dijo en voz firme:

—No.

—¡Bién por los corazones bravos!—Y Paquiro le plantó un beso en la boca.

Ella hizo un movimiento brusco y Paco se echó á reir; oyendo su risa, ella pensaba: «Sí, sí, ya soy una mujer; creí que no era Paco, pero es Paco, es Paco.» Sintió frío, se relió en la manta, dobló un poco la cabeza hasta apoyarla en un hombro de Paquiro... Y llegó hasta ella, impregnándola de vida, en medio de

la grán amenaza de muerte de la tempestad, el perfume resinoso de las jaras, cuyos rosetones amarillos temblaban entre sus hojas níveas salpicadas de sangre; y cegaron sus ojos á la vez, en medio de aquella explosión de vida del mundo y del beso de Paquiro, los festones de llamas de los cielos, enroscándose y estallando en los picos formidables de la sierra, como banderas de luz levantadas en holocausto de Dios.

Su destino fué desde entonces Paco. ¿Se acordó Paco más en su vida de aquella tarde, de aquella hora y de aquel beso? ¡Qué sabía ella!... Estuvo un mes en el campo; bajaban por las tardes á la fuente, ella gentil, limpia, risueña, con su rosa en el pelo; él alegre, airoso, con su ropa á la usanza del campo granadino. Bañábalos el sol con dulzura; y el cielo, los pájaros, hasta el agua al caer bulliciosa, parecían regocijarse de la conversación trascendental de los dos mozuelos. Vivieron en un mismo hogar, dormían bajo un mismo techo, jugaban, reían, pero ¡cuán distinto todo de otras veces! Amapola deteníase en sus juegos á lo mejor, abrasada de vergüenza, sin que supiese ella misma explicarse el motivo. Paco pasábase también los días sin hablarla, no habiendo razón ninguna para su reserva y seriedad.

¿Por qué estaba Amapola acordándose de todo esto, allí, en la ventana, delante de los tejadillos llenos de jaramagos, iluminados por la luna? ¿Por qué pensaba en todo esto, hasta el punto de olvidarse de María de la O, y en la hora precisamente en que podía

conceptuarse feliz, convencida ya de que el amor de Paco era cierto?

La seguridad de este amor había costado lágrimas y sangre: lágrimas de ella, silenciosas, terribles, durante algunos años; sangre de él, derramada á torrentes con la traidora puñalada de Frasquito Cruz.

A este nombre, traído á su imaginación maquinalmente por la lógica natural de sus ideas, se unió en el acto el de Pepa la de la Rinconá. «¡Sus dos tormentos! ¡Sus dos suplicios... además de aquel otro gran suplicio, de su amor á Paco, suplicio que había terminado ya!» Una ráfaga de aire estremeció misteriosamente los amarillos jaramagos; Amapola se estremeció también al sentir en su cara aquel fuerte beso del aire cargado de perfume, que así es el aliento de Sevilla en Abril. Pero no fué aquel beso lo que la había estremecido principalmente; solo la estremeció un beso en su vida, único de hombre que selló sus labios; un beso que crujió en su boca como una gran risa, cierta horrible tarde de tempestad, cuando las jaras, temblando al rugir del trueno y doblando sus rosetones, dejaban caer sobre el húmedo terruño sus blanquísimas hojas salpicadas de sangre.

No fué aquel beso lo que la hizo estremecer, no; fué la idea de que mientras Frasquito Cruz y Pepa la de la Rinconá anduviesen por el mundo, su dicha sería imposible, aquella dicha que tan cara podía costarle aún, como no contasen con el amparo de Dios.

—¡Si yo me atreviera!—Esto pensó Amapola de

pronto, como consecuencia de todas sus reflexiones anteriores. Pero de pronto también desechó con horror lo que su pensamiento había concebido. Aquel «si yo me atreviera» suyo, lanzado por primera vez en aquella misma habitación, delante de Felipa, hacía tres meses, cuando su proyecto de ir al Cuartelillo para ponerse frente Amapola, ¿no dió por resultado la catástrofe que estuvo á punto de costar la vida á Paco?— No, no.

Fué llenándose su imaginación de fantasmas; todos aquellos fantasmas eran chiquitines, delgados, de siluetas agudas, punzantes, unos con la figura de Mecha, otros con la de Pepilla la de la Rinconá; Alcuza estaba también representado cumplidamente en aquella confusión de fantochillos que danzaban en su cabecita briosa de diez y siete años... y todos parecían hablarle del mismo asunto:

«Cuando ella volvió del lagar al barrio de Triana otra vez, ¿no volvió con la esperanza de encontrar á Paquiro en Triana nuevamente? Sí. Oyó hablar de la venta del cortijo; de la vuelta de su familia á Sevilla... Y la vuelta fué bién pronto; antes, mucho antes de lo que Amapola esperaba. Paco volvió solo. Sus padres habían muerto. Él se vino con su abuela, viviendo sin oficio ni beneficio, de lo que la venta del cortijo dió y de los ahorros que la abuela tenía. Se vieron otra vez, se hablaron, pero se puso por medio de repente *Pepilla la de la Rinconá*, quitándose, arrancándose, con su desvergonzado gracejo y su aparatosa hermosura, vi-

ciándole, perdiéndole, haciendo de él un hombre á quien solo podría limpiar de toda aquella inmundicia un cariño como el suyo. ¡Y luego Mecha, Mecha también en el taller, desde hacía mucho tiempo, persiguiéndola, espantándola, acometiéndola como un toro, donde quiera que la encontraba á solas! ¡Todo aquello tuvo por resultado lo que ya había visto, por indecisa, por cobarde que siempre fué! Y como si aquello no fuera bastante, lo que podría ocurrir con el tiempo. «¡Si yo me atreviera!»—Y otra vez su ánimo enardecido, en medio de la confusión suya, la llevó á no sabía ella qué regiones.—«¡Si yo me atreviera!»

No pudo seguir, porque la interrumpió en aquel gran soliloquio el jaleo del martillo y el macho al repicar en el yunque.

—Estoy soñando,—dijo.

Sintió entonces lloriquear á su espalda, y volvió el rostro: ¿Qué era aquello? Era Jesús, que había despertado; el angelito, conforme llegó con María, se tendió en el suelo tranquilamente á dormir la mona, como cualquier honrado borrachín que no se mete con nadie.

—¡Ay!—exclamó Amapola, asombrada:—pero ¿y María?—Y llamó con fuerza:—¡María! ¡María!

No respondió nadie. Abajo, seguía oyéndose el repique sobre el yunque y el resoplido de toro del fuelle: arriba... el llanto melancólico de Jesús.

Amapola olvidó por un instante sus preocupaciones, para pensar en María de la O solamente. La amaba de veras, correspondiendo al cariño que siempre le

manifestó María, y pensaba con inquietud en todo lo que la muchacha estuvo diciendo antes.

¿Estaría abajo? La llamó otra vez; no respondieron; abrió el balcón y miró ansiosa; nada veíase; solo, allí, delante de la puerta, aquel trozo iluminado, del resplandor de la fragua, como ancha alfombra de oro atravesada en la calle.

Bajó al taller inmediatamente y preguntó por María. El aprendiz le contestó desde su pedestal, tirando de un fuelle y empujando el otro:

—¡Se jué!

—¿Cuándo? ¿Hace mucho?

—¡Júi... po si jase ya quien tal vió!

—Pero ¿qué hora es?—preguntó Amapola, asombrada.

—La sonce.

—¡Las once!... ¿En qué se le había pasado el tiempo?

Subió otra vez á su cuarto. Jesús berreaba como un toro. Empezó Amapola á consolarle y decía á la par tristemente:

—Anda, hijito, que á tu tía, por fín, se la llevó el demonio.



XVIII

EN DONDE PARECE QUE UN DEMONIO SE LLEVA Á UNA MUJER Á LA GLORIA.

Lo cierto es que María de la O pasó un rato amarguísimo; procuraba defenderse de Periquito Ruíz, pero le era imposible; veíale allí, clavado en la pared, inmóvil como una sombra, y no sabía cómo resistir los fieros impulsos que le acometían, de ir á desclavarle de la pared, para que no estuviera allí toda la noche. Lo malo era que ofreció á Pola no irse hasta que Felipa llegase. «¡Si aquella condenada bizca hubiera ido!» Pero á la gitana parecía habérsela tragado la tierra.

«¡Qué suplicio! Ella tuvo la culpa, que se despidió de Bandita de aquel modo, sin decirle *sí* ni *no*: aquello no estaba decente, y una persona fina no debía portarse de aquel modo.» Lo que estuvo temiendo María de la O, y valgan verdades, era que Bandita lo pudiera tomar por donde quemara, y que no volviese, por no estar segura de él ni mucho menos. Si hubiese estado segura, si hubiese tenido el firme convencimiento de que Periquito Ruíz quedó encadenado de veras, habría resuelto la muchacha aquel grave conflicto, con un

encogimiento de hombros, esperando con tranquilidad al otro día; pero ¿y si Periquito Ruíz se le escapaba?

—No, lo que es yo no bajo.—Decía esto con mucha firmeza y acordábase á la vez de todos los incidentes de su conocimiento y su conversación con Bandita, experimentando al recuerdo de cada palabra, de cada ademán suyo, una sensación extraña que la hacía morir. Cuando con más firmeza prometíase no bajar, hizo Bandita un movimiento para alejarse, y María de la O, automáticamente, como si obedeciera á mágico resorte, que la hizo moverse con el movimiento de Periquito, dejó caer la cortina, avanzó resuelta por la sala, sin cuidarse poco ni mucho de Amapola, que en lo que menos pensaba era en ella, y en un segundo estuvo en la calle.

Periquito Ruíz se desclavó de la pared, y María respiró con tranquilidad, como consolándose un poco de su mala acción de haber bajado, al pensamiento de que lo hizo para desclavar á la pobre criatura. Se fué María al escalón de la puerta inmediata, apartándose un poco de aquel escandaloso torrente de luz que del taller desbordábase como para perseguirla, y esperó con ánimo firme al enemigo.

Éste presentó la batalla al instante, y acometió de pronto y con ímpetu.

—Usted se viene ahora mismo á cierta parte, donde hablaremos con mucha formalidad de un asunto muy delicado.

—Lo que usted hará,—contestó María echándoselas de valiente,—es irse ahora mismo y no marearme; porque si yo he bajado fué solamente para arrancarle á usted de esa pared, que me estaba usted pareciendo un marmolillo y no quería yo que pasara alguien y se rompiera contra usted las narices.

—Hombre, ¿y ahora vá usted á echárselas de graciosa, cuando vé usted que estoy muriéndome de ganas de decirle que en cuanto usted quiera estoy yo aquí con los papeles para casarnos? Cállese usted esa boca y eche usted para adelante, que tenemos que resolver esa cuestión ahí cerca, los dos solitos.

Al oír María lo de los papeles y lo del casamiento, pareció que la sangre se le helaba y se le encendía después, quemándola toda por dentro y por fuera. La pobre estaba cogida de verdad, y aquel condenado lo había comprendido.

—Pero hombre,—dijo con una seriedad muy mal fingida—¿y si usted resulta luego una mala persona?

—Pues tendrá usted paciencia, que para eso son las mujercitas de bién: para aguantar lo que viniere, en paz y en gracia de Dios.

Estaba ella de pie en el escalón; él era un poco más alto; las dos cabezas á un mismo nivel, parecían juntarse; con un poco más, los alientos se hubieran confundido. ¡Brillaban de una manera los ojos de Periquito Ruíz! ¿Lo creereis? María de la O, no supo contestar.

Miró á otra parte; al cuadro de luz tendido en la acera. Le pareció que el cuadro de luz iba ensanchán-

dose lentamente; que iba á llegar hasta ella; que la iba á envolver; y de un modo maquinal, inexplicable aún para ella misma, bajó el escalón y fué á subirse en el de la puerta inmediata.

—Vaya,—dijo Bandita, siguiéndola:—creí que vendría usted ya, pero veo que se vuelve usted ahora un pajarito, para saltar de rama en rama.

María de la O, como si volviese de un sueño, exclamó con ímpetu:

—Pero hijo ¿dónde demonios quiere usted que yo vaya?

—Conmigo.

—¡Es claro! Con el demonio.—Y diciendo esto María, acordábase de lo que dijo antes, de que era capaz de irse con aquel hombre, aunque hubiera sido al infierno. Y acordándose, decía mentalmente:—No, y lo que es yo me voy.—Luego, alto:

—Pero vamos á ver: ¿usté que se crée?

—Que voy á morirme ahora mismo como no haga usted lo que yo le mando; y se lo mando porque sí, porque se puede; porque usted es mi mujer, y porque yo soy su hombre; es decir, como si lo fuéramos. ¡Ea! y usted me dará á mí ese gusto, si no quiere usted que el universo con la mar y los barcos y la fragua del tío Berrinche se hunda esta noche; lo que yo quiero, es que se venga usted aquí al lado, un poquito nada más, para que yo le eche á usted una cañita, y bailándole al són, le jure que es verdad todo eso que dije de la mujer y el hombre y del mío y el tuyo viéndonos las caras á la luz, sin pecar y como Dios manda, y no aquí,

con estas obscuridades que meten miedo; ande usted ya, que está usted haciéndome sudar el quilo para conseguir una cosa de tanta razón. Y no me eche usted esos ojos, que me parece usted un guardia civil cuando coge en la carretera á un indocumentado.

—Ahí le duele,—exclamó María con aquella gran sofama,—documentos son los que yo necesito... Y no digo yo la guardia civil, un gancho quisiera yo tener en cada ojo con más garabatos que piedrecitas tiene la calle, nada más que para metérselo á usted en el alma y sacarle toda la verdad y toda la mentira que tenga usted en ella y esté usted echando sobre mí.

—¡Pero maldito sea el caballo de oro! Si es usted un puro gancho toda, hombre, ¿por qué decirme que quiere tener uno en cada ojo? ¡Si está usted mareándome! ¡Si esto no se puede resistir! ¡Si yo no puedo aguantar esta muerte tan larga que me entró á mí esta tarde en el barco cuando la ví á usted, y que no se acaba nunca! ¡Haga usted el favor de acabar de pegarme un tiro, ó véngase usted, que estamos aquí en mitad de la calle y no es aquí donde yo quiero que estemos... Y lo que es por jurar, yo le juro, para que usted se tranquilice, que soy de usted hasta lo más hondo, y que resultará todo lo que resulte, pero fuera lo que fuere, yo seré su marido si usted quiere ser la señora mía... Y que ahora mismo se me sequen los ojos y cada pestaña se me vuelva un escorpión que me envenene el pecho y la sangre y que la tierra me coma, si no es verdad lo que yo le digo.

Mariquilla de la O echaba fuego al escuchar tales cosas; no pudo resistir ya, y dijo al Bandita:

—Pues hombre, á tanto porfiar, con probarlo basta; con usté me voy de cabeza; de todos modos, ya me lo tenía yo tragado. ¡Ea!

—Pues andandín.

—Pero ¿con esta facha? ¿Sin un mantoncillo siquiera?

—Eso sí que no; que vá usté á metérseme otra vez en casa de la Pola, y entonces no vá haber Dios que la eche ya fuera.

—¿Pero en cuerpo gentil?

—En cuerpo gentil y saleroso, que parece un junquito moviéndose en el aire; venga usté acá, so salamera.—La cogió de una mano y María se dejó llevar.

¿Dónde fué? ¡Qué le importaba!... Iba con Periquito Ruíz. El mozuelo no anduvo mucho; encontráronse pronto en un cuartillo de un pasaje, que parecía un camarote, ornamentado con una mesa y dos sillas; sus paredes de madera, no llegaban al techo; las tablas laterales eran compartimientos de otros camarotes del mismo jaéz; una luz de gas, sobre el borde de las tablas unidas del compartimiento, lo alumbraba medrosamente; los otros cuartuchos estarían también honrados con el público ilustradísimo, según las voces que se escuchaban, aguardentosas en su mayoría, de mujeres ó de hombres.

Sentáronse en las mugrientas sillas, y os juro que María vaciló un instante en la duda de que se pudiese quedar pegada al respaldo; pero no se acobardó; era

valiente y habíase propuesto saber hasta qué punto podía contar con Periquito Ruíz.

Pidió Periquito manzanilla, y la pidió de la más olorosa y la más rica, como para que pasase por el *gajorro* de plata de aquella mujer que iba á su vera. Cuando la llevaron, escurrióse el Bandita suavemente hacia fuera, mientras María llenaba las cañas.—No es más que un minutito, gloria.—Y salió sin esperar á que le respondiesen. Cerró la puerta tras sí, y llegó con rapidez á la del cuarto inmediato. La empujó y entró con un dedo puesto en la boca, en ademán misterioso. Estaba allí Alcuza con otros dos hombres. Al verle, suspendieron la conversación.

—¿Qué hay?—preguntó Alcuza en voz baja.

—Chitón, que está ahí,—contestó Bandita con el aliento casi.

—¡Anda, morena!—gritó uno de los que acompañaban al gitano.

Bandita le metió el puño por la boca como con intención de hacérselo tragar, y el sugeto ni respiró ya siquiera. Bandita decía:

—No habéis alto, os podría sentir, y á tí pudiera conocerte por la voz, Alcuza, aunque haya mucho tiempo que no la oye. Ya está listo.

—¿Sí?—preguntó Alcuza, admirado.

—Sí, yo respondo: ¿qué día será? Vivito, que me aguardan.

Alcuza se rascó la cabeza con inquietud, como si dudara en resolver algún asunto grave. Se volvió al

tercero, que los miraba con aire bobalicón sin desplegar los labios.

—Oye tú, Pardillo, ¿cuándo irás á avisarle?

—Yo,—dijo Pardo con una voz que parecía una tromba y soltando una gran risa,—mañana á la tarde...

No pudo acabar. Bandita le cogió por la garganta.

—Pero malas puñalás te peguen, ladrón,—díjole muy bajo,—¿por qué gritas?

Quiso seguir el otro, pero no pudo. Periquito Ruíz atenazábale el cuello. Teniéndole así cogido, exclamó:

—Ea, bién; mañana puede avisársele; pasado mañana que esté aquí. Lo demás es cuenta mía. ¿Conforme?

—Conforme,—dijo Alcuza.—Bandita salió.

María de la O le esperaba inquieta, pero Bandita la supo calmar inmediatamente. Lo que allí dijo para que María de la O no desconfiase, formaría un curiosísimo volumen de amor y truhanería. Su acento de sinceridad era lo que más consolaba á su novia.

—Pero ¿á qué he venido yo aquí?—preguntábase con desesperación en voz alta. Pensaba en Amapola, en el niño...

—A darme gusto—contestó Bandita una vez.—Bebe, que te voy á decir una cosa.

¿Qué cosa sería aquella? María de la O esperó con gran inquietud.

—¿Me quieres de verdad?—preguntó Bandita muy serio.

—Sí,—contestó la infelíz,—me muero; no sé lo que

me pasa; esté usted toda la vida guardando el recato y la compostura, para que en un minuto, haga una consigo misma este atropello. ¿Quiere usted que le diga una cosa, Periquito Ruíz? Pues váyase usted y déjeme, que soy una perdida, solo por haber venido aquí con usted; y si usted no me engaña y es verdad que quiere casarse, cátese con otra, que yo no lo merezco.—Y Mariquilla de la O se echó á morir. «¡Virgen del Carmen! Aquel demonio de Periquito,—lo sabía ella muy bien,—acabó por trabucarle los sesos.»

Él la contempló un rato, como si en realidad le embelesara la buena fe de su novia, y exclamó así en tono muy dulce, cogiéndola de las muñecas para arrancarle los puños de los ojos:

—Oye tú, pampucia, yo me voy á casar contigo, aunque no te lo parezca, como tú seas para mí un perro manso, como yo me pensé que lo serías desde que te eché los ojos encima; y para probarte de una vez que no miento, ahora mismo vás á tomar el camino sin que yo te toque ni con la respiración siquiera. ¿Estás escuchándome?

—Sí, que escucho.

—Pues andando.

—Pero ¿es verdad, Pedro?—preguntó María, poniendo en su voz toda su alma.

—Lo que digo. Hiciste lo que yo te pedí y es bastante. Ya hemos brindado. Ea, adiós... Pero escucha, ¿te veré otra noche? Dime la fija y no me engañes, que soy capaz de hacer una locura.

—Sí, me verás; me verás siempre que tú quieras; yo te lo digo, y María de la O nunca falta en las cosas razonables y convenientes.

—¡Ay, qué mujer ésta... y cómo me trastorna á mí, válgame el cielo!

María de la O empezaba á creer en Bandita. Hasta entonces, hábale parecido todo un sueño; pero un sueño del que le fué imposible sustraerse; le miró suplicante, y quiso tener otra prueba aún.

—¿Querrás que venga con una amiga?—le preguntó encogidamente.

—Sí, mujer.

—¿De verdad?

—¡Si lo que yo quiero es quedarme contigo, por delante de la iglesia, sin ofender á Dios, ni á ese cuerpecito de angel! Mira,—añadió de pronto como si recordara.—Te vendrás con la Felipa, y así la conoceré. ¿Te gusta eso?

—Sí, sí.

—Pasado mañana á la noche; pero que no faltes, Mariquilla.

—¡Yo faltar! —Y Mariquilla suspiró como si le faltara el alma.

—Echaremos un ratillo, y luego tú á la casita, hasta que el cura nos meta mano. ¿Lo oyes? ¡Y que no vamos á querernos mucho nosotros!—añadió el granuja, zalameramente.

—¡Sí, sí!...

Se levantaron... ¡Qué obscuridad en la calle! ¡Qué

silencio! Periquito la acompañó. Cuando se iban á separar, María de la O estaba llorando; llanto silencioso de gratitud hacia Bandita, y de arrepentimiento por haber dudado de él.

—¡Ay, Bandita! ¿es verdad que me quieres?—dijo, deteniéndose un momento.

—Te lo juro por la gloria de mi madre,—contestó él fogosamente.

—Pues si es verdad, toma, ya que tú no me lo has pedido:

Le dió un beso y echó á correr.



XIX

UN PLÁN DE MARÍA DE LA O Y UN DESCUBRIMIENTO DE FELIPA.

Hasta que puso los piés María en casa del tío Bertrinche, no pensó de verdad en que la estaba Amapola esperando. Afortunadamente, no habían concluido de trabajar; la casa estaba abierta; Bronquita dábale al fuelle, Cojo Garrote al macho, el abuelo al martillo.

María subió la escalera y se metió en la sala como un huracán. Amapola tenía á Jesús en brazos: quedó María como suspensa, no sabiendo qué decir. La miraba Amapola silenciosamente y esto confundíala más. No pensó nunca durante toda su vida, que se pudiese encontrar una mujer en situación tan violenta. «Y luego, ¿hizo algo malo?» El pensamiento aquél pareció darle bríos, y se encaró así con Amapola:

—Pero ¿es que tengo monos en la cara para que me miren á mí de esa manera?

Amapola protestó, diciendo que si no se la podía

mirar, y no se sabe en el tono que hizo la pregunta; pero aumentó el enfado de María... «Bueno, pues que la miraran. ¿Y qué? No agacharía por eso su cabeza, pues no tenía por qué agacharla; y si dijo que no saldría hasta que Felipa fuera, y salió antes, otras cosas más malas se han hecho en el mundo.»—Pues está una fresca.—Sí, mírame bién; mírame mujer—añadió con muy mal genio.—¿Crées tú que me falta algo? Pues hija, no me falta ni tanto así siquiera. ¿Ves tú estos ojos? ¿Los ves bién, cómo están? Pues de llorar, pero no creas, no lloré porque se me haya perdido nada que me convenga tener muy guardadito; que lloré porque hay todavía hombres en el mundo que son capaces de querer á una gaznápira como yo. Lo que es yo me arrojé, pero he pasado la mar; y si pude ahogarme, á lo que estaba dispuesta, no me ahogué y he caído de patitas en la gloria, cuando creí que me llevaban en volandas á los profundos. Ea, y ya está; y como ya está y Felipa no viene, cojo yo á mí Jesús y me lo cargo á cuestras y me voy para que no se incomoden las personas principales: el primero no estorbar; con Dios, y perdonen las muchas faltas.

—Pero demonio de chiquilla,—gritó Amapola, echándose á reir,—siéntate un poco y dime lo que ha pasado.

María echó á tierra á Jesús, y después del descendimiento, contó en un periquete lo que le había ocurrido. Amapola respiró con tranquilidad y le dió un fuerte abrazo.—No te vayas—le dijo,—quédate, y Co-

jo Garrote avisará á tu casa al irse. Felipa ha estado aquí.

--Y ¿por qué no se aguardó?

--Porque anda detrás de un asunto. Oye. ¡Yo tenía un miedo contigo!... Pero me gusta mucho lo que me acabas de decir; anda, hija mía; deja que se pierdan las mujeres locas, que lo mismo les dán para arriba que para abajo, y no tú, que eres buena, y como Dios manda... Pero ya estoy contenta; digo, contenta por tí, que lo que es por lo otro, la cosa está que arde... Aquí estuvo Felipa, ya te lo dije; no la escuché pensando en lo que te estaría á tí sucediendo... ¡Y que era flojo lo que estaba contándome! Figúrate,—Amapola bajó la voz y aproximó mucho su cabeza á la de María,—Alcuza ha estado en el *Cuartelillo*. ¡Qué te parece el infame! Ha estado allí después de tanto tiempo de no ver á su familia, cuando ya sabíamos que estaba de vuelta de presidio desde hace dos meses lo menos. Por supuesto, Felipa no lo pudo coger por ahí antes, que si no, lo lleva á su casa, aunque hubiera sido arras-trando. ¡Vaya un padre que le cayó á la pobre!... Pues verás; estuvo allí... ¡Anda, que la que se armó! Felipa por un lado, el tío Borriquita por otro, Requito... ¡no digo nada!... ¿Pues y *Sópleme usted aquí?* ¿Pues y la Facunda? Nada, chiquilla, que hasta la Percales... porque ahora la Percales, has de saber, que se volvió la camisa y están á partir un piñón Felipa y ella. Bueno, pues Tranquita también; y Rebuzno lo mismo; y Moro igual... ¿Para qué decirte? Toda la pandilla. La única

que se ha quedado haciendo canastas como siempre, ha sido la Reonda... Y eso que hasta el tío Borriquita dejó de hacer pleita; en fin, todos, toditos.

—Pero ¿qué es lo que han hecho todos, toditos?— preguntó María de la O, admirada.

—Toma, pues pedirle al Alcuza que se quede allí con su familia y sea hombre de bién, ganándolo para ella. La pobre Felipa ¡cómo lloraba! Solo vino á contarme que Pepa la de la Rinconá ha estado en la sala de la Percales. ¿Querrás creer? Pues ha ido á pedirle por Dios que vea á Paquiro para que vaya allí á hablar con él.

—¡Anda!—gritó María de la O, dándose un manotazo en los muslos.—¿Con que eso tenemos?

—¿Te parece hija? Lo que yo te digo; que entre Pepa la de la Rinconá y Frasquito Cruz ván á quitarme á mí la vida.

—Y en vez de buscar á la Percales, ¿por qué no buscó á Paco en persona y le dijo su sentir?

—Porque le mandó recados, y él no contesta. Hasta le escribió una carta.

—Y él, como si no.

—Eso dicen, pero yo no me fío; oye, está Pepilla que parece otra; es que no puede conformarse con que Paquiro la deje; y lo que es yo, estoy de un modo que aunque me muera, no le mentaré ni su nombre á Paquiro; si ella lo logra, ahí lo tiene; es lo que puedo hacer, ¡porque mira tú que tener luego en el alma ese clavo, si Pepilla hace una barbaridad! Gracias á Dios,

no le dije á Paquiro todavía que le quiero. Podrá sospecharlo, y hasta tenerlo por seguro, y hasta se lo dirás tú y se lo dirá Felipa y se lo dirá quien quiera, pero como de mi boca no ha salido una palabra para él, no podrá quejarse de que no llegue á salir. Si me quiere de verdad, que él se lo aguante; si no hubiera andado en malos pasos, ahora no se encontraría en esos ahogos; porque mira tú, que llevar siempre á una mujer detrás como una sombra, es lo último que le puede suceder á un hombre.

Amapola pronunció las últimas palabras ahogadamente. Sin ella quererlo confesar de una vez, su corazón templado en aquel amor de su vida, conmoviase de la apasionada locura de Pepa la de la Rinconá. «¡Virgen misericordiosa! ¿Pero tenía ella la culpa de que Pepa quisiese á Paquiro?»

—No, señor, que no tienes tú la culpa,—exclamó María, coléricamente.—¿Le has quitado tú el novio acaso á ella? ¿No es una perdida que te lo quitó á tí? Si Paquiro te quiere de verdad y vuelve á tu casa como dice, déjalo, mujer, y ábrele la puerta, que no ha de pesarte.

—Dice Pepilla que yo no le dejo hablar con ella, y eso no es verdad; yo, ni se la nombro.

—¿Y á quién se lo dice?

—A la Percales y la Percales á Felipa.

—¡Digo, la Percales! ¡Si era menester cogerla y arrancarle el moño! Lo que es yo, no puedo aguantar á esa criatura.—Amapola no la escuchaba.—Dice tam-

bién Pepilla—añadió pensativamente—que si pudiera hablar una sola vez con Paquiro, no se acordaba Paquiro más del santo de mi nombre.

—¿Sí?—Pues yo tú, lo que haría era dejarlos que hablaran.

Amapola se sintió presa de un ligero temblor.

—Ya te dije que yo en nada me meto,—añadió como si el aliento le faltase.

—¿Que no te metes y estás muriéndote de pensarlo nada más?

—¿Y no te he dicho que aunque muera?—gritó Amapola, en una explosión del alma.

—¡Jesús, hija, vaya con el orgullito de las mujeres!

Amapola, en una penosísima transición, escondió la cara entre sus manos y lloró silenciosamente.

—Pero mujer,—añadió María muy bajo;—lo que es contigo, no se puede tocar á ciertas cosas.

—Sí, tienes razón,—repuso Amapola, sin levantar la cabeza.

—Pues hija, cada una tiene que defender lo suyo, pero lo que es tú, estás siempre en el limbo. ¡Si todavía no salí de mi asombro, de pensar en lo que hiciste en el *Cuartelillo* aquella tarde!

—Pues mira,—respondió la muchacha irguiéndose con una dignidad incomprensible en su educación:—á nadie se lo dije nunca; pero aquello de ir á disputar un hombre á una mujer, es lo único de que tengo que arrepentirme en esta vida. Y no fué principalmente porque estuvo á punto de morir Paquiro, aunque ya

hubiera bastante con eso, no, que fué más todavía, por la vergüenza que paso siempre, acordándome. Tira tú por donde quieras, María; pero cuando una criatura siente vergüenza acordándose de algo que hizo, aquello que hizo no pudo estar bien hecho.

María de la O quedó callada. Sin saber por qué, sintió en aquel punto un calorcito particular que le subía al rostro. ¿Era vergüenza? Estaba acordándose de Bandita y del lugar en que estuvo con Bandita y de todo lo que Bandita hubiera podido hacer de ella, solo con antojársele.

—Bueno,—dijo de mal humor.—Ahora también te metes á padre cura.

—No hagas eso, María,—añadió Amapola, en un suspiro.

—Pues sí que hago caso, ea! Lo digo y lo rediré; ¿no quieres decir á Paco nada? Bueno; que hable con Pepa la de la Rinconá, sin tú decírselo, pero oyendo tú lo que hablan. ¿No dice que Percales se volvió la camisa? Pues que sirva el revés para algo. En su sala que hablen, y tú te metes primero en la alcoba y lo escuchas todo. Luego, tú sabrás lo que hacer.

No se supo entonces lo que Amapola opinaba del plán inspiradísimo de María de la O, porque la impidieron contestar unas voces que resonaron en la puerta de la sala.

Eran de Felipa, que entró impetuosamente, gritando:

—¡Ya dí co né! ¡Ya dí co né!

—¿Con quién diste?—exclamó Amapola anhelante, corriendo á ella.

—¡Ay! ¿Pero qué ha pasado?—preguntó María de la O, creyendo que el mundo se le venía encima.

—¡Toma!—gritó Felipa, dirigiéndose á las dos, enarbolados los brazos como para coger el techo, y chispeantes de placer los ojos.—Pos dí co ner gujero donde se esconde Frasquito Cruz. ¿Sos parece poco, repuñema?



XX.

¡FRASQUITO CRUZ!

No es de este punto el hacer la historia del descubrimiento de Felipa, ni de explicaros la grán labor á que tuvo que entregarse para conseguirlo, aquella labor, para cuyo mejor éxito, tuvo que combinar toda su astucia de gitana, su afán de ser útil á Paquiro y Amapola, y su odio verdaderamente africano á Frasquito Cruz, sin contar el interés que su padre mismo le inspiraba, y su propósito de desbaratar sus planes, que tenderían desde luego á todo lo que fuese en favor de aquel Mecha, más que antes temido, por estar oculto.

Bien ajeno estaba Mecha de que Felipa, su peor enemigo, dió al fin con el refugio donde logró guarecerse. Aquella tarde de horrible memoria, fué también para Frasquito Cruz de gran prueba. Cuando supo que fué Paco quien una noche le tumbó en la calle, junto á la puerta de las Mínimas, juró dentro de su alma infame la muerte de Paquiro. No hubiera podido seguir viviendo, sin ver por tierra á Paco, partido el corazón

á puñaladas. Dos cosas detuviéronle principalmente; su cobardía y la duda, caso de que lo matase, de poder llegar luego al refugio con que contaba. Su instinto de bestia decíale que el hombre que defendió á la nieta del tío Berrinche, era ó sería su rival; aquel pensamiento volvíale loco, hacíale retorcerse como una furia.

Cuando se retiró de la puerta, después que hubo sorprendido el secreto, por la conversación de Amapolá y la gitana, de que era Paco aquel odiado enemigo á quien no conocía, su primera intención fué ir á buscarle. No pudo resistir este ímpetu; la cólera ciega de que estaba poseído, suplía en su corazón al ánimo. Buscó á su enemigo, y fué milagro muy grande que no lo encontrara al punto. Paco no se ocultó, pero estaba atento, por el aviso que recibió de Felipa, que se dió, como sabeis, buena maña para encontrarle.

Hubiera sido curioso para un observador seguir las alteraciones de aquel terrible temperamento; cada segundo que transcurría sin encontrar á Paco, era un horroroso suplicio para él. Su condición falaz nunca pudo admitir la idea de encontrarse con Paco frente á frente, sino asestarle el golpe á traición donde primero lo encontrara; pero de tal modo hallábase dispuesto, que lo hubiera hecho lo mismo frente á frente que á traición. Si Cojo Garrote, que no dejó de seguirle hasta la tarde misma precisamente en que logró su intento, hubiera sido capaz de decir una docena de palabras seguidas, el terror de quien le hubiese escuchado, hubiérase podido comparar solamente con el que produce

la relación de cosas sobrenaturales; y ahora que es oportuno decirlo, sin que el dato que á continuación se apunta caiga en descrédito del singularísimo Cojo Garrote, no se sabe hasta qué punto tendrían verosimilitud aquellas especies calumniosas de ciertas entidades del *Cuartelillo*, sobre el valor más ó menos marcado que tan digno sugeto desplegó aquella tarde; porque se necesitaba valor hasta lo inconcebible, para ir acompañando á Mecha, aunque hubiese sido detrás y á cierta distancia.

El brutal instinto del gitano hacíale comprender sin estudios que se lo definiesen, que matar á aquel hombre sería su única y mejor venganza; su vil naturaleza apartábale sin lucha del pensamiento de lograr la consideración de Amapola, por las grandes pruebas y los grandes sacrificios, obligándola y enterneciéndola; solo una satisfacción podía quedar á un espíritu grosero como el suyo: la de herir en el alma para siempre á la mujer adoradísima, matando al hombre á quien ella se hubo entregado... Porque Frasquito Cruz, no comprendió jamás que un amor fuera correspondido por una mujer sin el inmediato y brutal tributo; de ahí aquellas formidables demostraciones del cariño suyo para con Amapola, de las que veríais un ejemplo sin igual, en aquella noche de triste recordación, delante del convento de las Mínimas.

Las fieras tienen su instinto y también lo tenía Frasquito Cruz; mientras buscó á Paco, aquel instinto hacíale contenerse y ahogar en su corazón las maldi-

ciones y los gritos de rabia, que parecían querer escapársele, como mar sin dique, por su boca de condenado.

No encontró á Paquiro en el primer instante, y más todavía que partirle el corazón á puñaladas, deseó entonces, sin él saberlo, aislarse de todo el mundo y desahogar de algún modo aquella tremenda cólera, que hacía apretar sus puños y ensangrentaba sus ojos y bañaba en asquerosa espuma sus repulsivos labios. Hubo un instante en que olvidó por completo que buscaba á su rival para hundirle su cuchillo por la espalda ó de frente, según lo alcanzase, y mejor por la espalda como le fuera posible. Cojo Garrote le vió escapar de repente como un toro bravo, y Dios sabe lo que el infeliz tuvo que hacer para no perderle de vista, ó para volver á echarle la vista encima cuando ya se hubo perdido ante sus ojos; nunca como entonces le prestó tales servicios su pierna coja, y nunca como entonces hubiera visto el observador *irregularizado* aquel grán sistema de Cojo Garrote, de demostrar su alegría por la mucha más rapidez con que anduviese, porque no estaba en verdad el majador del tío Berrinche muy satisfecho. Demostrábalo así el monólogo que sostenía en solemnes gruñidos, al caminar sudoroso y jadeante detrás de Mecha.

Subía Mecha por la calle del Betis, y quedábase alguna vez parado, como si de pronto un poder superior le retuviera; contemplaba con ojos sanguinolentos el agua del río, que seguía su curso apacible como burlándose de la tempestad de su corazón; los celos y la

lujuria, parecían sacar de allí, del fondo del río para ponerlas delante de sus ojos rabiosos, la figura de Paco, muerto, con el corazón acribillado á golpes, y la figura de Amapola como él la soñaba en su feroz delirio, desnuda, blanca, hermosísima... Su nariz se dilataba aspirando con avaricia el olor de la sangre de Paco y el perfume del cuerpo de la mujer deseada, emanaciones poderosas que parecían venir de todas partes para hinchar sus pulmones, envolviéndole, acariciándole, embriagándole; luego, como si se hiciera cargo de la realidad desgarradora, veía á Paquiro sano, fuerte, en todo el poder de su juventud; veía también á la mujer, desdeñosa, adusta, irritada, apartándose... siempre apartándose; sentía en todo su organismo como si se lo hiciesen pedazos, el golpe que Paco le asestó en la nuca; sentía en lo profundo de sus entrañas negras de demonio, el frío desgarrador de las frases de desprecio de Amapola, y se erizaban sus cabellos entonces y retorciase como un condenado.

Cojo Garrote le vió tirarse al suelo; le vió morder la tierra y retorcerse con poderoso bramido. Estaban entonces en el campo, allá, en las afueras, sobre el mismo borde de la corriente; tibia luz alumbraba, y las estrellas empezaron á lucir, haciendo más dulce la tranquilidad de la campiña.

Hubo un segundo en que intentó arrojarse al río; tan grande fué su locura, tan grande su desaliento; se alzó de tierra como para correr á la orilla, pero sintió sobre el pecho al levantarse, el contacto duro de su cu-

chillo: esta impresión devolvióle un poco la lucidez y corrió de nuevo desesperadamente en busca de Paco. ¿Dónde fué? ¿Qué hizo? ¿Cómo transcurrió para el furioso aquella terrible noche? Solo puede decirse que anduvo sin descanso de calle en calle, de taberna en taberna, bebiendo siempre y aumentando con el vino aquella embriaguez tremenda que ya le producía la sangre de Paco, no derramada aún, y la idea candente del cuerpo de Amapola, con todo su atractivo de frescura, de gracia, de castidad; con todo el inmenso poema de su amor por Paquiro, que la embellecía, que la engrandecía á sus ojos.

Cuando pasó la noche, cuando las estrellas se ocultaban y despertó el día con toda su pompa de arrullos de pájaros y luz suave; cuando el sol imprimió su primera caricia como una amorosa mano del cielo sobre los tejadillos y las agujas de las torres de las iglesias, y el Guadalquivir parecía entonar con su murmullo la oración más pura, Frasquito Cruz encontrábase allí, en el borde del río, torva la mirada, é hinchado el corazón del virus que no podía escupir y de los besos que no podían sus labios hacer estallar sobre aquellos otros labios de la mujer que fué su vida y que sería su muerte; aquellos labios palpitantes, fresquísimos, cuyo dibujo primoroso, con la poesía salvaje del deseo, su corazón esclavo parecía contemplar, en cualquier burbuja de las aguas serenas, en cualquier caprichosa nubecilla que manchase el horizonte, en la brizna de yerba del suelo, hasta en las alas de aquellos pájaros

que revoloteaban á su alrededor alguna vez para lanzarse en la inmensidad y perderse, como él veía perderse en su imaginación, sin que estallasen siquiera, los besos de aquellos labios, sobre los cuales quería clavar los suyos y hacer crujir sus besos con la misma rabia con que quería hundir su puñal en el corazón de Paco, y hacer crujir su cabeza bajo la ancha y formidable boca de su martillo...

Y allí permanecía, sin abstraerle nada, ni aquel cuadro hermosísimo de luz; las cadenas de las embarcaciones, los cordelajes, los palos escuetos, se le figuraban líneas pavorosas de aquel destino que le impulsó á matar... Y un mar de sangre le parecieron las serenas aguas...

¡Sangre de su enemigo!



XXI

LA DESDIOHA DE VIVIR.

Después de su primer encuentro con Paquiro, desarmado, loco, ciego como nunca, salió Mecha en dirección del taller. ¡Entonces sí que podía darse por ejecutada la sentencia que había fulminado contra Paco! Sin armas y sin encontrar quien se las diese, cogió en el taller la lima y fué de nuevo en busca de su rival. Sin la intervención de Amapola es seguro que Frasquito Cruz no se hubiese podido salir con su intento. Lo sabían todos, y él lo sabía también; frente á frente, le era imposible vencer á Paco.

A las personas que intervinieron en la trágica escena, ya las conoceis: Cojo Garrote no estuvo allí; Cojo Garrote, después de haber pasado toda la tarde anterior, la noche y la mañana siguiente, en una vigilancia tenáz, no estuvo á tiempo en la ocasión precisa; era lo que María de la O criticábale alguna vez, á solas con la nieta del tío Berrinche, aunque luego le defendiese con bravura como lo hizo ante el Bandita en el *Villa de Coria*.

Huyó Mecha. La casualidad se complace muchas veces en proteger á la infamia. Frasquito Cruz dió el golpe á Paco junto al *Cuartelillo*, á la misma puerta de la casa de un compinche suyo, con cara de idiota, pero infame como él y capaz de todo lo malo; era uno de los que estaban en el cuartucho de la taberna, cuando Bandita entró para hablar con Alcuza, mientras María de la O aguardábale. Escurrióse Mecha inmediatamente, y entró en la casa; fué su salvación; buscáronle luego, pero ya era inútil; deslizándose por bardales y tejadillos, habíase eclipsado con agilidad verdaderamente felina. Le amparó la noche, salió de la ciudad y al día siguiente estuvo en salvo.

Y aquí aparece Bandita: Bandita, aunque vosotros no lo pensárais, era un digno émulo de Frasquito Cruz, Alcuza y otros caballeros de igual prosapia: componían todos una asociación singularísima, sin estatutos, sin pago de cuotas, sin obligaciones, en fin, de ningún género, donde cada cual hacía lo que se le antojase, y de acuerdo todos, sin embargo, en un solo punto: en el de ayudarse mutuamente en cualquier trance difícil, cláusula cuyo acuerdo no se hizo en ninguna sesión solemnísimas, ni se firmó en ningún documento público ni privado, pero que se observaba siempre con rigor asombroso. Alcuza y Mecha eran compañeros en otros mejores días; trabajaron juntos; hasta llegaron á resolver problemas agudísimos en la ciencia de Caco, de tan difícil empeño y consecuencias tan fatales muchas veces. Alcuza fué á presidio por *una calumnia*, ejemplo

triste de que dicha ciencia no suele pagar bien á sus adoradores, aunque sean sabios de los más famosos y de los más ilustres. Sin la grán espuela de Alcuza, Frasquito Cruz, mísero instrumento siempre, sin acción y sin actividad para las nobles empresas á donde Alcuza encaminábale, volvió á su trabajo en la fragua, porque el trabajo era para Frasquito Cruz el último recurso, cuando ya no tenía á qué pelo de demonio agarrarse. Justo es deciros que en la fragua del tío Berrinche permaneció tanto tiempo, por aquel formidable aliciente que para él tenía su proximidad á la muchacha.

Volvió Alcuza, y al espíritu negro de Mecha le crecieron las alas. Alcuza habló con sus amigos, y cultivó nuevas amistades, entre la flor de la gitanería y los más afamados próceres del hampa, gloria y honor de la sevillana tierra, particularmente, entre la juventud, esperanza del porvenir, á que Bandita pertenecía. Sí, sabedlo para tristeza vuestra, por el cuidado que María de la O os inspire, como sabreis á su debida hora, los propósitos que abrigaba con ella desde antes de buscar su amistad, aquel traidor, malévolo, embusterrísimo, trapisondista, corredor como la liebre, saltador como el gamo y cortador delicadísimo de tijera, sin faltarle para ser Cortadillo, nada más que el calzón de ciervo, las medias de carne, el sombrero sin toquilla y la camisa de color de gamuza... Todo lo cual suplíalo fina y graciosamente, con su sombrero de alas, su chaqueta gentil, su pantalón de talle y sus botas de becerro con pespuntos.

Á los dos días de las últimas escenas que conoceis, hablaban Felipa y Paco en la sala de la Reonda de un asunto interesantísimo y de mucha reserva también, á no dudar, según el calor y el misterio que daban al diálogo, mantenido en voz muy baja, junto á la misma puerta, sin acordarse ninguno entonces de la Reonda, ni de la prole, furiosa, desconcertada y llena de mugre como jamás se hubo visto.

Era domingo también, como aquél, terrible, en que Paco fué acometido por Mecha; y como aquel domingo, resplandecía el corral, con su patio lleno de mace-tas, con sus habitaciones inconcebibles, con sus viejos barandales que dibujó caprichosamente la carcoma, con sus gitanas, con sus gitanos, con sus gitanillos, que cercan al forastero curioso, lo aturden, lo llevan y lo traen, como enjambre de hormigas, á una migaja que cayó al camino; allí está el corral con todo esto, y con María de la O en su puerta, y con la Percales en la suya, y con Requinto, que toca la guitarra echado en el espaldar y apoyándose con los piés en un palo de la silla, con la ditera, con el marido de la casera, el señor *Sópleme usted aquí*, que está hablando con la Facunda, y forman otro grupo junto al brocal del pozo, como Paquiro y Felipa, en la puerta de la sala; allí está todo el mundo, hasta el tío Borriquita, haciendo pleita. ¡Ah, tío Borriquita, cuán olvidado te tienen! Pero la importancia de tu persona es tal, y tanto tu resplandor, que sin hablar de tí, la memoria guarda tu nombre y el corazón tus venerandos hechos.

La gitana se interrumpió de pronto, para llamar destempladamente á Tranquita, que estuvo á punto de hundirse otra vez en la tinaja.

—¡Demonio de muchacho, vén acá, que me vais á quitar la vida entre tós!—«¡Buena estaba ella! ¡Y luego aquel Paquiro, que parecía tonto!... Es decir, tonto no, pero ¿por qué motivo, vamos á ver, no quería hablar con Pepa la de la Rinconá, y quitarse ya para siempre aquel peso de encima? Delante del enemigo era como había que ver á los hombres de pecho, y no dar lugar á lo que algunas personas estaban pensando.»

—¿Y qué es lo que piensan algunas personas?—preguntó Paco bruscamente.

—¿Quiéres que te lo diga? Que es verdad lo que dice Pepa, de que si habla una vez contigo, no te acuerdas más del santo nombre de la Pola. Vaya, chavá, que no sabía yo hasta hoy toito lo que vale tu Pepilla.

El principio de la respuesta de Paco no puede decirse; se abrigan dudas sobre la importancia que tuviera, no habiéndose oído bien, porque Requinto apretó más con la guitarra, y una mozuela cantó una copla, y formándose un corro de repente en la puerta del trapero, saltó allí Tranquita, el nunca bien alabado, y hubo que ver bailar al gitanillo, moviendo airosamente la bien plantada chilustra, los ojos vivos, retrecheros, engatusadores, el camisón sucio, los calzones que apenas si se atrevían á bajar de las rodillas, deshaciéndose allí en delicada labor de flecos, la cara negra, los dien-

tes blancos, agudos, á cuya vista parecía escucharse rumor misterioso, como de crujir de huesos, y los brazos, en fin, enroscándolos charranamente al cuerpecillo dificultoso, que iba y venía y levantábase y se doblaba, con ondulaciones de culebra, sacudiendo á la par el suelo con los piés desnudos en el más artístico *zapateao* que vieron las presentes y pasadas generaciones.

—De hambre, sí, de hambre,—decía Paco mientras, impetuosamente, echando fuego por los ojos;—en eso hubiera parado... en un hospital; porque un hombre como yo, sin oficio ni beneficio, no puede esperar otra cosa. Y Pepilla la de la Rinconá, en vez de apartarme de la perdición esa, lo que hizo fué consentirme y darme vuelos, como con intención de que nunca fuera yo nada, y estar así siempre debajo de su protección. Pero todavía es tiempo y no habrá nadie que me haga volver atrás; lo pensé hartó y ya tuve tiempo para ello, en las horas muertas que estuve en la cama por la buena acción de Frasquito Cruz. ¿Vés estas cruces, Felipa? Pues por estas cruces te juro, que si me tropezara con Frasquito Cruz, no había de decirle ni buenos ojos tienes; porque has de saber que merecí las puñaladas que me dió, como merezco todavía las que me diera. Yo, la verdad, Felipa, le digo á la Pola que la quiero, porque no podría aguantar y estarme callado y me moriría si no se lo dijera; pero créelo tú, que algunas veces, cuando estoy diciéndoselo, me callo de pronto porque la vergüenza me come de pensar en que no debía de mirarme á la cara, por ser muy cierto

lo que el tío Berrinche, aunque me aprecie mucho, vá diciendo por todas partes, de que soy un mísero, incapaz de crearme una familia. Pero digo y repito y juro, —añadió Paco en un generoso arranque que hubiera vuelto loca de alegría á Pola, si lo escucha;—que esto se queda así, y que Pepa la de la Rinconá y yo, como si hubiéramos muerto, aunque Amapola no se acuerde nunca de mí. Si me desprecia de una vez, lo habré merecido; á trabajar me pongo, que todavía tiene la abuela algo mío en el fondo de su arca, con lo que me buscaré la vida como hay Dios. Y ahora, si es preciso hablar con Pepa la de la Rinconá, que venga Pepa ó que me digan donde he de ir, que otras cosas más grandes hice ya en el mundo sin que mi corazón se haya turbado. ¿Qué dices tú á eso, Felipa? Habla pronto, que si tú me dás la razón, me habré quitado un peso grande del alma, porque tú sabes lo mucho y muy bién que te estimo. Habla ya que yo te oiga.

—Andar amores, y pisar el polvito á tan menuito.

—Así habló Felipa, desfigurando su cara con un saladísimó gesto, de los que ya, desgraciadamente, no solían favorecerla; así habló, y entendíase en su tono el embeleso con que estuvo escuchando al arrepentido.

—Anda tú con Pepilla; suéltale tó eso con mucho saber, y verás tú como ella tendrá que conformarse; anda hijico y mira por la Pola que es mirar por tu cariño; y lo que es tú, te la ganas, que para amor y muerte no hay cosa fuerte. ¿Es tu querer de vera? Po si es de vera, ánima mía, acuérdate de Pola y á quien has de

callá no le jagas llorá.—Se aproximó Percales á Felipa entonces, y le hizo disimuladamente una seña.—Anda, —añadió Felipa, guiñándole el ojo bizco, con la gracia de Dios,—anda, que Pepilla está ahí ya, pero no te atorrulles, por la Virgen der Socorro; jarremátamela de un gorpe, cordero; y no te fíes, mira que es una leona que acaba contigo del primer bocaao. Anda, nene.

Paquiro se lanzó á la fiera: estaba resuelto; de cualquier modo ¿no había de ser? Pues cuanto antes mejor. Dirigióse al cuarto de la Percales. Percales se quedó atrás; Felipa, le preguntó rápidamente en voz baja:

—¿Y Pola?

—Entró y no la vieron. ¡Pepilla me dá un susto! Nunca la ví así... Pero más vale desengañarla de una vez. Por ella lo hago y Dios lo sabe.

Paquiro acababa de entrar. La puerta se encajó suavemente.

—¿Y ahora, Felipa?—añadió Percales, llena de inquietud.

—Ahora pasa una barbaridá, ó se acaba toítico pa siempre.—Y Felipa soltó un gran suspiro, como si ya no le cupiese el corazón en el pecho.

Quedaron de pie, junto á la puerta, como distraídas, hablando, pero pendiente el alma de lo que dentro pudiera ocurrir.

—¡Esto sí que es una guerra!—exclamó Percales tristemente.—¿Por qué Dios ha de permitir que de la palabra de un hombre tenga que salir la suerte de dos

mujeres para toda la vida? Por supuesto, que de este Paco, lo que es yo, ni tanto así me fío; temo que se ablande y lo eche á rodar otra vez.

—Corra la suerte por donde Dios quisiere; á última hora, más vale mal ajuste que güen pleito. ¡Dios de mi alma, y las güeltas que dá el mundo!

—¡Que me lo digan á mí, chiquilla, con las ganas que te metí mano aquella tardel! Pero cuando después de la paliza que nos dimos te ví ponerte como una pantera delante de Frasquito Cruz, y sentí crujir tus huesos debajo de sus patas de elefante, el corazón se me puso así de hinchado y no pude ya vivir hasta que se reventó en lágrimas. Sí, que el mundo dá vueltas; mira eso que te dije y piensa también en los que están en esta sala. ¡Si tú supieras lo que Pepilla gastó y triunfó en este mundo! No hubo hombre que no la alabase, ni mujer que no la tuviera envidia, ni hora que no fuese buena para ella; gastó más dinero de condes y duques, sin dejar los pitillos, que una princesa de la fantasía; y si la hubieras visto como yo, revolcarse por el suelo porque Paco no la quiere, y pedir á gritos que la mataran, entre esa grán risa que ahora le dá á lo mejor, te morías de pena.

—Ya vés,—replicó la gitana,—ya vés, como las torrecicas más fuertes también se esmoronan...

No siguió; se quedaron atentas. Habíase oído dentro un grán sollozo.



XXII

EL DESASTRE DE PEPILLA.

—¡Ay Paco!,—había dicho Pepa la de la Rinconá, en viéndole, cayendo de rodillas delante de él, como si fuera la imagen de Dios, besándole las manos como á reliquia que nos ha de dar la salud, ardiente la respiración, seca la lengua, estremecida la carne, turbada el habla.—¡Ay Paco!, al fin te tengo para mi dolor más grande; ya lo sé, como sé que tú me tienes y me has tenido y me tendrás para besar el suelo que pises; dame estas manos de voluntad como yo te las tomo; deja que mi alma sin vida, de puros golpes que recibió, se consuele y alivie con el bálsamo de estos besos que doy en las reliquias de tus manos, estas manos adoradas que tantas veces me hicieron morir de alegría, acariciando mi cuerpo despreciable, como tus ojos que son mis luces y mis estrellas, acariciaban mi alma, haciéndola resplandecer. Yo te quise, Paco, sin ver nunca del modo que tú me querías, aunque yo me figuraba

siempre, que lo que de mí quisiste fué lo más malo y de relumbrón que en mí hay, por eso te rendí, por eso te gané, Paco de mi alma; por eso has sido mío... Déjame, déjame por caridad que te lo diga todo,—añadió desesperadamente, á un movimiento de Paco, para querer levantarla.—Déjame, por la Virgen, que te lo diga todo de rodillas, por las veces siquiera que perdí de estarlo delante del altar, que más valdría yo si hubiera pensado algo en la Virgen Santísima y menos en tí. En tí, Dios de mi alma adorado, único y primer hombre en que pensé... Que no, te digo, que no me levanto; pégame, mátame, pero de rodillas he de hablar.

—Pues yo no te escucharé si no te levantas,—exclamó Paco fieramente desprendiéndose de ella, á un movimiento brusco.

Y en una transición inmensa, operada en aquel organismo por el influjo poderoso que sobre él ejercía Paco, Pepilla se alzó de pronto y añadió sumisamente, en voz muy baja:

—Sí, ya me levanto, ¿lo ves? Pero escúchame como si estuviera de rodillas: déjame decirte que no puede ser esto de que tú me olvides; que quiero yo dar fuerzas á tu voluntad y á tu memoria y á tu pecho, para que no me apartes nunca de tí. ¿Qué hice para que no me quieras? Dímelo,—exclamó con fiero ímpetu, apretada la boca y cerrados los puños.—Dímelo, para hacerme pedazos yo misma.—Yo estoy sin alma, Paco,—siguió después, con tanto abatimiento como cólera acababa de sentir; sin ella estaba también, porque tú la

tenías, pero de lo que yo me muero no es de no tenerla, sino de que tú no la quieras tener. Yo me lo pregunto todo, y todo me lo digo; yo no sé contestarme, porque mis sentidos parece que no existen y mi cabeza está vacía como una caja sin muerto, y todo parece que anda delante de mí dentro de mí misma; yo solo sé pensar que una mujer te ha vuelto el sentido y que yo no tengo corazón ni fuerzas para matarla y por eso quiero que tú me mates; aunque digan que yo soy fiera y dura, aquí me vés, pidiéndote la vida que tú me has quitado: te la pido con lágrimas de sangre en el corazón y calentura de muerte; porque yo me voy á morir, Paco de mi alma, si tú me desprecias. Amapola te querrá, yo lo creo, te tiene que querer; pero Amapola tendrá hombres, cuantos quiera, y yo no tengo á nadie más que á tí; Dios de mi vida, yo la pediré humildemente que me perdone, si en algo la pude faltar; pero que te deje por Dios y que no te mire. Yo iré de rodillas, pregonando por todas partes que fuiste mío de nuevo para que no me muriera; yo haré lo que ninguna mujer hizo, y tú me querrás como otras veces, Paco... Pero habla, contéstame, dime por Dios que no estoy loca, pensando y diciendo todo esto; óiga yo tu voz con palabra dulce ó llena de ira; acaríciame, ó márame, pero dime que no hay en el mundo más mujer que yo para tí. ¿Por qué callas? ¿Por qué no te óigo? ¿Qué me quiere decir tu silencio? No, eso no; quiero que grites, que me insultes, que me golpees, que eches sobre mí toda tu rabia, aunque me aplastes con ella, como con una torre de plomo que me caiga encima; pero que yo no

te vea así, quieto, sin habla y hasta como sin respiración.

—Suelta,—exclamó Paco arrebatadamente. Pepilla se había lanzado á él y rodeó su cuello con los hermosos brazos; Paquiro sintió palpar con fuerza aquel corazón sobre el suyo; sintió el aliento de aquella boca en su cara como un soplo tibio y acariciador, y pareció conmoverle por un instante el recuerdo de que aquella mujer ambicionada por todos, fué siempre su esclava sumisa; sintió desvanecerse su cólera á las convulsiones de dolor de aquel admirable busto, y con esta especie de aquilataamiento de sus facultades, estuvo ya en disposición de hablar también y explicar así á Pepa su actitud de entonces y sus propósitos para el porvenir. Inconscientemente, fué él mismo desprendiéndose del parapeto de asperezas de que se había revestido con estudio, para batir con menos dificultad al temible contrario. Su tono adquirió vibraciones dulces á veces, enérgicas otras, pero con un comedimiento, que era lo que más helaba la sangre de Pepilla.

Conocía á Paco. Sabía muy bien que en sus instantes de cólera, podía sacar mejor partido para vencerle y aprisionarle. Decíasele su experiencia de mujer y la que adquirió además, muy particularmente con Paco: mientras él usase aquel tono igual, aquel lenguaje comedido, le sería imposible conseguir nada, y estaba demostrando esto Pepilla, sin hablar, en su actitud solamente, las manos cruzadas, la cabeza caída sobre el pecho, dejando correr por sus mejillas, silenciosas y desesperadas lágrima-

mas. Era una vencida. Quedaba al triste pie de su calvario, sin valor para seguir subiendo. Sin Paco, nada veía en torno suyo, porque él era todo. Faltándole él, encontraba donde quiera que los ojos de su espíritu volviese, un inmenso y pavoroso vacío. Escuchaba á Paco como el reo que oye de rodillas su sentencia, sin esperanza ninguna de que se le revoque, sentencia inapelable que no tenía remedio. ¡Ah, Pepilla estaba más hermosa que nunca en aquel paroxismo de su dolor; pudiera decirse que el dolor la purificaba en tan solemne momento!... Paco empezó su discurso... «Él no quería ofenderla, pero tenía el deber de decir la verdad por dura que le pareciese; ciertas cosas no pueden pasar de un límite, que las circunstancias le ponen, aunque más valía decir que quien se lo pone es Dios. Pepilla debía comprenderlo muy bien, puesto que de todo tuvo siempre menos de tonta; pero con un poquito más que lo pensara, lo encontraría liso y llano: en el mundo, es cierto, á unos les tocaba caer y á otros levantarse; pero ¿quién puede saber, estando el mundo formado de la manera que lo está, si el caído era verdaderamente el que podía considerarse como en la altura y el que parece en la altura por los sueños? La verdad era que, aparentemente, á Pepilla le había tocado caer entonces; en la apariencia nada más; pero Paquiro ¿podía decir acaso que se quedaba tan contento? No, señor, eso hubiera querido él. Pepa debía fijarse en una cosa: en que Paquiro arrastró hasta allí una vida que no podía llamarse de hombre, sino de un

perdido, miserable... hasta el punto de vivir alguna vez á expensas de Pepilla, porque su abuela le negó lo más preciso, mientras se juntase con Pepilla y la quisiese.»

Y en esas reflexiones, con acento igual, como doctor que está explicando su cátedra, fué amontonando argumentos en favor de su «teoría», aquella grán teoría á que Pepa la de la Rinconá se mostraba rebeldísima.—Y en fin, Pepa,—añadió sombríamente, porque el silencio pavoroso de la mujer, le hacía mucha más impresión que sus imprecaciones y sus lágrimas;—nos quedamos lo mismo: tú con tu dolor, puesto que lo dices; yo con la vergüenza de la vida que llevé. Aunque Amapola me quisiera ¿crées tú que no será para mí doloroso el pensamiento de que tendrá que perdonarme los desprecios que por tí la hice?

—¿Y por qué se puso ella entre los dos?—exclamó Pepilla ardientemente.

—No fué ella, sino tú, la que te pusiste entre nosotros—replicó Paquiro con violencia.—Desde que éramos muchachos ¿no has sido tú siempre nuestra sombra hasta conseguir apartarme de ella? Mira, y lo que es á Pola no la nombres más; bastante son ya dos veces.

Pepilla adivinó un insulto en aquellas palabras. Su indomable naturaleza se rebeló.—¿Y por qué no quieres que la nombre?—Le silbaba el aliento.

—Pepa, vete; podíamos haber quedado bién, pero estás buscando otra cosa; déjame, adiós.

—¡No!—rugió Pepa, avalanzándose á él—tu lástima,

es peor para mí que tu desprecio; yo quiero lastimarte, yo quiero herirte, yo quiero hacer algo tremendo para que me mates, y para que te acuerdes luego de mí, aunque sea de horror por haber hecho una muerte. Sí, sí, la nombro; la nombro, quiero nombrarla ¿lo oyes? ¿lo oyes?—Y Pepilla, como en un acceso de calentura, con extraña fruición, concebible en un cerebro de niño solamente, pronunció repetidas veces el nombre de Amapola. Paquiro se encogió de hombros con lástima. Sorprendió Pepa este movimiento y la cegó una nube de sangre. Se sintió por un segundo con fuerzas y con resolución para ahogar á Paquiro entre sus brazos y correr á casa de Amapola y matarla también. Se lanzó á Paco, y en aquel segundo, sus brazos, de una redondez deliciosa, parecían de acero; se apretó á él envolviéndole casi en la amplia falda y en el mantón de Manila; embutió sus hermosísimas curvas en el cuerpo del hombre, y sus brazos rodeáronle el cuello, nerviosos, fuertes, doblándose por los codos como si fueran goznes para cerrar aquel suncho fatídico. Intentó Paco separarla, pero fué inútil; era imposible romper aquel dogal que estaba ahogándole, y el seno aplastado de ella parecía una cuña formidable, metida á martillazos entre los dos corazones para que la fuerza del suncho fuese más eficaz y pronta. Los alientos se cortaban; los corazones parecían haber dejado de latir. De repente, la tensión de los brazos, del cuello y de todos los músculos de la fiera, se convirtió en flojedad y laxitud; sus labios, que parecían antes de metal fundido, suavizáronse á la vez y buscaron calen-

turientos la boca adorada que permanecía fría y muda, como la boca de un sepulcro. Cubrió Pepilla de lágrimas y besos aquel rostro de piedra, más fría aún por el recuerdo de candentes escenas, en que solía bastar una sola caricia de ella para que Paquiro enloqueciese; y como un volcán que estalla, gritó de pronto, echándose para atrás en un soberbio ademán de ángel rebelándose:

—¿Y por qué? ¿Por qué no quieres que la nombre? ¿Quién es esa para que yo no pueda nombrarla?

Paquiro apretó los dientes y los puños; dió un paso hacia Pepilla, como para echarse sobre ella y despedazarla. Estaba lívido y en sus ojos, de negrura sombría, ardió una luz de muerte que la hizo estremecer. Iba á gritar á Pepa, dejando ya desbordar de su pecho toda la bÍlis que estaba envenenándole:—¡No quiero que la nombres, porque la manchas con esos labios que tantas inmundicias del arroyo han bebido!—Abrió la boca para hablar, conforme dió el primer paso para caer sobre Pepa, y se contuvo de repente, lleno de turbación; miraba la boca de Pepilla, y aquellos labios sensuales que tantas veces besó y que acababan de estallar en los suyos, temblorosos, calenturientos, y le parecía en tal punto imposible la idea no más de haber tenido por querida á una mujer tan hermosa; lo creereis ó no, pero fué entonces cuando le pareció sentir en sus labios el calor de los besos que en otros días recibió de Pepa; las palabras terribles que iba á lanzar, quedáronse en su boca, como había quedado el calor de los besos de Pepilla: Pepilla estaba delante de él, desafiándole con la mirada, con la

expresión, con la apostura; en sus bruscos movimientos de epiléptica, al estrecharse y retorcerse sobre Paco, soltósele una trenza que se le enroscó en la garganta como una serpiente; en sus hermosísimos ojos negros, como dos simas abiertas en su cara, ardía un fuego sombrío, á través de sus lágrimas de amor sublime; desprendiósele el mantón hasta la cintura al echarse atrás, y los flecos amarillos titilaban sobre el suelo imperceptiblemente casi, por el temblor continuo de la mujer, que ella no podía dominar. Estaban los ángulos de la sala envueltos en sombra; el sitio ocupado por ella, parecía reconcentrar la luz única que entraba por la puertecilla entreabierta, en un rayo ténue de sol que se introducía, como tul dorado, y quedaba colgante del techo negro, como por hilos invisibles. Contúvose Paco, y solo pudo decir con una tranquilidad que entonces no era cierta:

—Véte, Pepilla; no quiero hacerte más daño.

—¿Tú á mí?—exclamó Pepilla con una voz estridente, que rajaba la carne como hoja de un serrucho.

—Ni tú ni esa, me importais nada.

Pareció á Paco que las entrañas se le desprendían al oír una sola palabra de aquellas,—la que indicaba despreciativamente á Amapola;—con tanta soberbia, con tan profundo asco la pronunció Pepilla. Los sentimientos generosos de Paquiro, el segundo de vacilación que tuvo, para más claridad, ante la soberbia figura de Pepilla desolada, desapareció al instante; su naturaleza indómita se rebeló á su vez, y le arrojó así á la cara brutalmente toda su cólera:

—A esa no sirves tú ni para besarle el polvo que pisa.

Pepa retrocedió nuevamente pero no para protestar, sino como si hubiese recibido el zarpazo de un león en el pecho; perdido el equilibrio, la pared solamente pudo sostenerla; cayó en una silla; oculta la cabeza entre las manos, arrojó un profundo sollozo. Fué el sollozo que oyeron la gitana y Percales.

Prestaron atención, pero no se oía más; por otra parte, la algazara de fuera lo hubiese impedido; la palpitante animación del corral absorbía entonces todos los ruidos de las salas, ahogados como murmullos débiles entre una voz poderosa. Los vecinos, sentados en las puertas ó formando grupos, aparte del otro gran corro de la puerta de Requito, no parecían preocuparse de otra cosa que del mundo presente, entregándose con ansia á toda su momentánea furia de vida; algunas mujeres, medio desnudas, dedicábanse á sus faenas; los hombres, tendidos perezosamente, gozaban también, á su modo, la parte de festín de la vida en aquella tarde de Abril, en que las flores nuevas, el aire cargado de perfumes, el cielo azul y el sol llameante, halláronse unidos en una lujuriosa saturnal, haciendo crujir el ambiente en estallidos de besos... Y toda aquella bocanada de vida, parecía meterse con el listón de luz por la puerta de la Percales, entreabierta, y llegar á Pepilla la de la Rinconá, que la aspiraba ansiosa en medio de su gran dolor, para que fuese así más grande, por lo que contrastaba con lo de fuera, aque-

llo imponente y tremebundo que en sus entrañas ardía.

Quiso hablar y faltábale la palabra; quiso convencer á Paco, sumisa otra vez, y los sollosos ahogaban su pecho; se veía muerta, allá, en el Campo santo, en su sepultura, y veía á Paco, muy contento con Amapola, más bella que nunca, los dos juntos en su hogar tibio y amoroso, tanto como aquella sepultura donde se veía metida, estaba fría y dura. ¡Dios divino, si no podía ser aquello! Sabiendo que era imposible su reconciliación con Paco, no lo quería creer, fué repasando en un segundo su imaginación abrasada, detalle por detalle, toda su historia de amor con él, las pruebas mútuas, los sacrificios hechos, los instantes de placer inconcebible, siempre nuevos y con la creencia de que jamás, por lo grandes, podrían repetirse; se vió ella desnuda, después desnudó á su rival con el pensamiento, y comparando su terrible belleza de leona, más formidable y más espléndida cuanto más el tiempo y las vigiliass de amor parecían combatirla, con aquel tallo virgen, del cuerpo de Amapola, capullo sin abrir, flor de misteriosos perfumes, concentrados en sí mismos, y dispuestos á llenar el ambiente por vez primera en honor de Paco, por él, para él, holocausto divino que la castidad rendiría al hombre, y una amargura intensa, terrible, peor que la muerte, dolor hasta entonces jamás experimentado, se apoderó de todo su sér, ahogándola, flagelándola, con mil horrendos martirios; y como en aquel instante hiciese Paco un movimiento, como para salir,

todas aquellas sensaciones, profundas, encontradísimas, de su cuerpo y de su alma, de su pasado y de su presente, estallaron en explosión formidable.

—Y aunque sea así, ¿qué tiene esa mujer más que yo?

Volvióse Paco con rapidéz: Pepa se irguió y le aguardaba con nuevo ademán de lucha, pero ademán fingido, porque sentía ahora secreto espanto de despertar la temible cólera del ídolo. Se avalanzó Paco á ella y la cogió de las muñecas fuertemente; quemábala con el aliento; le traspasaba el corazón con el rayo de sus ojos. Su voz fué sorda, irritada, despreciativa, como escupiendo sobre ella de un solo golpe toda la podredumbre que ella misma en su sangre le había infiltrado.

—Tiene más que tú, que, cuando se puso delante del cuchillo de Mecha, tú le gritaste á Mecha que me matara. «¡Mátalo! ¡Mátalo!» ¡Me acuerdo bién! Tiene más que tú, que quiere como una mujer y tú quieres como una fiera; tiene más que tú, que sabe sacrificarse por los demás, hasta por tí si fuera preciso, y tú, ni por ella ni por nadie te sacrificarías; ¿lo oyes? ¿Lo oyes bién? Entiéndelo—añadió sacudiéndola furioso y haciendo cimbrar aquellas carnes del busto hermosísimo.

—Tiene más que tú, que es una mujer honrada y tú una perdida.

Pepa rugió; fué á lanzarse sobre Paco y no pudo; aflojéronse sus piernas y cayó al suelo.

Paco, salió.



XXIII

EN QUE VERÁ Y OIRÁ EL LECTOR ALGO DE LO QUE SE

PUEDE OIR Y VER EN UN CORRAL DE TRIANA.

Y bién difícil que era entonces atravesar aquella baraunda de la multitud que imperaba en el *Cuartelillo*, aquellos grupos extraños de hombres y mujeres, de caras sucias, percutidos por el eterno refregamiento de toda clase de inmundicias, y radiantes, en su suciedad, con aquel sol de Abril que los cubría á todos como una candente oleada de luz.

No estaba entonces Paco para hablar con nadie, absorta la imaginación en la escena que tuvo con Pepilla, pero le fué imposible sustraerse al influjo pegajoso de muchos vecinos del corral, que le asediaron con preguntas y saludos y felicitaciones por su restablecimiento. Las mozuelas, con sus batas de percal limpias y almidonadas, le sonreían desde los corredores, envuelto el busto, artísticamente, en el pañolillo de crespón, y la cabeza, de pelo azabachado, sembrada

de claveles; parecía imposible que el corredor, carcomido en algunas partes, pudiera sostener aquella balumba de buenas mozas, cuyos ojos y cuyos dientes resplandecían en las graciosas caras morenas, destacándose sobre el fondo blanco de cal de la pared ó entre las sucias zaleas que colgaban, secándose, de los tendederos.

En el brocal del pozo, la Facunda hablaba aún con *Sópleme usted aquí*, de cosas interesantísimas, interrumpiendo alguna vez el diálogo una fuerte risotada de la mujer; y *Sópleme usted aquí*, con su cara enclenque, en la misma conformidad que una corcheta hembra, símil de la Percales en un segundo de inspiración, aguardaba pacientemente á que la risotada se extinguiese, para seguir metiendo á la Facunda en no se sabe qué horrendos fuegos, que le salían por los ojos en llamas y por la boca en risas.

La casera, en lo alto de los corredores, ocupábase en cobrar el alquiler á alguna vecina que se retrasó, y al salir de una habitación para entrar en otra, tendía una mirada adusta al brocal del pozo y le decía á *Sópleme usted aquí* que subiese; allá en el fondo, María de la O acababa sus faenas, con grán agilidad, latiéndole el corazón de pensar en que se reuniría con el Bandita á la noche, como si estuviera en otro mundo, sin importarle nada la baraunda de hombres, de mujeres, de chiquillos, vestidos unos de día de fiesta, derrotados otros, cuyas carnes veíanse por las ropas agujereadas, como el sol en los días tormentosos, suele verse

detrás de la nube. El tío Borriquita, sentado delante de la puerta de su sala, hacía pleita, con un celo digno de loa, la espalda sobre la pared, las piernas extendidas, inclinada la noble cabeza y el histórico sombrero de embudo, caído hacia los ojos:

—Adiós, Paco—gritó María de la O desde lejos;—buena suerte, hombre.

Paco no pudo responder: de la sala de la Reonda brotó una oleada de inmundicia, que le invadió todo; era la prole, sucia, horrible, chillona, que se avalanzó á él pidiéndole perros. Se la quitó de encima, del modo que supondreis, y al retirarse la oleada, con grán barullo de gritos, preliminares de las discusiones que mantendrían para hacer el reparto, vió al pasar á la Reonda, en medio de la habitación, haciendo canastas, balanceando á compás las masas de carnes que caían como ruinosos muros, cubiertos de viscosidades, desgredada, sudorosa, desnudos los piés, montón informe de andrajos y carne sucia. No le dijo adiós, ni ella le miró tampoco: allá, se escuchaba la voz irónica de la casera, diciendo á su marido que subiese, y el inmediato ¡voy! gangoso de *Sópleme usted aquí*, y la risotada de la Facunda, cogida fuertemente á la sogá del cubo, como para aguantar las convulsiones de su risa.

—¡Adiós, Paco; me alegro, hombre!—Fué Requinto, con su voz aguardentosa; y soltó un rasgueo en el guitarrucho, en honor de Paco, cuando éste pasó.—¿Cuándo cogerán á aquel pillo de Mecha, que te arrió el cate? —Paquiro encogíase de hombros, á estas y

otras exclamaciones, y seguía hacia la puerta, viéndolo y oyéndolo todo de una manera maquinal.

—¡Ventura, sube!—La casera nunca llamó á su marido por su apodo, que le parecía indecente... ¡cuando era lo más inofensivo! Además de su cara de corcheta hembra, como Percales decía, *Sópleme usté aquí*, tenía unos ojos singularísimos: uno de ellos, parpadeaba de una manera muy especial, como si le hubiese caído una mota, que jamás salía; y de aquí el apodo que le puso no sé quién, de *Sópleme usté aquí*, como si eternamente estuviera pidiendo que le sacasen la mota del ojo.

Después de pasar Paquiro, Ventura lanzó su *voy* prolongado, como queja suspirante, y siguió en su cháchara con la Facunda. Una mozuela, desde el corredor, decíale guasonamente á *Sópleme usté aquí*:—Señó Ventura, suba usté, que la casera le vá á pegá.

Logró Paco salir, sin fijarse, porque no le fué posible, en el gesto desdenoso que hizo *Sópleme usté aquí* á la mozuela, cuando oyó aquello de que su mujer le iba á pegar. «¡A él! ¡Pegarle á él!...» *Sópleme usté aquí* escupió despreciativamente y siguió hablando con la Facunda. Requito, de pie delante de la puerta de la Reonda, dábale golpes á su guitarra, diciendo á la par truhanescamente:—La Felipa se casa, ¿eh?—Reonda levantó los ojos de la labor, por primera vez en su vida sin duda, y miró sin hablar, de un modo extraño, á Requito que se volvía en aquel instante, al sentir unos pasos muy ligeros. Era Amapola que salía también, á buena distancia de Paco, sin que él lo notase.

Requinto le echó un requiebro como una bala, y Amapola intentó seguir de prisa, sin sonreírle, y sin escuchar á la casera que gritaba en aquel instante con gesto expresivo y en tono brusco:—¡Ventura, sube á la sala!

«¡También era terrible aquello de no poder hablar con una persona, cuando uno tenía gusto y la persona también!» *Sópleme usted aquí*, quejábase de esta manera, en medio de la risotada de la Facunda, que impedía escuchar las palabras de Requinto, encarándose con el tío Borriquita, después de dejar la puerta de la Reonda y llegar hasta allí con la joven.—Sí, señor, Felipa se casaba. Mire usted que era para morirse de gusto, la idea de aquel casamiento. Se casaba con Cojo Garrote.—¿Es verdá, Pola?—Requinto la detuvo con su pregunta. Pola iba absorta, sin idea de lo que á su alrededor ocurría. La pregunta de Requinto pareció despertarla de su letargo; su rostro se iluminó con una sonrisa. ¿Qué era aquello de que estaban hablándola? Y otra vez pareció hundirse en una cosa honda, muy honda. Requinto la miró con extrañeza.

Sópleme usted aquí, tomábase de palabras con un mocito que había en los corredores tonteando con la mozuela que se mofó de él, diciéndole que su mujer iba á pegarle. Requinto fué allá, corriendo, á ver si conseguía armar gresca. Ahora vereis, señores y señoras,—dijo,—y soltó un golpe á su guitarró, que resonó como gruñir tremendo.—No, yo no sé nada,—había contestado Amapola encogiéndose de hombros. Y echó

á andar. Vamos, ¿quién la detenía otra vez? La prole, la prole ilustre, que rugía, revolcándose delante de ella, para repartirse los perros de Paco. Parecía la prole un montón de basura con patas. La Reonda seguía allá impasible, en su trabajo. Desde que oyó decir aquel exabrupto de que se casaba Felipa, sus carnes bofas se mecían con más cadencia, y su labio superior, de color de plomo entonces, parecía más colgandero.

—¡Fué á mí á quien se lo dió Paquirol!—¡No, que fué á mí!—¡A mí, mardita sea!...—Al oír el nombre de su novio, Amapola pareció volver á la vida de nuevo; su cara se iluminó otra vez y sus ojos irradiaron, húmedos de ternura. Se fué sin despedirse. En el corredor aumentaban las zumbas de la mozuela y el mocito con *Sópleme usted aquí* y la Facunda; las dos mujeres, picadas, iban también metiéndose en calor. La casera salió de la sala, asomó el busto al barandal y tendió los brazos hacia el grupo del pozo, llamando á Ventura con más brío y con acento de tempestades próximas.— Ventura, que subas á la sala te he dicho. —«Tenía gracia aquello, de la mujer mandando en el hombre; y lo que es la Facunda no era capaz de retenerle allí, hasta que la casera bajara por él.» Y la mocita de los corredores echaba una risa, tan grande como la de Facunda, que parecía ya crónica, con amagos de tormenta. «¿Y qué le importaba á la mocita de *pitimini* lo que la Facunda fuera ó no fuera capaz de hacer? ¡Vaya usted al cuerno, so tonta!» Y la Facunda seguía perorando...

«Pero, ¿qué le importaba á Pola todo aquello? ¡Ah!

¡Con qué gusto se hubiera echado á llorar allí, precisamente, entre aquel hormiguero de criaturas, al són del guitarro de Requito que le hacía pedazos los nervios!... «¡Llorar! ¡Y por qué llorar! ¿Qué culpa tenía ella de lo que á Pepa pasaba? No, no.» Su fina nariz se dilató entonces, como para aspirar aquel ambiente fresco, oloroso, de las tardes de primavera en los patios sevillanos, y con aquel olor de gloria, la vida inmensa que brotaba de aquel torbellino de criaturas, de contraste chillón, destacándose sobre las paredes blancas del patio, entre los tiestos de flores.

—¡Dios mío!... Tío Borriquita ¿está aquí?—Amapola cruzaba las manos: sentía remordimiento. Sí, allí estaba el tío Borriquita, que la hubiera dejado pasar, si ella no le habla antes... «¿*Po* dónde *quedría* que estuviera?»

La verdad; el grán Borriquita tenía sus razones para estar resentido. Amapola, sonreíase con bondad, oyéndole. «Las únicas personas de su querer iban abandonándole... Y si no, allí estaba Pola, y allí estaba Felipa, y allí estaba Paquiro; Paquiro, á cuya casa no dejó de ir un solo día, mientras el *probe* estuvo *pa morise*.»

Amapola pidió perdón al tío Borriquita, en nombre de Paquiro, en el suyo propio y hasta en el de Felipa... «¡Si el tío Borriquita hubiera sabido las cosas que estaban sucediendo!» Y la muchacha suspiró.—¿Qué iban á decir al grán hombre? Él se encogía de hombros... y á su empleita; allá y que se hundiera el mundo; á él, como si no; él tenía ya *decinueve rales pa su burra*, que era lo que le interesaba...

—Ventura, como no echas á andar ahora mismo, bajo yo por tí.—La casera estaba furiosa. ¡Y qué rechifla en el corredor! La Facunda miraba con ojos tiernos á *Sópleme usted aquí...* ¡Como que quería dar en la cabeza á la mocita, probándole que sabía *sujetar* á un hombre cuando era preciso! Requinto golpeaba su guitarro furiosamente. ¡Vaya una gresca... Una tromba estuvo para derribar á Pola sobre el tío Borriquita; era la prole, que rodaba por allí en aquel momento.

—¡Con que diecinueve reales!—Las mejillas de Amapola tiñéronse de un carmín muy vivo. Se acordaba... Se acordaba... Todas las noches, cuando iba con su abuelo á ver á Paquiro, mientras estuvo entre la vida y la muerte, encontraba sentado en el escalón de la puerta al tío Borriquita. Tío Borriquita, ¿qué hace usted ahí?—le preguntaba ella todas las noches. Y la contestación del grán viejo era invariable:—Po lo que es yo... empleita.—Y encogíase de hombros.

No, lo sabía Amapola; lo que esperaba allí el tío Borriquita, silenciosamente, impávido al parecer, solemnísimamente, ocultos los ojos bajo el ala del sombrero siempre echado hacia adelante, era que le dijese que Paco estaba ya fuera de peligro; lo que le hacía esperar era su amor á Paco. Una de aquellas noches, le sorprendió echando cuentas con los dedos.—¡Pobre tío Borriquita,—pensó Amapola—siempre está con sus matemáticas!—Y luego dijo alto:—Tío Borriquita, ¿cuánto juntó usted ya?—El tío Borriquita se dignó levantar la cabeza, no recordando que Amapola le hu-

biese hecho jamás pregunta alguna relacionada con tan grave negocio. «¡Decinueve rales!» Amapola entró en casa de Paco sin contestar; alcanzó á su abuelo, que ya subía la escalera, y le dijo, con los ojos llenos de lágrimas:—Abuelo, como Paquiro salga con bién, le vamos á comprar una burra al tío Borriquita. Jesús y su santísima Madre lo quieran.

Acordábase Amapola de todo esto; acordábase... y en el *Cuartelillo*, iba aumentando, mientras, el tumulto. Facunda y la mocita, estaban poniéndose como un guiñapo: metíase la gente por las dos puertas como agua por rendija, para presenciar la sesión, y al juntarse la gente que entraba con la que había dentro, fué en verdad el espectáculo, solemnísimos; Amapola iba deslizándose con dificultad entre la multitud, sin ver á nadie y sin que se fijaran en ella. No pudo despedirse tampoco del tío Borriquita, pero el tío Borriquita no se apartaba de su pensamiento. «No, Amapola tuvo siempre conciencia y no se había portado bién. ¿No sanó Paquiro? ¿Por qué entonces no tenía ya el tío Borriquita su burra? Pues nada más que por eso, se le iba á comprar la burra con su serón y todo, muy nuevecito, sí, señor; y con unos frutereros... que hasta allí; los frutereros los haría la Reonda. ¡Qué bién iban á lucir los frutereros resplandecientes, muy repantigados, sobre la misma carga del serón, en el lomo de la burra! ¡Dios mío! ¡Si ya estaba pareciéndole á Pola ver pasar al grán Borriquita, junto á su puerta, tirando de la burra por el ronzal, con su cara arrugada, con sus pelitos blancos y

la mano en la mejilla, pregonando:—¡Niña... ja los pimiento... ja los tomate... ja las cole ji la jabichuela verdeeee!—Y luego, por San Juan:—¡Ciruela ji amasquiyo!... ¡Ja las breva mauraaaa!!!—¡Ay, qué bién! ¡qué bién!

La interrumpió en esto un gran vocerío: Facunda y la mocita estaban en su *apoteosis*: el barullo era atroz; la rechifla, descomunal; la casera en un lado de los corredores, vomitaba víboras contra *Sópleme usté aquí* y Facunda; Facunda, haciendo de Júpiter, sacaba del pozo sin duda, rayos encendidos, disparándolos contra la mocita y la casera. Requinto había roto el guitarro sobre una cabeza, no sabía cual; Rebuzno, rodando por el suelo como un ratón, pellizcaba las pantorrillas de otra mujer, especie de yegua, que le soltó dos coces; el hermanuco de Percales, gemía en otro lugar furiosamente, como si hubiera sido en su cabeza donde el guitarro de Requinto se hubiese roto; delante de las salas, reían las mujeres; los corredores coronábanse de mozuelas; aquello era terrible, descomunal, tenía algo de dantesco, de espantoso, de soberbiamente grande, en su disforme conjunto, de tipos grotescos, de girones ondulantes, de carnes sucias, de pelos desbandados, de cabezas cuya vista hacía consternar, trágicas y cómicas á la vez; de ojos con atracción de abismo, de cuerpos retorciéndose, de brazos negruzcos, agitándose como serpientes que se levantan con sacudidas epilépticas; y entre todo esto, mezclado, para más contraste, alguna falda limpísima, algún rostro de mujer, fresco como

una rosa... y el perfume de azahar embalsamándolo todo, y el sol envolviéndolo todò también en su última y apagada caricia.

Amapola consiguió salir de aquel remolino, medio ahogándose; se detuvo de pronto al pasar junto al santo de azulejos y alzó los ojos llenos de lágrimas. El santo pareció sonreír, y decirle con dulzura:—Anda con Dios, muchacha, que todo se arreglará.—¡Adiós... adiós!—dijeron las cortinillas, moviéndose misteriosamente.



XXIV

TRIBULACIONES DE BANDITA.

Bandita, hecho un personaje, muy afeitado, muy puesto de ropa de domingo, brillándole los tufos con misteriosa suavidad, empujó discretamente la puerta de un *camarote* en el *pasaje del Correo*; se asomó al cuarto, y su graciosa sonrisa, dispuesta para seducir desde el primer instante á los que estuviesen dentro, trocóse en un gesto de contrariedad, que no pudo contener, por pronto que quiso reprimirlo. Había razón para ello. No era Felipa la que estaba con María de la O; era Percales.

--¿Por qué no vino Felipa?—preguntó, con inquietud.

Su novia explicó la causa y el mozuelo respiró entonces, tranquilamente. «¡Demonio! creyó que el asunto se lo había llevado pateta.»

--¡La pobre!—Y á María de la O, se le llenaba el corazón de suspiros, contándolo. «Estaba cada día más triste y de peor humor; los chiquillos la traían loca; no ganaba dos cuartos y no sabía como valerse para rellenar tanto *estógeno*... ¡Y que los ángeles de Dios no

comían! Como sabañones. Con el más grande, no había que contar; lo que ganaba era para él... Y en cuanto al Alcuza... ¡pues ya podían figurárselo! ¡Vaya un pillo! —Y si no que lo dijera Percales.

Percales movió la cabeza gravemente, asintiendo. Periquito Ruíz escuchaba á su novia como en éxtasis, comiéndose con el deseo aquella cara llena de juventud, de francos ojos, medio adormecidos, pero con más vida que nunca. María de la O era feliz. La felicidad, sin embargo, no le impedía seguir hablando de la gitana, y echaba por la boca con mucho gracejo las desventuras de Felipa. «Las canastas de la Reonda, no eran bastante para mantener á la patulea; se lo comían todo al empezar; lo que Amapola daba, lo que los vecinos daban también, que era muy poco, lo de las canastas, en fin. Luego, hay otra cosa: que Felipa no está como antes; no tiene el corazón á gusto como en otros tiempos, para contentar á la gente, y sacar los cónquibus á la mercancía; se vá por ahí con ella y quien compre, compre, y quien no, no; la Reonda también, está como si la hubieran cambiado; el quehacer no le cunde como otras veces, y á lo mejor reventará como un pellejo atestado de pringue... ¡Ay, Jesús!»

—Pues lo que es yo,—saltó la Percales, metía á los nenes en el hospicio, y que la Reonda se comiera sus canastas solita. Mujé, lo que es á mí, si me hubiera salido un hombre, como á ella le salió, me agarraba al clavo aunque estuviera ardiendo, y me ponía como nueva... ¿No le parece á usted, señó Periquito Ruíz?—Y quedó

esperando la opinión de Bandita, mirándole atenta, encogidos en un mohín aquellos admirables labios de virgen del arroyo.

Pero Bandita, le contestó con otra pregunta. «Y ella, ¿por qué no se casaba también?»

—«¿Quién, la Percales?»—Mire usted, hijo; lo que es á mí, me toca usted ese punto, que es el punto particular que yo tengo en mi persona y me deja usted como si tocara en peña dura. ¡Bendito sea el Señor, y lo que yo haría, si me llegara á casar! A las primeras de cambio, nos tumbaríamos los dos á bofetadas; porque lo que es á mí ni el mismísimo rey que baje de su trono, me pone la mano encima, sin que yo le responda como el eco. ¡Mire usted que querer á un hombre!... «¡Y que no había visto ejemplos Percales! Que no la dejasen mentir, porque allí estaba precisamente el de Pepilla la de la Rinconá. ¡El demonio de la criatura! ¿Pero qué mala yerba había pisado? ¿Qué se conseguía con enamorarse así? ¡Era ya perder el sentido!»

—¡Como que tú eres de piedra berroqueña!—exclamó María, desdeñosamente.

—No, señora, que no soy de piedra berroqueña—repuso Percales, muy ofendida;—á mí se me ván los ojos detrás de cualquier hombre, como le pasa á cualquier hembra decente, que tiene su cobre en su chimenea y sabe que con asperón se limpia. Pero lo que digo y rediré, es que Pepilla no mereció su suerte; Pepa es mala porque está loca, pero el corazón de Pepa es una catedral de grande, hija.

—Una catedral, con su campanario y tó—dijo María, echándose á reir.—¡Y hasta con sus campanas! ¡Por eso toítico el mundo repicó en ellas!

La Percales sintió el epigrama en lo hondó del pecho. —¿Sí?—repuso con amarga ironía.—Dichosa tú, mujé, que tienes tu torrecita tan alta, que nadie la puede alcanzar; pero no te fíes, que podría caerse.

—¡Ya se picó, ea!

Bandita procuró conciliar la cosa, pero Percales no le escuchaba. «¿Qué sabían ellos tampoco? ¡Si hubieran visto á Pepa cuando empezó á mocear! ¿Quién como Pepa para el puntillo de la honra? Pero vino el asunto malo, ¡lo podían creer! Se echó Pepa por ahí; y como todo se paga en el mundo, ella lo pagó con enamorarse de Paquiro.—Lo que á ella la mata—añadió Percales con generoso ímpetu,—es pensar que tiene su juego boca arriba, sobre la mesa... vamos, que sus cartas son vistas, mientras que Pola lleva el juego suyo muy guardadito entre sus alillas blancas... ¡Mal rayo! ¡Cuántas veces se acordará ahora Pepa, de las visitas de la ditera! Porque has de saber—continuó Percales, dirigiéndose á María en su peroración—que fué la ditera quien la hubo de meter en sus primeros trotes; no estábamos en la fábrica, que cosíamos en la calle. En cuanto la ditera cogía un resquicio, ya estaba allí, contándole unas historias de las mil y una noche; no vayas á creer, no la escuchaba nunca; pero un día... ¡Válgame la Virgen! Si escuchó á la mala vieja, fué porque el mundo se le vino encima. ¡Sin trabajo, sin comer,

sin vestir, muriéndose su padre!... La pobre estaba local! Luego, fué lo que Dios quiso; es como cuando se dá un resbalón en una escalera; hay que rodar hasta lo último; con algo tenía que tropezar y pararse; tropezó con Paco y ahí la tienes; se ha roto el alma.

Percales se echó á llorar; los novios guardaron silencio; estaban muy conmovidos. La otra hacía por enjugar sus lágrimas, diciendo entrecortadamente:

—Se hace una cruces, de pensar que haya en el mundo mujeres que quieran así. Si yo me he de embarcar en ese barco por un hombre, que la Virgen Santísima me quite de en medio antes.

—Pero ¿qué tiene Felipa?—preguntó Periquito Ruíz de pronto.—Aguardó la respuesta con notoria ansiedad. Percales contestó al punto:

—Pues lo que tiene Felipa es que á Rebuzzo le han dado un peñonazo en la frente y se la han abierto de par en par, que es lo mismo que si se la hubieran abierto á ella; porque lo que es yo, no he visto en mi vida criatura tan madraza.—Después, añadió confidencialmente, dirigiéndose á María de la O:

—¿Pero tú has visto cómo se salió con la suya?

—¿Con qué suya?

—Con la de encontrar el paradero de Mecha.—Bandita prestó atención, lleno de alarma.

—¡Ah!—exclamó María, como si pensase de pronto en alguna cosa que tuviera que contar á Periquito Ruíz.

—¿Lo vé usted como era verdad lo que le dije en el barco?
¡Como que no iba á saber Aleuza donde estaba Mecha!

Indudablemente, á Bandita, se le atravesó en la garganta una rueda de molino; le fué imposible contestar por el esfuerzo que tuvo que hacer para tragarse aquello.

María siguió charlando: «A Periquito Ruíz podía decirsele todo, porque era de confianza: Alcuza y Mecha estaban *aconchabaos*, Alcuza en Sevilla y Mecha, Dios sabía donde, porque Felipa no lo quiso decir; pero no paraba allí el asunto; había otros por medio, que traían y llevaban.»—Madrecita del Buén Tino... ¿No hay rayos en el cielo para partir á esa pícara gente? ¡Ay, si yo los cogiera!—Y alargó las manos como para enseñar al mundo las más sonrosadas uñas que los nacidos vieron.

A Bandita se le atragantó nuevamente no sé qué cosa. Era mucho aquello. ¿Sería otra rueda de molino?

—¿Cómo lo supo la gitana?—preguntó temblorosamente, y añadió muy bajito, con el corazón más que con la boca:—A esa sí que la debía partir un rayo.

«Pues se enteró Felipa por conducto de Alcuza, pero sin querer Alcuza, por supuesto; dejándolo como cosa perdida, no pensando en él, no viéndole, no hablándole, haciendo olvidar al viejo lagarto que tal hija y tal familia tenía, pero acechándolo siempre, siguiéndole, acechando y siguiendo siempre también á los amigos ó compinches de Alcuza, con la seguridad de que Alcuza sabía donde estaba Frasquito Cruz, y que al fin, tarde ó temprano, encontraría lo que buscaba. Y se salió con la suya; oyó al fin cierta conversación

en una taberna del barrio, hacía dos ó tres noches; por algunas palabras sueltas, supo que una persona iba al día siguiente á buscar á Frasquito Cruz para no se sabe qué demonio de asunto...

Bandita estaba medio muerto. «De modo, que cuando él habló en la taberna con Alcuza, la gitana estuvo oyéndole desde un cuarto de al lado, mientras María de la O le aguardaba en el otro. ¡Jesús divino! Pero aquel diablo de bizca ¿pensaba decir qué taberna fué, ó el sitio donde se escondía el otro?»

En estas reflexiones, siguió escuchando á su novia, sin aliento, sin habla, como si el mundo se hubiese acabado para él. María, bajando la voz, susurraba entonces, con mucho misterio:

—No le conviene dar parte, porque el Alcuza está en la cosa; pero hay un individuo con quien ella se entiende y que le ayuda; es Cojo Garrote.

—A quien yo romperé la otra pata,—observó Bandita mentalmente.

—Por eso, como Felipa y Cojo Garrote cuchichean ahora tanto, dicen en el *Cuartelillo* que ván á casarse; pero lo que es para eso, no le quiere Felipa, aunque Cojo Garrote no la deja de la mano. ¡Digo, el demonio del tizne en lo que está pensando, con su pata fólica y todo!

La Percales soltó en esto una carcajada, que resonó en la taberna, llenando los ángulos negros con sus vibraciones. La miraron sorprendidos, pero explicó pronto su risa; se había acordado de la declaración de

Cojo Garrote, contada por la gitana: salía ella del taller, después de hablar un rato con Amapola; estaba ya en la calle, y sintió detrás un gruñido: ¡Uuuú! Felipa, según testimonio de la que lo contaba, imitábalo con sin igual gracejo.—Aquel gruñido, fué la voz de Cojo Garrote, llamándola desde el escalón del taller. Volvió Felipa; Cojo Garrote echó al suelo la pata buena y dejó la otra en el escalón; así que estuvo Felipa cerca, lanzó otro gruñido más largo... ¡Uuuú! Fué la declaración; con eso solo, quedó esperando que le respondiesen, mientras el tío Berrinche le llamaba con furia, echando más chispas que el hierro, cuya calda empezaba á romper en aquel punto.

Felipa se había quedado como quien vé visiones; tan grande fué su sorpresa; pero luego se echó á reir, le dió en la cara con un pico del mantón y volvió la espalda, haciendo lo mismo que Cojo Garrote. ¡Uuuú!

María de la O y Percales, reían como locas. «Bueno estaba Periquito Ruíz para jolgorios.»—Vaya, dijo, —á dar una vuelta; aquí se ahoga uno.

Pagó y salieron. Era inmenso el bullicio; Sevilla estaba de feria; habían pasado ya las tardes solemnes de la semana de Pasión, con sus cofradías, sus imágenes famosas, sus alhajas riquísimas, los gritos de fe, los rezos, las aclamaciones, los suspiros, la saeta—esa canción de lágrimas,—las dulces marchas religiosas, y hasta el piar de las golondrinas que cruzan alguna vez como flechas negras, por encima del palio de terciopelo y oro de la Virgen. La feria estaba en su esplendor;

el Prado de San Sebastián destellaba en aquellos días formidables de fiebre para dejar después en el alma del forastero, el encanto de su animación, de su alegría, de sus mujeres, con las cabezas gentiles, ornamentadas, acariciadas, arrulladas, por el pliegue suavísimo de la mantilla, que cae con dulzura por la espalda y los hombros, y abraza y besa el primoroso busto, como la inspiración abraza á su musa y el angel besa á Dios.»

Cuando vayais á Sevilla, id en esa época; Sevilla se adorna con su mejor atavío; se acicala, se llena de flores para recibir al forastero, lo recibe amable, fresca, gentil, con su más dulce sonrisa, con su más bello saludo, aturdiéndole con su hermosura de diosa, embriagándole con su aliento de virgen; por frío, por adusto que el forastero sea, tiene que entregarse; Sevilla entorna los ojos, y así, con los ojos entornados, lo mira, se echa á reir, é intiman al punto. Esa es la Sevilla genial, la graciosa, la pintoresca, la que os seduce con una sonrisa, la que os enloquece con una copla, la que os mata con un retruécano, la que os coje con su mano redonda, pequeña, tibia, y os lleva á su catedral, á sus palacios, á sus jardines, á su Guadalquivir, adurmiéndoos con sus ojos ardientes y despertando vuestra sed con sus labios húmedos; la que os lleva, en fin, á sus corrales de los Humeros y la Cestería, de Triana y la Macarena, hasta que os vence, os rinde, os subyuga, y abrasado el cerebro de tanta luz, y vibrante el espíritu de tanta vida, pedís aliento, buskais reposo en la

habitación más oscura de vuestro albergue, la más silenciosa, la más apartada; y batallando allí contra todo aquello que os encadenó, sentís aún llegar hasta vosotros rumor apagadísimo de castañuelas; sentís aún penetrar en vuestro corazón no sabeis qué caricia embalsamada con aromas de nardos y claveles.

Las dos buenas mozas, y Periquito entre ellas, subieron con mucho trabajo por la calle de la Sierpe, hacia la plaza de San Francisco; no podían hablar; era imposible sostener un diálogo entre aquella masa apretadísima de la multitud. Periquito Ruíz, tampoco parecía con muchas ganas de conversación; renegaba interiormente como un condenado; maldecía la hora en que se metió en aquel negocio de Alcuza.

Percales quiso volver al *Cuartelillo*; estaba intranquila también, pensando en Pepa la de la Rinconá; pero Bandita se opuso abiertamente; era lo que él decía:—Mire usted, señora; usted se quedará con ésta y conmigo, aunque sea por el buen ver y que no digan que vamos solos por esos mundos.

María de la O se hubiera comido á besos á Periquito Ruíz: «¡Así, así son los hombres cuando quieren de verdad!» Percales siguió con ellos para complacer á su amiga. Ésta hubiera debido irse también á casa de Amapola, pero ¡era tan dulce, tan inesperado todo aquello! Además, la Pola también era feliz. «¡Qué alegría tendrá la pobre!»

A esa exclamación de la muchacha, murmuró Percales sentenciosamente:

—Una alegría muy grande, sí, pero á costa de otros.—María saltó al punto:

—Mira, Percales; lo que es eso, que no te lo óiga yo; tú estás con tus cinco, y bien puedes considerarlo; nadie tuvo la culpa de lo que le pasa á Pepa; ya sabes tú que Pepa se metió ahí, como se metió antes en otros lados, y armó el grán laberinto. ¿Le llegó su hora? Pues que se aguante, hija; lo que está de Dios y nada más. Hoy mismo, ya tú lo viste; figúrate lo que habrá pasado esa criatura, oyendo lo que Paquiro y Pepilla hablaban, metida en aquella alcoba, donde la entramos como con yugo; porque tú recordarás que ella no quería, que quien escucha su mal oye; tú misma me lo has contado. Eso no tiene remedio: si Amapola hubiera oído algo sóspechoso, créelo, se vá á su casa, chitón, chitón, sin mirar más al hombre. Si Pepa la de la Riconá no es feliz, ¿por qué no ha de serlo ella? ¿No quería á Paco desde que nació? ¿Por qué había de hacer á Pepilla el rendivú, cuando tantísimos tragos le hizo pasar Pepilla? No hagas que me alborote con esto, porque era un contra Dios lo que estaba pasando; tú lo comprendes; tén lástima de Pepilla, quiérela, yo no quito; yo la quiero también, pero hombre, por los clavos de Jesús, la razón es la razón.—Luego, sin respirar, muy sofocada, añadió, dirigiéndose á Periquito Ruíz, que parecía hondamente preocupado:—Mire usted, esta tarde ha sido de órdago; aquí está Percales que puede decirlo mejor que yo; en su puerta estaba con Felipa, mientras Paquiro y Pepilla hablaban. ¡Y Pola,

escuchando sin saberlo ellos! Porque era lo que le habíamos dicho á Pola: «Pepa ¿no jura por todas partes que si consigue hablar una vez con Paco, Paco no vuelve á pensar en tí? Pues que hablen; tú los oyes, y si Pepilla se lo logra, que vayan benditos de Dios; pero si Paco está en lo firme, queriéndote á tí con decencia y como los hombres deben querer, con tu pán te lo comes.» No me digas que no, Percales, porque tú fuiste la primera en decir que sí.

—No, María, que es verdad; pero hija, tú no sabes lo que me dió por el cuerpo, cuando al irse Paquiro, entré en la sala y ví á la pobre en el suelo cuan larga era, sin respiración, blanca como el papel, y con dos lagrimones como dos puños en las mejillas, lo mismísimo que dos diamantes, allí clavados; el alma se me partió; Felipa estaba viéndolo y se le caían las lágrimas también. La gorda no fué esa, sino que Pola salió cuando la vió caer y se puso á su lado, sosteniéndola, y no hacía más que decir:—¡Dios mío! ¡Dios mío!—La quitamos de allí para que Pepilla al volver del insulto no la viera, y allá traspuso qué se yo cómo; pero se lo puede una figurar: medio llorando, medio riendo, entre la pena de Pepilla y el gusto de saber que Paco era todo un hombre...

Percales y María detuviéronse de pronto al notar que Periquito Ruíz se detuvo: Bandita hablaba con otro sugeto, de no muy buén pelaje.

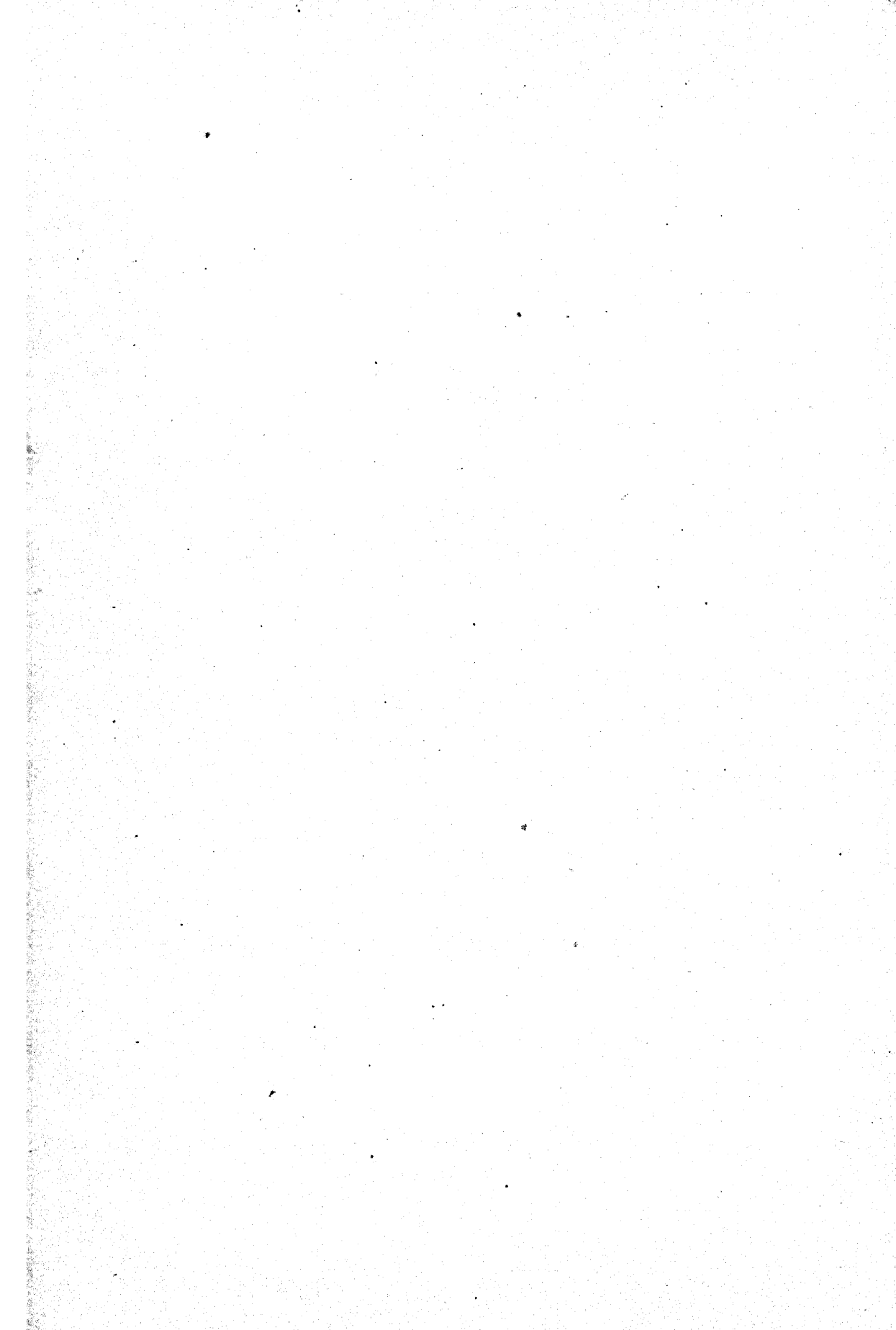
—¿Y el tío Berrinche?—había preguntado.

.. —Con el Alcuza.

—Bueno; la gitana está en el *Cuartelillo* y no saldrá: á estas dos las tengo yo seguras. Yo cumplí; solo me queda una cosa que hacer: partirle á uno el corazón de una puñalada, si me han metido en un berengenal sin yo saberlo. Con que, media vuelta.

Y sin esperar á que le respondiese el otro, se alejó á buen paso para alcanzar á las dos mocitas.





XXV

¡HORAS AMARGAS!

En aquel punto, acostaba Felipa á la prole. Se hubiera podido notar inmediatamente de ver á Rebuzno, que la historia del *peñonazo* fué un pretexto para el mejor desarrollo, tal vez, de alguna misteriosa cábala; el gitanillo no tenía vendaje en la cabeza, ni señal tampoco de que pudiese necesitarlo.

Quedó la prole dormida; la Reonda, suspendió la labor y se echó de espaldas en el costal, sin dar las buenas noches; ya sabeis que la noble matrona, hacía el menos uso posible de su voz, demostrando así su cualidad más perfecta. Muy pronto se durmió también, á juzgar por sus ronquidos formidables.

Salió Felipa entonces del corral, sigilosamente, dirigiéndose con rapidez á la Cava: se detuvo ante una puerta microscópica; hubiesen podido notar, Bandita ó María de la O, que era la misma puerta, por donde salieron una tarde Alcuza, la cuñada de Alcuza y la

burra de la cuñada de Alcuza. Entró Felipa en la casa, muy diligente; la *Locares* salió á su encuentro, con el pelo colgando y la falda arremangada. No se sabe si Alcuza había cumplido ya su promesa solemne de castigar á la pecadora, ó guardó el grave negocio para darle sima en más apropiada coyuntura; lo seguro es, porque hay datos que lo confirman, que la *viuda Locares*, con su falda arremangada, sus brazos desnudos y sus terribles greñas y todo, resultaba siempre una tentadora y brava mujer.

Un candil colgado del techo por una tomiza, iluminaba trabajosamente la sucia habitación, dejando los ángulos sumergidos en sombra.

—¿Dónde está ese pare?—preguntó Felipa, sin mirar á la viuda.—Y antes que la viuda contestara, oyó una voz aguardentosa, que decía:

—Aquí; arrímate y no chiye.

Aproximóse Felipa y se encontró con Alcuza; estaba sentado en un rincón, sobre un pedrusco; la gitani-lla se cruzó de brazos al verle, con ademán propio de la tragedia, y gritó así, como primer saludo:

—Pare; á usted lo ajorcan.

—Amén, contestó zumbonamente el gitano.

—Pero es que yo no quiero que á usted lo ajorquen, —prosiguió ella, manoteando con furia;—bastante lustre que tenemos ya en la familia. ¿Pa qué sirve echarle más?

—¿A qué has venío?—preguntó Alcuza, impasiblemente.

Y Felipa se lo expuso en el acto; á saber qué negocio era el que traía con el abuelo Berrinche, y á dónde iba á llevarlo aquella noche; á decirle también que estaba hartica de trabajar para el obispo, es decir, para el obispo, no, para que los hermanos comieran; pero venía á ser igual, porque no comían sus hermanos y ella estaba matándose. Ya no podía, no; y estando allí el padre de los *probes* niñitos, era una pena que no trabajara un poco para ellos. ¿No valía más que se hubiese quedado en presidio? Por supuesto, que pronto estaría allí otra vez.—¡El trén de güelta!—terminó Felipa, ronca de coraje y sentimiento.

Se había levantado Alcuza y fué aproximándose á su hija con esa lentitud con que la hiena dispónese á sorprender á su enemigo; inspiraba terror su rostro largo, anguloso, lleno de arrugas y sus ojillos brillantes; estaba en mangas de camisa, desabrochada y abierta la pechera, enrolladas las mangas hasta el codo; las venas de los brazos, parecían verdugones negros que le cubrían la piel. Avanzó hasta Felipa, pisándose la faja, que se le había caído, y exclamó sombríamente:

—Bueno ¿y qué?

Pero ella no le oía; siguió en su peroración, sin importarle la fiereza que iba apoderándose de aquel horrible rostro.—Calla, que no te oigan,—añadió él, re-concentradamente.—Calla, ó te retuerzo el cuello.

—¿Y por qué he de callar? ¿Osté quiere matarme á mí de vergüenza? ¡De vergüenza! ¡Ay, qué risa!—Y la muchacha reíase tétricamente.—¡Es claro! No puedo

decir de vergüenza, porque se reirán. ¡Tener vergüenza la hija del tío Alcuza! Ladrones quiero que á mí me roben.—Y después gritó fieramente, enarbolando los puños.—No y no; la hija de mi pare, man que ese pare sea osté, no pasará por eso. Sé donde está Frasquito y cantaré mu claro...

—¡Calla!—rugió Alcuza, lanzándose á ella. Hubo un momento de lucha sorda, tenaz; Alcuza procuraba, inútilmente, tapar con su ancha manaza la boca de Felipa; ella, escurriase como una serpiente. Cogida por el cuerpo, hurtando el rostro como le era posible, para que no cayese allí la formidable mano, siguió escupiendo la rabia de su corazón por aquella boca, á la que era imposible hacer callar.

—No, no quiero callar.—Y hervía la voz en su garganta, como la lava del volcán, momentos antes de reventar la tierra.

—¿Sí? ¡Pues á ver si ahora callas!—Así dijo el padre, y se oyó á la vez un ruido pavoroso: Felipa lanzó un grito y guardó silencio de repente. La mano de Alcuza había caído sobre su pecho y retumbó allí como una piedra sobre la tapa de un ataúd.

Felipa no pudo sostenerse, ni hablar; iba á caer; cogióse á una silla y quedó arrodillada en la tierra pegajosa.

Alcuza sonreía, enseñando sus dientes amarillos; la *Locares*, en segundo término, medio perdida su silueta en la sombra, contemplaba aquello impasible. Después de una pausa aterradora, Felipa recobró un poco

el aliento; estalló en sollozos, con la cara oculta entre las manos, y empezó á hablar otra vez cortadamente: —«Sí, sí; aunque sea osté mi pare; mejor es que vaya osté á presidio de nuevo, y que lo ajorquen allí mil veces, que consentir en que unas buenas criaturas, como son Paquiro y Pola, paguen el pato; yo sé donde está Mecha y la justicia irá por él esta misma noche.»

—Lo sé, lo sé,—repetía en el paroxismo de su dolor,— está en San Nicolás, allí, en la cueva de cerro é jierro. —Y gritó de pronto:—¡Ay, ay, Dios!—Alcuza habíale descargado un formidable puntapié en el vientre, tirándola de espaldas.

—Pa que se meta en lo que no le importa,—gruñó la *Locares*.

—Y tengo otro pa quien me chiste,—repuso Alcuza, roncamente;—con mangué no juega ningún nació.

Guardó silencio la buena hembra; el gitano quedó reflexivo un instante; en aquellos segundos, las figuras de la mísera sala parecieron adquirir proporciones gigantescas. Al lanzarse Alcuza la última vez sobre su hija, tocó con su cabeza en el candil; el candil oscilaba aún, y la luz mortecina, meciéndose en el aire, se deslizaba siniestramente sobre las inmóviles figuras, haciéndolas aparecer en todo su vigor, y hundiéndolas luego en la sombra.

La *Locares* tuvo un feliz acuerdo: cogió un cántaro, se lo puso al cuadril y se encaminó á la fuente. «¡Era lo mejor; allá y que se los llevase el demonio!»

Alcuza se echó entonces las mangas de la camisa,

se puso el sombrero, cogió la chaqueta y se la colgó de un hombro; no parecía acordarse de nada de lo ocurrido. Fué á salir también, pero tropezó con el cuerpo de su hija; le dió con el pie entonces y se echó á reir de aquel modo que hacía enseñar sus pavorosas hileras de dientes amarillos, y dijo en voz alta:

—No está tan lejos como tú te figuras; y si no que se lo pregunten á la Pola.

Salió, encajando tras sí la puerta. Echó á andar y encontró á poco al Pardo en la misma calle; lo reconoció al punto.

—Ahí está ya—dijo el Pardo con una voz que quiso hacer misteriosa, pero que retumbó en toda la calle.

—¿En dónde?

—En mi casa; Pepilla está con él.

—¿Y el tío Berrinche?

—Con los otros.

Alcuza no contestó, y se alejaron con rapidéz. A los pocos momentos de haber salido Alcuza de casa de la *Locares*, Felipa levantó la cabeza, y quedó escuchando atentamente; se arrastró luego y quedó ante la puerta unos segundos tendida; se escuchaba su respiración extertorosa; de pronto, como si estuviese ya segura de que su padre se alejó, levantóse de un salto como una pantera, abrió la puertecilla rápidamente y echó á correr hacia lo hondo de la calle.

Iba en seguimiento de Alcuza, pero no le pudo encontrar; se dirigió entonces á casa de Paco, preguntó á su madre por él y no tuvo noticia cierta; salió sin sa-

ber á qué punto dirigirse; sentía dolor agudo en el pecho y en el estómago de los infames golpes que acababa de recibir, pero no se daba cuenta de tal dolor, en aquel instante. Maquinalmente, sin noción de lo que hacía, dirigióse en su carrera al taller del tío Berrinche: la puerta estaba cerrada; nada veíase, ni aun la luz siquiera, á través de las rendijas. De pronto, sintió una voz muy suave; salía de la ventana del taller; era de Amapola. Felipa se avalanzó á la ventana.

—¿Y Pacó? ¿Has visto á Paco?—preguntó anhelante

Amapola guardó silencio, pero Felipa oyó un suspiro ahogado, de mucha más expresión que cualquiera otra respuesta.

Quedó allí, al pie de la ventana, sin oír las ardientes preguntas de Amapola, estremecida, febril, apretándose las sienes con las manos, como si su cerebro fuera á estallar. Una sola idea centelleaba en aquel cerebro: la idea de que su padre y Frasquito Cruz iban á cometer un crimen, sin que ella supiese los medios de que se valdrían para cometerlo; solo tenía memoria para recordar las palabras que acababa de oír al Alcuza. «Frasquito Cruz no estaba tan lejos y se lo podrían preguntar á Pola.»

—Pola, hija mía,—exclamó de pronto, con aquella voz conmovedora de madraza, que sabía escoger para acariciar y dominar con la caricia á sus hermanillos,—Pola, dime... «¡Grán Dios! Pero ¿qué le iba á preguntar?...»—Mira,—añadió arrebatadamente,—no abras á nadie hasta que yo venga.—Salió corriendo, dejando á

Pola poseída de terror; pero volvió de pronto, á los primeros pasos, y acercándose mucho á la ventana, dijo otra vez:

—Mira, que te lo encargo; que no abras á nadie, si no quieres buscar esta noche una perdición; no abras ni al abuelito, si viene, como no venga solo.—Y echó á andar otra vez precipitadamente, perdiéndose, allá en la sombra.

Pola quedó aterrada; temía por Paco, no por su abuelo. ¿Qué podrían hacer contra un pobre viejecito? Felipa, en tanto, caminaba presurosa, pero al volver la primera esquina, tropezó con Cojo Garrote. Rápidamente expúsole la muchacha lo que había, y le recomendó luego por la Virgen que no se separase de la puerta del taller. Cojo Garrote, sin hablar, movía la cabeza afirmativamente. Aludiendo á Frasquito Cruz, terminó así Felipa:

—¡Ea, ahí lo tienes; á ver ahora!

Soltó Cojo Garrote su más elocuente gruñido, y notó Felipa que se aporraceaba á la par con la grán manopla un objeto, terciado en la correa de su cintura. Felipa palpó el objeto en la obscuridad. Era el martillo de la fragua; el martillo de ancha y formidable boca, que solo podía ser enarbolado y voleado por su brazo ciclópeo. Los ojos de Cojo Garrote echaban chispas.

—¡El martillo!—murmuró Felipa asombrada; pero en el gruñido y en el fuego de los ojos de Cojo Garrote, comprendió inmediatamente la respuesta. «¿No se valía Mecha de la lima para herir en la espalda á los

demás? Pues él, Cojo Garrote, iba á valerse del martillo, para defender á quien lo necesitara, de la lima de Mecha.»

—Bueno, adiós...—Marchábase ya la gitana; el Cojo habló otra vez: ¡Uuuú! Fué su famoso gruñido.

—¡Á buena hora!—exclamó Felipa, con aquel tono de zumba, que no pudo reprimir, en medio de sus aflicciones. Pero cual si pasase de repente por su corazón lleno de sombras una rápida centella, detúvose otro instante y añadió en voz muy baja, oprimiendo con sus manos crispadas un brazo de Cojo Garrote.

—Sí, sí, ¿lo sabes? Lo que tú quieras: tuya, tuya siempre, yo te lo juro; pero será cuando Pola esté tranquila, sin miedo á Frasquito Cruz, ni á Pepa, ni á nadie.—Y echó á correr.



XXVI

HORAS FELICES.

Aquella noche, después de la lucha que libró con Pepilla la de la Rinconá, érale necesario á Paquiro ver á Amapola, hablarla, oirla. Al salir por la tarde del corral, salió puro ya de alma, como Amapola le había soñado. Su mismo esfuerzo en defensa de su amor, hizo que este amor aumentara. Quería estar junto á ella, quería anegarse en la felicidad misteriosa de pensar en presencia suya: «Esta es la mujer por quien fuí tan valeroso.» ¡Oh, contradicciones humanas! Y á pesar de esto, parecíale hallar un punzante deleite en ir retrasando la hora de encontrarse con ella.

Anduvo sin concierto por las calles, átomo perdido en aquel mar hirviente de Sevilla. Decidiéndose al fin, tomó la dirección del barrio con mucha lentitud, como para hacer más larga la distancia. Atravesó el puente, y de pronto, muy cerca ya del taller, temblando, febril, sintiendo entonces profunda sorpresa por haber tenido

aquella calma, apresuró el paso como si el mundo fuera á hundirse, sin darle tiempo para ver una vez más á la mujer adorada.

¿Por qué Amapola estaría segura de ver á Paco aquella noche? ¿Qué misterioso augur tiene siempre la mujer en su corazón para predecirle los grandes acontecimientos de su vida?

Al llegar Paco, halló la puerta del taller cerrada. «¿Se habrían ido á la feria? ¡Oh, qué amargura! ¿Qué había soñado él?» Y de pronto, la sangre que parecía habersele detenido, vibró en sus venas con sacudida de fuego; sintió en la garganta y en las sienes los latidos de su corazón, como los golpes del macho de Cojo Garrote, en el yunque. Fué que oyó un seseo, y una voz suave, baja, muy baja, como un suspiro:—¡Paco! ¡Paco!

Se acercó el mozo, y tuvo que cogerse á la reja para no caer; le faltó el habla y hubiera querido sin embargo levantar allí un mundo solo con su aliento. ¡Qué será que en amor lo verdaderamente grande es lo que no se dice!

Después, cuando pasó un rato, murmuró temblorosamente:

—¿Estás ahí, Pola?—No veía; el taller estaba hundido en una obscuridad profunda, imponente. Por un extraño contraste, aquel llamamiento á la vida, aquella voz apagada pronunciando su nombre, fué para él un desbordamiento de luz, que salía en llamarada inmensa de aquel antro. ¿Fué alucinación? Paquiro, positivista, en medio de todo sin él saberlo, después de pasada

aquella impresión que no había podido definir aún, pero que era de estupor tanto ó más que de alegría, introdujo una mano por los hierros de la ventana y la agitó allí, como en el hueco de una tumba, diciendo á la par, en voz amorosa y patética, como su corazón lo supo y lo quiso decir:

—¿No estás, Carmita, no me hablas?

«¿Sería aquello la tumba de verdad?» No, Paquiro experimentó un agudo estremecimiento, al sentir su mano asida por otras dos manos pequeñas, ardientes, temblorosas... «Sí, sí, eran las manos de Carmita.»

Poco á poco, de aquel fondo negro de abismo, en que el taller hundíase, fué destacándose confusamente una silueta negra también; Paquiro no la vió; la presentía, la adivinaba; era la silueta del busto de Amapola; lentamente, fué ya surgiendo el busto después, en forma real, como si la visión hubiera ido materializándose.—¿Me quieres?... ¿Es verdad que me quieres?—preguntó el alma de Paquiro, poniéndose en sus labios, para estar más cerca de los labios y de los ojos de la mujer.

—Te quiero...—respondió la voz apagadilla... una voz que no supo nunca Paco si le hizo sonreír ó le hizo llorar.—¡Te quiero, y estaba ya loca por no habértelo dicho antes! Yo, Paco, cuando te entristecías de aquel modo, por no saber si era tuya mi alma, me moría de pensar en lo ciega que estaba por tí, sin que tú cayeses en ello.

No pensaba Paco en averiguar las razones de aquella súbita expansión de Amapola; no tenía pensamiento ni

alma, nada más que para beber hasta hartarse, si hartarse era posible, de aquel agua fresca que, de pronto, brotó en la estéril roca.—¡Te quiero, te quiero, Paco! —Y era la nota única de aquella gran sinfonía que vibraba con explosión de mundos en el corazón generoso y fiero del hombre.

¿Cuánto tiempo pasó? ¡Qué podían ellos decir! La calle, obscura ya anteriormente, parecía más obscura; los transeúntes fueron menos aún, hasta quedar todo en una soledad pavorosa. El cielo, sin luna, extendíase como inmensa cortina negra debajo del sol, y alguna estrella resplandeciente, parecían resquicios diminutos por donde la luz del sol filtrábase. Abajo, solo distinguíase la línea confusa del caserío, y allá, en el fondo, la torre de Santa Ana como una poderosa estalacmita de un negro más intenso.

Alguna vez, sentían el pisar de un transeúnte; estremecíase Amapola allí, en su antro, detrás de la reja, sin que Paquiro advirtiese la sensación de la mujer, nada más que por el contacto de su mano y el relámpago de sus pupilas, que centelleaban en la sombra como diamantes. En otras ocasiones, inclinaba Pola el busto trabajosamente, aunque de un modo inútil, para escudriñar con inquietud á un lado y otro de la calle, y otra vez volvía á hundirse en aquel recogimiento absoluto, de la satisfacción íntima *de tener ya á su Paco*. Pero su inquietud despertábase de nuevo; se acordaba de la recomendación de Felipa. Fué haciéndose mayor aquel malestar. ¿Fué ilusión suya? Creyó sentir en la

calle un aliento que no era el de Paco. ¿Cómo sería posible aquello? Su instinto sutil, parecía advertirle que se previniera; pero sin su instinto, ¿no tenía también la recomendación de Felipa? Miró con ansiedad, nuevamente, á los lados de la calle. Nada vió, nada oyó. No pudo sufrir más tiempo, se retiró de la ventana de pronto, sin avisar á Paco, atravesó el taller, precipitadamente, aunque estaba á oscuras; llegó á la puerta, la abrió, y dijo á Paco, que permanecía junto á la ventana:

—¡Vén! ¡Vén!—Acordábase más que nunca de la recomendación de Felipa. «¡Que no le abriera á nadie! —No, no, aquel nadie no sería Paco.»

Paco, entonces, no pensaba en peligro ninguno, llena el alma de todo aquello que le enloquecía; llegó temblando á la puerta. Pola le cogió de una mano, tiró febrilmente y le hizo entrar. Cerró la puerta luego, con rapidez, y allí, junto á la misma puerta cerrada, en la sombra, como si la abandonase ya el valor, reclinó la cabeza sobre el pecho de Paco y murmuró temblorosamente:

—¡Ay, Paco de mi vida, qué miedo tuve!

Paco no contestó; no tuvo palabras para hacerlo; hacíanle sufrir los latidos de felicidad de su corazón. «¿Qué pasaba? ¿Estaría soñando?» Pero sentía el aliento de la mujer; aspiraba su perfume... y la masa de sombras iba abriéndose, como hendida por una luz inmensa, que reverberaba delante de sus ojos, con millones de luces, cada una de las cuales difundíase con misteriosa dulzura en todo su organismo. Hubo un

momento en que vió á Pola, perfectamente, como en pleno día la hubiera podido ver, bañada por el sol.

Esto pareció llevarle á la realidad, dándose cuenta entonces tal vez, de que no era un sueño. Estrechó en sus brazos blandamente aquel primoroso busto, y sentía sobre su corazón los latidos de aquel otro corazón. Ella, entonces, como si á la realidad volviera también, se desprendió con lentitud de los brazos de Paco.

—Vén, vén, díjole; ya entraste; lo mismo dá que estés aquí, que arriba; enciende luz.

Encendió Paquiro un fósforo y «la inmensidad negra» convirtiéndose de repente con la verdad de la luz, en un mísero taller de herrero, con sus paredes sucias, con su fragua tomada de hollín, con su chimenea, como embudo invertido,—de tonos más negros, ciertamente, que aquella fantástica inmensidad que ya había deshecho la luz de un fósforo;—con el alero de la chimenea, cuajado de cachivaches, el herramental cargado de herramientas, con mangos de hierro ó palo, y allá, en el muro, el hueco microscópico, donde empezaba la escalera de peldaños imposibles, cuyo único mérito consistía en que, por ellos, subió y bajó siempre la más linda moza que llenó con su garbo las calles de Triana.

Encendió Pola un quinqué. Paquiro miró á todos lados, mientras ella abría de par en par la ventana, donde tantas veces soñó, en las silenciosas noches, contemplando á la luz de la luna los tejadillos desiguales, cubiertos de líquenes y jaramagos. Desapareció la inquietud de Amapola al verse en su cuartito; dilatáronse

sus pulmones y suspiró tranquilamente. ¡Oh, influencia poderosa de la juventud y del amor! Una alegría fantástica invadió su sér; aquellas paredes de su cuarto le parecieron muros de bronce, indestructibles. Paco, absorto, seguía mirando á todas partes, como si nunca hubiera estado allí; parecíale no haber visto hasta entonces aquellos marcos de caoba, por las paredes, con estampas, representando los amores del rey don Pedro y doña María de Padilla, la estera de junco amarillo, que cubría el suelo, las cortinas de blancura inverosímil, del balcón; la puertecita acristalada, de la alcoba, abierta entonces y viéndose la cama y sus ropas blanquísimas también, como paños de altar; la cómoda con su tablero de piedra, atestado de chucherías, y el fanal, en fin, donde el viejo guardaba como reliquia la diminuta muñeca con que Amapola jugaba en su niñez.

No se había sentado; en medio de la sala permanecía de pie... De pronto, empezó á oír la voz de Amapola, y su espíritu fué saliendo de aquella gran abstracción. ¿Qué le hablaba Carmita? ¡Ah, sí!... ¿Cómo no se lo preguntó antes?—«Estaba sola; el abuelo había salido... ¿Para qué? ¿A que no lo acertaba Paco? Pues para hablar con Alcuza, con el que tenía una cita; era muy extraño, ¿no es verdad? Pero le iba á revelar un secreto: cuando estaba él muriéndose de sus heridas, hizo ella un voto á la Santa Virgen, como le curase: el voto de comprar al tío Borriquita la burra de su sueño y darle así tan atroz alegría al viejecillo, además de poner mucho aceite en las lámparas de las iglesias y muchos

cirios en los altares... unos cirios así, grandotes... grandotes... ¡Qué contento iba á ponerse el tío Borriquita!» Y Amapola batió palmas loca de placer, con un entusiasmo infantil, ardiente, invasor, que fué apoderándose poco á poco de Paquiro. «Iba á comprar la burra de la *Locures*, que era una buena cosa; además, el abuelo, con aquel *con que*, tenía intención de meterle bién la mano al Alcuza, á ver si lograba llevarlo al buen camino, ya que no fuese por puro de corazón, por miedo siquiera á lo que un día le llegara á ocurrir. Felipa estaba en el *Cuartelillo*, rabiando con su legión de arcángeles, y María de la O... ¡La pobre!... Le había salido un novio y estaba de paseo con él y con la Percales.»—Por eso estoy yo sola, solita... pero llena de tí... ¡Esperándote! Estaba esperándote... ¿Entiendes?—Amapola se aproximó á él, y le puso las manos en los hombros, mirándole con dulce fijeza; ya no había en sus ojos aquella ansiedad, aquella triste mirada de duda y sobresalto, aquella timidez y vacilación de un espíritu que muere por entregarse, y que se echa atrás sin aliento, por desconfianza.

Paco la miró también, confuso, lleno de asombro, feliz á la vez, embriagado con aquel amor correspondido, y la sorpresa que le producía la actitud de Amapola.

—¿Por qué me esperabas? Me parece que estoy dormido; que estoy soñando lo que soñé ya muchas veces. ¿Despertaré también ahora? ¿Por qué te veo así?

—Porque ya estoy segura; porque ya no desconfío.

—Y apoyó otra vez la cabeza en el pecho de Paco.—

Estoy sintiendo tu corazón; está diciéndomelo; me dice que te quiera mucho.

—Sí, todo eso dice mi corazón... No, no lo dice, lo grita siempre, á todas horas. ¿No lo sabes tú? ¿Por qué hasta hoy... hasta esta noche no lo has oído? Contesta... ¡Contéstame, mujer de mi alma!... ¡Mujer mía!...

¡Ay Dios, qué dulce era aquello! ¡Cómo había soñado siempre Carmita en oír una voz celestial que la dijera aquellas cosas!

—¡Mujer tuya! ¡Mujer de tu alma!—repitió, como en un suspiro, queriendo rodear con sus brazos el robusto pecho del hombre. ¡De tu alma! ¡Dímelo otra vez... Dímelo muchas veces! Y ponía sus ojos llenos de lágrimas sobre el pecho de Paquiro, estremecida de felicidad. Nunca como entonces fué tan gentil la figura de Amapola, con su faldita negra, lisa, su blusa de seda, grís, y sus cabellos recogidos con distinción.

Se acordó Paco en aquel instante del día en que se guarecieron de la tormenta en el chozón de la campiña solitaria; quiso ver los labios donde aquel día estampó su beso, hizo levantar la cabeza á Pola suavemente, y la luz dió de plano en aquel rostro que resplandecía de rubor y juventud. ¡Ay! le pareció no haber visto la boca de Carmita desde aquella famosa tarde. La besó... La besó, sí, pero no fué aquel beso ruidoso y juguetón de entonces; fué un beso silencioso, infinito, con el cual entregó toda su alma, la esencia de su sér, que recogió Amapola, en sus labios y dentro de su sér mismo, con piadosa unción. ¡Ay, al fin! ¡Al fin!

—Pero ¿por qué?—decía Paco.—¿Por qué, si yo creí siempre que esta gloria no era para mí? Te beso, te abrazo, y todo, todo, mis abrazos, mis besos, todo lo tomas, como una gala que Dios te envía, sin irte, sin separarte, sin darme muerte con tu enojo, por el desacato que con mi virgen purísima cometo.

—Ya estoy segura; ya estás limpio de alma; ya puedes hacer de mí lo que quieras sin mancharme; toma mi alma ya, toma ya mi cuerpo; es tuyo todo; todo te lo doy porque ya confío.

—Pero ¿qué es esto?—gritó él, frenéticamente.—Y ella añadió, bajo, muy bajo, estremecida, loca, febril, olvidada de todo...—Te ví, te oí hablar esta tarde con ella... ¡Bendito sea Dios!

Quedó Paco mirándola con terrible estupor; quiso hablar y no pudo; la vergüenza, el sentimiento, aquel estupor mismo, se lo impedían. Habló al fin; habló para decir con dolorosa sinceridad:

—¡Perdóname, Pola de mi alma!... ¡Que me perdone ella también!...—Le faltaron las fuerzas y fué á sentarse; lloraba como un niño.

Pola, al sentirle llorar, se avalanzó á él ardientemente:—¡Ah!, no, eso no—decía, cubriéndole los ojos de besos y estrechando su cabeza contra su corazón; eso nunca; que yo no te vea llorar. ¡Perdóname tú!... ¡Perdóname!



XXVII

DONDE SE PRUEBA FATALMENTE UNA VEZ MÁS QUE LA
DICHA ES UN HERALDO DE DESGRACIAS.

Lo olvidaron todo, sus penas anteriores, sus crueles horas de amargura; lo olvidaron todo para pensar otra vez en ellos mismos. Temblaba Paco de amor, al contemplar aquellos hermosísimos ojos, llenos de lágrimas de alegría; fué su impresión muy triste, cuando supo que Pola había presenciado su entrevista con Pepa; pero se consoló pronto... ¡oh condición terrible del hombre! Hasta sintió gratitud hacia Pepa porque le ocasionaba aquella felicidad.

Amapola le impedía seguir en sus pensamientos; abstraíase oyéndola; su corazón, sus ojos, su sangre, todo su organismo, parecían entregarse á la grán fiesta de contemplar á Pola, de admirarla, de oirla. En cuanto á ella, su memoria, su entendimiento, su voluntad, todo estaba allí, en holocausto, á los piés del ídolo; no pensó en Pepilla ni en Frasquito Cruz; voló al cielo en aquel instante infinito que había esperado tantos años, hora llorada siempre, por la convicción de que jamás llegaría, y mucho más dulce y más grande por haberla logrado al fin.

A los piés de Paquiro, con los brazos sobre sus rodillas, pensaba sin hablar, en lo que le oyó decir aquella tarde:—Pola se sacrificaría por todo el mundo, y por tí si fuera preciso, y tú, ni por ella ni por nadie te sacrificarías:—«¡Oh, Virgen buena! ¿Cómo probar que era cierto lo que Paco había dicho?» Y aquellos ojos clavados en los del hombre, parecían decir con la mansedumbre de la bondad y el amor:—Pide sacrificios y no pienses cuáles; yo los haré todos.

¿Lò comprendería él? Se levantó, levantándola en sus brazos; separóse de Pola un poco, para contemplarla más á su gusto. ¡Oh, cuán bella era! Pola se echó á reir, viéndose objeto de aquel culto; habló entonces; habló, en no supo cuanto tiempo, de todo lo que en su alma tenía guardado. ¡Ay, el cielo abrió las puertas de par en par para su alma, desde aquella tarde! Contó sus desfallecimientos, sus agonías, las congojas de sus noches solitarias, muriéndose de cariño por él y ahogando siempre en su corazón aquel cariño. Paco escuchaba en silencio. Oyó hablar después á Carmita de la tarde en que cayó herido por la traición de Mecha. «¡Ah, ¿cómo no pudo comprender Paco lo bién que ella le quería, cuando supo, al volver en sí, que ella cayó con él, y quedó allí como muerta, juntitos, cuerpo con cuerpo y anegada en su misma sangre?» Cruzó las manos y con las facciones descompuestas por el dolor, como si se viese en aquella triste hora, pintábale su agonía de todas las mañanas y todas las noches, al ir á verle con su abuelo. Aquel temor de recibir una horrible noticia... Y de re-

pente, cambiando de expresión su rostro, dejando resplandecer en él las palpitantes y locas alegrías de su corazón, por la felicidad alcanzada, le habló del grán Borriquita... ¡Qué consuelo experimentaba Pola siempre viéndole sentado en el escalón! Si el viejo hubiese faltado de allí alguna vez, al llegar ella, le hubiese parecido señal de horror y luto. Siempre estaba allí, esperando saber del enfermo; ella siempre le hacía la misma pregunta al entrar:—¿Qué hace usted, abuelo? ¿Qué iba á hacer el abuelo? ¡*Empleita!* Y Pola, encogíase majestuosamente de hombros y hacía un gesto saladísimo, imitando con sin igual donosura la indiferente prosopopeya del personaje. ¡Ay, Dios! Entonces... entonces fué cuando le ofreció á la Virgen hacer la suerte del tío Borriquita, si su Paco de su alma se ponía bueno. Oprimiósele el corazón de pronto, echó los brazos al cuello de Paquiro é inclinó otra vez la cabeza sobre su pecho, llorando silenciosamente.

«¡Ah! ¿No dicen que la dicha no vuelve? Volvió, sí, volvió, con la seguridad de que era amada; volvió, sin que la empañase nube alguna; volvió, sin que la turbaran las sombras repulsivas de Pepa y Frasquito Cruz.» En aquel punto no le inspiraban tanto pavor sus enemigos; sentíase acorazada en su felicidad.

Después de largo coloquio fué resuelto el asunto sin apelación: se casarían inmediatamente; prontito, sí, á desquitarse de lo que acababan de padecer. ¡Ah, qué sorpresa para el abuelo! ¡El abuelo! Pero ¿y qué había sido de él?

Aquella pregunta que se hizo Pola maquinalmente,

fué la primera nube de tan hermosísima hora. «¿Dónde estaría? Salió con aquel gitanote; siempre le daba en qué pensar el padre de Felipa... Pero no, con el tío Berrinche ¿quién se iba á meter?» Contó á Paco la causa de que no estuviese allí su abuelo; había ido á comprarla burra para el grán Borriquita. «¡Dios santo, que sorpresa la del viejecillo!» Y reíase de nuevo, olvidando otra vez sus inquietudes. ¡Cómo estar inquieta, teniendo á Paco á su lado!

—Yo iré á buscarle; vendré con él y se lo diremos todo. ¿Sí?

—Sí, sí, Paco.—Cogió Pola la luz y bajaron juntos: púsola en el primer escalón de la escalerilla, y acompañó á su novio hasta la puerta. Abrió para que saliese, pero antes de salir diéronse un último abrazo.—¡Madre purísima! ¡Qué dulce, qué bueno era aquello!—Así pensaban á la vez, entregándose como golosos á la delicia de aquel néctar, de tan dulcísimo sabor, vedado hasta entonces á sus labios sedientos.—¡Tuya! ¡Tuya!—decía ella suspirante.

Hacía un minuto que salió Paquiro y estaba Pola todavía inmóvil en medio del taller, oculta la cara entre las manos, sin poder desprenderse de la poderosa impresión. Parecíale estar aún en brazos de Paquiro. En aquella actitud le fué imposible distinguir una sombra que se introdujo por el postigo entreabierto, y se deslizó fantásticamente hacia el ángulo más oscuro.

—¿Será todo un sueño?—preguntábase Pola en tanto; y esta pregunta natural, le pareció que no era ella quien se la hacía, sino que se la modulaba suavemente

al oído algún sér invisible, allí, en la penumbra medrosa.

Cerró la puerta precipitadamente, cogió la luz y subió muy conmovida; dejó la luz en el veladorcito y se sentó con pesadéz, como si la agobiase una carga misteriosa que le era imposible arrojar de sí. Inclínó la frente y ocultó de nuevo el rostro entre sus manos. En un segundo, sin saber por qué, habían desaparecido de su corazón todas las energías; pensó en la gitana con un terror supersticioso; hasta entonces, no se le ocurrió pensar verdaderamente, en las causas de aquella exaltación de Felipa, y en las palabras que le dijo, de que no abriese la puerta á nadie, ni aun á su mismo abuelo, si no iba solo. ¡Es verdad, le pidió que no abriera!... Pero grán Dios, ¿ni á Paco tampoco podría abrir?

Fué á levantarse para cerrar, pero no pudo; lanzó un grito de espanto y quedó sin acción. Allí, en el mismo umbral de la puerta, destacábase una figura, vigorosa, inmóvil, hermosísima, de gesto duro y llamantes ojos. Era Pepa la de la Rinconá.

—¿Qué es esto?—preguntó Amapola aterrada.

Pepilla se echó á reir siniestramente; avanzó con lentitud y dijo con aquel temible y delicioso deajo, que hacía estremecer:

—Pues ¿qué tiene de particular? ¡Una sorpresa que te doy! ¡Una visita que te hago!

—¿Qué quieres aquí? ¿Martirizarme más todavía?—Y Amapola se dejó caer, como si las fuerzas le faltaran.

—¡Martirizarte! Pero mujer, ¡quién te quiso nunca como yo te quiero! Supe que estabas sola... y quise acompañarte un rato. ¡Tenía un deseo de hablar contigo! Ya vés el tiempo que hace que no estamos una hora juntas, solitas... Contándote yo mis secretos... Contándome tú los tuyos... Mira, voy á sentarme... ¿Quiéres? Siéntate tú también, anda.

Era terror y asombro lo que Amapola sentía. ¿Cómo pudo llegar hasta allí aquella mujer? Amapola no se equivocaba; el corazón de Pepilla no era malo; pero ¿quién respondía de que la escena de aquella tarde no la hubiese enloquecido al fin?

—Siéntate,—repetía Pepa, suavemente, tirándole de la falda. Y detrás de su tono de dulzuras mentidas, adivinábase una amenaza de muerte, en cada frase que salía de aquellos hermosos labios.

—No quiero, Pepa,—dijo Pola con sequedad;—no quiero que mi palabra se cruce con la tuya; solo te he de decir, que si me haces daño con mala intención, eres una mala mujer. Vete, déjame en paz.

—¡Con que así me recibes!... ¡Con que así me trata la niña á quien yo tanto mimé y acaricié!—Los ojos de Pepilla fulguraban de un modo extraño.—Pero siéntate—añadió con más dulzura; y de pronto, como viera que Pola permanecía de pie, inmóvil, la cogió con violencia y añadió ásperamente:—Siéntate.

Pola estuvo para caer; pero la brusca acción de Pepa no la intimidó; al contrario, irguióse de nuevo, encendida de vergüenza y llameantes de cólera los ojos.

—No me quiero sentar,—dijo:—si después de todo lo que me has hecho sufrir, quieres insultarme todavía, aquí, en mi casa, te juro que no lo consentiré.

—¡Ay, hija! Estás dejándome como quien vé visiones. ¡Con que ya no te doy miedo!—Y en la cara de Pepa parecía reflejarse un profundo estupor; pero su asombro se cambió prontamente en un grito de rabia, al oír esta frase de Pola, con que apuñalaron su corazón.

—¡Miedo tú á mí! Eso no; vergüenza, si acaso; vergüenza de que vean los demás que disputo un hombre á una mujer, y más grande todavía, si esa mujer eres tú.

—¡Pola!—rugió Pepilla, arrojándose á ella.

—¡Qué!—dijo Pola, friamente.—Y quedó serena, firme, con una tranquilidad, que hizo volver en sí á Pepilla. En una rápida transición, por el esfuerzo titánico de su voluntad, añadió Pepa entonces, muy tranquila también, dulce, risueña...

—No, no es nada... no es nada; el asombro que siento de ver que cada pluma de tus alitas blancas de pajarillo de la nieve, se volvió un puñal con que quisieras matarme. ¡Con que tanto me odias!... Mira, pues no hice reparo en ello hasta hoy... Yo creía que estabas siempre pensando en mí como á mí me pasa... que estoy siempre recordándote con muchísimo cariño... Yo, que tantas veces acaricié tu cabecita llena de sueños. ¿Te acuerdas? Yo no estaba ya con mi tía, aquella vieja de corazón duro; ya era yo feliz; ya no le hacía la compra, todas las mañanas, para recibir siempre una paliza á la vuelta con cualquier achaque... Me daba

horror de pensar en aquel cuarto sucio... ¡Con qué miedo repasaba yo mi cuenta siempre, antes de llamar al odioso postigo! Una tarde me quebró un brazo, la pobrecilla, del primer golpe... ¿Te acuerdas? No, tú no habías nacido.—Y Pepa reíase destempladamente, nerviosa, alocada.—Fué antes... mucho antes... tú mamá vivía entonces; tú eras así, así, chiquitina... Y echabas la cabeza en mi falda... Yo, una mujerona... Y te contaba cuentos de ladrones... Y te quedabas dormida... dormidita... Para que veas: y ahora quieres matarme. ¿Qué risa?—Y resonó la risa de Pepa, siniestramente, en la calma de la noche.

—Me haces llorar,—dijo Pola.—¿Por qué me recuerdas eso... y por qué me lo recuerdas en ese tono? No sabes fingir; sé franca siquiera; mejor estás insultándome y amenazándome.

—¡Qué lastima!... Pero ¿por qué te pones así?... Por eso, porque te quiero mucho, te hablo en este tono... ¿No es el que á tí te gusta? ¿No es como tú hablas? Así, meloso, dulce, lleno de buena intención, como salvacita de devota.

—Déjame y vete ya, Pepa; ahora me he convencido; tengo más corazón que tú, pero me pierdes, me aturdes, con esa mala fe.

Pepa contestó con una risotada. «¿Habría perdido el juicio, realmente?» Lo pensó así Amapola. Pepilla acabó de reír y repuso en tono suave, dulcísimo:

—Pola, hija de mi alma; tú no sabes lo que dices; tú me crees de mal corazón; tú te figuras que no te quiero.

¡Ayl!...—suspiró;—como no me es posible hacer que lo sientas de otro modo, voy á llamar á una persona, que te quiere más que yo, de seguro... aunque yo te quiera tanto.

Fué hacia la puerta. Pola la quiso detener, diciendo, aterrada:

—Espera. ¿Quién es? ¿Qué quereis de mí?

—¡Ahora lo verás!, ¡ahora! —respondió Pepa con su extraña risa, queriendo soltarse.

—No y no—repetía Amapola febrilmente.—Y Pepa repuso, deslumbrándola con el fulgor de sus ojos, aterrándola con su pavorosa ironía:

—Pero ¡si tú lo deseas con el corazón y con el alma! ¡Si tú quieres verlo! ¡Ahí está el pobre, en la misma puerta, con una cara tan triste! Oye, Pola... Y jura que matará á Paco esta noche... Que lo matará... ¿Entiendes?... Me enseñó el cuchillo... Un cuchillo así, grande, grande, que mete miedo... No, no es la espiga de una lima... Lo llamaré, ¿quiéres? Mientras esté aquí Mecha Paco andará por ahí seguro.

—No, no,—repitió Pola desfallecida.

—Lo verás—añadió Pepa.—Y desde allí, sin moverse, irguiendo su flexible y redondo cuerpo de leona, llamó en voz vibrante y fría, como si hubiese salido de un pecho de metal:

—¡Mecha! ¡Mecha!

Amapola cayó de rodillas, cruzó las manos y exclamó entre sollozos:

—¡Virgen del alma, tén compasión de mí!



XXVIII

«ELLA SE SACRIFICARÍA POR TÍ SI FUERA PRECISO;

TÚ, NI POR ELLA NI POR NADIE.»

Apareció Frasquito; Amapola no le vió, no le sintió; había surgido de la escalera como un fantasma; Pepilla díjole así, muy bajo, rápidamente:

—Espero fuera; te avisaré si algo ocurre, pero pronto, acaba pronto.—Y salió.

Mecha anduvo hasta llegar á Pola y quedó contemplándola ardientemente; le volvía loco, le hacía el corazón pedazos aquella mujer, por la que hubiera sido capaz de convertirse en un hombre perfecto. Desde la escena del *Cuartelillo*, había envejecido diez años; su traje era indefinible, de sucio y roto; los cabellos caíanle, largos, lacios, en desorden; la vida parecía reconcentrársele en los ojos, aquellos ojos donde se amalgamaron para poner en la mirada todas sus hieles, la envidia, el miedo, el vil amor sin satisfacer, la venganza sin realizar y las zozobras del perseguido.

—Pola,—murmuró, tocándola ligeramente en un hombro.

Ella se levantó de un salto, y miró al enemigo de piés á cabeza. No le intimidaba ya; hubiera querido concluir para siempre en aquel instante, de un modo ó de otro; no le dejó hablar; fué ella la que habló primero, desesperada, colérica. «¿Y por qué? ¿Con qué derecho la violentaban? Entonces ¿no había quien protegiera contra los malos, á los buenos, que á nadie hacen mal?» Pero Frasquito Cruz se echó á reir siniestramente. «Que dijera Pola lo que se le antojase; él entró allí con el alma á la espalda y el cuchillo dispuesto; á quien quisiera entrar por aquella puerta, estando él allí, le partiría el corazón de un golpe.»

—¿Pues qué quieres todavía?—preguntó Pola, desesperadamente.—¿No has entrado tú? ¿Por qué no han de entrar otros?

—No,—repuso Frasquito con calma aterradora; la sentencia de Paco se ha escrito; si tú no me quieres, bueno; pero con una condición: ¿Yo no?; tampoco él; escoge tú lo que quieras.—Y Frasquito pudo oír en el acto la contestación de Pola; pudo oír á Pola, y verla, allí, valiente, hermosísima de despecho y dolor, y vibrando en todo su sér la indignación generosa; allí, en un segundo, como dique roto con explosión inmensa, los acusó de viles, causantes de todas sus aflicciones, de todas sus cóleras, de todas sus lágrimas. ¿Qué querían Pepa y Frasquito? ¿Que ella se sacrificase? ¿Y qué habían hecho por ella para que mereciesen tal sacrificio? No, y no; por Paco, sí; por Paco todo; hasta la muerte; porque le quería; porque le adoraba; no se lo

dijo á Paco nunca hasta aquella noche, y se lo decía á Mecha; le decía su adoración por Paco, á él, sí; á él mismo, á Mecha, para que se muriese de rabia y celos si era verdad que la quería. Por Paco, sí, pero por ellos ¿por qué?—Déjame y vete; déjame, que es lo mejor, Frasquito Cruz; déjame, porque no sé qué llamas están abrasándome, y no sé lo que haré, porque pierdo el juicio.

Y quedó ya en silencio, jadeante, arrebatada, febril, encendidos de cólera el rostro y la frente, magnífica, delante de Mecha, que la contempló asombrado, turbadísimo; de Mecha, que habló al fin lentamente, como quien se acoge al último recurso; que habló así, encojiéndose de hombros, y haciendo brillar de un modo siniestro la ancha hoja de su cuchillo.

—Lo que tú quieras; sin tí, lo mismo me dá; mato á Paco; ¿el presidio, qué? No hay presidio más horroroso que este de ver que Paco vá á logarte.

Con profundo desprecio, como si recobrase la esperanza, arrojó Pola bravamente á Frasquito Cruz este insulto:

—¿Y serás tú capaz de ponerte con él siquiera?

—¡Cómo se echó á reir Frasquito! Pola tuvo que apoyarse en la mesa para no caer; Frasquito habíale contestado, entre aquella risa.

—No te compongás tan pronto, porque Paco sea más valiente que yo. Ya sé el camino. Le mataré por detrás, si cara á cara no puedo.

El abatimiento de Pola fué entonces visible. ¿No

era inútil continuar la lucha? ¿Dónde hallar remedio para su desgracia? La experiencia probó ya en otras ocasiones, desgraciadamente, que Frasquito Cruz conocía el medio más fácil para vencer. Quedó inmóvil, sin aliento, como muerta... Y de repente, como si la torva mirada de Frasquito Cruz, al pesar sobre ella, fuese acicate que en el corazón le hundían, levantóse de nuevo, gritando:

—¡No, pero si no puede ser! ¡Si estás engañándome! No tan niña... No tan candorosa... ¿Y Pepa? ¿Dónde está Pepa?—añadió, buscando con la mirada y exaltándose más.—Si entró cuando para nada la quería, ¿por qué no está aquí ahora?—Salió gritando:

—¡Pepa! ¡Pepa!—Subía Pepa; encontráronse. Pola la cogió de una mano y tiró ardientemente.—¿Qué irá á hacer?—preguntábanse Pepilla y Frasquito recelosos.—Bueno,—prosiguió Pola, encarándose con Pepilla, cuando estuvo junto á Frasquito Cruz.—Bueno, ya lo sé, Pepa; ya me lo dijo éste; lo matará; matará á Paco, si yo sigo queriéndole... menos todavía; si yo le dejo una esperanza siquiera; pero contéstame, mujer; contéstame tú á una pregunta: ¡Si tú no te puedes figurar la alegría que tengo nada más que porque vás á contestarme!

—¿Y qué pregunta es esa?

—Muy sencilla; yo sé que no mentirás; aunque te lo propusieras no podrías.

—Por eso; acaba,—exclamó Pepilla bruscamente.

—¿Quiéres tú á Paco?

—Sí.

—¿Lo quieres para dar el alma por él? ¿El alma y la vida?

—Sí.

—Pues entonces, estoy contenta; tú no consentirás en que ese le mate.—Y rechazó su mano.

Pepilla quedó como aplanada por el triunfo de su rival; su límpido color moreno, de maravillosa tersura, adquirió de repente una lividez repulsiva; en su corazón librábase mortal combate, recordando otro día, otra hora, su dolor espantoso viendo á Paco herido, aunque ella misma, en la locura de sus celos, pidió que lo mataran... Y aquella mujer, allí, desafiándola... desafiándola siempre...

—Mira—exclamó de pronto, en voz ronca, y llena de odios, hasta parecer imposible que pudiese salir de aquella garganta delicadísima—te lo diré... y que no miento, ya tú lo sabes; yo no sé de qué modo querrán las demás mujeres, ni como quiero yo, ni me hace falta saberlo tampoco; yo solo sé, que quiero á Paco debajo de tierra, antes de verle con otra. Paco dice que yo quiero como una fiera y que tú quieres como una mujer. Las fieras son así; las mujeres, yo no sé cómo serán.

—¿Y dejarías que le matara?

—Le mataré yo misma si él no se atreve.

Y al fiero arranque de Pepa, al decir sus últimas palabras, Pola comprendió su locura. Lo recordaba bien entonces: parecía escuchar la voz rugiente de

Pepilla: «¡Mátalo! ¡Mátalo!» «¡Ah, Dios mío!» Y sin acordarse ya de Pepilla, ni de Frasquito Cruz, sentóse como desplomada junto á la mesa, cruzó los brazos sobre el tablero, hundió el rostro en sus brazos y sollozó allí amarguísimamente: á un lado y otro, destacábanse las figuras de Pepilla y Frasquito Cruz, como los dos siniestros fantasmas de su destino, contra el que le era imposible luchar: allí estaban los dos, inmóviles, sin compasión, sin entrañas, él con su cuchillo de ancha y larga hoja, y ella con su mirada, más siniestra, más fría que la hoja del cuchillo.

Levantó Pola la frente; habíase resignado.—Pues bien,—dijo,—no le matareis, no, porque no seré suya; le diré que me deje, que se aparte de mí, ó yo me apartaré de él; tú,—añadió—con seguridad prefieres su muerte; yo prefiero que viva; yo no sabía cómo quiere una fiera y tú me has enseñado; yo también te enseño; ya sabes cómo quiere una mujer.

—¡Pola!—exclamó Frasquito desgarradoramente.

—¡Ah, dijo Pepilla triunfante!—Y después, con dolorosa ironía, más terrible y más intencionada que al principio, como si no se aplacase su rabia con el triunfo, añadió lentamente:

—¿Y no te quedará ningún consuelo?

—¿Pues no lo sabes ya? ¡Ese!—gritó Amapola con la arrogancia de su sacrificio: el de haber probado que una mujer tiene más corazón que una fiera. Tú, por no sufrirme, quieres matarlo: yo, porque él no sufra, lo sacrifico todo y hasta daría mi sangre porque vol-

viera á quererte. ¡Si él te lo dijo! ¡Ya vés tú si nos conocel

¿Cómo se puede alcanzar un triunfo sufriendo tanto, como con la caída más humillante? Esto ocurrió á Pepa. Su desgracia consistía en comprender la magnitud del sacrificio de Pola, y no tener ella corazón bastante para realizarlo. Se acercó á su rival y le dijo en voz baja, rencorosa, silbándole el aliento, como si hubiese sido cada palabra una blasfemia:

—Quisiera amarte, porque tienes más corazón que yo; pero por eso mismo, cuanto más quiero amarte, más te odio.

Pola quedó impasible, como hundida en el abismo de su propio dolor.—Vete, ¿á qué hablar más?—díjola, y le volvió la espalda.

—Sí, me voy,—murmuró Pepilla;—no la quiero matar; tiró de Frasquito Cruz.—Vámonos, vámonos, —repetía.—Salieron; ya en la calle, detuviéronse, ocultos en la sombra. Pepilla dijo entonces rápidamente:

—Hay que esperar; esta noche ha de ser. ¿Entiendes? Comprometiéndola... ¿Lo oyes? Comprometiéndola, es como esto se acaba.



XXIX

DONDE Á FELIPA SIN QUERER SE LE ESCAPA EL ALMA,
Y DONDE EL LECTOR VÁ ENCONTRANDO YA
EL PRINCIPIO DEL FÍN.

¿Qué iba Pola á decir á Paco? Dispuesta ya al sacrificio, había que hacerlo. Hubo un segundo en que pensó contarle lo ocurrido. Pero ¿qué iba á lograr? ¡Ah! No conocían á Pepa como ella la conocía. No conocían á Frasquito Cruz.

Se levantó nerviosa, febril; acordábase de su felicidad momentánea, de sus grandes ilusiones, cuya realización había entrevisto solamente, y un frío pavoroso hacía-la estremecer, como al contacto del cuchillo de Mecha.

—¡Esta sí que é jotral!—gritó Felipa metiéndose en la sala como un rayo.—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Quién vino? ¿El abuelo? ¿Por qué se abrió la puerta?

Pola no contestó; corrió á la gitana y preguntó anhelante:—¿Y Paco?

—Conmigo, pero se entretuvo un poco, porque le pareció ver á Pepilla. ¿Quién estuvo aquí? Habla.

—Nadie, déjame; dile á Paco que no venga.

—¡Que yo le diga eso! ¿Pero tú estás loca? Lo encontré y tó me lo ha contaó; le hice que se viniera conmigo y que dejara á tu abuelo; á tu abuelo no le pasa ná. ¿Quién abrió la puerta?—Y Felipa miraba á su alrededor con profunda inquietud. Se iba á sentar, rendida, estenuada; pero detúvose, con los ojos fijos en Amapola, y se conocía el terror supersticioso que se pintaba en sus movibles facciones. Pola decía febrilmente:

—Pues no y no; no quiero hablar con él; dime loca, dime infame, dime lo que quieras, pero que yo no le vea más; no, no quiero verle; no quiero hablarle.—No pudo resistir ya, y apoyando la cabeza sobre el pecho de Felipa, añadió entre sollozos profundos:—¡Ay Felipa de mi alma, nadie tiene compasión de mí!

¡Ah, pobre Felipa! Miraba á Pola desoladamente, como si viera á sus piés, derrumbado, un lindo castillo de sueños. Pero no era carácter el de Felipa para permanecer en la incertidumbre más de un segundo.

—¡Si yo me lo estaba temiendo!—exclamó arrebatadamente;—pero criatura, ¡cuenta siquiera lo que pasó!

Paco entraba entonces... Se detuvo y quedó allí como espantado, por el presentimiento de lo que iba á saber. Pola repetía:

—¿No te digo que no quiero verle? ¿Que no quiero hablarle?... Dile por Dios que se vaya.

Adelantó él entonces.—Ya no puede ser,—dijo;—ya estoy aquí.—Pola le miraba á través de sus lágrimas; estaba muy pálido; parecía un muerto.

—Me dijiste que me querías; yo no lo creí; era un goce muy grande... Me iré ahora mismo, pero escucha bién esto, Pola: cuando estabas, hace poco, tan alegre, de rodillas, junto á mí, por algo sería; cuando ahora me tiras á la calle como á un perro, por algo será. ¿Qué pasa aquí entonces? ¿No te dí bastantes pruebas de mi cariño? Pues yo te daré otras; yo seguiré dándotelas, hasta convencerte y rendirte. ¿No hice ya bastante para pagar mi ofuscación con Pepilla? Yo haré más; que por mucho que haga, siempre será poco para lo que tú mereces y vales. Pero te pido en cambio una sola cosa: ya que no sea cariño, claridad siquiera, para poder entenderte.

—¡Séneca!—gritó Felipa en una explosión de entusiasmo.—¡Eso sí que es parlá! Y después, poniéndose las manos en las caderas, añadió ágriamente, dirigiéndose á Pola:—¿Y qué tienes tú que decir?

Pola no había levantado los ojos; no hubiera podido sostener la mirada de Paco.

—Nada tengo que decir—contestó;—que me perdonen, si dí alguna esperanza; estuve loca.

—¡Pero si no es posible! ¡Si no puede ser!—rugió el hombre, cogiéndola bruscamente y cimbrándola como una pluma.—¡Si estoy acordándome! ¡Si me acordaré siempre! ¡Si has estado abrazada á mí! ¡Si siento en mi boca el calor de tus besos y en mi corazón el fuego de tu sangre! ¡Si te he visto de rodillas delante de mí, como mi madre se ponía de rodillas delante de Dios, en la iglesia! ¿Qué es esto? Ni estabas loca, ni lo estás... Y

quién sabe... quién sabe si en este momento, no es cuando te doy la prueba más fuerte de mi cariño, con solo no entender lo que dices y cuando no me la estarás dando tú á mí, con decir solamente lo que estás diciendo...—Y aplacándose de pronto, añadió en tono que fué gradualmente amargo, persuasivo, dulce, hasta ahogarle la pena, como si las lágrimas le impidiesen concluir.—Porque yo no soy sabio, Pola; pero sé que para todo tiene que haber motivo en la vida, como tiene que haberlo también para que me veas aquí penar de este modo, sin que tu corazón se parta de pesadumbre... Y si no fuera porque no está bién que los hombres se echen á llorar y no supiera uno tragarse el resuello, verías ahora mismo cada lágrima como el puño escapándose de este corazón que sin piedad me rompes.—Y lloraba, lloraba... ¿Hay cosa más fácil que las lágrimas en los verdaderos hombres? Pola desfallecía. La voz de Paquiro le llegaba al corazón, retorciéndoselo, arrancándoselo.

—Pola, hijita—clamaba la gitana, con su voz más dulce—vuelve en tí, mujé.

—Pola... Pola—repitió Paco ahogadamente. Quiso cogerla una mano, pero Amapola le rechazó; no habló; no pudo hablar. Él la miró como si agonizara; no hubiera podido decir qué era más grande: su asombro ó su pena. Pola permanecía silenciosa.

—No me has dicho nunca—exclamó él—lo que con ese silencio espantoso estás diciéndome. No, no hables. ¿Qué importa, si yo escucho lo que dices en voz muy

alta, dentro de ese pecho que no se lastima de mi sentir? ¿Hice una mala cosa? Pues la pago; pero lo que queda aquí, en el fondo de este corazón mío,—añadió golpeándose el pecho con generoso ímpetu—eso, tú no lo vés. Acuérdate de lo que hice porque me perdonaras; de lo que hice porque me quisieras; de lo que hice por levantarme hasta tí, de tan hondo como había caído... y de lo que haces tú ahora echándome otra vez abajo, donde está para mí la muerte, porque tú no estás conmigo; tú, que eres la respiración de mi pecho y la luz de mis ojos y la gloria de mi vivir.

Amapola avanzó como para arrojarse en brazos de Paquiro; así lo creyó él, durante un segundo; así lo creyó Felipa; pero se detuvo aterrada, vacilante; le faltaron las fuerzas; había creído ver brillar ante sus ojos, rápidamente, la hoja de un cuchillo.—No, no—gritó, horrorizada, retrocediendo hasta la alcoba. Entró y cerró la puertecita de cristales. No podía más.

Paquiro fué á lanzarse tras ella, pero le detuvo Felipa.—¿Qué es esto?—gritó entonces á Felipa, centelleantes los ojos por la calentura.—¿Qué le pasa? ¿Estamos locos? ¿Lo está ella? Dímelo tú, si ella no me lo dice...

—Aclarádselo vos, compadre, que teneis la boca á mano—respondió Felipilla, en un estallido.—¿Qué diré yo, si no sé una palabra?

—Entonces, ¿es un sueño?—prosiguió Paco, rechinando los dientes de coraje y dolor.—No, un sueño no, una pesadilla, donde yo solo veo una noche muy ne-

gra, y á Pola muy lejos, y á Pepa entre nosotros, y á Frasquito Cruz detrás de todo eso, ó delante, amenazando siempre... Pero digo que mi mal sueño se acaba, en poniéndome yo delante de Pepilla, y de Frasquito Cruz primero, y que será esta noche, y mejor que esta noche, ahora mismo, que voy á buscarlo.

Fué á lanzarse á la escalera, pero Felipa se avalanzó á él y le contuvo nuevamente, con gran esfuerzo, diciéndole á la par, en voz quejumbrosa:

—Cálmate, hombre, que ere jun águila. Cálmate y escucha un consejo.—Paquiro no respondía; luchaba con fiereza por soltarse; allí demostró la muchacha su poder y bravura; era la misma chiquilla; con músculos de acero, que se avalanzó á Frasquito Cruz y luchó con él fieramente la tarde en que Paquiro cayó á su infame golpe. En la lucha terrible que estaba sosteniendo ahora con Paco, él para salir y ella para detenerle, veíase la ceguedad del bruto y la impávida valentía del mártir: soltóse Paquiro al fin y la muchacha cayó al suelo. ¡Así cayó también cuando Frasquito Cruz se lanzó sobre Paco! Estaba sin fuerzas, rendida, exánime; pareció como que empezaba á sentir en aquel punto los golpes de Alcuza, el cansancio de su loca carrera para buscar á Paquiro, el abatimiento de la lucha que con éste acababa de sostener y las sensaciones de aquella noche terrible. Iba á salir Paco, pero lo que no pudo antes la gitana con toda la fuerza de sus músculos, lo logró con pronunciar el nombre de Paco solamente. ¿Qué desgarrado acento halló su alma al pronunciar

este nombre que Paco volvió corriendo y la ayudó á levantarse?

Fué un segundo; no hablaron; bastó una mirada. Mientras la levantó Paco, pudo ver su rostro iluminado entonces por la luz del quinqué, y leyó en aquel rostro, bronceado y cadavérico, como si leyera en su alma, libro misterioso, abierto para él, de repente. Sintióse sobrecogido, aplanado; una turbación dolorosa se apoderó de todas sus facultades; nunca pudo considerar en toda su grandeza lo que valía aquel mísero sér; hasta entonces, no pudo fijarse tampoco en lo que hacía mucho tiempo se fijó Pola, aunque Pola no se lo hubiera querido confesar á nadie, ni aún á sí misma. Lo presintió, lo adivinó, lo comprobó Paquiro en un solo segundo; en ese segundo, pasó por el cerebro del hombre la historia entera de la vida de Felipa y el número infinito de veces en que recibió de la muchacha pruebas de amor hasta el sacrificio; recordó, detalle por detalle, todo lo que Felipa había hecho por él y por Amapola; se estremeció de admiración, comprendiendo que, lo que hacía la gitana por Amapola, no era por ella precisamente, sino por él, por Paquiro; se hizo cargo entonces de la abnegación de aquel alma, sacrificándose á todas horas por unir á su rival con el hombre adorado. Esta abnegación, este heroísmo, lo comprendía Paco perfectamente... Lo sentía, más bien que comprenderlo; llegaba todo al fondo de su corazón en aquel instante, como nos llega á las entrañas la sensación de un dolor, sin que sepamos por

qué poros se introduce, en traidor y misterioso silencio.

Por una inevitable influencia, cuando la mirada se cruzó entre ambos, aunque nada, exteriormente, reveló en el hombre el triste descubrimiento, ella, con su intuición divina de mujer, comprendió lo que había en el alma de Paquiro; fué inconcebible su espanto, al adivinar que había sido descubierta... «¡Y allá adentro, detrás de la puertecita de cristales, sonaban los ardientes sollozos de Amapola!»

Se soltó Felipa con violencia de Paquiro, diciendo con rapidez, sin mirarle:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!—Bajaron al taller, salieron; Felipa echó la llave por fuera.—Toma,—dijo á Paco,—no te vayas de aquí... De ese modo estará Pola segura... Es cosa de ellos... Mecha está en Sevilla... Eso es lo que yo sé, pero mi padre lo dirá tó; sí, sí, lo dirá...

Decía esto, nerviosa, anhelante, hervoroso el alienato, sin sentir los latidos descompasados de su corazón, ni el fuego de sus piés, ni los dolores agudos que la martirizaban.

—Pero vén acá,—exclamó Paquiro, cogiéndole las manos de pronto, cuando ya se iba:—¡Vén y dime como te pagará este pobre lo que por él haces!

Lanzó Felipa una exclamación, al sentir las manos de Paquiro, y contestó ahogadamente:

—Casándote con mi Pola y haciéndola feliz, con la ayuda de Dios.—Y echó á correr hacia lo hondo de la calle.

Habían andado algunos pasos; no pudieron ver por este motivo, dos sombras, que se destacaban sigilosamente de la pared, en el otro lado de la calle. Eran Pepilla y Frasquito Cruz.

Guareciéronse en el hueco de la puerta de una casa vacía, inmediata á la de Pola, y mantuvieron allí, en voz muy baja, este diálogo:

—Se ván; ¿te atreves ahora?

—Sí; ahora ó nunca.

—Pues anda, abre.

Abrió Mecha; entraron; Mecha fué á cerrar con llave.—No, no,—dijo Pepilla;—encajada, por si hay que salir de pronto.

Encajaron la puerta. Paquiro volvía entonces, tristemente; quedó silencioso y abatido, junto al escalón del taller. Nada pudo observar de la anterior maniobra. Pepilla y Frasquito hallábanse ajenos igualmente, de la proximidad de Paco. Paco se dejó caer en el escalón, confundido, lleno de terror, irresoluto; le abrasaba la calentura. Olvidó á Felipa completamente; solo tenía pensamiento y corazón para sus grandes dolores. ¡Ay, Dios, qué caro llegó á pagar su devaneo con Pepa! Con los codos sobre las rodillas, y la cara hundida en las manos, lloró en silencio. Quería abrir, quería entrar, quería ver á Pola nuevamente. Pero ¿y si Pola le rechazaba otra vez?... «No, no, porque me mataré entonces.» Y quedó allí, acurrucado, en el escalón.

El cielo estaba negro, sin una estrella; los faroles apagados; ni una luz lejana distinguíase; no se oía

ni un ligero rumor. Empezó á caer una lluvia muy fina.

Un hombre se destacó en aquel instante de la pared, de que habían parecido surgir, anteriormente, las figuras de Pepilla y Mecha; se echó al suelo, y llegó arrastrándose como enorme reptil, hasta la puerta misma por donde los otros acababan de introducirse, de la casa lindante con la de Pola. Seguía lloviendo, y el rumor del agua impedía escuchar, sin duda, su respiración formidable: al llegar á la puerta, empujó suavemente; cedió una hoja, y fué abriéndose, sin chirriar, con pavorosa lentitud, como fáuca terrible que se prepara en el misterio contra fantástico enemigo; ya que la abertura fué suficiente, siguió arrastrándose el mónstruo, hasta que se ocultó en el cubil. Era Cojo Garrote.

Poco después, oyéronse gritos ahogados; luego, un golpe sordo, como de un cuerpo al caer á tierra. Levantóse Paquiro de un salto, y puso atención, tembloroso, anhelante de ansiedad y duda.—No, no,—pensaba—estoy seguro; Pola nada tiene que ver con eso; eso es en la casa de más abajo.

Iba á aproximarse á la otra puerta, cuando oyó en la misma casa de Amapola gritos desgarradores, desesperados, agonizantes... ¿Qué decían aquellos gritos? Paco lo recordará toda su vida.—¡Socorro! ¡Socorro!—Era la voz de Pola.



XXX

DONDE BANDITA DÁ UN GOLPE DE ESTADO Y COJO GARROTE

UN GOLPE DE MUERTE.

Ahora vás á perdonarme, lector, si vuelvo atrás un poco, que así llegaré más claramente al desenlace: cuando Bandita dejó de hablar con aquel sugeto, y se aproximó á las mozuelas, estaba consternado; por más que quería tranquilizarse, le era imposible; sin ser mariposa había jugado con el fuego y se quemó las alas; aunque, si bién se mira, eran sus alas un tantico sucias y dignas de arder hasta la raíz.

Lo cierto fué que la pobre María consiguió sin pensar lo que no hubiera conseguido seguramente de habérselo propuesto con la resolución más firme. Su juventud, su donosura, la sal y picardía que se desparramaban de toda su persona, como trasminante perfume, dilatando los pulmones, cualidades fueron, de las que Bandita se prendó altamente. El pillo tenía buen ojo; comprendió que la muchacha jamás estaría

á su lado en aquel asunto; por otra parte, aquello no le desconsoló; no le sabía mal que su novia fuese un almaza de Dios, sin pizca de malicia, á pesar de su exterior, indómito y picarezo; se habituó á ella muy pronto; fué tomando cariño al agreste y sano perfume de aquel capullo de flor de los corrales de Triana; comprendió también que tendría más perjuicios que ganancias en el asunto de Mecha, porque perdería el cariño de su novia; presintió á la par que era aquél un negocio malo; todas estas inquietudes se agrandaron, se multiplicaron en su imaginación, al oír á María y Percales en la taberna, y al saber que Paquiro entenderíase probablemente con Pola aquella misma noche.

Se le encogió, se le atragantó el alma; no podía resistir á nadie, ni resistirse él. Un psicólogo hubiera dicho que el corazón, el alma, las potencias todas de Bandita—que había sido malo siempre, por inclinación, por vocación y por devoción—estaban luchando á brazo partido con el primer remordimiento. Pero ¡venga usted ahora con psicólogos! Lo que tenía Bandita era un miedo formidable á que su novia le diese de golpe, con la puerta en las narices, cuando barruntara apenas la índole del sugeto que le salió al camino.

Al camino, sí. Pero el mozuelo se perdía de vista y afilaba hasta cortar el aire. Con un poco de voluntad y otro poco de temor tuvo suficiente; cantó de plano y curóse en salud... Era lo que quería; sacar fuerzas de flaqueza; las sacó al fin, apretó el corazón y los puños, se cuadró de pronto en el camino, allí, en la misma

puerta de Jeréz, por donde iban entonces, volcó su costal, y las mozuelas, aterradas, oyeron este trozo escogido de literatura:

—Ea; aquí llegó Cristo y de aquí no pasó... Y que no me chisten mientras yo tenga la palabra, pues si yo callo, no seguiré ya, porque la vergüenza y el mío ván á comerme. Señoras y señores... Es decir, señoras solo, que con estos percances tiene uno la cabeza mandá á componer; aquí ocurre lo que voy á decir, y si no es la fija, que la tierra se abra y me trague; ocurre que Alcuza, un individuo que ustés conocen, quiso que yo le ayudara en cierto trabajo. Por mi salú tengo que jurar aquí, y por la salú de ésta—señalando á su novia con ademán regio—que yo no sabía *ache* ni *bé* de lo que el asunto era, sino que quise servir á un amigo.

—¿Tú amigo de ese hombre?—Hizo María con tal horror la pregunta, que se estremecieron hasta las entrañas del Bandita.

—Los hombres son amigos de los hombres y están pa servirse—afirmó el pícaro con una tranquilidad muy torpemente fingida;—y á mí no me interrumpe nadie cuando yo esté hablando cosas de razón y bién sacás de la cabeza... ¿Están ustés, señoras?

Lo que estaban las señoras eran locas de curiosidad y miedo; María sobre todo.

Lo que yo tenía que hacer—prosiguió Bandita resollando dificultosamente—era buscar con mucho aquél que «la señorita Carmen, alias la Pola... y demás pormenores» se quedara sola en una cierta ocasión, quitán-

dole de al lado figuras decorativas, con el alto fin de que no la vieran de hablar con *uno*... Y eso fué lo que hice. —Tartamudeó entonces Bandita; no sabía por donde seguir; como se quedasen mirándole aturdiditas las dos muchachas, hizo un esfuerzo prodigioso para tragar resuello, y pudo continuar, pero con mucho menos ardor:

—Alcuza me dijoo, dicee:—¿Tú quíeres ayudarme? —Y yo le dijeee, digoo:—Yo quiero.—Entonces Alcuza me contó en *Almafarche* que los santos *aláteres* que había que quitar al altarito de la virgen de la Pola, eran Felipa, María de la O, el tío Berrinche, Cojo Garrote, la mar, el fin del Universo. Había que poner á Mecha juntito de la Pola, sin que ni el aire se percatara. Puesto ya en pormenor, de quien primero eché mano fué de ésta que está aquí, metiéndome el resuello pa adentro con su penar, y ahogándome con esos ojazos mojaos en lágrimas, como dos arco iri, que relucen entre el agüita que del cielo cae. De quien primero eché mano fué de ésta, porque fué la primera que me trompezó... ¡Maldita sea! ¿De qué sirvió mi trabajo? De ná, que yo procuré quitar estorbos de en medio, pero no había conta con uno que es el peor. Al tío Berrinche lo entretiene Alcuza; Felipa está en su casa, ustés conmigo, Pola allí, solita, en su solo cabo... Pero ahora resulta que Mecha irá á casa de Pola, que Paquiro irá también y que vá á armarse allí la de Dios es Cristo. Yo no conté con eso... Ea, se acabó: á ésta me agarré pa engatusarla, pero ella fué la que me agarró y me engatusó á mí; lo que empezó en broma, acabó en veras; si no

es verdá que mal rayo me parta, y aquí estoy pidiendo por Dios que me peguen cuatro tiros, pero que no me quiten á mi Mariquilla, porque le meto mano al mundo y me lo como.

María no dijo nada; estaba llorando, loca de dolor. Percales soltó por su lindísima boca un terno como un demonio; se puso en jarras y amonestó fuertemente á María: «Menos lloriqueo y á llegar pronto á casa de Pola; lo que hacía falta era evitar un lío.»

Corrieron al taller; á la salida del puente los encontró Felipa; Felipa se enteró en un segundo; cogió á Periquito Ruíz y le habló bién y pronto: «Si era verdad todo aquello y quería ganarse otra vez el cariño de su novia, que fuera como una bala al cuartel de la guardia civil; que dijese allí que Frasquito Cruz estaba en Sevilla, y podían cogerlo en la fragua del tío Berrinche; era bastante; en el cuartel conocían á Mecha de sobra, y esperaban el aviso de un momento á otro.»—Acabó Felipa y Periquito Ruíz salió á escape.

—Vámonos,—decía la gitana, partiendo la primera—vámonos; verán ustés como Dios querrá ahora que lo trinque la guardia civil... y así acabó pa siempre Frasquito Cruz, álias el Mecha.—Pero cerca ya del taller, hízose esta pregunta, loca de terror:

—¿Y Paco?—No distinguía á nadie por allí.

Llegaron. La puerta estaba abierta de par en par; el taller á oscuras. Arriba, oyéronse de pronto, exclamaciones de cólera, ayes, gritos... ¡Dios santo!... ¿Qué pasaba arriba? La gitana se santiguó apresuradamente,

lanzándose al taller y precipitándose por la escalera seguida de las otras.

Entró Pola de nuevo en la sala después que hubieron salido Felipa y Paco. «¡Todo había concluido y era imposible el remedio!»

Cerró la puerta y fué á la ventana, aquella ventana donde tantas veces contempló á la luz de la luna los tejadillos desiguales, cubiertos de jaramagos.

Se retiró de la ventana sin acordarse de cerrar. «¡Sí, sí, todo había concluido! ¡Sola... sola para siempre! Lo peor no era eso: Paco, desesperado, loco, irridísimo contra ella, era posible, seguro casi, procuraría olvidarla con el amor de otras mujeres... ¡Con el de Pepa quizás! ¿No era horrible todo aquello?» Y se quedó allí, de pie, inmóvil, aterrada, vencida. Se sentó luego junto á la mesa; lloró nuevamente y rezó á la Virgen para que no la desamparase. «Ella sufriría, pero ¿qué era su dolor con tal de que Paco viviera?»—¡Ah!,—dijo, sin poder contenerse, en un arrebató de aquel dolor inmenso;—no le matarán, pero ¡qué caro me cuesta! ¡Madre de mi vida! ¡Yo le querré siempre... y que él haga lo que Dios disponga!

En aquel instante un bulto informe se destacó en el fondo de la ventana, aproximándose á ésta por el tejadillo; luego fué dibujándose en el hueco una figura horrible, como la de un demonio abortado allí por la noche; con silenciosa agilidad trepó el alféizar y se deslizó en la sala hasta ponerse detrás de Amapola.

Ella no le sintió, hundida en su grán pesadumbre. El horrendo espectro era Frasquito Cruz. Lo último que Pola habló, lo había oído él, perfectamente, desde la ventana, al mismo tiempo de asomarse. Quedó un momento detrás de Pola, como recogida la idea en un éxtasis indefinible. Pola, encorvado un poco el enérgico busto, con la cara oculta en las manos, lloraba en silencio. Frasquito, ansioso, convulso, aventando la nariz como león hambriento, á la vista de la carne, contempló la estrecha cintura de Pola, el ancho busto, la nuca blanquísima; chispearon sus ojos, chascó la lengua... «¡Al fin! ¡Al fin!» Con el ímpetu formidable de su condición feroz, lanzóse sobre Pola, diciendo roncamente:

—Paco será pa Pepilla y tú serás pa mí.—Lo que ocurrió desde entonces, fué inmenso, terrible, rápido; Pola revolvíase como una serpiente en los hereúleos brazos de Frasquito; él intentaba tapar su boca un segundo para que no gritase, y ella desprendíase de la nervuda mano en una feroz sacudida para gritar otra vez y caer de nuevo bajo la garra; no era ya un hombre, era un mónstruo; la materia imponíase brutalmente en aquel organismo grosero; tratándose de su amor, no había raciocinio en él; no había noción de las cosas; olvidó el lugar, el peligro, el escándalo; era la bestia queriendo saciar su hambre, más voraz cuanto más obstáculos encontraba para saciarla; más rabiosa cuanto más ardiente era la lucha que tenía que sostener para vencerlos.—¡Socorro! ¡Socorro!—gritaba Pola destrozándose por desasirse de Frasquito.—Calla—ru-

gía él—calla.—Revolvíanse los dos, feroces, estertorosos; cayeron á tierra, en el tremendo pugilato; se revolcaban allí, ella, con la ropa hecha girones, medio desnuda, suelto el cabello; él, frenético, loco, más temible, por el mismo frenesí que le producía el contacto solo de aquella carne adorada. Hubo un segundo en que Pola se vió perdida; en que Frasquito entrevió el cielo de que jamás tuvo idea; ella lanzó un rugido de leona, que hizo estremecer hasta el alma misma del condenado; este instante, veloz, de duda en la bestia, fué suficiente para que Pola se desprendiese, encogiéndose en un arranque poderoso, y deslizándose bajo su cuerpo, como el sol cuando se filtra por un resquicio. Fué todo rápido, como la luz al hacerse; como el pensamiento al surgir; al propio tiempo se oyó una voz formidable; la voz de Paco:—¡Pola! ¡Pola!—Crugió luego la puerta á un tremendo empuje, se abrió con estrépito, y Paco, en el umbral, jadeante, feroz, blandiendo su cuchillo, gritaba, aludiendo á Mecha:

—¡Ah, por fin te tengo!—Pola, se arrojó en sus brazos.

—¡Tuya! ¡Tuya siempre!—repetía con explosión;—me amenazaban con matarte, y por eso fingí no quererte. ¡Tuya! ¡Tuya!

—¡No!—rugía Mecha,—¡no!—Fué á lanzarse sobre Pola, pero se sintió cogido fieramente. Fué Felipa, que acababa de entrar. Percales y María de la O, pedían socorro. ¡Qué momento! Reprodújose la escena del *Cuartelillo*, en aquella horrible tarde, en que Paco y

Pola cayeron juntos. No, pero Pola no estorbaba entonces á Paquiro; Pola estaba dispuesta á morir por él; ya no habló; ya no gritó, esperando anhelante el resultado de la lucha de Felipa y Frasquito Cruz, sin separarse de Paco, no para tener defensa, aunque esto pareciese, sino para acudir á la de Paco si era preciso; y dar su vida por él, antes siquiera de que el aliento de Frasquito Cruz le tocara; no quería la muerte de Paco; pero no quería tampoco que Paco se manchase con la sangre del vil.

—¡Ah! ¡Si yo me lo sospeché!—rugía Paquiro, rodeando con el brazo izquierdo la cintura de Pola, y blandiendo el cuchillo en la mano derecha.—¡Si el corazón también habla! ¡Si sus gritos son grandes algunas veces, hasta llegar al cielo! ¡Mía!... ¿Lo oyes bién? ¡Mía! Lo acaba de decir. ¿La quieres tú? Suéltalo, Felipa; suéltalo y que venga por ella.

Frasquito se soltó. ¿Qué poder hubiera logrado retenerle entonces? Se lanzó al grupo de Pola y Paquiro, frenético, formidable; las mujeres de la puerta cerraron los ojos, horrorizadas; Felipa, gimió sin poderse levantar. Pola, lanzó un grito y cubrió con su cuerpo el de Paco. ¡Qué hermosa estaba, presentando su busto, con los brazos abiertos, delante del hombre querido! El golpe fué recto al corazón de Pola, sin que Mecha se hiciese cargo, en su locura, de lo que hacía... Iba á caer ya el cuchillo; iba á hundirse en la carne... Pero al mismo tiempo, se recortó en el hueco de la ventana, abierta de par en par, otra figura, negra, horrible; se

oyó una voz poderosa, como envuelta en un feroz resoplido:—¡Aguarda!—dijo aquella voz; se alzó un brazo de la tremenda sombra, el brazo disparó una maza enorme, que silbó pavorosamente; Mecha lanzó una maldición y cayó de espaldas, sin herir, con el cráneo despedazado.

María de la O y Percales permanecieron inmóviles de horror junto á la puerta. Pola comprendió al momento: su salvador fué Cojo Garrote; el martillo de forja había desenlazado el drama, inesperadamente. Al ver á Paco libre, viéndose libre también, su alma pareció escapársele ya, y cayó sin sentido en brazos de Paco.

Cojo Garrote saltó á la sala y corrió á Felipa, levantándola dulcemente, más dulcemente de lo que hubiera podido esperarse de sus maneras de oso sin domesticar. Felipa se incorporó con su ayuda, y le dijo en voz baja, dulcísima:

—Me has ganao: pa tí soy.—Cojo Garrote gruñó.

María y Percales dejaron de gritar, pidiendo auxilio; hubo una pausa de estupor silencioso; fuera, oíase el rumor confuso de pasos, de voces, como de gentes que se acercaban, y el otro ruido, igual, monótono, del agua de las canales, al chocar tristemente en las piedras.



XXXI

¡ASÍ ES EL MUNDO!

La noche misma del trágico suceso, llovió torrencialmente, sin cesar, como no había memoria de que hubiese llovido en Sevilla; en los días que siguieron, ocurrió lo mismo; empezó la inquietud del vecindario; muy pronto llegó la alarma; el Guadalquivir crecía con rapidez aterradora.

Cesó el mal tiempo, pero Sevilla habíase convertido en una laguna; el Guadalquivir abrió brecha por algunos sitios; no bastó la vigilancia, fué inútil el esfuerzo de los sevillanos, inútiles los grandes muros de madera, puestos en las bocas de calle por donde más pronta creíase la invasión del enemigo. El río crecía, crecía; no siendo ya suficiente su cáuce para contenerlo, lo invadió todo; el Guadaira entró también en Sevilla, ayudando al Guadalquivir en su obra destructora; el Prado de San Sebastián convirtiéndose en un lago inmenso; la Alameda de Hércules, en un estanque rarísimo; y

era un cuadro muy original, ciertamente, la contemplación de las barquillas que paseaban á los curiosos y desocupados, á la luz de la luna, entre la risa, la chacota y los retruécanos de mozos y mozuelas.

El barrio de Triana, como siempre, fué en esta ocasión el más castigado; allí fué donde la calamidad, revistió caracteres más lúgubres. Pero por muy alegre que el pueblo de Sevilla sea, por mucho que tarde en comprender que la muerte ha de venir también á clavar en nuestro cráneo las puntas horribles de sus dedos agudos; por muy laboriosamente que realice la transición al llanto, desde esa carcajada feliz que parece eterna, Sevilla llora estas hecatombes; Sevilla lanza su grito de dolor que no se escucha; lanza su grito de dolor, sin que nadie cauterice con grán energía, de una vez para siempre, esa llaga de su corazón... Ni hombres, ni corporaciones, ni gobiernos, estos gobiernos, rojos, blancos ó azules, lepra incurable de España, que arroja á la Nación fuera del círculo de las demás naciones europeas, como se arroja al leproso, allá, á su lazareto, para que no nos contagie.

Esta vez, como otras muchas, el agua llegó en Triana á los balcones; los barcos recorrían las calles, con algunos hombres generosos, que daban una limosna ó salvaban á una víctima; el Viático tenía que entrar por los balcones para llegar al moribundo; por los balcones era preciso sacar á los muertos; tenía noticia á cada instante, de una casa que se hunde, de un modesto capital que se pierde, de un pobre niño que se

ahoga en su cuna... Y el río deslizándose... Deslizándose siempre, hinchado, enorme, feroz, pareciendo imposible que hubiera mar bastante para tragarlo... Deslizándose siempre, y destruyendo con su lengua poderosa, que se extendía á un lado y á otro, casas, hogares, haciendas, vidas, y allá, en Triana, las olas de color de sangre, subiendo, subiendo siempre también, aislando el barrio, aislando las casas, como si cada una hubiera sido un ataúd: eran las aguas, como un demonio malo, que todo lo envuelve en su mortal caricia; aliento de tragedia respirábase bajo aquel cielo esplendoroso, y el espíritu estremecíase al oír aquellos gritos desgarradores de las madres que pedían pán para sus hijos; al ver aquellas manos descarnadas, tendidas rígidamente para coger el pán que no existía; al ver, en fin, flotando en todas partes, aquellas banderas negras, con solo esta inscripción:—¡Pán! ¡Pán!

Abrió Pepa los ojos. ¿Dónde estaba? ¿Qué lecho era aquél? Tenía á Percales junto á la cabecera, mirándola con ojos piadosos. Bién... ¿Para qué iba á preguntar? No era necesario; lo sabía perfectamente; lo había comprendido. En el primer instante, creyó que era una pesadilla, un espanto más, de aquellos sueños dolorosos que había tenido; pero se convenció, era realidad, una realidad muy triste; la habitación, los muebles, la cama, las sábanas en que se envolvía, todo era de Amapola.

Percales la llamó con dulzura. Pepa no contestó. Pasaron horas; de vez en cuando, abría Pepa los ojos

con lentitud, aquellos ojos, que parecían entonces, más que nunca, abismos negros abiertos en su cara; fijábalos en Percales, hasta que bajaba los suyos; cuando Percales alzaba la cabeza para mirar á Pepilla de nuevo, encontraba otra vez los párpados unidos y las hermosas pestañas cruzadas, sin notar en Pepa un movimiento, sin oír su respiración; parecía una muerta; una triste y hermosa muerta.

Pasaron días; por fortuna Pepa, no se negó á tomar el alimento que su amiga ofrecíale, con una sumisión adorable; pero sin hablar, sin hablar nunca, fijando siempre la mirada misteriosa de sus ojos hundidos, en los ojos de Percales, llenos de lágrimas. Cierta día, señaló con sus dedos afilados un espejo que colgaba de la pared. Percales, comprendió al punto, y se hizo la desentendida, después de titubear un poco; pero Pepa, habló por primera vez, para decir en tono impaciente: —Tráelo.

Descolgó el espejo Percales y se lo entregó. Pepa vió en el espejo sus ojos hundidos, sus labios quemados por la fiebre, las manchas que afeaban el antes igual y delicioso color moreno. ¿Dónde, grán Dios, estaba aquella suave carnosidad de su garganta? ¿Aquel color limpio y sano de su piel? ¿El brillo de sus ojos? ¡Entre las pesadas guedejas de sus hermosísimos cabellos negros, se veían algunas canas! Estuvo contemplándose largo rato, y pensaba á la par, en las veces que, en aquel cristal mismo, habríase reflejado la imagen de Pola, resplandeciente de juventud y gracia.

Devolvió el espejo silenciosamente; Percales lloraba como una Magdalena; cuando Pepilla le dió el espejo, cogió á Percales de una mano, tiró de ella con suavidad, atrajo á la muchacha hasta hacer que se inclinase, y rodeándola con sus brazos el busto, la besó dulcemente; la besó y la dijo, con una ternura que jamás se había notado en ella:

—¡No llores, hija!—Percales estalló en sollozos.

Cuando pasó aquella explosión de sus nervios; cuando estuvo ya más serena, sonrió Pepilla con dulzura, dándola á entender que quería descansar. Se volvió hacia la pared, y Percales sintió que lloraba: efectivamente; lloraba, y era el suyo, uno de esos llantos sin consuelo, en que el alma, después de largo batallar, se confiesa vencida. ¡Todo, todo acabó!

Fueron sorprendentes, desde entonces, la dulzura y la resignación de Pepa. Fué animándose, fué adquiriendo brío; la ayudaba á vestir Percales; apoyándose en su brazo andaba un poco por la habitación; una tarde, la sentó allí, junto aquella ventana, donde Amapola tantas veces se había entregado á sus sueños, con la vista fija en los tejadillos cubiertos de jaramagos y líquenes.

Percales no la perdía un punto de vista; creyó advertir que su frente se anublaba; no pudo observar más, porque Pepa inclinó la frente y ocultó la cara entre las manos.

—¿En qué pensará?—Decíase Percales.—Pensaba en su última entrevista con Pola, en Paquiro, en Me-

cha... ¿No era por aquella ventana por donde Mecha hubiera tenido que entrar una noche para sorprender á Pola, deshonorarla y hacerla imposible para Paco?... Fué acordándose de todo... De repente miró á Percales como interrogándola. Percales se aproximó con timidez, no atreviéndose á desplegar los labios, ejemplo singularísimo de delicadeza en esas clases populares, sin educación, que piensan y ejecutan por instinto. Entonces, Pepilla, preguntó temblorosamente, en voz muy baja:

—¿Qué es esto? Dí: ¿Qué es esto?

Si Percales hubiera sido muda, revienta. Estalló entonces y su palabra fué un torrente:—¡Josú, sija, gracias á Dios que te oyen el metal de la voz! Esto es, que vino la Guardia civil, pero no se llevó á Mecha, que se llevó á Cojo Garrote, por haber matao á Mecha.

Pepa quedó suspensa, muda, mirando á Percales con ojos de asombro.—Sí, señor, Cojo Garrote,—repetía Percales,—mató á Mecha en el instantico en que iba á cozer á puñalás á Pola y á Paco, á traición, por supuesto, para no perder la costumbre. ¡Ay, hija!—Y Percales se llevaba las manos con horror á la cabeza al recordarlo. «Parecía que lo estaba viendo asomar por la ventana como un demonio con el martillo levantado.»

—¡Por la ventana!,—murmuró Pepa con estupor.

—Por la ventana, sí,—repitió Percales ardientemente...—¡La que hubo aquí, grán Dios! Los civiles cogieron á Cojo Garrote; ya se iban; pero dijo enton-

ces, medio gruñendo, medio hablando, que había otra cosa que hacer antes en la casa de junto; fueron los civiles, y te encontraron allí, en un corredor, tendida cuan larga eres, y medio ahogada de los dedos de Cojo Garrote. El angel de Dios no entendía de chiquitas.

«Sí, sí, Pepa estaba recordándolo; dejó ir delante aquella noche á Frasquito Cruz, en la casa vacía, para que se subiera por los tejadillos á buscar la ventana; ella iba detrás para convencerse, para animarle, si se arrepentía; de pronto la cogieron por el cuello, perdió la respiración, perdió la vista y cayó sin sentido.»

Percales seguía hablando:—¡Luego decían que Cojo Garrote era tonto! ¿Por qué no le metían un dedo en la boca? ¡Sí, tonto! Bien lo expresaba él á su manera; en la calle pudo haberse puesto ya delante de Mecha y Pepilla; no lo hizo, temiendo que acudieran los vecinos y que Mecha se le escapara entre el barullo. Además, no sabía lo que Mecha iba á hacer, y era lo que más le encargó Felipa.

—¡Felipa!,—repitió Pepa maquinalmente.

—Felipa, sí, Felipa. Paco oyó los gritos; subió como un demonio, porque se había quedado en la puerta mientras iba Felipa á buscar á su padre. ¡Allí fué ella! ¡Dos lobos feroces!... Pola en medio... Entra Felipa y sujeta á Mecha; Pola sujeta á Paco; vá Mecha y se suelta de un tirón, se cae Felipa, Pola se pone delante de Paco... Mecha vá á hundirle el cuchillo. ¡Qué horror! Cojo Garrote entra en esto por la ventana; enseguida ¡púm! el martillo por el aire. Hija, pero ¡qué

pulso! Parecía que el angel de Dios se pasó toda la vida rompiendo cabezas. ¡Y con qué suerte! En cuanto se supo quién era Frasquito Cruz y la buena acción que hizo Cojo Garrote con Pola y Paco quitándole del mundo, lo dejaron suelto. Felipa se casa con él; la pobrequilla tendrá un hombre que se lo gane; la Reonda está que bufa.. —Bueno,—añadió Percales, dando otro sesgo á su discurso y mirando á Pepa con inquietud.—Tú estabas muy mala; Pola pidió que te trajeran aquí, que nosotras te cuidaríamos mejor que nadie, y te trajeron... ¿Por qué estabas tú en aquella casa vacía y por qué Cojo Garrote te echó mano á la garganta como una necesidad?... Josú, sija, lo señores civiles ¡qué preguntones! Pola, Paquiro, yo, todo el que lo podía decir, cayamos como muertos. Harto teníamos que hacer con cuidarte de día y de noche para que no las liaras. Tu madre viene alguna vez; la pobre no hace más que llorar porque no puede moverse con los años... Lo más duro del trajín lo llevó encima Pola. A Pola le debes el no haber muerto. Cuando ya estábamos tranquilos y el médico decía que ibas á volver en tí, Pola se fué para que tú no la vieras; temía tu mal humor...

Pepilla no había hecho ni un movimiento durante el discurso de Percales; lloraba silenciosamente. Cuando Percales le dijo que Pola se fué, levantó la cabeza de pronto y preguntó temblando:

—¿A dónde?

—Te lo podías figurar,—contestó Percales bruscamente.—Al fin ¿no iba á ser Paco su marido? Además,

se fué con su abuelo. Allí están en su casa. Se ván al campo. Paco dice que quiere trabajar y vá á meterse en cosas de labor; su padre tuvo también labranza y él entiende mucho. Se lleva al tío Berrinche; también ván con ellos María de la O y Periquito Ruíz, que se casarán más tarde, cuando arreglen sus cosas. Periquito jura y perjura que será un buén hombre... Sí, lo que es yo, ¡qué quieres que te diga!—Y Percales retorció el hocico de un modo que hacía poquísimo favor al honrado Bandita.

Una cosa hubiera querido Pepa: saber cuando se casarían Pola y Paco; no hizo la pregunta: su lengua no obedeció á su voluntad; pareció de plomo... de plomo derretido cuando quiso moverla para hacer la pregunta.

Entró la madre de Pepa, interrumpiendo el discurso de la muchacha. Pepa no habló ya en toda la noche; en los días siguientes permaneció como sumergida en un letargo. Podía andar ya; iba á sentarse junto á la ventana, y quedábase contemplando aquel horizonte luminoso, con su primer término de tejadillos florecientes como un patio andaluz.

Percales entró una noche muy agitada; parecía observar á Pepa con mucha inquietud; la madre de Pepa entró también, y se puso en un rincón á llorar amargamente; Pepa misma sentíase presa de un malestar inmenso, así como si presintiese una desgracia más grande que todas; notando la observación de que era objeto por parte de su amiga, no pudo ya resistir su

inquietud. Figurábase lo que era, pero lo preguntó para estar más segura. «¡Se casaban... Se casaban aquella misma noche!»

Cuando se lo dijeron se echó en la cama; quedó como muerta; bien pronto se revolvió allí como una salamandra en el fuego; aquel colchón, donde tantas veces se acostó Amapola, quemaba sus carnes; se levantó silenciosamente; se vistió con cierto esmero; se sentó junto á la ventana; allí estuvo inquieta, febril. Percales la veía; Pepa no pudo contenerse más; las lágrimas quemaron sus mejillas, como antes el colchón había quemado sus carnes. Se levantó de pronto, adelantó hasta Percales, cruzadas las manos en ademán de súplica, y dijo en tono desesperado, que movía á piedad:

—La última vez, María; quiero verle, si hablarle no me es posible. La última vez. Te lo pido por estas benditas cruces... ¡Por estas lágrimas, agua de dolor, de la fuente de mi pena!

—¡Esto sí que es morirsel,—murmuró Percales ahogada de sentimiento.

—¡Quiero ir!,—prosiguió Pepilla;—¡quiero estar donde estén ellos; recrearme en su placer; hundirme yo misma en el corazón este cuchillo que está siempre cortando mi carne, sin acabar de una vez con un golpe seguro!

—¡Válgame Dios!... Pero criatura ¿y qué harás tú cuando te encuentres con ellos?

—No lo sé, Percales.

—Yo sí; una barbaridá.

—¡Ah, no lo creas!,—y Pepilla sonrió de un modo que partía el alma;—no lo creas, no hay torrecita que no se desmorone; los castillos más fuertes vienen al suelo; aquella gran hembra, que se llevó á los hombres de calle, por los barrios sevillanos, con sus ojos de fiera, su mantón de Manila y su pelo sembrao de claveles... ya vé; con su carta contraria, ni le quedan bríos para acabar el juego, y solo sacó de este mundo la compasión tuya.

Percales no pudo resistir.—Lo que es yo no te quito el gusto,—dijo;—anda, y sea lo que Dios quiera.

Halláronse muy pronto en el templo; había mucha gente y Pepa pasó desapercibida; ocultándose en la sombra, tras una columna, contempló desde allí á su rival; era el único semblante que podía ver desde el sitio donde se puso. Pola estaba resplandeciente... Las lágrimas hincharon el corazón de Pepa. «¿A qué habría ido allí?» Al ver el rostro hermosísimo de Pola se acordó de aquella triste imagen que había visto en su espejo.

Se apoyó en la columna para no caer. Su ambición más ardiente era ver á Paco y ya no le quiso ver; todavía, al llegar á la iglesia, llevaba intención de hacer calle entre los concurrentes, cuando los novios pasaran, para ser vista por ellos; sabía que esto amargaría terriblemente su primera noche de casados; pero se extrañó ella misma de haber tenido tal idea. Sorprendida de encontrarse tan indiferente, de pronto com-

prendió sin estudiarlo, por instinto, que su alma no tenía ya fuerzas para el odio ni para el amor. Sintió frío de pensar en sí misma, como lo sentiríamos al encontrarnos á media noche, inesperadamente, á solas con un muerto.

Los novios salían entre la multitud. Él estaba muy pálido... ¿Por qué era aquella palidez? ¿Temía la aparición de algún rostro acusador y fatídico? Vana inquietud si era así. Pepa se aproximó lentamente al altar más obscuro, se arrodilló, se inclinó y besó las frías losas del suelo. Paco había dejado de existir para ella. Le pareció al besar las losas que besaba por última vez la boca helada del cadáver. Pepa no tenía lágrimas ya; su amiga fiel lloraba desoladamente.

La iglesia quedó sola; fuera todo se volvía felicitaciones y parabienes. Alejáronse los novios. No hubo comida, no hubo jolgorio; se opuso Pola; hubiera sido ofender más el dolor de Pepa; hartó había hecho al consentir en casarse, demasiado pronto tal vez, por dar gusto al abuelo; el abuelo juraba y perjuraba que no estaría tranquilo con lo que había pasado ya, mientras no se casasen.

Pola estaba triste de ver la preocupación de su marido; la tristeza de ambos, que no podían disimular, fué causa de que las visitas no se prolongasen. Quedaron al fin solos...

Pero entonces, al verse solos, juntos, con la seguridad de que nadie los turbaría, un sentimiento borró de sus corazones todos los demás; el sentimiento de

su amor; aquel amor desgraciadísimo, que al fin se satisfacía; aquel amor grande, humano, absoluto, que al fin podía estallar con toda la fuerza de su vida exhuberante. Era preciso desechar ideas tristes, y las desecharon; el mundo, el cielo, las cosas, los seres, todo huyó de allí, como figuras desoladas que huyen de la luz y la risa, al arrojarse el uno en brazos del otro. Así es el mundo; Pepilla, en cambio, besaba la fría piedra creyendo besar aún la boca helada del muerto.

Despertáronse de aquel primer éxtasis de amor realizado; la luz pura del cielo entraba por las persianas entreabiertas, con una brisa húmeda por el Guadalquivir. En la calle, oíase el pisar de los transeuntes madrugadores, alguna voz que pregonaba... De pronto, Pola, escuchó, sonriendo deliciosamente: era una vocecita delgada, penetrante, que hubiera hecho recordar al lector, de haberla oído, á cierto varón ilustre... La vocecita lanzaba á los espacios este pregón majestuoso:

—«¡Niña... ja los pimiento... ja los tomate... ja las cole ji las jabichuela verdeeee!!!

Pola suspiró de alegría. Paco oyó también el pregón, y dijo melancólicamente, pensando en Pepa:

—¡Ay, Pola, tú siempre tendrás las buenas acciones en tu cuenta con Dios, para que vivas dichosa! Pero ¿y yo? ¿Y yo?—Y bajaba los ojos, avergonzado.

Pola clavó en él sus ojos límpidos, serenos, y contestó sencillamente:

—Tú, me tienes á mí.

—❖ F I N . ❖

INDICE DE LOS CAPÍTULOS.

	<u>Páginas.</u>
I. En el que conocerá el lector al gran Borri- quita	3
II. Feliz encuentro que tuvo el gran Borriquita y otros detalles de mucha trascendencia para el lector.	11
III. El Cuartelillo, la prole de la Reonda y el cuento de Felipa.	21
IV. Donde se trata de cierta peligrosa lucha habida entre la justicia y unos ladrones, y de los sanos consejos que Amapola obtuvo de Felipa.	29
V. De la singular aventura que ocurrió á Amapola delante del convento de las Mínimas	39
VI. La fragua del tío Berrinche	47
VII. Amapola contenta	55
VIII. Donde se trata del encuentro que tuvo Frasquito de la Cruz y de otros intere- santísimos detalles	65

	Páginas.
IX. Para alto ejemplo y saludable enseñanza del lector	75
X. Que sirve para que el lector conozca más á Felipa	87
XI. Donde el lector se informará de algunos detalles, y donde Frasquito de la Cruz se pone en acecho	97
XII. ¡Agua Dios, que se quema la casa! . . .	107
XIII. Que pondrá al lector el alma en un hilo . .	115
XIV. ¡Hora funesta!	125
XV. Gente nueva.	141
XVI. Que sirve para que el lector empiece á conocer á Bandita	155
XVII. Por el que verá el lector que Amapola se elevaba al quinto cielo.	167
XVIII. En donde parece que el demonio se lleva á una mujer á la gloria.	185
XIX. Un plan de María de la O, y un descubri- miento de Felipa	197
XX. Frasquito de la Cruz	205
XXI. La desdicha de vivir	213
XXII. El desastre de Pepilla	223
XXIII. En que verá y oirá el lector algo de lo que se puede oír y ver en un corral de Triana.	235
XXIV. Tribulaciones de Bandita	247
XXV. Horas amargas	261
XXVI. Horas felices.	271

	<u>Páginas</u>
XXVII. Donde se prueba una vez más, fatalmente, que la dicha es un heraldo de desgracias.	281
XXVIII. «Ella se sacrificaría por tí, si fuera preciso; tú, ni por ella ni por nadie»	291
XXIX. Donde á Felipa, sin querer, se le escapa el alma, y donde el lector vá encontrando ya el principio del fin	299
XXX. Donde Bandita dá un golpe de Estado y Cojo Garrote un golpe de muerte . . .	309
XXXI. ¡Así es el mundo!	319

